

**LA DESTRUCCIÓN  
DE LA  
TRADICIÓN CRISTIANA**

**Rama P.  
Coomaraswamy**

DEDICADO A

S. Miguel Arcángel

S. Jorge el del Dragón

S. Cristóbal

S. Patricio

Sta. Filomena

y a todos los demás caracteres «mitológicos»  
con quienes suplico tener el privilegio  
de compartir la eternidad.

«Así dice el Señor:

Haced alto en los caminos y ved,  
y preguntad por las sendas antiguas:  
¿es esta la senda buena?  
Seguidla entonces,  
y hallaréis reposo para vuestras almas.

Y ellos dijeron: “No la seguiremos”»

*Jeremías VI, 16*

## INTRODUCCIÓN

«Muchos católicos americanos de alrededor de treinta años, recuerdan que vivían en aquella iglesia grávida de historia como si hubieran vivido en una fortaleza espiritual —confortando a veces, inhibiendo e inclusive aterrorizando en otras. Pero era un universo a salvo y ordenado con garantías eternas para aquellos que vivían ateniéndose a sus reglas. AQUELLA FORTALEZA SE HA DESMORONADO»

TIME Magazine, Mayo de 1976

Los recientes acontecimientos<sup>1</sup> dentro de la Iglesia Católica han resultado claramente en una gran confusión, y si esta antigua estructura ya no puede sostenerse como un monolito en el cual cada parte componente habla «con una sola voz», cabe muy poca duda, sin embargo, de que las diversas facciones que pretenden la Catolicidad estarían de acuerdo en afirmar que algo va seriamente mal. Solo en América alrededor de 10.000 sacerdotes y de 35.000 monjas han abandonado sus vocaciones religiosas. Las anulaciones (a las cuales se refieren algunos como «divorcios católicos») se aproximan al nivel de 10.000 por año. La asistencia a la Misa dominical ha descendido por debajo del nivel del 50% y la confesión mensual por debajo del nivel del 17%. El sacerdocio no atrae ya a la juventud a sus filas y muchos seminarios han sido cerrados. Las conversiones que una vez se aproximaron al nivel de casi 200.000 al año en los Estados Unidos, están ahora virtualmente detenidas. Según el «Boys-town Project» de la Universidad Católica de América, «cerca de siete millones de jóvenes provenientes de un ambiente católico ya no se identifican con la Iglesia» (*National Catholic Register*, 27 de marzo de 1977). Lo que es quizás de una importancia todavía mayor es que aquellos que continúan llamándose a sí mismos «católicos», no son en modo alguno unánimes en cuanto a lo que significa este término. Como lo ha señalado el Arzobispo Joseph L. Bernardine, presidente de la Conferen-

---

<sup>1</sup> Este libro fue publicado por primera vez en 1981, por lo que sus referencias a la proximidad en el tiempo de determinados acontecimientos debe considerarse con esta perspectiva. (N. de T),

cia Episcopal de EE.UU., «muchos se consideran a sí mismos buenos católicos, aún cuando sus creencias y sus prácticas parecen estar en conflicto con la enseñanza oficial de la Iglesia» (*Time*, 24 de mayo de 1976). Este hombre habla a la vez con experiencia personal y autoridad, pues ha afirmado también que era su «creencia que es legítimo que los teólogos especulen sobre la supresión de doctrinas que ya han sido definidas, y pedir al magisterio la retirada de tales doctrinas del contenido de la Fe» (*The Wanderer*, St. Paul, Minn., 17 de junio de 1976).

Hay, por supuesto, quienes ven en todo esto sólo signos de esperanza y de «progreso». Pretenden que aquellos que han abandonado son «madera muerta», y que la Iglesia está en mejor posición sin ellos. Comparan la Iglesia a un grano de trigo que debe morir y nacer de nuevo; que el *Angst* (angustia) y el caos son esenciales si la Iglesia ha de llegar a tener «relevancia» para el hombre moderno; que todo lo que está aconteciendo está bajo la guía del «Espíritu Santo» que desea que la Iglesia se «adapte» a lo que se llama eufemísticamente «los tiempos». Habiendo pretendido previamente que los cambios eran necesarios «para hacer que las masas regresaran a la Iglesia», ahora proclaman que «no están interesados en el juego de los números». Otros consideran la situación a una luz completamente diferente. Ven en todos los cambios no tanto una «adaptación» como una «capitulación»; no ven que el mundo se esté cristianizando, sino más bien que una Iglesia se está secularizando; no ven que las «viñas» estén siendo podadas sino que están siendo arrancadas y destruidas. Ven en la situación presente lo que S. Pablo predicó como precediendo a la venida del Anticristo —«pues ese Día no vendrá, hasta que acontezca una apostasía primero» (2 *Tesalonicenses* 2, 3). Comparan la situación presente a la descrita y prefigurada en Macabeos:

«En aquellos días surgieron de Israel hombres inicuos, que persuadieron a muchos diciendo: “Vayamos y hagamos un pacto con los gentiles que nos rodean; pues desde que nos hemos apartado de ellos, hemos padecido mucho sufrimiento”. Entonces algunas de las gentes les siguieron en esto, de modo que fueron al Rey, que les dio licencia para hacer según las ordenanzas de los gentiles... (y ellos) se hicieron incircuncisos, y abandonaron la santa alianza, y se juntaron con los gentiles... »

La gran mayoría permanece no obstante desorientada y confundida. Criados en una atmósfera que les conducía a aceptar con confianza todo lo que venía a ellos

proveniente de su clero, tienden a encontrar excusas para todo lo que no comprenden. Como Pablo VI, algunos admiten que «el humo de Satán ha entrado en la Iglesia»; sin embargo, se niegan a buscar la fuente del fuego.

Ahora bien, cualesquiera que puedan ser las causas de la situación presente, es cierto que deben ser prominentes entre ellas los cambios que han tenido lugar dentro de la Iglesia misma. Estos cambios se identifican claramente como los que afectan a la Liturgia (y especialmente a la Misa), y las enseñanzas (o como se llaman ahora, «las nuevas directrices») que han resultado del concilio Vaticano II y de los papas «posconciliares». El presente libro intentará tratar con alguna profundidad la naturaleza de estos cambios y sus implicaciones.

Sin embargo, antes de proceder así, han de comprenderse algunos principios que se refieren a la naturaleza fundamental de la Iglesia, a su autoridad para «enseñar» y a la manera en que lo hace. Aquellos que creen todavía en la posibilidad de que Dios en Su Misericordia nos dio una Revelación, no tendrán ninguna dificultad en aceptar estos conceptos. Otros que no pueden, o no quieren aceptar una premisa tal, deben conceder al menos, si desean comprender lo que le está aconteciendo a esta Iglesia, la existencia de esta premisa, pues si no hay Revelación, tampoco hay Iglesia. Con esto en la mente iniciaremos nuestro texto con un estudio de la naturaleza de la función de enseñanza de la Iglesia. A partir de ahí procederemos a considerar las fuentes de la enseñanza de la Iglesia y la manera en la cual son transmitidas a los fieles. Será a la luz de estos hechos básicos como procederemos entonces a examinar el Vaticano II, con sus «nuevas directrices» y los cambios litúrgicos que siguieron en rápida secuencia.

Se espera que como un resultado de este estudio, incluso aquellos que no están de acuerdo con el punto de vista del autor, alcanzarán a ver en qué consiste lo que Louis Bouyer ha llamado «La Descomposición del Catolicismo». Como dijo S. Gregorio de Tours, «Que nadie que lea mis palabras dude que yo soy un católico». A pesar del hecho de que bajo circunstancias normales sería una redundancia, debo recalcar esto aún más afirmando que mi posición es la de un «católico tradicional» (¿acaso hay algún otro tipo?), y no la de un «católico liberal», «modernista» o «posconciliar». Para parafrasear al Abad Guéranger, el lector debe comprender claramente que no estoy intentando en modo alguno propagar ninguna opinión personal propia. Intento sólo dar fe de la enseñanza de la Iglesia tradicional según ha sido siempre (*in saecula saeculorum*), y mostrar por dónde la nueva Iglesia se ha apartado de ella. Si acontece que al lector no le place lo que la Iglesia ha enseñado siempre, tanto peor.

Sin embargo, nunca comprenderá la situación presente a menos que reconozca que, como Louis Evelyn ha dicho:

«La presente crisis de la Iglesia consiste en su división entre dos grupos irreconciliables: los “viejos”, que no pueden o no quieren admitir los cambios litúrgicos, disciplinarios y conceptuales; y los “jóvenes”, a quienes repelen las antiguas ceremonias, creencias y prácticas. Es imposible hablar a ambos grupos a la vez. Todo sacerdote encuentra hoy que su parroquia es realmente dos parroquias. Lo que despierta la fe, o fomenta al menos el interés entre los jóvenes, escandaliza a sus mayores hasta el punto de hacerles perder la poca fe que han conservado. Y conducir a las gentes de edad desde la fe tradicional a una fe que es más personal requiere mucho tiempo, mucha paciencia y muchas precauciones, que los jóvenes no tienen la paciencia de atender, y menos aún de leer nada al respecto (en realidad leen muy poco de nada)»

*Si la Iglesia ha de Sobrevivir*<sup>2</sup>

El lector puede estar seguro además de que en la exposición de las enseñanzas de la Iglesia tradicional, siempre que no se ha dado la cita directa, las afirmaciones han sido comprobadas y aprobadas por la autoridad competente.

---

<sup>2</sup> Louis Evelyn es uno de los autores más populares en la Iglesia Posconciliar, y según el informe del Padre Greely, uno de los autores leídos más frecuentemente por el clero moderno. Antaño sacerdote, ahora está laicalizado

## **PARTE I**

## LA NATURALEZA DEL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

«La Iglesia enseña y ha enseñado siempre que hay una Tradición divina, que es la suma de las verdades, la cual, habiendo sido revelada divinamente a los apóstoles, ha sido transmitida sin error a través del magisterio genuino de los Pastores.»

Tanquerey, *Dogmatic Theology*

Cuando Cristo estableció por primera vez Su Iglesia «visible» sobre la tierra, y envió a los apóstoles —«Id y enseñad a todas las naciones... enseñadles a observar todas las cosas que Yo os he mandado» (*Mateo XXVIII*, 19-20)— les dijo que «apacentaran Sus ovejas», y que hicieran esto en «Su nombre». Él estableció así una «autoridad de enseñanza» que había de actuar en Su nombre, y desde aquel tiempo este «Magisterio» o «autoridad de enseñanza de la Iglesia» ha enseñado siempre aquello que Él (y sus apóstoles) le dio como un «depósito». Los defensores de la «Iglesia Posconciliar»<sup>1</sup> afirman a menudo que este Magisterio de la Iglesia, al cual todos los católicos deben asentimiento, reside «en el Papa y en los obispos en unión con él»<sup>2</sup>. Ahora bien, una afirmación tal debe ser comprendida correctamente. Tomada aisla-

---

<sup>1</sup> El término «posconciliar» fue utilizado por los representantes de Pablo VI enviados a reconvenir al Arzobispo Lefebvre en Ecône para describir la «Nueva» Iglesia. En esta categoría deben ser incluidos todos aquellos que aceptan la enseñanza del Vaticano II y los ritos originados por el hombre del *Novus Ordo Missae*. Todos estos están «en obediencia» hacia la nueva Iglesia. Los católicos tradicionales, no hay necesidad de decirlo, no aceptarán nada del Vaticano II que contradiga la enseñanza tradicional de la Iglesia, y se negarán a aceptar los nuevos «ritos» los cuales, entre otras cosas, se atreven a cambiar la forma de las Palabras de la Consagración, las palabras mismas que Cristo nos dio.

<sup>2</sup> Como los obispos franceses afirmaban en su Congreso de Lourdes, en 1976, una reunión convenida para tratar la terrible crisis que encara la Iglesia en Francia, «la unidad de la Iglesia está antes que todo lo demás y está garantizada *solamente* (las bastardillas son mías) estando al unísono con el Papa. Negar esto es excluirse uno mismo de esta Unidad». Los documentos del Vaticano II usan una fraseología similar.



damente, y especialmente cuando se usa para defender los cambios en la doctrina y en los ritos que esta nueva Iglesia ha introducido, es un ejemplo clásico del *suppressio veri* y *suggestio falsi*. La afirmación es verdadera, pero debe comprenderse que el Papa y los obispos en unión con él están, ellos mismos, en su función como *depositi custodies* (guardianes del «depósito» de la Fe, como en *1 Timoteo* VI, 20), sujetos a no apartarse ni a ir contra aquello que fue confiado a la Iglesia por Cristo y los apóstoles. Hablar de la «Revelación» es decir que es una «perla preciosa» que ha de ser conservada.

La Iglesia ha enseñado siempre que un Papa individual puede extraviarse de la sana doctrina en su vida personal y pública. Si este fuera el caso anteriormente a su elección, la elección será considerada inválida<sup>3</sup>; si abrazara abiertamente doctrinas que contradicen este depósito después de su elección, entonces devendría un hereje público, y como tal ya no sería Papa<sup>4</sup>. Esto es enteramente lógico puesto que, desde

---

<sup>3</sup> Pablo IV en su Constitución Apostólica *Cum ex Apostolatus Officio* (1559) afirma que «si alguna vez aconteciera que ... un Pontífice Romano reinante, se hubiera desviado de la fe, o que hubiera caído en alguna herejía anteriormente a su nominación como... Papa... la elección es nula e inválida, inclusive si todos los Cardenales han consentido en ella unánimemente. No puede devenir válida... a pesar de la coronación del individuo, a pesar de los signos de oficio que le rodean, a despecho de la prestación de obediencia a él por todos; y no importa cuánto tiempo se prolongue la situación, nadie puede considerar la elección como válida en ningún modo, ni esta confiere ningún poder para ordenar ni en el reino espiritual ni en el temporal... Todas sus palabras, todas sus acciones, todas sus resoluciones y todo cuanto resulte de ellas, no tienen ningún poder jurídico y ninguna fuerza de ley en absoluto. Tales individuos... elegidos bajo tales circunstancias, están privados de toda dignidad, posición, honor, título, función y poder desde el comienzo mismo...»

<sup>4</sup> Como dice el Cardenal S. Roberto Belarmino, «*Papa hereticus est depositus*». Un Papa puede estar por supuesto en el error sobre un punto dado, pero puede retractarse cuando se le señala su error. (Tiene teólogos con quienes consultar a fin de evitar tales equivocaciones). Lo que se requiere es que persista en un error después de que sabe que es hereje. Esto agrega el pecado de la «obstinación» al de herejía. Varios Papas han sido culpables de error, pero en su mayoría, gracias a Dios, se han retractado antes de morir. El Papa Honorio I fue condenado por el tercer concilio de Constantinopla, el sexto concilio ecuménico, en estos términos: «Después de haber comprobado el hecho de que (sus cartas a Sergio y los escritos de Sergio) no están en conformidad con el dogma apostólico, ni con las definiciones de los santos concilios y de todos los Padres dignos de aprobación, y de que, por el contrario, sostienen doctrinas falsas y heréticas, las rechazamos absolutamente y las denunciaremos como una grave amenaza para la salvación de las almas... Es nuestro juicio que Honorio, anteriormente Papa de Roma, ha sido expulsado por la Santa Iglesia Católica de Dios y hecho anatema...» El Papa León (m. 683) sobre quien recayó la necesidad de confirmar tales afirmaciones, escribió: «Declaramos anatema a aquellos que han instigado estos nuevos errores... (incluyendo a) Honorio que se

el momento en que abrazara públicamente la herejía, dejaría de ser un miembro de la Iglesia, y ¿cómo podría alguien que no es ni siquiera un católico ser el Papa, por no decir nada en cuanto a ser el representante de Cristo y un «Pontifex» o «puente» entre este mundo y el otro? La máxima de S. Ambrosio citada a menudo, al efecto de que «donde está Pedro, allí está la Iglesia», es válida solamente en la medida en que «Pedro» permanece enraizado en la ortodoxia o la «pura fe y sana doctrina»<sup>5</sup>. Cuando no es así, entonces como enseñaba el Cardenal Cayetano, «Ni la Iglesia está en él, ni él está en la Iglesia». Cornelio Lapide S. J. apostrofa sin ambages: si el Papa

«cayera en pública herejía, dejaría *ipso facto* de ser Papa, es más, dejaría de ser un creyente cristiano».

Así, el Papa y su función están limitados precisamente por esa autoridad que es la base de su propia autoridad. Como representante de Cristo sobre la tierra su función monárquica y su poder cuasi absoluto para ordenar están limitados por este hecho mismo y debe actuar, no en su propio nombre (lo cual sería despotismo), sino en el nombre de Cristo. Como nos enseña el Vaticano I en términos que son *de fide*:

«el Espíritu Santo no está prometido a los sucesores de Pedro a fin de que, a través de Su revelación, puedan traer a la luz nuevas doctrinas, sino a fin de que, con Su ayuda, puedan conservar inviolada y exponer fielmente la reve-

---

ha mostrado incapaz de iluminar a esta Iglesia Apostólica, por la doctrina de la Tradición Apostólica, puesto que permitió que su fe inmaculada fuera manchada por una traición sacrílega.»

El Papa Pascual II (1099-1118), habiendo sido aprisionado por el Emperador Enrique V, fue forzado a hacer concesiones y promesas que eran imposibles de reconciliar con la doctrina católica. Cuando fue libertado, dejó sin anular estas afirmaciones (relativas a la investidura por los gobernantes temporales), y S. Bruno, Guido de Burgundy, el Arzobispo de Viena (el futuro Papa Calixto III), así como S. Hugo de Grenoble (entre otros) le conminaron «si, a pesar de que nos negamos absolutamente a creerlo posible, escogieras una senda alternativa y negaras la ratificación de nuestra decisión (de que debes retractarte), que Dios te proteja, pues si este fuera el caso, nosotros estaríamos forzados a retirarte nuestro juramento de fidelidad». El Papa se retractó. Podrían darse otros ejemplos.

<sup>5</sup> «Pura fe y sana doctrina» es la definición de la Enciclopedia Católica para el término de «ortodoxia». El intento modernista de pintar la ortodoxia como una suerte de rigidez fanática es desmentir el hecho de que hay algunas cosas respecto de las cuales se entiende que hemos de ser rígidos. Si no se entendiera que hemos de ser rígidos respecto de la verdad, entonces no hubiéramos tenido ningún mártir.

lación transmitida a través de los apóstoles, el depósito de la fe...» (*Denzinger* 1836).

Si nosotros hemos de someternos a la «autoridad de enseñanza de la Iglesia», es esencial, en estos días recientes, en que tantos de nuestros pastores caminan «tras de sus propios desordenes (pseudointelectuales)», en que han devenido «hombres que hablan cosas perversas», «habladores vanos y seductores... que yerran y conducen al error...»<sup>6</sup>, que definamos con claridad lo que es esta y lo que son otras entidades relacionadas. No hacerlo así, solo resultará en que daremos nuestro asentimiento a lo que es falso, o en que adscribiremos a la palabra «obediencia» un significado falso que subvierte la verdad misma<sup>7</sup>. La Iglesia nunca nos ha pedido dar nuestro asenti-

---

<sup>6</sup> Esas frases son escriturarias, y están citadas de los párrafos introductorios de la Encíclica *Pascendi* del Papa S. Pío X contra los modernistas. Los *didaskaloi* (como en la Segunda Carta de Pablo a Timoteo), para parafrasear a S. Vicente de Lérins, «siempre han estado con nosotros, están con nosotros y siempre estarán con nosotros.»

<sup>7</sup> Como ha dicho S. Francisco de Sales, «la obediencia es una virtud moral que depende de la justicia». (La Fe, la Esperanza y la Caridad son virtudes teologales, y por lo tanto de un orden más elevado). Inclusive el voto de obediencia jesuita dice así, «en todas las cosas, excepto en aquello que vuestra consciencia os diga que sería pecaminoso». Como dice S. Tomás de Aquino, «a veces acontece que los mandatos ordenados por los prelados son contra Dios. Por lo tanto, los prelados no han de ser obedecidos en todas las cosas... ni han de ser seguidos los prelados en todas las cosas, sino solamente en aquellas cosas que concuerdan con las reglas que Cristo ha transmitido». Como Sta. Catalina de Siena escribió al Papa Gregorio XI: «Ay, Santo Padre, hay tiempos en que la obediencia puede

miento al error, ni someternos a mandatos ilegítimos y pecaminosos en nombre de la «obediencia». Como S. Ignacio de Antioquía afirmaba en los tiempos subapostólicos.

«No os equivoquéis, hermanos míos... si un hombre corrompe por falsa enseñanza la fe de Dios, por causa de la cual Jesucristo fue crucificado, ese tal irá en su iniquidad al fuego inextinguible, así como también el que le escuche.»

*Epístola a los Efesios*

---

conducir directamente a la condenación». Entonces ella procedió a citarle el pasaje de la Escritura: «Si el ciego conduce al ciego, ambos caerán a un pozo.» (*Cartas*).

## EL MAGISTERIO DEFINIDO

Donald Attwater define el Magisterio como:

«La autoridad divinamente conferida a la Iglesia para enseñar las verdades de la religión, “Id, por tanto, y enseñad a todas las naciones... enseñadles a observar todas las cosas que Yo os he mandado” (*Mateo XXVIII*, 19-20). Esta enseñanza, siendo la de Cristo, es infalible...»<sup>1</sup>

Este *Magisterio*, o «autoridad de enseñanza de la Iglesia», se llama «solemne» o «extraordinario» cuando deriva de las definiciones formales y auténticas de un concilio general, o del Papa mismo: es decir, de las definiciones dogmáticas de los concilios ecuménicos, o de la enseñanza *ex cathedra*<sup>2</sup> del Papa. Incluidos bajo la categoría de *solemne* están los «símbolos o profesiones de la fe», tales como el Credo de los apóstoles, la Profesión Tridentina o Pianina y el Juramento contra el Modernismo requerido por Pío X desde 1910 (y que por razones obvias no se requiere ya en la nueva Iglesia). Finalmente, incluidas bajo las censuras teológicas, están aquellas afirmaciones que definen y condenan las proposiciones heréticas (Tanquerey, *Manual of Dogmatic Theology*).

---

<sup>1</sup> *Catholic Dictionary*, Macmillan, Nueva York, 1952.

<sup>2</sup> Solo en sus pronunciamientos *ex cathedra* es imposible que un Papa genuino enseñe la herejía. (Pretender que un Papa no puede ser un hereje es afirmar que ya no tiene el uso de su libre voluntad). Según el Cardenal Newman, un Papa habla *ex cathedra* o infaliblemente «cuando habla, primero como el Maestro Universal; segundo, en el nombre y con la autoridad de los apóstoles; tercero, sobre un punto de fe o de costumbres; cuarto, con el propósito de vincular a todos los miembros de la Iglesia a aceptar y a creer su decisión». Además, afirma el Cardenal Newman, «se da otra limitación... en el *Pastor aeternus*... la proposición definida no tendrá la pretensión de ser considerada vinculante para la fe de los católicos, a menos que sea referible al depósito apostólico, bien a través del canal de la Escritura o de la Tradición...» (*Carta a Su Gracia, el Duque de Norfolk*). Es pertinente decir que Pablo VI mismo ha excluido tanto su *Novus Ordo Missae* como todos los documentos del Vaticano II de la jurisdicción de la enseñanza *ex cathedra*. (Las fuentes de tales afirmaciones se encontrarán después en este texto).

El Magisterio «ordinario» o «universal» es el que se lleva a cabo a diario a través de la predicación continua de la Iglesia y se refiere a las prácticas universales de la Iglesia conectadas con la fe y las costumbres según se ejercitan en el «consentimiento unánime de los Padres, en las decisiones de las Congregaciones Romanas concernientes a la fe y a las costumbres, en el consenso de los fieles, en la costumbre o práctica universal asociada con el dogma (y por encima de todo, en la liturgia Romana o Misa tradicional) y en los múltiples documentos históricos en los cuales se declara la fe». Se llama «Pontifical» si la fuente es el Papa, y «universal» si deriva de los obispos (en unión con él). Se llama «vivo», no a causa de que «evoluciona» según el modo que el hombre moderno adscribe erróneamente a todas las cosas vivas, sino a causa de que existe hoy como una entidad viable dentro de lo que los teólogos denominan la Iglesia «visible». Sus fuentes, de las cuales por definición no debe apartarse, son la Escritura y la Tradición. El Papa y los obispos en unión con él están sujetos a estas fuentes. Como lo enseña un texto teológico modelo:

«El Papa es sólo el intérprete de esta verdad ya revelada. Él explica, define, pero no hace ninguna innovación»<sup>3</sup>.

Lo que implica dar nuestro asentimiento a la autoridad de enseñanza de la Iglesia es el reconocimiento del hecho de que, como dice Sta. Catalina de Siena, «la Iglesia no es otra que Cristo mismo, y es ella quien nos da los sacramentos, y los sacramentos nos dan la vida»<sup>4</sup>. Es el reconocimiento del hecho de que Cristo es Dios, de que Él nos dio una Revelación y de que la Iglesia la conserva intacta. Es una sumisión consciente —no ciega, sino con pleno conocimiento— a Dios mismo que actúa a través de la organización que Él estableció sobre la tierra. La Iglesia Católica no es una congregación de personas que se han puesto de acuerdo; no es una Escuela de Filosofía; no es una Sociedad de Mejora Mutua; no es ni siquiera *una* Iglesia entre otras Iglesias. Es *la* Iglesia Universal —la Voz viva de Dios, en la revelación de Cristo a todas las gentes, a través de todos los tiempos. Es por esta por razón, y solo por esta razón, por lo que la Iglesia enseña como enseñó el Maestro —no como los escribas y

---

<sup>3</sup> *Exposition of Chistian Doctrine* –Curso de Instrucción escrito por un profesor del seminario del Institute of the Brothers of the Christian Schools. McVey: Filadelfia, 1898.

<sup>4</sup> Citado por Jorgensen en su *Life of St. Catherine of Siena*. Santa Catalina de Siena es doctora de la Iglesia.

fariseos, sino como uno «que tiene autoridad». Y es por esta misma razón por lo que nos propone creer no solamente aquellas cosas que son *de fide* —es decir, directamente reveladas por Dios y definidas así por la Iglesia— sino también aquellas cosas que resultan lógicamente de lo que Dios ha revelado. Solo en el nombre de Dios la Iglesia hace la perentoria llamada que hace a la fe del hombre —una llamada que no puede ponerse meramente a un lado como incompatible con los supuestos derechos del juicio privado— a menos que uno esté preparado por principio a negar que pueda haber en absoluto una revelación autorizada de la verdad de Dios<sup>5</sup>

En último análisis, en los asuntos religiosos, el hombre debe apoyarse en una autoridad. O bien ésta deriva de sí mismo y puede caracterizarse como «juicio privado», o en otro caso, ha de encontrarla fuera de él, y entonces es dependiente de alguna «autoridad de enseñanza» objetiva<sup>6</sup>. La base para los puntos de vista religiosos prevalecientes en el mundo moderno —bien sean protestantes o «modernistas católicos»— es el juicio privado, lo cual quiere decir que la autoridad suprema reside en aquello que en un momento dado se impone con más fuerza al individuo o al grupo<sup>7</sup>. Ahora bien, un principio tal representa, por su naturaleza misma, una rebelión contra la Iglesia, pues proclama que lo que la Iglesia enseña y ha enseñado siempre no es verdadero, a causa simplemente de que no es lo que el individuo o grupo privado enseñaría y sostendría como verdad. El juicio privado comienza siempre aceptando al-

---

<sup>5</sup> Las afirmaciones de Juan Pablo I, al efecto de que la Iglesia Católica no tiene derechos especiales (*Time*, 4 de Septiembre de 1978), devienen absurdas de cara a los hechos aquí consignados. Considérense estas palabras tomadas de la Escritura: «a menos que escuche a la Iglesia, que sea para ti como el gentil y el publicano». ¿Qué tipo de «embajador de Cristo» es este que concede y malbarata «derechos» que no son suyos? Si los derechos de la Iglesia han de ser igualados con los de las demás iglesias y «comunidades eclesiásticas», ¿con qué autoridad nos ordena entonces la Iglesia nuestra obediencia? Su afirmación no es sino una afirmación del principio protestante del «juicio privado» en los asuntos religiosos.

<sup>6</sup> Quizás deba señalarse que los ateos y aquellos que niegan que haya una cosa tal como una «salida religiosa», están ejerciendo también el juicio privado, o sometiéndose ciegamente al juicio privado de otros —o al del estado. No es peor seguir al ciego que ser ciego uno mismo.

<sup>7</sup> Los «grupos» o «comunidades eclesiásticas» pueden estar de acuerdo en «temas amplios», pero nunca en la doctrina detallada. Las denominaciones protestantes encontraron pronto que era necesario distinguir entre creencias «fundamentales» y «no fundamentales» — entre estas últimas, sus seguidores eran libres de «picar y escoger». Es esta misma idea básica la que subyace en los modernos movimientos ecuménicos: con solo que nosotros estemos «bautizados en Cristo», somos libres de creer cualquier cosa que queramos.

gunas de las enseñanzas de la fe establecidas y rechazando otras —es solamente una cuestión de tiempo el que la «nueva» fe sufra a su vez el mismo procedimiento. (Como ha dicho S. Tomás de Aquino, «la vía de un herético es restringir la creencia en algunos aspectos de la doctrina de Cristo, seleccionados y conformados a su gusto» (*Summa* II-II, 1.a.1.). Las sectas hacen surgir pronto otras sectas, y en poco tiempo toda verdad y falsedad en la religión deviene un asunto de opinión privada, y una doctrina deviene tan buena como cualquier otra. Nuevamente, es solo una cuestión de tiempo el que toda proposición doctrinal devenga irrelevante (¿y quién puede, en todo caso, estar de acuerdo con ellas?). Lo que sigue es que la moralidad pierde su naturaleza objetiva, y al estar basada sobre el «contrato social» puede ser alterada de acuerdo con las necesidades sociales<sup>8</sup>. El hombre, y no Dios, deviene el criterio para la verdad y el centro del universo; hacer «el bien» a los demás deviene su aspiración más elevada, y el «progreso» deviene su meta social. La idea del «pecado» se limita a lo que «perjudica» a nuestro vecino o al «estado». ¿Qué necesidad hay de Dios, de la verdad, de las doctrinas, de la autoridad, de la Iglesia y de toda esa «murga» de los tiempos, que ha contenido al hombre de alcanzar su «destino» mundanal? Todo lo que se pide del hombre moderno es que sea «sincero», y que no moleste a su vecino excesivamente. Si tiene algún sentimiento religioso, eso es «asunto privado» suyo. La «dignidad» del hombre, que tradicionalmente se debía al hecho de que el hombre estaba «hecho a imagen de Dios», ahora se dice que deriva de su independencia de Dios. En realidad, el hombre ha hecho de sí mismo su propio Dios (como ha dicho Pablo VI, «¡honor al hombre... rey de la tierra... y hoy, príncipe del cielo!»); vive por su propia moralidad y solamente acepta las verdades que él mismo ha establecido. (Se solía decir de los protestantes que «cada hombre era su propio Papa»). Una

---

<sup>8</sup> Considérese la siguiente afirmación dada en Junio de 1978 por la Sociedad Teológica Católica de América: Cualquier forma de contacto sexual, incluyendo la homosexualidad y el adulterio, podría considerarse aceptable en la medida en que sea «autoliberadora, enriquecedora-del-otro, honesta, fiel, socialmente responsable, que rinda servicio a la vida y dichosa». Mucho más próxima a la posición católica es la afirmación del reverendo Jesse Jackson, un líder activista negro de Chicago: «Uno ha de tener una base ética para una sociedad. Donde la fuerza principal es el impulso, se da la muerte de la ética. América solía tener leyes éticas basadas en Jerusalén. Ahora están basadas en Sodoma y Gomorra, y las civilizaciones enraizadas en Sodoma y Gomorra están destinadas al colapso».



inversión satánica ha tenido lugar y el hombre grita como una vez lo hizo el Ángel de Luz —«Yo no serviré» a ningún otro señor que a mí mismo<sup>9</sup>.

Por supuesto, todo esto acontece por etapas. Lo que es destacable es la similitud del modelo que puede verse en todos los «movimientos de reforma». Lo que comienza como la negación de una o dos verdades reveladas (o de verdades derivadas de la Revelación), acaba progresivamente en la negación de todas ellas<sup>10</sup>. También son similares los múltiples subterfugios con los cuales se logra esto. Casi todos los reformadores declaran que están «inspirados por el Espíritu Santo» (¿y quién puede, después de todo, argumentar con el Espíritu Santo?) y acaban ignorando o negando Su existencia. Todos pretenden estar retornando al «cristianismo primitivo», el cual, no es otro que el cristianismo como ellos piensan que debería haber sido todo el tiempo. Todos, o casi todos, pretenden estar adaptando la Fe a las «necesidades» del hombre moderno, lo que no es otra cosa que una apelación al orgullo y a la arrogancia de sus seguidores. Todos citan la Escritura, pero selectivamente y fuera de contexto, y nunca aquellas partes que están en desacuerdo con sus ideas innovadoras — se sigue así, que ellos rechazan la interpretación dada a las Escrituras Sagradas por los Padres y los Santos de la Iglesia<sup>11</sup>. Todos mezclan la verdad con el error, pues el error no tiene ningún poder atractivo suyo propio. Todos atacan a los ritos establecidos, pues sabiendo que la *lex orandi* (la manera de orar) refleja la *lex credendi* (la manera de creer), una vez esta última ha sido cambiada, la primera deviene un engo-

---

<sup>9</sup> Las verdades doctrinales reveladas por Dios son atacadas en nombre de la «razón», y las responsabilidades que nos impone el libre albedrío son obliteradas en nombre de la «gracia». (¿Qué otra cosa es la «justificación por la fe», sino la negación de la necesidad de las «buenas obras», esos actos que nosotros cumplimos «voluntariamente». Ciertamente, la gracia nos abandonará en proporción a nuestra negativa a cooperar con ella). La razón, en otro tiempo la «asistente» de la Revelación, careciendo ahora de «marido», deviene la sierva de nuestros «sentimientos». Aquellos a quienes queda algún «sentido religioso» lo basan solo en sus «sentimientos» — «que desbordan desde lo profundo del inconsciente bajo el impulso del corazón y de la inclinación de una voluntad moralmente condicionada», para usar la jerga de los tiempos. Los sentimientos son por supuesto de fácil manipulación, y cuando no están bajo el control de la razón, son simplemente «pasiones». Lo que resulta es que la religión, no siendo ya «sobrenatural», deviene «infraracional». El hombre es verdaderamente reducido entonces al nivel de una bestia.

<sup>10</sup> «Negarse a creer en alguna de ellas (de las enseñanzas de la Iglesia) es equivalente a rechazarlas todas». Papa León XIII, *Sapientiae Christianae*.

<sup>11</sup> Satán es el maestro consumado en citar la Escritura fuera de contexto como queda ilustrado por la tentación de Cristo en el desierto.

rrero para ellos<sup>12</sup>. Todos usan los términos de la religión tradicional: el amor, la verdad, la justicia y la fe, pero les dan un significado diferente. ¿Y qué son todos estos subterfugios sino medios de introducir sus *juicios privados y personales* sobre los asuntos religiosos en el dominio público? Finalmente, ninguno de los reformadores está plenamente de acuerdo con los otros (excepto en su rechazo de la «plenitud» de la Fe establecida), pues el error es «legión» y la verdad es una. Como lo señala un escritor medieval, «son buitres que nunca se ven juntos excepto para festejar sobre un cadáver»<sup>13</sup>.

La Iglesia, por supuesto, siempre ha proscrito el uso del «juicio privado» en las cuestiones religiosas. La «libertad» del hombre no está en su libertad para decidir por sí mismo lo que es verdadero o falso, sino en su libertad para aceptar o rechazar la verdad que Cristo enseñó. Es un dicho de sabiduría común que ningún hombre debería ser su propio abogado o médico, no sea que sus emociones interfieran con sus juicios. Si nosotros nos cuidamos de obtener el consejo y la dirección autorizados para la conducción de nuestro bienestar físico y económico, deviene absurdo que releguemos la salud de nuestra alma a los «caprichos» de nuestras emociones. Como dijo Sócrates —«ser engañados por nosotros mismos es la más temible de todas las cosas, pues cuando el que engaña nunca se aparta de nosotros ni siquiera un momen-

---

<sup>12</sup> La afirmación de Pablo VI, al efecto de que su *Novus Ordo Missae* «ha impartido un mayor valor teológico a los textos litúrgicos a fin de que la *lex orandi* se conforme mejor con la *lex credendi*», es una franca admisión de que, o bien los textos litúrgicos en uso durante cientos de años en la Iglesia Católica no poseían el grado de valor teológico que era de desear, o bien que su nueva «misas» refleja un cambio en la *lex credendi*.

<sup>13</sup> Es de interés escuchar las palabras mismas de Lutero sobre la naturaleza de la herejía, palabras que expresó anteriormente a su ruptura abierta con la Iglesia, aunque en un tiempo en que ya había abrazado y expresado algunas opiniones incompatibles con la enseñanza apostólica.

«El principal pecado de los heréticos es su orgullo... En su orgullo ellos insisten en sus propias opiniones... frecuentemente sirven a Dios con gran fervor y no intentan mal alguno; pero sirven a Dios según sus *propios* deseos... Inclusive cuando son refutados, sienten vergüenza de retractarse de sus errores y de cambiar sus palabras... Piensan que son guiados directamente por Dios... Las cosas que han sido establecidas durante siglos y por las cuales tantos mártires padecieron la muerte, comienzan a tratarlas como cuestiones dudosas... Interpretan la Biblia según sus propios designios y puntos de vista particulares e introducen en ella sus propias opiniones...» (Theological lectures on the Psalms, Dresde 1876, citado por J. Verres, «Luther, Burns Oates», 1884, Londres).

*¡Ex ore tuo te judico!*

to, sino que está siempre presente, ¿acaso eso no es una cosa temible?». Tan pronto como nosotros hacemos de nosotros mismos el criterio de la verdad, en lugar de Dios que habla a través de la Iglesia, acabamos haciendo del hombre *en tanto que* hombre el centro del universo y toda verdad deviene a la vez subjetiva y relativa. Por esto es por lo que el Papa S. Pío X dijo, «debemos usar de todos los medios y aportar todos los esfuerzos para provocar la desaparición total de esa enorme y detestable iniquidad tan característica de nuestro tiempo —la substitución de Dios por el hombre» (*E Supremi Apostolatus*)<sup>14</sup>.

Aquellos que ven la futilidad de resolver sus expectativas religiosas sobre la base de sus opiniones personales y subjetivas, y que buscan fuentes objetivas y externas para la Verdad, deben volverse inevitablemente hacia las distintas «iglesias» en busca de una solución para estos problemas. De todas las diversas «comunidades eclesiásticas» que sostienen la posibilidad de encontrar la verdad objetiva, solamente una ha rechazado consistentemente «el juicio privado» como una fuente de verdad. Solamente una proclama que Dios mismo (a través de Cristo y de los apóstoles) ha revelado la Verdad, y solamente una puede demostrar que ha retenido este «depósito» intacto desde los tiempos apostólicos hasta los tiempos presentes<sup>15</sup>. Esta es por supuesto la «Iglesia una, santa, católica y apostólica». La *unicidad* o «unidad» existe como una característica de esta Iglesia a causa de que sus miembros «concuerdan en una Fe única», la Fe establecida por Cristo; todos tienen «el mismo Sacrificio (ri-

---

<sup>14</sup> Hay por supuesto un área en la cual el «juicio privado», o más correctamente, la opinión teológica, puede ser usada legítimamente. Son ejemplos de ello, la aplicación de los principios a una situación dada, o a áreas en las cuales la Iglesia no ha hablado nunca específicamente y en las cuales permite diferencias de opinión legítimas. Sin embargo, no puede ser usada para abrogar los principios en tanto que tales.

<sup>15</sup> Ninguna Iglesia protestante puede fechar su origen anteriormente al tiempo de la Reforma. Es cierto que pueden señalarse ejemplos más antiguos en los que el «juicio privado» se proclamó como una fuente de la verdad —pero después de todo, hasta en el Jardín del Edén existía la serpiente. ¿Sobre la base de qué juicio actuó Judas sino en el suyo propio? Los protestantes pretenden estar retornando al cristianismo «puro» y «primitivo». ¿De dónde tuvieron noticia de Cristo, sino en los documentos que la Iglesia ha conservado tan cuidadosamente? ¿Quién, después de todo, ha conservado la Biblia durante cientos de años desde el tiempo en que fue escrita hasta la venida de Lutero? Las mismas preguntas pueden hacerse a la Iglesia posconciliar con respecto a su nuevo género de cristianismo.

to)», y todos están «unidos bajo una sola Cabeza»<sup>16</sup>. No es el acuerdo de los fieles con *cualquier* fe que la jerarquía pueda enseñar, ni el uso por los fieles de *cualquier* rito que la jerarquía pueda recomendar, sino más bien la concordia de los seglares y de la jerarquía (que uno tiene la esperanza de que se cuente también entre los fieles) con *la Fe y los ritos* que Cristo y los apóstoles nos dieron. Las desviaciones de la ortodoxia por parte de la mayoría de la jerarquía no vienen a completar el «depósito», sino que más bien es para conservar el «depósito» por lo que la jerarquía existe. La autoridad existe para proteger el depósito de la fe, y no al revés. Como dijo el Cardenal Newman:

«La Iglesia está fundada sobre una doctrina —el Evangelio de la Verdad; es un medio hacia un fin. Si la Iglesia Católica misma tuviera que perecer (aunque, bendita sea la promesa, esto no puede acontecer), es preferible que perezca *antes* de que falte la Verdad. La pureza de la fe es más preciosa para el cristiano que la unidad misma».

«*How to Accomplish It*»

Si como católicos nosotros debemos asentimiento al «Magisterio de enseñanza de la Iglesia», es precisamente a causa de que la Iglesia enseña aquello que le fue confiado por su Maestro. (Enseña también como verdaderas las cosas que son reveladas virtualmente, es decir, derivadas de lo que se revela por el uso de la razón; y las cosas que son verdaderas a causa de que están conectadas con la revelación y de que son testificadas como tales por los Padres y los Santos de la Iglesia). De aquí se sigue lógicamente que es *de fide* que:

«Han de ser creídas con fe divina y católica, todas aquellas cosas que están contenidas en la palabra de Dios, escrita o transmitida, y que la Iglesia, bien

---

<sup>16</sup> Negarse a obedecer a un Papa que nos pide que hagamos lo que va contra las leyes de Dios no es «atacar» al Papa; es más bien «defender» el Papado. Desdichadamente, tal no es la actitud de la presente jerarquía posconciliar. Por ejemplo, cuando el reverendísimo Paul Gregoire, Arzobispo de Montreal, privó al Padre Normandin de su parroquia a causa de que este insistía en ofrecer la Misa Tradicional Católica, dijo: «Mi propia conciencia me impone graves obligaciones en la obediencia a mi superior, el Papa. Antes prefiero estar equivocado con él, que estar en lo cierto contra él». O bien el Arzobispo no conoce su teología, o bien no es un católico romano.

por un juicio *solemne*, o por su *magisterio universal y ordinario*, propone a la creencia como habiendo sido divinamente reveladas».

Vaticano I, sesión III.

## LA NATURALEZA DE LA REVELACIÓN

¿Cuáles son entonces las fuentes primarias a las cuales nosotros en tanto que católicos debemos asentimiento, y con las cuales los Papas y sus obispos deben estar ellos mismos en unión? Son las fuentes de la Revelación, las cuales son, según una afirmación *de fide*, la Escritura y la Tradición. «Sería verdadero en un sentido, decir que no hay sino una sola fuente de Revelación (aparte de Dios mismo), a saber, la divina Tradición —comprendiendo por esta el cuerpo de la Verdad Revelada transmitida desde los apóstoles... No obstante, puesto que una parte grande e importante de esta tradición fue confiada a la escritura y está contenida en los libros inspirados de la Sagrada Escritura, es la costumbre de la Iglesia distinguir dos fuentes de Revelación: la Tradición y la Escritura».<sup>1</sup> Ciertamente, el hecho de que los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento son «inspirados», y los índices del «canon» o lista de los libros admitidos como Escritura (en tanto que opuestos a los Apócrifos), no puede ser demostrado a partir de la Biblia, y se basa enteramente en la Tradición<sup>2</sup>. Como dijo S. Agustín, «Yo no creería en el Evangelio, a menos de haber sido impelido a ello por la autoridad de la Iglesia Católica»<sup>3</sup>. El caso sólo debería ser justamente este, pues la Iglesia existía mucho antes de que las Escrituras fueran escritas (el Evangelio de S. Mateo, el más antiguo, fue escrito ocho años después de la muerte de nuestro Señor; y el Apocalipsis muchos años después), y como el mismo apóstol Juan nos cuenta, no era razonable ni posible que hasta la última palabra y obra de nuestro Salvador fueran confiadas a la Escritura<sup>4</sup>. El Cardenal Manning lo señala bien diciendo:

---

<sup>1</sup> Canon George D. Smith, *The Teaching of the Catholic Church*, McMillan, Nueva York, 1949.

<sup>2</sup> *Exposition of Chistian Doctrine*, op. cit.

<sup>3</sup> *Contra ep. Fundament.*, c. 5: Los protestantes que pretenden que la Escritura es la única fuente de la Revelación cristiana están en la posición anómala de negar la autoridad misma que da a la Escritura su autenticidad, a saber, la Tradición y la Iglesia «visible» que ha «canonizado» y conservado intactos los libros sagrados. Esto aconteció en el año 317.

<sup>4</sup> «Pero hay también muchas otras cosas que Jesús hizo, las cuales, si fueran escritas todas, el mundo mismo, pienso yo, no sería capaz de contener los libros que deberían ser escritos». (*Juan XXI*, 25).

«Nosotros no derivamos nuestra religión de las Escrituras, ni la hacemos depender de ellas. Nuestra fe estaba en el mundo antes de que el Nuevo Testamento fuera escrito».

La primacía de la Tradición ha sido una enseñanza constante de la Iglesia, y ciertamente como afirma Tanquerey, es la «fuente principal de la Revelación».<sup>5</sup> Él resume esta enseñanza diciendo:

«La tradición es más extensa que la Escritura, y abarca verdades que no están contenidas en la Escritura o están contenidas en ella solo obscuramente; la Tradición es así más esencial para la Iglesia que la Sagrada Escritura, pues la verdad revelada al comienzo fue transmitida oralmente por los apóstoles, fue siempre proclamada oralmente, y siempre por todas partes ha de ser proclamada...»

La Escritura es, por supuesto, una de las fuentes primarias a partir de la cual podemos llegar a conocer la Tradición cristiana. Como tal, siempre ha sido grandemente venerada por la Iglesia Católica. Si las grandes Biblias manuscritas e iluminadas estaban «encadenadas» en las Iglesias en los tiempos medievales, esto es similar a las prácticas de hoy en día en toda colección o biblioteca de libros raros; si se conservaban en el original latín (Vulgata), esto era solo para prevenir la introducción de errores en el texto establecido. Desde los días más antiguos de la Iglesia, la Biblia era leída tanto en la lengua litúrgica como en la lengua vernácula —sabemos esto por la historia de S. Procarpo que fue martirizado en el año 303, y cuya función era traducir en la Misa el texto sagrado a la lengua hablada —una costumbre que prevalece hasta este día siempre que se dice la Misa tradicional. Tampoco es verdadero, como pretenden Lutero y los protestantes, que la Iglesia «haya escondido la Biblia a los seglares». Por ejemplo, hubo al menos nueve ediciones alemanas de la Biblia pu-

---

<sup>5</sup> Se ha argumentado que la insistencia en la Tradición es un fenómeno «postridentino». Escuchemos las palabras de S. Epifanio (circa 370): «Debemos apelar también a la ayuda de la Tradición, pues es imposible encontrar todo en la Escritura; pues los santos apóstoles nos transmitieron algunas cosas por escrito y otras por Tradición». S. Basilio habla similarmente de dogmas que se encuentran —«algunos en los escritos doctrinales, otros transmitidos desde los apóstoles... los cuales tienen ambos la misma fuerza religiosa».

blicadas antes del nacimiento de Lutero y muchas más en latín. Lo mismo era verdadero en los demás países<sup>6</sup>. Lo que importaba e importa a la Iglesia a este respecto es que las traducciones sean exactas y fieles, no sea que se introduzca alguna distorsión del depósito original de la fe<sup>7</sup>. ¡Y ciertamente es sabia! La «Nueva Biblia Americana», la versión inglesa de las Escrituras que la nueva Iglesia posconciliar recomienda que se use en todas las Iglesias de América del Norte (y que es plenamente aceptable para los protestantes y lleva la «bendición Papal» de Pablo VI), traduce siempre la frase *resurrexit* y *surrexit* (voz activa) como «Cristo ha sido resucitado», en vez del correcto «Cristo ha resucitado»<sup>8</sup>. La distinción puede parecer mínima, pero Cristo no fue resucitado por otro. «Si Cristo no hubiera resucitado (siendo Dios, en y por Sí mismo)... entonces nuestra fe sería en vano» (*1 Corintios XV*). La otra cosa que importaba e importa a la Iglesia es que los pasajes oscuros de la Escritura sean comprendidos correctamente —es decir, según la manera de los Padres, de los Doctores y de los Santos. ¿Cómo podría la Iglesia tomarse tanto cuidado en preservar las Escrituras intactas y no interesarse también sobre su uso apropiado? ¿De qué otro modo querríamos nosotros que actuara una madre amorosa?<sup>9</sup>.

<sup>6</sup> Cf. Catálogo de Biblias en la Caxton Exhibition en South Kensington en Inglaterra, 1877.

<sup>7</sup> W. Walker, un individuo escasamente amistoso hacia la Iglesia, califica la traducción de Lutero como «muy libre... juzgada por los cánones de exactitud modernos» (*The Reformation*) Zuinglio fue todavía más crítico, «Tú corrompes, oh Lutero, la palabra de Dios. Eres conocido como un notorio pervertidor de la palabra de Dios. Cuán avergonzados estamos de ti, a quien una vez tuvimos tanto respeto».

<sup>8</sup> Ha de admitirse que S. Pablo usa la forma pasiva al menos en una ocasión. El defecto en la nueva traducción no está en decir que Cristo fue resucitado, sino en suprimir los textos que dicen que Él resucitó por Su propio poder. Podrían darse muchos otros ejemplos, tales como traducir *Él gimió en Su espíritu* y *Se turbó* (*Juan XI, 33*) por *Él se estremeció con las emociones que se arrebataban dentro de Él*, sugiriendo claramente que Cristo no tenía el control de su naturaleza pasional. Aquellos interesados en el problema de las falsas traducciones fomentadas entre los fieles por la nueva Iglesia pueden remitirse a «Experiment in Heresy» de Ronald D. Lambert, *Triumph* (Wash. , D.C) Marzo de 1968, y «The Liturgy Club» de Gary K. Potter, *Triumph*, Mayo de 1968. Se encontrará un excelente estudio por un no cristiano en «The Survival of English» por Ian Robinson, Cambridge University Press, Cambridge, Inglaterra 1977.

<sup>9</sup> Fue en respuesta al grito lolardo (en la temprana Reforma) del siglo XV, en Inglaterra, — «¡Una Biblia abierta para todos!», entendiendo por una «Biblia abierta» las traducciones incorrectas y tendenciosas que se estaban extendiendo— por lo que Arundel, el Arzobispo de Canterbury, afirmó en el concilio de Oxford de 1406 que «nadie debería traducir por su propia autoridad al inglés ninguna porción de la Sagrada Escritura». Cualquiera que tenga un conocimiento aunque sea superficial de



Pero la Escritura no es en modo alguno el único canal a través del cual la Tradición es conservada y transmitida a nosotros. Los demás órganos del Magisterio sirven también a esta función — sobre todo la Liturgia (la Misa tradicional, el Breviario, los ritos Sacramentales y las plegarias tradicionales), los concilios, los escritos de los Padres sub-apostólicos y los documentos históricos de la Iglesia. Son las «tradiciones» de la Iglesia las que, tanto como la Escritura, conservan para nosotros el «depósito» original. De aquí se sigue que, como dijo S. Juan Damasceno, «el que no cree según la Tradición de la Iglesia Católica ... es un descreído», y como dijo S. Agustín, «es una locura dejar las tradiciones de la Iglesia». Y cómo podrían estos santos decir otra cosa cuando el apóstol mismo nos instruye así:

«Permaneced firmes, y retened las tradiciones que habéis aprendido, bien por la palabra o por nuestra epístola... Retened la forma de las palabras salutíferas que habéis escuchado de mí con fe y con amor, que está en Cristo Jesús...»

---

los sermones medievales, sabe cuán repletos están de citas Escriturarias —muchos no eran verdaderamente nada más que pasajes de esta fuente sagrada ensartados uno tras otro. «Esta fantasía, dice S. Juan Crisóstomo, de que solo los monjes deberían leer las Escrituras, es una peste que corrompe todas las cosas; pues el hecho es que tal lectura os es más necesaria a vosotros(los seglares) que a ellos» (*In Matth. Hom. II*). No obstante la Iglesia ha enseñado: «Que el lector se guarde de hacer que la Escritura se incline a su sentido, en lugar de hacer que su sentido se incline a la Escritura» (*Regula cujusden Patris ap Luc. Hols. Cod. Reg.*). Es digno de notar también que la traducción inglesa de la Biblia que Wycliffe (m.1384) usó, era de hecho una traducción católica que existía anteriormente a su movimiento. (Esta Biblia está guardada en el British Museum y el *nihil obstat* fue aprobado por el Cardenal Gasquet).

## ¿QUÉ SE ENTIENDE POR LA PALABRA «TRADICIÓN»?

Etimológicamente tradición significa simplemente «aquello que se transmite», o «que se entrega». Conforme a la Enciclopedia Católica (1908), «la verdad tradicional fue confiada a la Iglesia como un depósito que ella guardaría y transmitiría cuidadosamente como lo había recibido sin añadirle ni quitarle nada...» En cuanto a la jerarquía, como lo señala el Cardenal Franzelin en su obra *De Divina Traditione et Scriptura*. «El señor eligió un cuerpo de hombres a quienes confió su Revelación. Los envió a predicar esta verdad y amenazó con castigar a aquellos que no les escucharan... Con esta misión a ellos confiada, los apóstoles y sus sucesores designados, han enseñado a todas las generaciones la verdad revelada que viene de Cristo».<sup>1</sup>

Debería ser manifiestamente claro que la Revelación cristiana estaba completa con la muerte del último apóstol. No hay ninguna cosa tal como la «revelación ininterrumpida». La enseñanza del Magisterio es totalmente clara sobre este tema:

«La Revelación hecha a los apóstoles por Cristo y por el Espíritu Santo a quien Él envió a enseñarles *toda la verdad* fue final, definitiva. A ese cuerpo de la verdad revelada nada ha sido agregado, ni lo será nunca».

También debería ser claro que esta restricción sobre la jerarquía se aplica tanto al Papa como a cualquier otro miembro del cuerpo de los fieles. Como lo afirma el Cardenal Hergenrother (en la *Catholic Encyclopedia*), «Él (el Papa) está circunscrito por la conciencia de la necesidad de hacer un uso recto y benéfico de los deberes adscritos a sus privilegios... también está circunscrito por el espíritu y la práctica de la Iglesia, por el respeto debido a los concilios generales y a los estatutos y costumbres antiguos». Ahora bien, esta Revelación se nos da en la Escritura y en la Tradi-

---

<sup>1</sup> La identificación de lo tradicional con lo convencional —tal como llevar el emblema de una escuela— es por supuesto una antigua sofistería, y a menudo sirve como argumento para abolir ambos. Debería estar claro que Cristo no hablaba de una cosa tal cuando dijo: *Omnia mihi tradita sunt a Patre meo*. Como afirma John Senior en su *Death of Christian Culture*, «La doctrina cristiana no es un resultado de la convención, aunque es ciertamente tradicional».

ción, y se conserva para nosotros en los escritos de los «Padres», y en las «tradiciones» de la Iglesia. Ha pasado a nosotros a través de los diversos «órganos» del Magisterio, de los cuales el Papa mismo es sólo uno. Nos incumbe ahora considerar en mayor detalle la naturaleza de la «tradición».

Casi todos los textos teológicos inician su estudio de este tema con la siguiente afirmación *de fide* tomada del concilio de Trento:

«... Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, promulgó, primero con Su propia boca, y después ordenó que fuera predicada por Sus apóstoles a todas las criaturas, como la fuente de todo, tanto la verdad salvadora como la disciplina moral; y viendo claramente que esta verdad y disciplina están contenidas en los libros escritos y en las tradiciones no escritas recibidas por los apóstoles mismos, al dictado del Espíritu Santo, y que han llegado hasta nosotros transmitidas, por así decir, de mano en mano; (el sínodo), siguiendo los ejemplos de los Padres ortodoxos, recibe y venera con una afección de piedad y de reverencia iguales todos los Libros, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento —viendo que un solo Dios es el autor de ambos—, así como también las tradiciones dichas, tanto las pertenecientes a la Fe como a las costumbres, como habiendo sido dictadas bien por la palabra de la propia boca de Cristo o bien por el Espíritu Santo, y conservadas en la Iglesia Católica por una sucesión continua... Si alguien... con conocimiento y deliberadamente condena las tradiciones anteriormente dichas, que sea anatema».

#### Sesión IV

A pesar de las distorsiones a que dan lugar en la Escritura, la mala traducción y la interpretación privada, y a pesar del hecho de que las múltiples sectas protestantes rechazan algunos de los libros bíblicos del canon católico (como Lutero repudió la Epístola de Santiago y el Libro de Ester), el significado del término permanece relativamente claro<sup>2</sup>. Esto, sin embargo, no es verdadero por lo que toca al término

---

<sup>2</sup> Como afirma S. Alfonso María de Liguori, doctor de la Iglesia, «Las tradiciones son necesarias a fin de que la Iglesia pueda determinar el sentido verdadero de los pasajes de la Escritura». La interpretación «privada» de la Escritura no es en modo alguno un problema «nuevo», y ni siquiera un problema de la «reforma», como se muestra en las palabras de S. Ireneo (circa 175) quien destaca que

«Tradición», el cual se ha usado en una extensa variedad de contextos, y con referencia a diferentes aspectos del *depositum* divino. Hay algunos que querrían limitar su uso a los dogmas divinamente revelados no contenidos en la Escritura, mientras que otros aplican el término de manera que cubra el espectro entero de la enseñanza y la práctica católicas. A fin de clarificar el problema, los teólogos han definido la Tradición como *dogmática* o *disciplinaria* desde el punto de vista de su contenido, y *divina* o *divino-apostólica* desde el punto de vista de su origen. Es divina o divino-apostólica para distinguirla, por una parte de las *tradiciones eclesiásticas*, las cuales son los preceptos y las costumbres observadas en la Iglesia desde hace mucho tiempo, y que, aunque podrían pertenecer a la revelación, solamente pueden ser rastreadas hasta los tiempos postapostólicos, y por otra parte, de las tradiciones humano-apostólicas, las cuales ciertamente remontan sus orígenes hasta los apóstoles, pero no en su capacidad como canales de la Revelación<sup>3</sup>.

---

«otros, sin embargo, retienen las Escrituras, pero están tan orgullosos de su falso conocimiento que alteran su sentido verdadero» (*Adv. Her.* III. 12, 12).

La Iglesia ha enseñado tradicionalmente que la Escritura ha de ser comprendida de cuatro modos. Para citar a Dante (*Convivio*), «El primero se llama literal y es el modo que no se extiende más allá de la letra según esta aparece; el segundo se llama el alegórico, y es el que se oculta bajo el manto de estos relatos, y es una verdad oculta bajo una ficción bella... El tercer sentido se llama moral, y este es el sentido que los instructores deberían intentar captar a todo lo largo de las Escrituras para su propio beneficio y el de sus discípulos... El cuarto sentido se llama el anagógico, es decir, “por encima del sentido”; y este se da cuando una escritura se explica espiritualmente». Todo esto no es sino un resumen del dicho de los antiguos padres judíos al efecto de que «La Torah es como un yunque, cuando se golpea saltan un millar de chispas».

Los exégetas protestantes y modernos con su pseudoerudición —que reemplaza la comprensión de las interpretaciones sagradas por interpretaciones filológicas, histórico-críticas y psicológicas, por no decir nada de las exposiciones meramente sociológicas y políticas— querrían reducir la Escritura al nivel de la literatura profana moderna, al nivel de una novela de Dreiser. Los jóvenes de hoy en día, al rechazar la religión, lo que rechazan a menudo son las absurdidades que resultan de tales aproximaciones «liberales» a lo sagrado. Los integristas, por otra parte, se limitan solo a una estrecha interpretación «literal», un proceso que traduce textos tales como el Cantar de los Cantares casi inteligiblemente. Ambos grupos se negarían, por supuesto, como lo hace notar Hilaire Belloc, a tomar afirmaciones tales como «Este es Mi Cuerpo» en un sentido literal.

<sup>3</sup> La Tradición se clasifica, además, como *objetiva* cuando se refiere a las verdades dogmáticas, y *activa*, por algunos, en referencia a las «costumbres, preceptos, disciplinas y prácticas», y por otros cuando se refiere a los diferentes órganos de transmisión tales como los ritos de la Iglesia y el Magisterio de la enseñanza. Se llama *constitutiva* si está establecida por los apóstoles y *continuativa* si es de origen posterior. Con respecto a su relación con la Escritura, se llama *inherente* (si lo que se transmite

Ahora pueden hacerse varias puntualizaciones: La primera de todas es que la Tradición (con una T mayúscula), en tanto que fuente de la Revelación, se refiere a las cosas inmutables que no pueden ser rechazadas ni cambiadas. La segunda, que tales Tradiciones incluyen las Verdades y las Disciplinas que tienen como su fuente a Cristo y a los apóstoles. La tercera, que es extremadamente difícil, sino imposible, por esta distancia en el tiempo, distinguir entre lo que es Tradición «sub-apostólica» y lo que es verdaderamente Tradición divino-apostólica, y entre lo que es Tradición humano-apostólica y lo que es Tradición divino-apostólica<sup>4</sup>. Así, por ejemplo, en el Canon de la Misa tradicional, aparte de las palabras de la Consagración, nosotros no estamos seguros, en modo alguno, de cuáles partes son de origen divino-apostólico y de cuáles partes pueden ser consideradas de tradición humano-apostólica o de tradición eclesiástica. Debe recordarse que, como afirma el Cardenal Bellarmino en su *De Verbo Dei*, la Tradición se llama «no escrita», no a causa de que no haya sido puesta por escrito nunca, sino a causa de que no fue puesta por escrito por su primer autor. Puede asumirse razonablemente que los autores sub-apostólicos para quienes las «innovaciones» eran anatema, codificaron muchas «costumbres, preceptos, disciplinas y prácticas» que eran verdaderamente apostólicas en su origen. Además, debe afirmarse que las tradiciones eclesiásticas, aunque no tienen el mismo peso que las apostólicas, ciertamente merecen nuestra mayor veneración, y rechazarlas con pretexto de que no son «divinas», es tan absurdo como rechazar los cánones de los concilios ecuménicos a causa de que no derivan de Cristo mismo<sup>5</sup>. De aquí se sigue que,

---

se afirma claramente en la Escritura), *declarativa* (si se afirma solamente de una manera obscura en la Escritura y necesita la ayuda de la Tradición para ser comprendida) y *constitutiva* (si no se encuentra en modo alguno en la Escritura).

<sup>4</sup> S. Clemente, cuarto Obispo de Roma, y compañero de viajes de S. Pablo, fue descrito por los primeros Padres como «a veces apostólico, a veces apóstol, a veces casi apóstol».

<sup>5</sup> Los Padres del concilio de Trento fueron enteramente específicos al respecto de que «las verdades y las disciplinas están contenidas en los libros escritos y en las tradiciones no escritas», pero les faltó especificar estas de una manera exacta. Es pertinente aquí el siguiente pasaje de la obra *Canons and Decrees of the Concil of Trent* del Rev. J. Waterworth (Burns Oates, 1848):

«Habiendo sido completadas estas regulaciones, las congregaciones privadas procedieron a considerar las tradiciones divinas y apostólicas —es decir, aquellas doctrinas y prácticas que, enseñadas por Jesucristo y sus apóstoles, no han sido registradas en las sagradas escrituras, sino que han sido transmitidas por distintas vías de edad en edad. Sobre este tema se tuvieron numerosas congregaciones, tanto particulares como generales. Sobre la existencia

como afirma S. Pedro Canisio en su *Summa Doctrinae Christianae*, «Nos conviene observar unánime e inviolablemente las tradiciones eclesiásticas, bien codificadas o simplemente guardadas por la práctica acostumbrada de la Iglesia». Todos estos puntos están resumidos en el texto siguiente, tomado de un texto teológico modelo:

«Hay muchas regulaciones que han sido transmitidas con la autoridad apostólica, pero no como reveladas por Dios. Son meramente tradiciones apostólicas, en contraposición de las Tradiciones divino-apostólicas. Esta distinción, aunque suficientemente clara en sí misma, no es de fácil aplicación, excepto en materias estrictamente dogmáticas o estrictamente morales. En otras materias, tales como las instituciones y disciplinas eclesiásticas, hay varios criterios para guiarnos; p.e. 1º) el testimonio distinto del apostolado de enseñanza o de los documentos eclesiásticos al respecto de que alguna institución es de origen divino...; 2º) la naturaleza de la institución misma —por ejemplo las partes esenciales de los sacramentos... Allí donde estos criterios no pueden ser aplicados y la costumbre de la Iglesia no dirime el asunto, sigue siendo una cuestión abierta si una institución dada es de derecho divino y pertenece al depósito de la fe. En cualquier caso, nosotros estamos sujetos a respetar tales tradiciones, y también aquellas que son meramente eclesiásticas. Así, en el credo de Pío IV (los credos son parte del Magisterio solemne— nota del editor) nosotros decimos: “Yo admito y abrazo firmemente las Tradiciones apostólicas y eclesiásticas y todas las demás observancias e instituciones de la dicha Iglesia... Recibo y admito también las ceremonias recibidas y aprobadas de la Iglesia Católica usadas en la solemne administración de todos los sacramentos”»<sup>6</sup>.

---

de tales tradiciones todos estuvieron de acuerdo; pero, mientras algunos insistieron en que las tradiciones recibidas debían ser distintamente especificadas, otros estaban igualmente decididos a que debían aprobarse de la manera más general posible, aún excluyendo el término apostólico distintivo, por temor a aparecer repudiando usos y ritos tales que no podían ser rastreados hasta aquella fuente... En la congregación general del 5 de Abril, el Obispo de Chioggia suscitó una oposición más intempestiva, considerando las tradiciones como leyes, no como revelaciones, y tachando de impiedad declararlas como de autoridad igual a la palabra escrita. Este sentimiento no tuvo ningún aprobador, sino que excitó la indignación de toda la asamblea...».

<sup>6</sup> *A Manual of Catholic Theology*, basado sobre la «Dogmatic» de Scheeban por Joseph Wilhelm y Thomas Scannell, Kegan Paul: Londres, 1909.

Entre las Tradiciones que son claramente de origen apostólico están incluidas «la inspiración de los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, el poder del signo de la cruz, la determinación del número preciso de los sacramentos, el bautismo de los niños, la validez del bautismo administrado por los heréticos, la substitución del Sábado por el Domingo, la Asunción de la Santísima Virgen, etc.»<sup>7</sup>. Uno puede agregar a esta lista la «forma» y «materia» de los sacramentos, especialmente el de la santa misa, y el establecimiento del Episcopado como los descendientes legítimos de los apóstoles. Es este último acto el que acarrea consigo el concepto de tradición (con una t minúscula), pues los pastores legítimos de la Iglesia primitiva establecieron las tradiciones eclesiásticas —«los preceptos, las costumbres, las disciplinas y las prácticas», no como los hombres establecen las costumbres humanas, sino codificando aquellas costumbres que habían recibido o aprendido de los apóstoles, o como miembros de ese cuerpo único conformado por Dios mismo, y animado y dirigido por Su Espíritu Santo. «De aquí que su testimonio no sea el testimonio de los hombres, sino el testimonio del Espíritu Santo»<sup>8</sup>. Como se afirma en la Epístola de Diogneto, a los cristianos «no se les ha transmitido ningún descubrimiento terrenal, ni están custodiando ninguna invención mortal».

Uno apenas se sorprende de encontrar que la mayoría de los Padres de la Iglesia no hacen una distinción clara entre lo que es apostólico (hablando estrictamente) y lo que es eclesiástico en la Tradición. El Cardenal Tixeront en su texto sobre *La Historia de los Dogmas* afirma: «S. León usa la palabra Tradición en su sentido primitivo de enseñanza y de costumbre transmitidas de viva voz o por la práctica». En otra parte del mismo texto afirma que S. Juan Damasceno «como S. Basilio... admite como una regla de fe, aparte de la Escritura, algunas tradiciones no escritas que descienden desde los apóstoles, y algunas costumbres eclesiásticas que deben ser aceptadas como autoridad». S. Jerónimo concibe también la tradición en un contexto amplio: «Las tradiciones y costumbres de la Iglesia pueden suplir el silencio de la Escritura, (sobre muchos puntos) como puede verse en muchas (de sus) prácticas» (*Dialogus contra luciferanos*, VIII). Una comprensión tal se refleja también en *The Tradition of Scripture* del Padre Barry (1911), donde afirma: «Los católicos entienden ciertamente por Tradición el sistema conjunto de la fe y de las ordenanzas que

---

<sup>7</sup> *Exposition of Christian Doctrine*, op. cit.

<sup>8</sup> *A Manual of Catholic Theology*, op. cit.

han recibido de las generaciones anteriores a ellos... remontándose hasta los apóstoles de Cristo».

Los concilios reflejan también el pensamiento de la Iglesia sobre este punto. Así, el canon III del concilio de Cartago y el canon XXI del concilio de Gangra afirman que «se insiste en que las tradiciones no escritas tendrán autoridad». El séptimo concilio ecuménico afirma que «si alguien desautoriza alguna tradición eclesiástica, escrita o no escrita, que sea anatema», y «sea anatema todo lo que está en conflicto con la tradición y la enseñanza eclesiástica, y cuanto ha sido innovado y hecho contrariamente a los ejemplos trazados por los Santos y los Padres venerables, o cuanto de aquí en adelante se haga alguna vez de esta manera»<sup>9</sup>. El Segundo concilio de Nicea condenó también a «aquellos que se atreven según la manera impía de los heréticos, a hacer burla de las tradiciones eclesiásticas y a inventar novedades de cualquier tipo». Tal es también la actitud de los Santos y de los Papas. S. Pedro Damiani (un «doctor» de la Iglesia) escribe que «es ilegítimo alterar las costumbres establecidas de la Iglesia... No retires los antiguos hitos que tus padres han establecido». S. Juan Crisóstomo afirma, «Es Tradición, (si es así) no pidas más». Como ha dicho el Papa Benedicto XV, parafraseando casi palabra por palabra a alguien que ocupó la sede apostólica una millar de años antes (el Papa Silvestre), «No innovéis nada. Permaneced contentos con la Tradición». Ningún Padre de la Iglesia, ningún santo o doctor de la Iglesia, y ningún Papa (anterior a la época presente) ha desacreditado ni intentado cambiar nunca las tradiciones eclesiásticas. Todo esto es un clamor lejano de la enseñanza de la nueva Iglesia posconciliar cuyo líder, a la sazón Pablo VI, nos dice que «es necesario saber cómo dar la bienvenida con humildad y libertad interior a cuanto es innovador; uno debe romper con el apego habitual a lo que solíamos designar como la inalterable tradición de la Iglesia...» (*La Croix*, 4 de septiembre de 1970); ¡Judas no podría haberlo dicho mejor!

A fin de comprender mejor la relación entre la *Tradición Divina* y la *Tradición Eclesiástica*, podemos trazar un paralelo entre lo que se llama *de fide definitiva* o *de fide catholica* (que son las verdades divinamente reveladas por Cristo o los apóstoles

---

<sup>9</sup> Es pertinente destacar que «La Profesión de la Fe Católica de los Conversos» requerida por la Iglesia tradicional dice así: «Yo admito y abrazo firmemente las tradiciones apostólicas y eclesiásticas y todas las demás constituciones y prescripciones de la Iglesia» (*Collectio Ritus*, 1964). S. Juan Fisher enseñaba que «Aquellas tradiciones apostólicas que no están registradas en las Escrituras no por eso deben ser menos observadas. En adición a estas tradiciones, las costumbres recibidas por la Iglesia universal no deben ser rechazadas por ningún cristiano» (Vida, E. E. Reynolds).



y declaradas por la Iglesia como tales) y lo que se llama *de fide ecclesiastica* o *de proxima fidei* (que son las verdades reveladas todavía no definidas así por la Iglesia). Como ha dicho el Padre Faber:

«Hay tres tipos de fe: *humana*, la cual reposa sobre la autoridad humana, y como tal es incierta y está sujeta al error; *divina*, la cual reposa sobre la autoridad divina; y *eclesiástica*, la cuál reposa sobre la autoridad de la Iglesia, que define alguna cosa con la asistencia del Espíritu Santo, a través de la cual es preservada de la posibilidad de error; y esta fe es infalible, con una infalibilidad participada y confiada, inferior en grado a la fe divina, pero con una certeza que la eleva muy por encima de la fe humana. Por lo tanto, si alguna cosa se mostrara como siendo *de fide ecclesiastica*, entonces no solamente tiene derecho a nuestra aceptación, sino que inclusive rechaza toda oposición, de modo que un hombre, aunque no fuera formalmente un hereje, sería, usando las frases comunes, temerario, escandaloso e impío si afirmara lo contrario»<sup>10</sup>.

Algunas tradiciones eclesiásticas pueden ser ciertamente modificadas por la autoridad apropiada, pero la «modificación» es considerablemente diferente de las abrogaciones y cambios que recientemente se han introducido en la Iglesia «Posconciliar». La Iglesia y la fe verdaderas se caracterizan como «vivas», y la vida que Cristo estableció siempre puede brotar en nuevas ramas. No es que la hoja sea nueva, sino la «savia» que corre en sus venas lo que mantiene tanto la salud espiritual como la validez tradicional. El hecho de que la fiesta del Corpus Christi con procesiones públicas pueda haberse establecido en la alta Edad Media (En tiempos de Nerón ello no era ciertamente una posibilidad), no cambió nada en la Revelación que Cristo nos dio. Nuestros modos de mostrar respeto y adoración a las Sagradas Especies pueden ser modificados, pero esto no cambia en modo alguno nuestra reverencia tradicional por el Cuerpo de Cristo. (Una «introducción» tal no puede ser compararse en modo alguno con la distribución de la Eucaristía por manos sin consagrar bajo las circuns-

---

<sup>10</sup> Préstese atención a las palabras de S. Bruno: «Con una mala voluntad unánimemente contra Cristo, hacen un pacto a fin de poder destruir sus tabernáculos. Estos son la multitud transitoria y falible de los idumeos, la multitud terrenal y sedienta de sangre de los falsos cristianos, quienes aunque iniciados en los sacramentos eclesiásticos son, sin embargo, mundanales... y crueles contra los buenos y verdaderos ismaelitas» (*Expos. in Ps. LXXXII*).

tancias modernas, con la retirada del Sagrario de los altares, ni con la promulgación de los ritos que permiten a un protestante la comprensión del Sacrificio. Tales actos no representan ningún «florecimiento» de la vid, sino más bien profanaciones y rupturas abiertas con la tradición). Así pues, en la práctica de la Iglesia pueden introducirse costumbres que son «tradicionales», tales como la Fiesta del Sagrado Corazón<sup>11</sup> o el Rosario. Tales prácticas no son en modo alguno «innovaciones», pues tienen sus raíces en la sana doctrina, y son, por así decir, las reverberaciones que el depósito original, al igual que una piedra arrojada en un estanque sereno, hace brotar inevitablemente.

Se encontrará, además, una extensión del concepto de «tradición» en los diferentes «órganos» usados para transmitir las «costumbres, preceptos, instituciones, disciplinas y prácticas» de la Iglesia a nuestra generación. Así Franzelin, el teólogo papal del concilio Vaticano I, describe lo que se transmite como «tradición objetiva», y el proceso de transmitirlo como «tradición activa». En primer lugar entre estos «órganos» están el Magisterio Solemne (que abarca las definiciones dogmáticas de los pontífices romanos, de los concilios ecuménicos, las profesiones de la fe y las censuras teológicas), y el Magisterio Ordinario y Universal (que incluye entre otras cosas las costumbres o prácticas universales asociadas con el dogma y sobre todo la Liturgia Romana tradicional)<sup>12</sup>.

Claramente la Misa tradicional combina todos estos aspectos de la tradición. Ciertamente, como ha dicho el Papa Pío XI, «es el órgano más importante del Magisterio Ordinario de la Iglesia», y de «la enseñanza de la Iglesia»<sup>13</sup>. Es un «*locus* teológico de primera importancia para el conocimiento de la tradición viva de la Igle-

---

<sup>11</sup> Escribiendo sobre esta Fiesta, Gerald Manley Hopkins dijo: «Esto es lo que hace la Iglesia o el Espíritu Santo que gobierna la Iglesia: a partir del depósito que Cristo dejó tras de sí, hace surgir de vez en cuando, según lo requiere la necesidad, alguna doctrina o alguna devoción que era en verdad conocida por los apóstoles y que es antigua, pero que es desconocida o poco conocida en esa época y viene así al mundo como nueva. Tal es el caso con la adoración del Sagrado Corazón» (*Sermones*).

<sup>12</sup> Teólogos posteriores han descrito la tradición «objetiva» como la «regla remota de la fe», y el magisterio o la tradición «activa» como la «regla próxima de la fe». Otros todavía han invertido los términos «remota» y «próxima». Pío XII hacía uso de la frase «norma próxima y universal para todo teólogo» con respecto al Magisterio (A.A.S. XLII. 1950, 567), pero al mismo tiempo puntualizó que el Magisterio es el «guardián y el intérprete de la verdad revelada», y no «una fuente separada de la verdad».

<sup>13</sup> *Rev. Greg.* 1937, p. 79.

sia»<sup>14</sup>. Su contenido es en parte de origen divino, en parte de origen apostólico y en parte de derivación eclesiástica. Ha experimentado varias modificaciones a lo largo de las edades, pero nunca ha cambiado su naturaleza esencial. Como ha señalado un teólogo, «si algunos de los primeros cristianos se levantaran de sus tumbas en las catacumbas, reconocerían en el culto católico de nuestro tiempo (y es innecesario decir que se refiere a la Misa tradicional, y no al *Novus Ordo Missae*), no solo los elementos, sino también algunos detalles de la forma del culto al cual estaban acostumbrados»<sup>15</sup>. Su canon, como enseña el concilio de Trento, «Está compuesto de las palabras mismas del Señor, de las tradiciones de los apóstoles y de las piadosas instituciones de los santos Pontífices». Para citar al Dr. Nicholas Gihl (*The Holy Sacrifice of the Mass*):

«El ejemplo de Cristo era la norma de los apóstoles en la celebración del Sacrificio. En primer lugar hacían solamente aquello que Cristo había hecho antes. De acuerdo con Sus indicaciones y bajo la inspiración del Espíritu Santo, observaban otras cosas, además, a saber, según las circunstancias agregaron varias plegarias y observancias, con objeto de celebrar los Sagrados Misterios tan digna y edificantemente como fuera posible. Tales porciones constituyentes del rito sacrificial, que se encuentran en todas las liturgias antiguas, tienen incontestablemente su origen en los tiempos y en la tradición apostólicos; las características esenciales y fundamentales del rito Sacrificial, introducidas y engrosadas por los apóstoles, fueron conservadas con fidelidad y reverencia en las Iglesias fundadas por ellos... algunas ceremonias, por ejemplo, las bendiciones místicas, el uso de las velas, el incienso, las vestiduras y muchas cosas de esta naturaleza, (la Iglesia) las emplea por prescripción y tradición apostólica...»

No hay que sorprenderse entonces de que el Abad Guéranger afirme:

«Es a los apóstoles a quienes se remontan las ceremonias que acompañan la administración de los sacramentos, el establecimiento de los sacramentales,

---

<sup>14</sup> A. M. Henry, O. P., *An Introduction to Theology*, Fides, I. 11, 1952.

<sup>15</sup> *Ecclesia: The Church of Christ*; Ed. A. H. Mathew, Burns Oates, Londres: 1906.

las fiestas principales... La liturgia apostólica se encuentra enteramente fuera de la Escritura; pertenece al dominio de la Tradición...»

Así pues el Magisterio, como un todo y en sus partes constituyentes, es, como lo afirma la *Enciclopedia Católica*, «el órgano oficial de la tradición». Nuestra fe depende totalmente de la tradición y no puede apartarse de ella bajo ningún pretexto. «La tradición es así la fe que la Iglesia (es decir, el Magisterio) enseña, pues ella la ha recibido de los apóstoles, y es la norma de la Verdad»<sup>16</sup>. ¿Y como podría ser de otro modo?, pues como dice el Cardenal San Roberto Belarmino en su *De Verbo Dei*, una de las características de la tradición es que es «perpetua —pues fue instituida de modo que pudiera ser usada continuamente hasta la consumación del mundo...». Entre las costumbres de la Iglesia que enumera como ejemplos de «uso continuo» desde el tiempo de Cristo hasta su día están «los ritos de administración de los sacramentos, los días de fiesta (Pascua, etc.), los tiempos del ayuno, la celebración de la Misa y del oficio divino, *et alia generis ejusdem*». Ciertamente, Belarmino se toma poco esfuerzo en distinguir entre lo que es «divino» y lo que es «eclesiástico» en la tradición<sup>17</sup> —la describe más bien como un todo integral en el que las distinciones están entre la «materia» y la «forma» que toma. Y ciertamente, las distinciones que nos vemos obligados a hacer entre lo que es divino, lo que es apostólico y lo que es «meramente» eclesiástico, tienen un cierto aire de artificialidad. Bossuet define así la Tradición como el «intérprete de la ley de Dios» y la «doctrina no escrita proveniente de Dios y conservada en los sentimientos y en la práctica universal de la Iglesia»<sup>18</sup>; y Deneffe afirma:

---

<sup>16</sup> *Dictionnaire de Théologie Catholique*, Letouzey et Ane, París, 1911-49.

<sup>17</sup> El fiel católico no tiene ninguna necesidad de hacer estas distinciones debido a que es propenso, casi por la naturaleza misma de su alma, a aceptar lo que es divino, divino-apostólico y eclesiástico con la misma reverencia y amor. No pensaría en cambiar sus ritos más que un devoto muslim, hindú o budista pensaría en cambiar los suyos. ¿Es menos «católica» la Misa Tradicional que la Escritura?

<sup>18</sup> *Défense de la tradition des saints Pères*.

«En los siglos XIX y XX muchos teólogos lo dicen con entera claridad: la Tradición es la predicación de la Iglesia... Ciertamente, algunos dicen, LA TRADICIÓN ES EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA»<sup>19</sup>.

Las «tradiciones» no son opuestas a la Tradición, sino su progenie legítima, y al igual que Cristo, el hijo es padre para el padre. Se sigue así que uno puede hablar de tradición, en un sentido aún más amplio, como la influencia total de una sociedad y cultura católicas sobre las almas de sus miembros. Por ejemplo, por ofensivo que pueda ser para los ojos modernos la peregrinación de rodillas del campesino mejicano para venerar a Nuestra Señora de Guadalupe, eso puede llamarse «tradicional» con completa legitimidad. La Enciclopedia Católica (1908) expresa bien esto. «Este concepto de tradición», afirma, «no siempre es claro, pero trataremos de explicárnoslo de la siguiente manera: Todos nosotros somos conscientes de un conjunto de ideas u opiniones que viven en nuestra mente... un sentimiento común... un espíritu común... La existencia de la tradición de la Iglesia debe considerarse como viviendo en el espíritu y en el corazón, desde donde se traslada a los actos, y se expresa en las palabras y en los escritos... Este sentimiento de la Iglesia es peculiar por cuanto está bajo la influencia de la gracia. El pensamiento de la Iglesia es esencialmente un pensamiento tradicional». ¿Y por qué es esto así? Porque aquellos que están profundamente arraigados en su fe, cuyos modelos de vida se conforman a las «tradiciones» formales y establecidas, encuentran que todos sus actos y pensamientos están correspondientemente influenciados. La generosidad, la gentileza, la cortesía, la dignidad y toda una multitud de cualidades similares que reflejan las virtudes divinas devienen una parte normal de la vida. Tales no son las cualidades del mundo moderno, pues «el espíritu de nuestros tiempos» deriva de una fuente muy diferente, de un origen que puede describirse bien como «antitradicional».

«Tradición» es entonces un término que puede ser aplicarse al *ethos* cristiano entero, y como tal puede considerarse como un árbol magnificante. Sus raíces son divinas y a menudo no se ven claramente. Se funden en su tronco que es sólido, firme y claramente visible —conformemente a su naturaleza «eclesiástica» y «visible». Las ramas pueden igualarse con los diferentes «órganos» del Magisterio a través de los cuales fluye la «savia» del Espíritu Santo. Las hojas, las flores y el fruto completan

---

<sup>19</sup> *Der Traditionsbegriff*, citado por J. P. Mackey. *The Modern Theology of Tradition*, Herder: Nueva York, 1963.

la analogía —un organismo vivo siempre cambiante con las estaciones, siempre creciente, que pierde ocasionalmente una rama o un retoño, y, sin embargo, que permanece siempre esencialmente el mismo.

Ahora bien, si hemos tratado extensamente el tema de la Tradición, es porque la situación presente requiere una comprensión más profunda del concepto. La nueva Iglesia «Posconciliar», a pesar de su intento de disfrazar la situación, representa una RUPTURA CON LA TRADICIÓN de proporciones casi APOCALÍPTICAS. Para usar las palabras del Papa S. Pío X, en su Encíclica *Pascendi* contra los modernistas, está «haciendo uso de todo su ingenio en un esfuerzo para debilitar la fuerza y falsificar el carácter de la tradición, a fin de sustraerle todo su peso y toda su autoridad». En la medida en que esta nueva Iglesia enseña falsamente (bien por omisión o por comisión) y reemplaza las «costumbres, instituciones, preceptos, disciplinas y prácticas» de la Iglesia tradicional, no con acciones apostólicas alternativas, sino con «formas» de origen puramente humano, sigue las huellas, no de Cristo, sino de los reformadores protestantes tales como Lutero, Calvino y Cranmer. En cuanto a su Magisterio, difícilmente puede ser el «órgano oficial de la Tradición» cuando se dedica a introducir entre los fieles ritos enteramente nuevos, modelados según formas heréticas del culto, tales como son usados por aquellos que odian confesamente a la Iglesia verdadera y que niegan sus enseñanzas básicas. Tampoco este Magisterio «Nuevo» y «Posconciliar» puede proclamar como «verdadero» lo que el Magisterio tradicional ha definido como «falso» sin que al hacerlo niegue la posibilidad misma de la verdad, para no decir nada de la infalibilidad y la indefectibilidad de la Iglesia<sup>20</sup>. ¿Dónde y cómo demostraremos que una Tradición dada es Divina (tal como la Asunción de Nuestra Señora), si no es por medio de las «tradiciones» mismas? Negar las tradiciones es negar el carácter inspirado de las Escrituras, negar los ritos de la Iglesia, negar la sabiduría de los Padres, de los Santos y de los Papas, negar muchos de los sacramentos, y negar ciertamente todo lo que es verdaderamente ilustra-

---

<sup>20</sup> Como podía imaginarse, fue el modernista Loisy quien usó la artimaña de la «modificación» (las tradiciones pueden ser modificadas, pero no cambiadas) para atacar el concepto unificado de Tradición. Citémosle, «Lo que inquieta a los fieles, en lo que concierne a la Tradición, es la imposibilidad de reconciliar el desarrollo histórico de la doctrina cristiana con la pretensión de los teólogos de que la Tradición es inmutable». No nos hagamos ilusiones. Los fieles no estaban inquietos; Loisy aspiraba, como los modernistas, al control de la nueva Iglesia. Entonces, como hoy, pretendían atacar a la Tradición en el nombre de los «fieles».

do en el mundo presente<sup>21</sup>. La Tradición es, como afirma el *Dictionnaire de Théologie Catholique*, «la fe que la Iglesia enseña, pues ella la ha recibido de los apóstoles, y es la norma de la verdad». Como S. Atanasio lo afirmó hace muchos años, «Inclusive si los católicos fieles a la tradición se redujeran a un puñado, esos serían los únicos en formar la verdadera Iglesia de Jesucristo». Y tal debe ser el caso, pues como enseñó S. Ireneo, «el magisterio no fue instituido para recibir verdades nuevas, sino para guardar, transmitir, propagar y preservar la verdad revelada de toda admisión de error y para hacerla prevalecer». La Tradición es lo que el Magisterio enseña y lo que debe permanecer siempre la «regla de la fe». Cuando surgía la duda, los Padres y los Santos siempre se volvían a esta fuente en busca de clarificación:

«A menudo, pregunté ardiente y atentamente a muchos hombres eminentes por su santidad y conocimiento, cómo y por qué regla podía yo ser capaz de distinguir entre la verdad de la fe católica y la falsedad de la depravación herética; y siempre y en casi todas las ocasiones recibí una única respuesta a este efecto: Que si yo mismo o cualquier otro quería detectar los fraudes y evitar las trampas de los herejes cuando surgen, y continuar sano y completo en la fe católica, debíamos, con la ayuda del Señor, fortificar nuestra propia creencia de dos maneras: primero por la autoridad de la Ley Divina, y después, *por la tradición de la Iglesia Católica*».

S. Vicente de Lérins.

Argumentar que solo necesitamos aceptar lo que en la tradición es claramente «divino», es similar a argumentar que los católicos necesitan creer solo lo que ha sido proclamado por la Iglesia como siendo *de fide* —un punto sobre el que volvere-

---

<sup>21</sup> Se ha de admitir realmente que la Iglesia «Posconciliar» ha retenido muchas «tradiciones», como, ciertamente, así lo hicieron también los protestantes. La razón es que han «picado y escogido» aquellas tradiciones que retienen, lo cual no es nada más que la aplicación del «juicio privado», en cuanto a lo que debía ser conservado. Escuchemos las palabras de Pablo VI, «Pertenece al Papa, al colegio episcopal y al concilio ecuménico (Vaticano II) decidir cuáles de entre las innumerables tradiciones deben considerarse como la norma de la fe». Ciertamente, nosotros debemos aceptar y reverenciar todas las tradiciones, y no solamente aquellas que podemos encontrar personalmente aceptables. Como dijo S. Agustín, «es la locura más insolente discutir si debe hacerse aquello que hace toda la Iglesia... es impío, escandaloso... deshonoroso para la Iglesia».

mos después. Es atacar al «tronco» del árbol y presumir que las «raíces» sobrevivirán a pesar de ello. Divorciar la tradición de la costumbre es divorciar la fe de la práctica; es separar la enseñanza de Cristo de Sus acciones, considerar a los apóstoles y a sus descendientes espirituales inmediatos como inferiores en sabiduría a nosotros mismos, y negar a la Verdad su manera de expresión legítima. Separar la Iglesia de sus tradiciones es quebrar su «unidad», y proclamar que ella no lleva ya el «vestido de desposada» que la caracteriza como la «Esposa de Cristo». Pretender que nosotros somos otra cosa que católicos tradicionales es afirmar que no somos católicos en absoluto. Enfrentados como estamos con innovación sobre innovación, preguntemos siempre con S. Juan Crisóstomo: «¿Es tradición?», y afirmemos también con él que nosotros «no pedimos nada más». A menos que la nueva Iglesia pueda pretender y proclamar con sus apóstoles fundadores *Ego enim accepi a Domino quod et tradidi vobis* —«Pues yo he recibido del Señor eso que os he transmitido...», entonces no es la Iglesia que Cristo fundó. Como ha dicho el Cardenal Cayetano, «Notad bien que solo la enseñanza de Dios es realmente la regla de la fe. Aunque la Iglesia universal no puede errar en su fe, sin embargo, ella no es en sí misma la regla de la fe: solo lo es la divina enseñanza sobre la cual está fundada».

«Y os exhortamos, hermanos, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, a que os apartéis de todos los hermanos que caminan en desorden, y no según la tradición que han recibido de mí».

*2 Tesalonicenses III, 6*



## **PARTE II**

## LA NATURALEZA DE LA FE CATÓLICA

Hasta este punto hemos demostrado que la «regla de la fe» católica debe ser «La Biblia y la Tradición Divina», y que el Magisterio (bien sea visto como la regla «próxima» de la fe o bien como la regla «remota») no puede en modo alguno apartarse de estas fuentes primarias. Hemos demostrado, además, que las «tradiciones» de la Iglesia son una parte esencial del Magisterio, pues es a través de ellas como se manifiesta la «autoridad de enseñanza de la Iglesia». Nos toca ahora considerar el concepto de Fe en mayor detalle. Según la «*Enciclopedia Católica*», la Fe debe ser considerada tanto objetiva como subjetivamente. «Objetivamente, la Fe significa la suma de las verdades reveladas por Dios en la Escritura y en la Tradición y que la Iglesia nos presenta en una forma abreviada en sus credos (y uno podría agregar que una excelente presentación del credo se encuentra en el famoso catecismo del concilio de Trento —Ed.<sup>1</sup>); subjetivamente, la fe significa el hábito o la virtud por la cual nosotros asentimos a estas verdades». Según Santo Tomás, «los principios de la doctrina de la salvación son los artículos de la salvación de la fe» (*Comentario sobre I Corintios* XII, 10), y S. Pablo enseña claramente que «sin fe, es imposible agradar a Dios» (*Hebreos* XI, 6). «El fundamento entero de la vida espiritual es la fe... por la

---

<sup>1</sup> Este Catecismo es un catecismo muy sobresaliente. Es diferente de cualquier otro sumario de doctrina cristiana, no solo porque está hecho intencionadamente para el uso de los sacerdotes en su predicación, sino también porque goza de una autoridad única entre los manuales. En primer lugar, fue publicado por el mandato expreso del concilio ecuménico de Trento, el cual ordenó también que se tradujera a las lenguas vernáculas de las diferentes naciones, a fin de ser usado como una fuente de predicación modelo. Además, ulteriormente recibió la aprobación incondicional de muchos Soberanos Pontífices, incluyendo a Pío V, y a Gregorio XIII entre otros. Clemente XIII dijo en una Bula Papal (4 de Junio de 1761) que el Catecismo de Trento contiene una clara explicación de todo lo que es necesario para la salvación y de provecho para los fieles, y que ningún otro catecismo podría serle comparado; le llamó «una norma de enseñanza y de disciplina católicas». El Papa León XIII recomendaba que todo seminario lo poseyera y lo considerara a la par con la *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino. Del grupo de personas responsables de su compilación, seis devinieron posteriormente santos canonizados de la Iglesia, incluyendo a S. Carlos Borromeo. Uno podría seguir dando testimonios sin fin de su autoridad y excelencia. Como el Padre Hogan (antiguo rector del Irish College en Roma) ha afirmado, «como mínimo tiene la misma autoridad que una encíclica dogmática».

fe escuchamos a Dios mismo, pues no es una enseñanza humana, sino una enseñanza divina...».<sup>2</sup> Esta fe y la Revelación sobre la cual se basa nos han sido dadas de una vez por todas, y de una manera total. La enseñanza del Magisterio es completamente clara sobre este punto:

«La Revelación hecha a los apóstoles por Cristo y por el Espíritu Santo, a quien Él envió para que les enseñara toda la verdad, era final y definitiva. A ese cuerpo de la verdad revelada nada ha sido agregado, ni lo será nunca. El deber de los apóstoles y de sus sucesores era claro; guardar celosamente el precioso depósito confiado a su cuidado y transmitirlo completo y entero a la posteridad...».

Ahora bien, si la Iglesia Católica es *la única Iglesia verdadera*, y no solamente una Iglesia entre otras, entonces también la fe que ella enseña es *la única fe verdadera*, y no solamente una fe entre otras. ¿Qué entiende entonces un católico por «la Fe»? ¿En qué debe un católico poner su creencia? La respuesta se hace patente en su «Acto de Fe» tradicional:

«Oh Dios mío, yo creo firmemente en todo cuanto tu Santa Iglesia Católica aprueba y enseña, puesto que eres Tú, la Verdad Infalible, quien lo ha revelado a tu Iglesia».

Puede haber, por supuesto, algunas Verdades que la Iglesia enseña y que un católico no sepa. Sin embargo, su actitud debe ser la de una persona que quiere pensar correctamente, en vez de la de una persona que quiere pensar por sí mismo. (Imagínese un matemático calculando según el modo que quiere, en lugar de hacerlo correctamente —podría obtener millares de respuestas erróneas en lugar de la única correcta). Por lo tanto, cuando se enfrenta con una cuestión doctrinal o moral, se apresura a preguntar, «¿qué enseña la Iglesia?». La Iglesia a su vez, sabiendo que la mayoría de los individuos no pueden ser conocedores de todo lo que ella enseña, especifica algunos dogmas como necesarios para la posibilidad de la salvación. Clasifica estos en categorías como un conocimiento de los medios de salvación (*necessitate medii*), y como lo que es necesario saber debido a que la Iglesia lo manda (*necessita-*

---

<sup>2</sup> Beato Juan de Ávila, *Audi Filia*.

*te praecepti*)<sup>3</sup>. Además, hay aún otras verdades que se requeriría que uno conociera a fin de llevar una digna vida cristiana de acuerdo con el estatuto ordinario del fiel. Más allá de esto, no obstante, hay aún otras verdades que la Iglesia enseña y de las cuales el católico ordinario puede ser desconocedor sin que por ello ponga en peligro su alma —verdades que, sin embargo, debe creer implícitamente— es decir, verdades a las cuales debe dar su asentimiento a causa de que la Iglesia las propone a la creencia. Debería ser completamente claro que estas distinciones no tienen nada que ver con las distinciones protestantes entre artículos *fundamentales* (que hay que creer) y *no fundamentales* (los cuales pueden ser creídos o no de acuerdo a la elección de los individuos). Un católico debe creer todas las Verdades que la Iglesia enseña, bien las conozca todas o no. No hay que decir que un católico tiene obligación de conocer aquellas verdades que le son necesarias en su estado particular en la vida.

En la situación actual, donde la nueva Iglesia posconciliar nos enseña Verdades «Nuevas» y «Posconciliares» (tales como las nuevas enseñanzas sobre la naturaleza de la «libertad religiosa») —y donde pretende que no ha cambiado nada de lo que es *de fide*—, se hace necesario para nosotros comprender las diferentes distinciones teológicas que se refieren a la certeza que tienen las diferentes Verdades de la fe católica. Se usan las siguientes categorías tomadas de la *Theologica Fundamental* de Parente:

1º) La certeza máxima ha de encontrarse en el dogma formal, que es la verdad revelada, divina y formalmente, que se expone como tal ya sea en el magisterio solemne o en el magisterio ordinario. Este tipo de verdad se llama *de fide definitiva* o *de fide catholica*, y rechazarla es herejía.

2º) Siguiendo muy de cerca a esta está la verdad revelada, todavía no definida así por la Iglesia, referida como *proxima fidei*, y negar la cual es *proximum haeresi*.

3º) El tercer nivel se refiere a la verdad que es virtualmente revelada (*virtualiter revelata*), es decir, derivada de lo que es revelado, pero con la ayuda de la razón (*conclusio theologica*), o con una conclusión teológica. Tales son entonces las verdades de certeza teológica (*theologia certa*) o pertinen-

---

<sup>3</sup> Hay algunas diferencias en la opinión teológica en cuanto a lo que constituye exactamente los *Necessitate medii*, aunque ciertamente todos están de acuerdo en que es esencial un conocimiento de

tes a la fe (*ad fidem pertinens*), y están conectadas con el dogma tan íntimamente que negarlas es un error teológico o un error en la fe.

4º) Seguidamente están las verdades no reveladas, y que no obstante están conectadas con la revelación, y a las cuales la opinión de los teólogos (*sententia theologorum*) se refiere como *communis* (comunes, generales, universales, ordinarias, habituales), y cuya negación se califica de temeraria (*temeraria*).

En un nivel todavía más bajo se encuentran las censuras teológicas que abarcan desde «lo equívoco, engañoso y escandaloso, hasta lo pernicioso y peligroso».

Ahora bien, que los teólogos de la nueva Iglesia enseñen en efecto que un católico sólo necesita creer en lo que es *de fide*, es en sí mismo «engañoso, escandaloso y pernicioso». Es decirnos que podemos estar en herejía próxima —es decir, que se pueden rechazar las verdades reveladas simplemente porque todavía no han sido definidas como tales. Es decirnos que podemos estar en error teológico y que se pueden sostener libremente opiniones que son contrarias a las opiniones de los santos, de los doctores de la Iglesia y a las enseñanzas de los soberanos Pontífices, sin ponerse uno mismo fuera de la unidad<sup>4</sup>. Es decirnos que podemos abandonar las tradiciones eclesásticas, rechazar los cánones de los concilios ecuménicos y negar las enseñanzas del catecismo del concilio de Trento, sin dejar de ser católico. Podemos sostener, como dijo el Padre Faber, opiniones «con sabor a herejía, sospechosas de herejía, cercanas a la herejía, cismáticas, judaizantes, paganas, ateas, blasfemas, impías, erróneas, cercanas al error, con sabor a error o sospechosas de error, escandalosas, temerarias, sediciosas, malsonantes, ofensivas para los oídos piadosos, relajadas, idóneas para seducir al simple, fabulosas, mentirosas, apócrifas, improbables e insanas...»<sup>5</sup>. Sin embargo, estas son precisamente las características de la nueva Iglesia

---

Dios, así como del hecho de que seremos juzgados por nuestras acciones. Otros incluyen también un conocimiento de la Encarnación y de la Santísima Trinidad.

<sup>4</sup> Se puede disentir de un santo sobre hechos materiales, de la misma manera que se puede disentir de un santo vivo respecto del tiempo del día. Disentir sobre cuestiones teológicas es un tema completamente diferente. Que Sto. Tomás no conociera un hecho científico aceptado hoy día no torna su teología ni arcaica ni inválida.

<sup>5</sup> Introducción a su «Vida de S. Alfonso María de Liguori». Continua: «Ahora bien, es evidente que hay en la Iglesia Católica, independientemente de los dogmas que son efectivamente *de fide*, y que un hombre debe recibir, o de lo contrario devenir formalmente herético, un gran número de doc-

Posconciliar, una Iglesia que ha abrogado «el órgano más importante del Magisterio Ordinario y Universal»—la Misa tradicional; una Iglesia que ha contradicho directamente las enseñanzas de los Papas Pío IX, León XIII, S. Pío X, Benedicto XV, Pío XI y Pío XII, insertando en sus documentos oficiales —es decir, en los documentos del Vaticano II— afirmaciones que enseñan exactamente aquellas cosas que condenaron las «censuras teológicas» del *Índice de los Errores*. Si la nueva Iglesia admitiera alguna vez que ha ido contra lo que era *de fide*; si, como el Arzobispo Bernardine (ver introducción) parece abogar, «retirara tales doctrinas del contenido de la Fe», perdería entonces ese último vestigio que da semblante de legitimidad a la pretensión de que todavía representa a aquella Iglesia que Cristo estableció para guardar, conservar y enseñar Su Revelación.

Una de las proposiciones que el *Índice de los Errores* condenó específicamente era que:

«La obligación que vincula absolutamente a los instructores y escritores católicos se restringe solo a aquellas materias que son propuestas por el juicio infalible de la Iglesia, como dogmas de la fe que han de ser creídos por todos. (es decir, las declaraciones *de fide* —Ed.)»<sup>6</sup>

---

trinas importantes que son también verdaderas, de modo que es un punto de controversia entre los doctores católicos si son o no *de fide*; hay también un número de verdades que son *proximae fidei*, un número que son ciertas a causa *de fide ecclesiastica*, según se llaman; muchas que son recibidas comúnmente; muchas que son sostenidas por la gran mayoría de los Santos; muchas que, expresadas en algunas devociones, la Iglesia les concede indulgencias generosas; muchas que son simbolizadas en algunos actos rituales autorizados por la Iglesia; muchas que forman la base de costumbres aprobadas en las órdenes religiosas; muchas cuya negación ha sido estigmatizada por las universidades y los teólogos como escandalosa y temeraria y próxima a la herejía. ¿Cómo podría un hombre ser considerado en armonía con la Iglesia, suponiendo que rechazara todas o muchas de estas cosas? ... ¿Puede un católico rechazar impunemente como falso, o al menos, como no digno de un pensamiento, todo lo que no es positivamente *de fide*? Ciertamente no: eso sería la más irracional indiscreción, la temeridad intelectual más impaciente que podría concebirse. Sería el caso de un hombre cuyo primer cuidado no fuera estar en armonía con la Iglesia, sino volver la esquina de la herejía formal por una veleidad hábil y peligrosa». Igualmente en cuanto a la postura por parte de la Iglesia Conciliar de que solamente lo que es *de fide* debería o debe ser retenido.

<sup>6</sup> Los teólogos de la Iglesia posconciliar niegan que el *Índice de los Errores* sea un documento infalible, y a partir de aquí argumentan que no es vinculante para los fieles. John Courtney Murray, S. J., admite abiertamente que el Vaticano II va contra las «censuras» de este documento Papal, en su introducción al decreto del Vaticano II sobre *La Libertad Religiosa* (traducción de Abbot). Él debía sa-

Como afirma Mons. Van Noort en su texto sobre Teología Dogmática, la creencia de que «uno puede rechazar o poner en duda alguna verdad no revelada que uno escoja, sin cometer pecado o injuriar la profesión de la fe católica» es un «error extremadamente grave». Continúa, «Algunas verdades están entretejidas tan necesariamente con la revelación que negarlas o dudarlas injuriaría a la revelación misma... Otras verdades están conectadas con la revelación como una consecuencia necesaria (*conclusio theologica*)... Finalmente, algunas verdades están conectadas necesariamente con la revelación por razón de su objetivo (las decisiones concernientes a la disciplina universal de la Iglesia). Las verdades no reveladas formalmente, pero ligadas a la Revelación en uno de estos tres modos señalados, se proponen directa-

---

berlo bien, pues era uno de los principales «periti» (expertos) responsables de la confección de este documento y también de su traducción al inglés. Entre las proposiciones condenadas por el *Índice*, pero aprobadas por el Vaticano II, están las siguientes:

«Que todo hombre es libre de abrazar y profesar la religión que crea verdadera, guiado por la luz de la razón... Que la salvación eterna puede ser esperada por todos aquellos que no están en absoluto en la verdadera Iglesia de Cristo. Que el protestantismo no es nada más que otra forma de la misma religión cristiana verdadera, en la cual es posible agradar a Dios como en la Iglesia Católica».

En cuanto a los católicos que permanecen «tradicionales», la *Enciclopedia Católica* es enteramente específica. «Todos los católicos... están obligados a aceptar el *Índice*. No deben oponerse a su contenido ni exteriormente, ni de palabra, ni por escrito; deben asentirle también interiormente».

Las «censuras teológicas» son consideradas usualmente como siendo *de fide*, o al menos como parte del «Magisterio solemne». Ciertamente, el *Índice* no es una Encíclica, fue publicado por el Santo Oficio —que es la Congregación Romana que vigila la pureza de la doctrina católica; sin embargo, su contenido ha sido aprobado por todos los Papas enumerados más atrás. Fue ratificado formalmente por el Papa S. Pío X el 4 de Julio de 1907. En un *Motu Proprio* publicado en el mismo año, prohibió la defensa de las proposiciones condenadas, bajo la pena de excomunión reservada ordinariamente al Papa. Además, en el «juramento contra el modernismo», que Tanquerey considera como parte del Magisterio solemne, todo sacerdote de la Iglesia tradicional jura «adherirse de todo corazón a todas las condenas, declaraciones y prescripciones contenidas en la Encíclica *Pascendi* y en el Decreto *Lamentabili* (Índice de los Errores). (*Lamentabilis sane* —publicado en 1907 por S. Pío X y que contiene 65 proposiciones de los modernistas que fueron «condenadas y proscritas»). Es penoso ver a teólogos modernos que pretenden ser «católicos», y que hace veinte años nunca se habrían atrevido a cuestionar el *Índice*, proclamar ahora que no es *de fide definitiva*, e instruir a partir de aquí a los fieles, no solo a no tenerle en cuenta, sino a creer precisamente lo que condenaba. La honestidad intelectual nunca ha sido una característica de los reformadores.

mente la custodia y la aplicación práctica del depósito de la Fe; así pues, indirectamente, pertenecen al depósito mismo y a la Fe Católica»<sup>7</sup>.

Otro comentario modelo sobre el canon de la Ley, y específicamente sobre los Cánones 1322, 23 y 24 que tratan del «depósito de la fe» afirma:

«El depósito de la fe se define como comprendiendo todas las verdades que están contenidas, bien implícita o explícitamente, en la palabra de Dios escrita o en la tradición, y deben ser creídas como reveladas con fe divina... En un sentido más amplio, el depósito de la fe comprende también aquellas verdades que, aunque no son reveladas, tienen una relación tan íntima con las verdades reveladas que, sin ellas, estas últimas no podrían ser conservadas, ni expuestas, ni defendidas fácil y plenamente»<sup>8</sup>.

El autor de este comentario continúa tratando, además, aquellas verdades que no están contenidas ni directa ni explícitamente en la Revelación, sino que solo están virtualmente deducidas (*virtualiter*) a partir de esta por el razonamiento lógico: «Algunos escritores han afirmado que deben ser creídas solo con *fide ecclesiastica*... Incluso la supuesta *fides ecclesiastica* requiere no un mero silencio servil, sino un asentimiento real, respaldado por la voluntad, aunque la razón formal, la *auctoritas Dei loquentis* (la autoridad de la palabra de Dios hablada) pueda no estar implicada».

El argumento de que solo lo que es *de fide definitiva* es sacrosanto no es en modo alguno nuevo. No solo fue condenado por Pío IX en el *Índice*; Pío XI habló sobre el tema en su Encíclica *Mortalium Animos*:

«En materia de fe no está permitido hacer una distinción entre artículos de fe fundamentales y supuestos artículos no fundamentales, como si los primeros debieran ser válidos para todos, y respecto de los segundos los fieles fueran libres de aceptarlos o no. La virtud sobrenatural de la fe tiene como causa formal la autoridad de Dios Revelador, que no padece una división tal.

---

<sup>7</sup> Mons. G. Van Noort, *Dogmatic Theology*, III, «Divine Faith», Newman, 1950.

<sup>8</sup> Rev. Chas Augustine, O. S. B., D. D. *A commentary on the New Code of Canon Law*, B. Herder, 1929.



»Que la Iglesia no haya definido y sancionado verdades por el decreto solemne de la Iglesia en diferentes épocas, e incluso en tiempos cercanos a nosotros, eso no quiere decir que no sean igualmente ciertas y que no hayan de ser igualmente creídas. ¿Pues acaso Dios no las ha revelado todas?».

Continúa después en la misma Encíclica afirmando que la Iglesia:

«tiene el deber de proceder oportunamente definiendo puntos de fe con ritos y decretos solemnes, cuando hay necesidad de declararlos para resistir más eficazmente a los errores y a los asaltos de los heréticos o para grabar en las mentes de los fieles explicaciones más claras y más profundas de los puntos de la sagrada doctrina. Sin embargo, en este uso explicativo de la autoridad de enseñanza, no se inventa nada ni se agrega nada nuevo a la suma de las verdades que están contenidas, al menos implícitamente, en el depósito de la revelación divina que fue confiado por Dios a la Iglesia. En lugar de eso, se definen puntos de la fe que podrían por ventura parecer oscuros a algunos, o se establecen como materias de fe verdades que por vez primera han sido puestas en cuestión».

¡Esta es entonces la enseñanza de la Iglesia! Esta ha sido siempre la enseñanza de la Iglesia, y si la nueva Iglesia posconciliar se aparta de esta enseñanza, se aparta de la «unidad». Como afirmó S. Vicente de Lérins:

«Anunciar a los cristianos católicos una doctrina diferente de la que han recibido (de los apóstoles y de sus descendientes inmediatos) nunca ha sido permitido, no es permitido ahora y nunca será permitido. Fue siempre necesario, es por todas partes necesario y siempre será necesario que, aquellos que anuncian una doctrina diferente de la que fue recibida de una vez por todas, sean anatema».

*Commonitoria, IX*

Santo Tomás de Aquino nos instruye así:

«Sostened firmemente que nuestra fe es idéntica a la de los antiguos. Negad esto y disolveréis la unidad de la Iglesia».

*Argumentos concernientes a la Verdad*<sup>9</sup>

Y, además, uno debe creer todo lo que la santa madre Iglesia enseña. Si comenzamos rechazando alguna de las verdades de la fe católica, acabaremos rechazándolas todas. Como dijo el Papa León XIII en su Encíclica *Sapientiae Chistianae*:

«Negarse a creer en algunas de ellas es equivalente a rechazarlas todas».

Y como dijo Pío XII en su alocución a los obispos de la Sagrada Congregación, en 1949:

«La doctrina católica debe exponerse y enseñarse completa e integralmente. Uno no puede permitir que nada sea omitido o velado en términos ambiguos...»

Tal es entonces, en resumen, la naturaleza «objetiva» de la fe católica, la cual viene a nosotros a través de los distintos órganos del Magisterio de enseñanza de la Iglesia. Es a estas verdades a lo que nosotros damos nuestro asentimiento. Como dijo S. Juan Fisher, «La fe de la Iglesia no está hecha por nuestra fe, sino por nuestro asentimiento, asentimiento que viene de nosotros, y que es la obra de nuestra alma». El individuo debe tener, como dicen los teólogos, *la voluntad piadosa de creer*. Una persona puede saber que lo que la Iglesia enseña es verdadero, pero conserva todavía una voluntad que es libre, y a partir de ahí puede elegir actuar contra lo que sabe que es verdad. Como afirma el Vaticano I:

«La fe misma y en sí misma, incluso si no hace ninguna obra por caridad, es un don de Dios, y su acto es una obra pertinente a la salvación; por ella un

---

<sup>9</sup> Tal ha sido siempre la actitud de los fieles. Por ejemplo, la afirmación unánime de los prelados en el concilio de Cloveshoe (Inglaterra) en el año 552:

«Sabed que la fe que nosotros profesamos es la misma que era enseñada por la Santa Sede Apostólica cuando Gregorio Magno envió misioneros a nuestros padres».

hombre ofrece a Dios mismo una obediencia *libre* en la medida en que consiente y coopera con Su gracia, la cual *podría* rechazar...»

No debemos ser confundidos por la afirmación de que la fe es un «don», como si aquellos que no poseen este don estuvieran por consecuencia libres de responsabilidad. Como ocurre con todo otro «don», nosotros debemos estar dispuestos a aceptarlo —no se nos puede imponer. Dios no retendría, «por caridad», la gracia necesaria a ninguna alma. Como nos enseña S. Agustín en su comentario sobre el pasaje «nadie puede venir a mí (por la fe) a menos que el Padre que me envió le traiga», dice:

«Y, sin embargo, nadie viene (a la fe) a menos que quiera. Por lo tanto, es llevado a querer, por vías maravillosas, por Aquel que conoce cómo obra interiormente en los corazones mismos de los hombres; no que los hombres —algo que es imposible— crean sin querer, sino que a partir de su no querer son hechos querer... Dios actúa con persuasiones a fin de que nosotros podamos querer y creer; es más, Dios mismo provoca en un hombre la voluntad misma de creer.»

El hecho de que *la* fe es un «don», y de que la voluntad debe estar bajo la influencia de la gracia sobrenatural, en modo alguno quita al hombre la obligación de prepararse para recibir la gracia necesaria. Puesto que la Escritura nos dice que «sin fe es imposible agradar a Dios», y puesto que Dios no puede desear otra cosa que nuestra salvación, se sigue claramente que como Mons. Van Noort lo afirma, «La vocación a la fe... es un don libre de Dios, el cual, de la misma manera que no se niega a ningún adulto excepto por su propia falta, tampoco puede ser merecido por ninguna obra natural».

Desde el Vaticano II ha habido en la nueva Iglesia mucha disertación sobre la «fe». Hay en esta institución una actitud «abierta» —es decir, si algunos católicos quieren creer según la manera tradicional, eso es aceptable siempre que también toleren el nuevo «pluralismo» y que no insistan en participar en los ritos tradicionales, y siempre que no insistan en que otros mantengan la misma norma. Otros son igualmente libres de llamarse a sí mismos católicos mientras niegan credos fundamentales de *la* fe católica. Un excelente ejemplo de esto nos viene dado por la afirmación de la jerarquía francesa en pleno, la cual, después de la publicación de la *Humanae Vitae* de Pablo VI, donde se prohíben los métodos artificiales de control de la natali-

dad, afirmó que ¡toda pareja podía usar métodos anticonceptivos siempre que hacerlo supusiera para su conciencia un «mal menor» que obedecer la Ley de Dios! (Por supuesto, ellos lo pusieron en términos mucho más eufemísticos —sin embargo, la idea de que los fieles puedan escoger un «mal menor» en directa desobediencia a los mandamientos de Dios, o de que puedan cooperar formalmente en un acto intrínsecamente malo, simplemente no es una idea católica). ¡Lo que es más extraordinario a este respecto, es que Pablo VI les envió un telegrama con su agradecimiento por «interpretar tan claramente su pensamiento» sobre el tema!

La fe es descrita por los teólogos modernistas con considerable vaguedad como «la repuesta del hombre a la Revelación de Dios», como un «encuentro con Cristo», como un «nacimiento en el Espíritu», como una «experiencia religiosa» o «personal», y con una variedad de frases similares<sup>10</sup>. Como admitía el Arzobispo Bernardine, presidente de la Conferencia Episcopal de EE.UU., «muchos se consideran a sí mismos buenos católicos, aunque sus creencias y sus prácticas parecen estar en conflicto con la enseñanza oficial de la Iglesia» (*Time*, 24 de Mayo de 1976). Por supuesto, él no encuentra esto en modo alguno objetable, pues cuando se le preguntó, cómo una persona como Avery Dulles S. J. podía negar públicamente la Inmaculada Concepción y la Asunción de Nuestra Señora (declarándose a sí mismo un «herético depravado», y fuera de la Iglesia tradicional) y cómo podía continuar enseñando teología en la Universidad Católica de América, el Arzobispo manifestó que era su «creencia que era legítimo para esos teólogos especular sobre la supresión de doctrinas que ya han sido definidas, y que soliciten del magisterio la supresión de tales doctrinas del contenido de la Fe» (*The Wanderer*, 17 de Junio de 1976). Aquellos que querrían defender la «ortodoxia» de la nueva Iglesia argumentarían que esto es un «abuso». Pero los «abusos» han devenido «normativos» y tienen la plena aprobación de la jerarquía. Cuando el Cardenal Suenens se declaró pentecostalista, afirmó

---

<sup>10</sup> Citando al propio Avery Dulles S. J., «El Vaticano II, en su Constitución sobre la Revelación Divina, se aparta del punto de vista de la Contrarreforma respecto de la fe como un asentimiento puramente intelectual a las verdades reveladas. A través de Su revelación, se nos dice en el Artículo 2, “el Dios invisible, por la abundancia de Su amor, habla a los hombres como amigos”. De acuerdo con este punto de vista sobre la revelación como una oferta de amistad, el concilio considera la fe como un compromiso personal que implica lealtad y auto-obligación. Es un acto de todo el hombre, “una obediencia por la cual el hombre confía su ser entero libremente a Dios”(5)» (*Doctrines do Grow*, Ed. John T. McGinn, CSP. Paulist Press, Nueva York 1972). Además, el Vaticano II afirma: «El Pueblo

(algo después) que si el Papa le pidiera que negara el «credo pentecostalista», lo haría inmediatamente. Pero Pablo VI nunca hizo una petición tal, y ciertamente dio su bendición al movimiento pentecostalista<sup>11</sup>.

Lo que resulta de toda esta «apertura» es una suerte de «cristianismo visceral», en el que el individuo está libre de la acusación de heterodoxia y al mismo tiempo es libre para creer cualquier cosa que quiera. Según el estudio estadístico del sacerdocio de Greeley, esta es la posición de la mayoría del clero en la nueva Iglesia.

«El 69 por ciento de los obispos y solamente el 45 por ciento de los sacerdotes están de acuerdo en que “la fe significa esencialmente la creencia en las doctrinas de la Iglesia Católica”, mientras que el 46 por ciento de los obispos y el 69 por ciento del clero aceptarían que la fe es “primariamente un encuentro con Dios y Jesucristo en vez de un asentimiento a un conjunto coherente de verdades definidas”».

Esta es una afirmación muy destacable, pues demuestra que el 46 por ciento de los obispos (y recuérdese que esto era en 1973) y el 69 por ciento del clero se han declarado a sí mismos fuera de la unidad de la fe. Afirmar que su fe es «un encuentro» con Dios y con Jesucristo, podría admitir posiblemente una interpretación ortodoxa —pero afirmar seguidamente que es esto *en vez de un asentimiento a un conjunto coherente de verdades definidas*, ¡eso significa que ya no son católicos!<sup>12</sup>.

---

de Dios cree que es conducido por el Espíritu del Señor, que llena la tierra. Motivado por esta fe, trabaja para descifrar los auténticos signos de la presencia y del propósito de Dios...

<sup>11</sup> A los líderes del movimiento carismático, Pablo VI les dijo: «Estamos muy interesados en lo que estáis haciendo. Hemos oído mucho sobre lo que está ocurriendo entre vosotros. Y nos regocijamos». (*L'Osservatore Romano*, 11 de Octubre de 1975).

<sup>12</sup> Se pueden dar ejemplos y más ejemplos de los abusos que resultan de este punto de vista «existencial» de la Fe. Un caso clásico es el del obispo Milvaine de la Diócesis de Pocahontas, quien afirmaba recientemente (*The Wanderer* 26 de Enero de 1978) que, «la fe no es una colección de proposiciones abstractas que han de ser memorizadas. La Fe es un encuentro con Cristo. Debería ser una experiencia profunda. Durante muchas generaciones hemos cometido una grave equivocación al hacer de la catequesis principalmente un asunto de instrucción religiosa (durante casi 2.000 años - Ed.), y de la instrucción religiosa un curso aguado de teología. Debemos ser conscientes de que el objetivo central de la catequesis es fortalecer la fe. Para cumplir esto debemos edificar comunidades de fe vibrantes». *The Wanderer* procede entonces a describir la «comunidad de fe» de Pocahontas como sigue, «¡sacerdotes y monjas en rebelión contra el Papa; herejía en el catecismo; inmoralidad que pasa

Nuestra fe no es ninguna «simple aspiración sublimadora», ni ninguna suerte de «encuentro experimental con Jesús», tal como algún protestante puede pretender, ni ninguna suerte de «comprensión», «obligación» o «sentimiento personal». ¡No, ciertamente! Es, para usar las palabras de S. Tomás de Aquino, «el acto del intelecto que asiente a una Verdad Divina a causa del movimiento de la voluntad, la cual es ella misma movida por la gracia de Dios» (*Summa* II-II, IV, a.2). Considérense las palabras del Juramento contra el Modernismo, exigido no hace mucho tiempo a todo sacerdote, y según el criterio de Tanquerey, parte del Magisterio «solemne» de la Iglesia:

«Yo sostengo con certeza y confieso sinceramente que la fe no es un impulso religioso ciego que brota de las profundidades de la inconsciencia bajo el impulso del corazón y la inclinación de una voluntad moralmente condicionada, sino el asentimiento genuino del intelecto a una verdad que se recibe desde afuera...»

Nuestra fe es entonces esencialmente una creencia en las doctrinas de la Iglesia Católica, y está basada sobre una Verdad que es enteramente independiente de nuestros sentimientos o reacciones emocionales personales, una Verdad dada a nosotros por Cristo y los apóstoles, y una Verdad constantemente sostenida y conservada por la Iglesia tradicional a todo lo largo de su existencia. Uno debe rechazar el concepto enseñado por el Vaticano II de que en materia de fe «el hombre ha de ser guiado por su propio juicio, y ha de gozar de libertad». Antes bien, el hombre ha de ser guiado por las enseñanzas de la Iglesia, y su libertad consiste en su capacidad para aceptar o rechazar esta guía. La Fe jamás es «ciega», pues implica el asentimiento del intelecto a las verdades reveladas por Cristo y enseñadas por la Iglesia. El intelecto es por su naturaleza misma una facultad que funciona para «ver» la verdad y no opera en la «obscuridad»<sup>13</sup>. La fe, además, nunca es pensamiento irracional, aunque puede acep-

---

como virtud en el confesionario: y todo aparentemente con la aprobación de los obispos!». Ciertamente podemos permitirnos preguntar en qué parroquias de los Estados Unidos tales abusos no son ya la regla.

<sup>13</sup> Por desgracia la «ceguera» ha caracterizado mucha de la fe de la nueva Iglesia Posconciliar. Obediencia ciega a una jerarquía que se ha apartado de la unidad y obediencia ciega a los Papas posconciliares. De esta manera muchos de los fieles han sido conducidos a caer en el «sendero de rosas» del modernismo y de la herejía.

tar lo que está más allá del alcance de la razón. La fe es siempre libre, pues no puede ser forzada. Al dar nuestro asentimiento al «Magisterio de enseñanza de la Iglesia», damos nuestro asentimiento a esa Verdad que Cristo y los apóstoles dieron a la Iglesia para que la conservara. Es en este acto, donde se encuentra la posibilidad de la libertad, pues nos libra de nuestra propia subjetividad. Nuestra negativa a darle el asentimiento, nos hace esclavos de nuestros propios «juicios personales», y en último análisis, de nuestra propia naturaleza pasional.

«Pues así enseña nuestra fe, que es la fe católica verdadera y recta, no confeccionada por la opinión del juicio privado, sino por el testimonio de las Escrituras, no sujeta a las fluctuaciones de la temeridad herética, sino cimentada sobre la verdad apostólica...»

S. Agustín, *Sermones XXXIV*

Y si el hombre es libre para rechazar esta fe, debe recordarse que su libertad nunca carece de responsabilidad, pues la salvación eterna de su alma depende de cómo la ejercite. ¡La apuesta es más bien alta!

**¿PUEDE «EVOLUCIONAR» LA TRADICIÓN?**  
**¿PUEDE «DESARROLLARSE» LA DOCTRINA?**

Los teólogos post-Vaticano II de todo género de tendencias admiten prestamente que la enseñanza de la Iglesia ha cambiado sobre una multitud de planteamientos.<sup>1</sup>

Ahora bien, si la fe fue revelada en su plenitud por Cristo y los apóstoles, y si la Iglesia tiene como parte de su función la conservación de este «depósito de la Fe» sin cambio, ¿cómo podemos entonces explicarnos sus posiciones «cambiantes»? La respuesta modernista es que la doctrina «evoluciona» y «se desarrolla». ¿Hasta qué punto es católico semejante concepto?

La aplicación de la doctrina a la variación de las circunstancias y la extracción de sus implicaciones según pasa el tiempo pueden verse como un «desarrollo», como ciertamente puede verse así la necesidad de hacer explícito lo que, en una época más antigua, estaba solamente implícito. Pero la doctrina y la tradición que es su vehículo, no pueden *desarrollarse* o *evolucionar*, a la manera darwiniana, en mayor medida que esa Verdad que nos fue dada por Cristo y los apóstoles. El concepto, según ha sido promulgado por el Vaticano II, de que «la tradición de la Iglesia es una tradición de progreso en la comprensión de la verdad», jamás puede ser aceptado por un fiel católico según querrían interpretarlo los modernistas. El dogma puede devenir más claro para nosotros; puede ser definido más concisamente por el magisterio de enseñanza (como parte de su función de conservar lo que fue revelado, y esto habitualmente en respuesta a una herejía que desafía a una verdad dada), pero *no cambia* y *no puede cambiar*. Además, la manera en la cual las enseñanzas de la Iglesia han sido definidas ha sido siempre explícita y clara, y la única razón posible para que alguien quiera decirlas de otro modo o cambiar su redacción es introducir en ellas un elemento de ambigüedad tal que permita múltiples interpretaciones. Debería estar muy claro que o bien la Verdad es importante, y entonces no cambia, o bien cambia y entonces no tiene ninguna importancia. Después de todo, la verdad como un todo es eterna, incapaz como tal de toda mejora o progreso. Y, además, es una de las absurdidades patentes de nuestros tiempos suponer que nuestras mentes han progresado

---

<sup>1</sup> Ver página 109.



desde los tiempos de Cristo, o que nosotros hemos desarrollado o evolucionado una mayor profundidad en la verdad que la que tenían nuestro Señor y los apóstoles.<sup>2</sup> Como ha dicho el Cardenal Newman:

«Los Santos apóstoles conocían sin palabras todas las verdades concernientes a las altas doctrinas de la teología, que los apologistas después de ellos redujeron piadosa y caritativamente a fórmulas, y que desarrollaron a través del argumento.»

### *Essays and Discourses*

A riesgo de enfatizar lo que es obvio, debería ser evidente que, una vez que el Magisterio de enseñanza toma una postura definitiva sobre un planteamiento doctrinal, ningún órgano de la Tradición posterior o alternativo puede contradecirle. No puede haber dos afirmaciones contradictorias verdaderas sobre un mismo principio

---

<sup>2</sup> La enseñanza del Vaticano II se aparta claramente del pensamiento tradicional en este punto. Para citar los documentos directamente:

«Hasta un cierto punto, el intelecto humano está ampliando también su dominio sobre el tiempo; sobre el pasado por medio del conocimiento histórico; sobre el futuro por el arte de proyectar y de planificar. Los adelantos en biología, psicología y sociología... traen al hombre la esperanza de progreso en el conocimiento de sí mismo».

Por supuesto, si esta posición ha de devenir ahora parte del magisterio posconciliar, entonces se sigue lógicamente que los documentos son correctos cuando enseñan:

«Que los fieles mezclen la ciencia moderna y sus teorías y la comprensión de los descubrimientos mas recientes con la moralidad y la doctrina cristiana.»

Uno sólo tiene que observar la escena presente para ver cuán agudas son las palabras de Pío XII en su Encíclica *Summi Pontificatus*:

«Se jactaban de progreso, cuando de hecho estaban recayendo en la decadencia; concebían que estaban alcanzando cimas de cumplimiento cuando estaban empeñando miserablemente su dignidad humana; pretendían que este siglo nuestro traía consigo la madurez y la plenitud, cuando estaban siendo reducidos a una forma de esclavitud lastimosa.»

La flaqueza humana puede alterar su estilo en el curso de la historia, pero no su naturaleza, y la santidad alcanzada por un Sto. Tomás de Aquino no es esencialmente diferente de la alcanzada por Sta. Teresita de Lisieux, o por S. Ireneo. No es la religión, sino estas falsas ideas de «progreso» y de «evolución» las que son el opio del pueblo. ¡Que la nueva Iglesia adquiera y enseñe esta bazofia es extraordinario!

derivado de la Revelación. Y esto es verdadero tanto para el magisterio universal ordinario como para el magisterio solemne. Que la verdad puede cambiar va contra la doctrina de la indefectibilidad de la Iglesia («*Mirad, Yo estoy con vosotros todos los días que vendrán, hasta la consumación del mundo*» Mateo XXVIII, 20), y aquellos que sostienen otra cosa están diciendo de hecho que, o la Iglesia ha enseñado el error anteriormente o está enseñando el error ahora. No hay que sorprenderse de que la nueva Iglesia posconciliar desee ocultarse tras la cortina de que no está cambiando nada que es *de fide definitiva* —es la misma cortina de humo que pretende que la tradición se refiere solamente al hecho dogmático. La idea de que la Iglesia puede cambiar su enseñanza constante sobre un planteamiento doctrinal cualquiera es la de que puede «adulterar» su enseñanza. ¡Es decir, que la Esposa de Cristo puede devenir una meretriz!— una blasfemia y un sacrilegio. Si el magisterio está bajo la guía y la protección del Espíritu Santo, debemos recordar que el Espíritu Santo, siendo la Verdad misma, no puede contradecir-Se. Difícilmente habría dado a los apóstoles una enseñanza que durara «hasta el fin de los tiempos» —para cambiarla antes de que este fin haya tenido lugar. En la Escritura se nos advierte contra aquellos que nos enseñarán un «nuevo evangelio», diferente del evangelio «recibido»— que habría «una sucesión continua de nuevos instructores *didaskalai* (discipulos)» enseñando «según les coge el capricho», y buscando satisfacer «oídos calenturientos». Ciertamente, como hombres de razón, nosotros no podemos creer otra cosa que, como dijo S. Agustín, «La Sabiduría increada es la misma ahora que siempre fue y que siempre será». Esta es la enseñanza constante de la verdadera Iglesia, pues como dice S. Juan de la Cruz:

«Puesto que Él ha acabado de revelar la fe a través de Cristo, no hay ya más fe que revelar, ni la habrá nunca... Puesto que no hay más artículos que hayan de ser revelados a la Iglesia sobre la substancia de nuestra fe, una persona no solo debe rechazar nuevas revelaciones sobre la fe, sino que, por precaución, debe repudiar todo otro tipo de conocimiento mezclado con ellas...»

*Ascensión al Monte Carmelo*

El «Juramento contra el Modernismo» permanece para siempre una expresión de la actitud tradicional del *fiel* católico. Es «credal» por su naturaleza:

«Yo acepto sinceramente la doctrina de la fe que nos ha sido transmitida con el mismo significado y siempre con el mismo propósito desde los apóstoles a través de los Padres ortodoxos. Por consiguiente, rechazo enteramente, la teoría herética de la evolución de los dogmas, a saber, que pueden cambiar de un significado a otro, diferente del significado que la Iglesia ha sostenido con anterioridad.»

Claramente entonces, debemos negarnos a aceptar la enseñanza del Vaticano II al efecto de que «al igual que los siglos se suceden uno a otro, la Iglesia se mueve constantemente adelante hacia la plenitud de la verdad divina, hasta que las palabras de Dios alcancen su completo cumplimiento en ella»<sup>3</sup>. Esta enseñanza, en tanto que contradice el principio fundamental de que la plenitud de la Fe nos fue dada por Cristo y los apóstoles, y en tanto que niega implícitamente la venida del Anticristo, cuando solamente un «remanente» guarde la fe, debe ser totalmente rechazada por un católico. Ciertamente, siempre hay necesidad de replicar a las nuevas cuestiones, y siempre pueden surgir nuevas formas de ignorancia (pues la verdad es una, pero el error, por su naturaleza misma es legión); se puede y se debe explicar la sagrada doctrina, pero nunca a expensas de aquello que le da su *razón de ser* — es decir, nunca a expensas de la verdad y de la efectividad. Adaptar (un eufemismo modernista para «alterar») las enseñanzas de la Iglesia a fin de hacerlas aceptables para el «mundo» es olvidar que el así llamado «mundo moderno» es intrínsecamente opuesto a ese «Reino de los Cielos» que la Iglesia considera; por su naturaleza misma, representa una ruptura con los valores tradicionales —es decir, está fundado sobre principios que reflejan una infidelidad básica a Cristo— y ha reemplazado el fuego del amor por el incendio de la rebelión. La Iglesia no puede ser adaptada a esta infidelidad, y aquellos que quieren hacer esto cometen adulterio espiritual; invocan sobre sí mismos todas las condenaciones que Jeremías impuso a los judíos que habían devenido una «generación de meretrices». La absurdidad de la posición adaptacionista puede

---

<sup>3</sup> Como afirma Avery Dulles, S. J. «Aunque insiste en que la auto-revelación de Dios alcanzó su plenitud insuperable en Cristo, el concilio ha dejado un amplio margen para el desarrollo en la asimilación por la Iglesia de esa plenitud por vías nuevas e impredecibles. Sin usar el término de «revelación continua», el Vaticano II ha permitido algo de este tipo. Para escoger un término favorito de Juan XXIII, que hablaba repetidamente de la necesidad de discernir los «signos de los tiempos» a través de los cuales Dios continúa dirigiéndose a su pueblo». (*op. cit.*)

verse más claramente si la comparamos a la proposición de que el padre del «hijo pródigo» debería salir y comer mondas con los cerdos. (Son justamente estas «mondas» las que están asfixiando a los fieles en la nueva Iglesia). La Iglesia solo puede matar el cordero cebado cuando el hombre moderno retorna al seno y al abrigo del Padre. Claramente, es el hombre moderno el que debe adaptarse a las enseñanzas de la Iglesia, y su no hacerlo así es manifiesto en las consecuencias que son evidentes en todo nuestro entorno. Apartarse de un principio básico tal es adaptar la verdad al error y falsificar el Magisterio. Es sustituir el desarrollo legítimo por el *cambio* — un procedimiento claramente condenado por los Cánones del Vaticano I.

«El significado de los sagrados dogmas que la santa madre Iglesia ha enseñado de una vez por todas debe retenerse siempre, y no puede desecharse bajo el disfraz o en el nombre de una penetración más profunda... Si alguien dijera que, a causa del progreso científico, puede ser posible algún día interpretar los dogmas de la Iglesia en un sentido diferente de ese que la Iglesia ha comprendido y comprende, ¡que sea anatema!»

«La doctrina de la fe que Dios ha revelado no ha sido propuesta a la inteligencia humana para ser perfeccionada por los hombres como si fuera un sistema filosófico, sino como un depósito divino confiado a la Esposa de Cristo para ser fielmente guardado e infaliblemente interpretado.»

Esta es la enseñanza *de fide* de la Iglesia. Esta ha sido siempre la enseñanza de la Iglesia. Como afirma el Cardenal Newman:

«Un desarrollo, para ser fiel, debe retener tanto la doctrina como el principio con el cual esta comenzó... Tal es también la teoría de los Padres en lo que concierne a las doctrinas fijadas por los concilios, lo cual se ejemplifica en el lenguaje de S. León: “Cuestionar lo que ha sido definido, quebrantar lo que ha sido establecido, ¿qué es esto sino ser desagradecido con lo que se ha ganado?” S. Vicente de Lérins habla de una manera semejante del desarrollo de la doctrina cristiana como *perfectus fidei, non permutatio* (como la perfección de la fe, y no su alteración).»

Todo esto está bien resumido por S. Alberto Magno, el maestro de Sto. Tomás de Aquino: «Desarrollo» afirma, «es el progreso de los fieles en la fe, no de la fe dentro de los fieles».

## LA ACTITUD DEL MAGISTERIO HACIA LA INNOVACIÓN

*Semper Idem* («Siempre lo mismo»)

Divisa del Cardenal Ottaviani

El diccionario de Webster define la «innovación» como un «cambio o novedad, especialmente en las costumbres, maneras o ritos», y nos recuerda que un uso más obsoleto iguala el término con «revolución e insurrección». La Iglesia Católica tradicional siempre se ha opuesto vigorosamente a toda innovación. E incluso antes de la venida de Cristo, encontramos a Platón llamando al innovador «el peor tipo de peste» en una sociedad, y afirmando que son «nuestros propios impulsos irracionales los que anhelan la innovación».<sup>1</sup> En Roma, también Salustio describe al innovador como un «carácter sin principios, que odia el orden de cosas establecido... inclinado al tumulto, al trastorno y a la rebelión en general».<sup>2</sup>

Ciertamente, nuestro Señor no se manifestó como un «innovador». Él afirmó claramente que «*Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me ha enviado*» (Juan VIII, 16), y afirmó, además «*Yo no he venido a abrogar la ley, sino a cumplirla*» (Mateo V, 17). Las advertencias de S. Pablo contra aquellos que querrían enseñarnos un nuevo tipo de evangelio («*aunque fuera un ángel*») son enteramente claras. Esta actitud fue conservada con cuidado por los primeros santos. Así, S. Papías (a quien Ireneo describe como uno «que ha oído al apóstol Juan») dice, «Yo no me complazco como hacen muchos... en aquellos que cuentan preceptos foráneos, sino en aquellos que cuentan los preceptos que fueron dados por el Señor a la fe y que proceden de la verdad misma»; y Tertuliano dijo, «Yo no acepto lo que introducís con vuestra propia autoridad».

---

<sup>1</sup> Platón habla contra los «innovadores» en varios pasajes, y especialmente con respecto a aquellos que querrían innovar en materias pertenecientes al ritual y a la música.

<sup>2</sup> No estamos hablando por supuesto de aquellos que querrían una «ratonera mejor», sino sobre aquellos que querrían reemplazar lo que es tradicional por «novedades». Se debe ser consciente de la distinción Platónica entre «cantos nuevos» y «un tipo de música nuevo».

Los Padres de la Iglesia mantuvieron esta actitud con claridad. S. Vicente de Lérins dijo, «Cuanto más está un hombre bajo la influencia de la religión, tanto más presto está a oponerse a la innovación». S. Agustín enseñó, «pues así enseña nuestra fe, que es la verdadera fe católica, la recta fe católica, colegida no por la opinión del juicio privado, sino por el testimonio de las Escrituras; no sujeta a las fluctuaciones de la temeridad herética, sino cimentada sobre la verdad apostólica». S. Basilio el Grande dijo, «Nosotros no aceptamos ninguna fe nueva, escrita a nuestra intención por otros, ni proclamamos los resultados de nuestra propia cogitación, no sea que la mera sabiduría humana sea considerada como la regla de la fe; comunicamos a todo el que nos pregunta lo que los santos padres nos han enseñado». S. Juan Clímaco en su famosa «Escala de la Ascensión» afirma, «Nosotros debemos estar examinándonos y comparándonos constantemente con los santos padres y las luminarias que vivieron antes de nosotros», y dice, además, «y esto pido, que no imaginéis que estamos inventando lo que escribimos, pues tal sospecha menguaría su valor». El Papa Silvestre declaró, «No haya innovaciones», y alrededor de un millar de años después sus palabras se reflejaron en la declaración del gran erudito, el Papa Benedicto XV, que dijo, «No innovéis nada, permaneced contentos con la tradición». El Maestro de las Sentencias, Pedro Lombardo, afirma en el prólogo que «verdaderamente siempre que hablemos y sea lo que fuere lo que hablemos, es la voz de los padres de la Iglesia la que escucha, y no iremos más allá de los límites que ellos han establecido». S. Bernardo enseñó que «ha de bastarnos no querer ser mejores que nuestros padres», y Mr. Olier, el fundador de los sulpicianos dice: «No quiera Dios que yo innove nunca nada en materias religiosas». S. Francisco de Sales dijo «Yo no he dicho nada que no haya aprendido de otros», y al actuar así reflejaba las palabras mismas de Casiano: «Yo no estoy inventado esta enseñanza, sino simplemente transmitiendo lo que he aprendido de otros». S. Vicente de Paul denigró «las nuevas opiniones que se están extendiendo cada vez más», y S. Alfonso María de Liguori clamó contra aquellos «que no enseñan el Evangelio, sino sus propias invenciones». Y tal ha sido siempre la salmodia aparentemente monótona de la Iglesia, que ve su función como una función de conservación de aquella Verdad que Cristo le confió. Como Mons. Van Noort afirma, «La *tradición* destaca muy vigorosamente el punto de que desde tiempos antiquísimos ha querido seguir solamente la doctrina de los apóstoles, y siempre ha considerado cualquier innovación en materias de fe como una clara marca de herejía». Ningún santo, ningún Papa de una época anterior, y ni una sola línea de la

Sagrada Escritura pueden ser llamadas en defensa de la innovación. Esta actitud está bien resumida por S. Buenaventura, que dijo:

«Los predicadores no deben descubrir nada nuevo en sus corazones, pues Nuestro Señor no creó panes nuevos para dar de comer a la muchedumbre. Él multiplicó los cinco panes que tenía a mano. Así es como la verdadera doctrina debe ser sacada y multiplicada por medio de la oración que sube al cielo, por medio de la devoción que bendice, por medio de la meditación que parte el pan, y por medio de la predicación que lo distribuye.»<sup>3</sup>

Tal actitud no es en modo alguno la de la Iglesia Posconciliar. Ciertamente, Pablo VI querría instruirnos en que «es necesario saber cómo dar la bienvenida con humildad y una libertad interior a lo que es innovador»; y alaba la «renovación» que se ha efectuado en su Iglesia desde el Vaticano II en los siguientes términos:

«... de la renovación concebida en los términos correctos, y según el “buen espíritu” prometido por el Padre celestial... Nos podríamos por la gracia del Señor, dar muchas pruebas, y no triviales, que nos parecen convincentes... Si pensamos en la SUMA TOTAL DE MEDIDAS INNOVADORAS QUE SE HAN LLEVADO A EFECTO EN ESTE PERIODO, PARTICULARMENTE SI CONSIDERAMOS LA REFORMA LITURGICA — ¡UNA GRAN INNOVACIÓN EN VERDAD!»

(*Audiencia General*, 4 de Agosto de 1971)

Y, ciertamente, se atreve a afirmar en otra parte que la «Innovación principal afecta a la plegaria Eucarística...»

---

<sup>3</sup> La Ley de la Iglesia con respecto a la canonización de los Santos, promulgada por el Papa Urbano VIII afirma:

«Se hará una diligentísima encuesta en cuanto a si el siervo de Dios cuya canonización se busca escribió libros, folletos, meditaciones, o cosas semejantes; pues si ha sido escrito algo de esto, no se hará ninguna otra encuesta hasta que tales libros sean cuidadosamente examinados por la Congregación para ver si contienen algún error contrario a la fe o a las costumbres, o alguna doctrina nueva opuesta a la sana y pura enseñanza de la Iglesia.»



El problema con las innovaciones es que son el terreno esencial para la introducción de la herejía —ciertamente, los padres de la Iglesia juntan frecuentemente estos dos términos en una sola frase: Como dijo S. Agustín con respecto a la enseñanza de la Iglesia sobre el pecado original, «No soy yo quien inventó la enseñanza de la Iglesia, que la fe católica sostiene desde los tiempos antiguos, pero tú que la niegas eres indudablemente un hereje *innovador*». (*De Nupt II*). Si la función de la Iglesia es conservar el depósito de la fe, tiene entonces una obligación absoluta de hablar claro y de desenmascarar a aquellos que querrían diluir o distorsionar este depósito, y tiene una obligación absoluta de examinar e impedir que tales heréticos extravíen a los fieles. Como afirma el Papa S. Pío X en su Encíclica *Editae Saepe*, citando las palabras de S. Carlos Borromeo: «Es un hecho cierto y bien establecido que ningún otro crimen ofende a Dios tan gravemente ni Le provoca una cólera mayor que el vicio de la herejía».

La idea de que no es necesario que quienes detentan la autoridad condenen a los heréticos fue condenada como «escandalosa» por el Papa Alejandro VII en 1665 (*Denzinger* 1105). El Papa León confirmó la condena Conciliar del Papa Honorio I por el cargo de que «había faltado a la vigilancia esperada de él en su oficio apostólico y que con ello había permitido hacer progresos a la herejía que debía haber aplastado en sus comienzos». Durante el rito de ordenación de los obispos, se leen las siguientes palabras: «*Yo te he hecho un vigilante para la casa de Israel*» (*Ezequiel* III, 17), y la sentencia inmediata siguiente continúa: «*Si no declaras que su iniquidad es malvada, Yo pediré su sangre en tu mano*» (*Ezequiel* III, 18). El canon de la Ley afirma (2316) que, «es sospechoso de herejía quien espontánea y conscientemente ayuda en cualquier modo a la propagación de la herejía». El Papa Felix III afirmó, «No oponerse al error, es aprobarlo, y no defender la verdad es suprimirla, y ciertamente, rehusarse a confundir a los inicuos, cuando podemos hacerlo, no es un pecado menor que el de darles ánimo».<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> El Vaticano II, bajo el encabezado de «libertad religiosa» quería conceder a todas las sectas religiosas, y a todas las organizaciones políticas no religiosas, el derecho a propagar sus puntos de vista, no importa cuán heréticas sean, e incluso en situaciones donde la Iglesia podría impedirlo. Esta «libertad religiosa» está «garantizada», enseña el concilio, como un «derecho civil y legal». ¿Qué padre permitiría una cosa tal en su familia?

Es menester decir de paso que la acusación de que la Iglesia «quemaba» a los heréticos es falsa. Los heréticos, especialmente los anarquistas y satanistas, eran considerados como enemigos del estado. Los albigenses negaban toda autoridad tanto civil como espiritual. La Iglesia y su «inquisición»

Ahora bien, estas actitudes «antiheréticas» por parte de la Iglesia tradicional pueden ser defendidas, como cabía esperar, sobre el terreno de la Escritura. Cristo mismo nos previno de que *«surgirán muchos falsos profetas, y seducirán a muchos...»*. Él ha afirmado, además, que *«el que no está conmigo está contra mí... y el que no escuche a la Iglesia, que sea para ti como el gentil y el publicano»*. Él tampoco era ambiguo cuando dijo, *«el que no crea será condenado»*. Los apóstoles han hablado en un matiz similar. S. Pablo nos previno contra aquellos *«que querrían enseñarnos un nuevo evangelio aparte de ese»* que hemos recibido de él. S. Juan llama al herético *«un seductor, un anticristo, un hombre que disuelve a Cristo»*, y nos instruye a *«a no recibirle en la casa y a no decirle Dios te socorra»*. S. Pedro, con su ardor característico, llama a los heréticos *«instructores mentirosos que harán surgir sectas de perdición, y negarán al Señor que los rescató; trayendo sobre sí mismos rápida destrucción»*. Los ha llamado *«nubes sin agua y nubes sacudidas de torbellinos, a quienes está reservada la niebla de la oscuridad»*. S. Judas habla en un tono similar a todo lo largo de su Epístola. Y S. Pablo nos dice cómo actuar con respecto a la herejía. Instruye a Timoteo a *«combatirlos con buen combate, teniendo fe y buena consciencia, rechazando las cuales, algunos han naufragado en lo que toca a la fe...»*. Exhorta a los ancianos de la Iglesia de Éfeso, *«precaveos vosotros mismos y al rebaño entero, de quienes el Espíritu Santo os ha instituido obispos, para gobernar la Iglesia de Dios... Yo sé que después de mi partida, lobos rabiosos entrarán entre vosotros, sin perdonar al rebaño... por tanto, vigilad»*. *«Cuidaos de los perros»*, escribe a los filipenses, siendo los «perros» los mismos falsos instructores que los «lo-

---

funcionaban para determinar si eran o no heréticos de hecho, e insistía siempre en que se les diera una oportunidad de «abjuración pública». Nuestro moderno sistema de «jurados» es una excrecencia de la Inquisición, puesto que en la Inquisición toda la evidencia tenía que ser presentada, no a un jurado de «pares», sino a un jurado de expertos. En muchas situaciones, la inquisición funcionaba para «proteger» a los fieles frente al estado. Eran aquellos que intentaban claramente destruir el orden civil los que eran devueltos al estado para su castigo. Que tuvieron lugar abusos es infortunadamente verdad, pero estos fueron sorprendentemente pocos en número. Aquellos que están interesados en una visión imparcial de esta institución pueden remitirse a *Characters of the Inquisition*, de William Thomas Walsh, Kennedy: Nueva York, 1940.

La Iglesia ha tomado siempre la posición de que el error puede ser «tolerado» bajo algunas circunstancias, pero nunca una posición que le da su aprobación o que le trata sobre un «pie de igualdad» (para usar una frase del Vaticano II). Así, mientras que las conversiones forzadas están expresamente prohibidas por el Canon de la Ley, la Iglesia siempre ha hecho cuanto estaba en su poder pa-

bos rabiosos». ¿Hay alguna sorpresa entonces en que S. Jerónimo llame a las congregaciones de los heréticos «sinagogas de Satán» y diga que su comunión ha de ser evitada «como la de las víboras y escorpiones»? Como advierte S. Bernardo, «No es seguro dormir cerca de las serpientes».

¿Y qué tenemos hoy día en la nueva Iglesia Posconciliar? Como Frank Sheed ha dicho, «Todas las semanas vienen noticias de alguna negación de tono revolucionario por algún teólogo en alguna parte —¡y ninguna reprobación de su jerarquía! ... Apenas queda una doctrina o práctica de la Iglesia de la que yo no haya oído que ha sido atacada por algún sacerdote». ¿Quiénes son los grandes teólogos de la nueva Iglesia? Ciertamente nadie omitiría los nombres de Bernard Haring, Karl Rahner, Hans Küng, Joseph Suenens, Edward Schillebeeckx e Yves Congar, para dar unos pocos cuyos nombres son palabras casi familiares— y cada uno de estos ha negado una u otra de las enseñanzas de la Iglesia. Eran bien conocidos de Pablo VI —algunos eran amigos personales suyos— y ninguno de ellos ha sido declarado herético. Cada uno de ellos enseña o ha enseñado a los católicos en instituciones católicas. Y de hecho, ¿qué hizo Pablo VI ante el «humo de Satán» que pretendía que le rodeaba? Déjenme decirlo: Abolió el Índice<sup>5</sup>; abolió efectivamente el Santo Oficio, una de cuyas funciones principales era impedir que los heréticos hicieran daño, y finalmente, afirmó públicamente:

«Vamos a tener un periodo de mayor libertad en la vida de la Iglesia, y por ende para cada uno de sus hijos... La disciplina formal será reducida, todo juicio arbitrario será abolido, así como toda intolerancia y absolutismo».

Ahora bien, una afirmación tal proveniente de una persona que pretendía ser un Pontífice reinante — el representante de Cristo sobre la tierra— solo puede ser calificada de extraordinaria. Primero de todo, los juicios de la Iglesia nunca han sido «arbitrarios», sino basados sobre la sana doctrina, y a menudo asumidos después de muchos años de estudio cuidadoso. En segundo lugar, la Iglesia debe ser intolerante

---

ra impedir que los fieles fueran seducidos por enseñanzas heréticas. ¿Cómo podría comportarse de otro modo, convencida de su función y de su deber sagrados?

<sup>5</sup> El Índice se remonta hasta el concilio de Nicea en el 325 donde fueron condenadas las obras de Arrio (específicamente su libro *Thalia*) a causa de que el punto de vista del autor, de que el Verbo de Dios era una criatura, «estaba enunciado en un estilo coloquial y libre, que recordaba una de las obras de Sotades». El «estilo coloquial y libre» no fue inventado por los «periti» (expertos) del Vaticano II.

con el error. Después de todo, ella está aquí para proclamar la verdad de Cristo. Ahora, o bien ella es la Iglesia que Cristo fundó y tiene por consecuencia derechos y privilegios especiales (se los reconozca o no el mundo), o bien es solamente una Iglesia entre muchas otras. O bien ella enseña la Verdad absoluta, o bien no hay a sus ojos ninguna verdad absoluta. ¿Qué padre dejaría de censurar las lecturas y actividades de sus hijos o de los niños confiados a su cuidado? ¿Qué gobierno en el poder ha permitido nunca a las organizaciones sediciosas la libertad para minar sus estructuras? — y la herejía, para la Iglesia de Cristo, es sedición. ¿Qué médico permitiría nunca que la enfermedad estragara a su paciente cuando está en posición de impedirlo?

Debería estar ya completamente claro para el lector que la nueva Iglesia posconciliar se ha apartado de la unidad con la Iglesia tradicional, la «Iglesia de Todos los Tiempos», la Iglesia que Cristo fundó, la Iglesia Católica Romana como existe ahora, y existió durante innumerables años anteriormente al concilio Vaticano II. Para aquellos que argumentan que todas estas desviaciones entran en la naturaleza de los «abusos», es menester destacar que a todo lo largo de este libro, casi todos los ejemplos de la RUPTURA CON LA TRADICION están tomados bien de las afirmaciones de los «papas» posconciliares, bien de los documentos del Vaticano II, o bien del *Novus Ordo Missae*. Ningún católico posconciliar puede negarse a aceptar estas tres fuentes sin arruinar su propio argumento. No puede «picar y escoger» lo que aceptará de la nueva Iglesia sin declarar con ello que su propio «juicio privado» es de hecho la autoridad básica de su decisión. El «católico posconciliar», no importa cuán «sincero» sea, llana y simplemente, NO es un católico Romano.

**LA RUPTURA DE LA «UNIDAD» POR PARTE  
DE LA «IGLESIA POSCONCILIAR»  
Y LA CUESTIÓN DE LA OBEDIENCIA  
RESPECTO A LOS RESPONSABLES**

Siendo la «Unidad» una cualidad esencial de Dios, está sujeta a reflejarse en Su Iglesia. Cualquiera que esté familiarizado con su catecismo sabe que esta «unidad» subsiste en tres cosas, unidad de *fe*, unidad de *culto y ritos*, y unidad *bajo una sola cabeza*, el Papa, que es el representante de Cristo sobre la tierra. Cuando la Iglesia habla de «unidad de fe», no habla de nada sino de la aceptación de aquella fe que Cristo y los apóstoles revelaron, y que «es creída siempre, por todos y en todas partes». Lo mismo se aplica por supuesto en el área del culto, pues las características esenciales de la Misa son de origen divino y no de origen humano. Nadie puede discutir que ha habido, en la verdadera Iglesia Católica tradicional, una continuidad perfecta en la unidad de creencia y de culto entre los católicos desde los tiempos apostólicos hasta el presente día. En cuanto a la unidad bajo el Papa, esta es esencialmente una unidad con el Papado. Así, si un «papa» individual se aparta de la unidad de fe y de culto, entonces no puede ser ya el representante de Cristo en la tierra, y Cristo no puede ya decir de él, «el que te escucha, me escucha». Como lo señala el Vaticano I:

«El Espíritu Santo no está prometido a los sucesores de Pedro a fin de que, a través de Su revelación, puedan traer a la luz nuevas doctrinas, sino a fin de que, con Su ayuda, puedan conservar inviolada y exponer fielmente la revelación transmitida a través de los apóstoles, el depósito de la fe...»

(Denzinger 1836)

Esta ha sido siempre por supuesto la enseñanza de la Iglesia. Como S. Bernardo dijo al Papa Eugenio en sus «Cinco Libros sobre la Consideración»<sup>1</sup>:

«Se te ha confiado la mayordomía sobre el mundo, no se te ha dado su posesión. Déjale a Él su posesión y su gobierno; tú cuida de él. Esta es tu porción: más allá de esto no extiendas tu mano. No pienses que estás excluido de aquellos de quienes Dios se queja (cuando Él dice en *Oseas* VIII, 4), “Ellos han reinado, pero no por Mí; han surgido príncipes, pero Yo no los reconozco”.»

La Iglesia ha enseñado siempre que era posible que un Papa deviniera un mal papa, y que, si tal fuera el caso, nosotros no teníamos que darle nuestra total obediencia. Escuchemos a sus teólogos en el Magisterio de Enseñanza:

«Aunque se sigue claramente de las circunstancias que el Papa puede errar a veces y mandar cosas que no deben hacerse, y que nosotros no tenemos que ser simplemente obedientes a él en todas las cosas, eso no demuestra que el Papa no deba ser obedecido por todos cuando sus mandatos son buenos. Saber en cuáles casos ha de ser obedecido y en cuáles casos no...se dice en los Hechos de los Apóstoles: “Uno debe obedecer a Dios en lugar de al hombre”: por lo tanto, si el Papa mandara alguna cosa contra la Sagrada Escritura o contra los artículos de la fe, o contra la verdad de los sacramentos, o contra los mandatos de la ley divina o natural, no debe ser obedecido, sino que en tales mandatos, ha de ser desatendido (*despiciendus*).»

*Cardenal Turrecremata (Summa de Eccl.)*

«Es legítimo resistirle (al Papa) si ha asaltado a las almas, o trastornado el estado, y mucho más si se ha esforzado en destruir la Iglesia. Es legítimo, digo, resistirle no haciendo lo que manda e impidiendo la ejecución de su voluntad.»

---

<sup>1</sup> El Papa S. Pío V veneraba tanto este libro que como nos cuenta Darras, hacía que se lo leyeran cada día mientras comía.

*Cardenal S. Roberto Belarmino (de Rom. Pont.)*

«Si el Papa, por sus órdenes y sus actos, destruye la Iglesia, uno puede resistirle e impedir la ejecución de sus mandatos.»

*Francisco de Vitoria*

«Si el Papa dicta una orden contraria a las rectas costumbres, uno no ha de obedecerle...»

*Suárez*

Así pues, estas citas muestran claramente que hay algunas circunstancias bajo las cuales nosotros somos libres de —e incluso estamos obligados a— resistir a los malos mandatos y acciones de un Papa. Pero un Pontífice puede llegar aún más lejos en la senda del error. Volvamos nuevamente a los teólogos:

«(Un Papa) cae también en el cisma si se aparta del cuerpo de la Iglesia negándose a estar en comunión con ella por la participación en los sacramentos... El Papa puede devenir cismático de esta manera si no quiere estar en comunión idónea con el cuerpo de la Iglesia (de la Iglesia de Todos los Tiempos — Ed.), una situación que podría surgir si el Papa intentara excomulgar a la Iglesia entera, o, como observan tanto Cayetano como Torquemada, SI QUIESIERA CAMBIAR *TODAS* LAS CEREMONIAS ECLESIASTICAS, FUNDADAS COMO ESTÁN SOBRE LA TRADICIÓN APOSTÓLICA.»

*Suárez*

¿Y cuál ceremonia y sacramento no ha cambiado la Iglesia posconciliar con la plena aprobación «papal»? Adelantándose todavía más, y teniendo en la mente el hecho de que, como se ha señalado en una sección anterior de este libro, los Papas pueden caer en herejía (obstinada), consideremos aún otros documentos adicionales de la Iglesia tradicional:

«Por desobediencia el Papa puede separarse de Cristo a pesar del hecho de que él es la cabeza de la Iglesia, pues por encima de todo, la unidad de la

Iglesia depende de su relación con Cristo. El Papa puede separarse de Cristo bien desobedeciendo las leyes de Cristo, o bien mandando algo que es contra la ley divina o natural. Haciendo esto, el Papa se separa del cuerpo de la Iglesia a causa de que este cuerpo está vinculado él mismo a Cristo por la obediencia. De esta manera, el Papa podría sin duda caer en el cisma.»

«El Papa puede separarse también de la Iglesia y de sus sacerdotes si así lo quiere y sin ninguna razón específica (es decir, por el ejercicio de su libre albedrío — Ed.). También se separa si se niega a hacer lo que hace la Iglesia Universal (la Iglesia de Todos los Tiempos — Ed.), basadas como están estas cosas (que la Iglesia hace) en la Tradición de los apóstoles; o también, si no observa aquellos preceptos que los santos concilios ecuménicos o la Santa Sede han determinado como de aplicación universal (es decir, el magisterio solemne o universal). Esto es especialmente cierto con respecto a la liturgia divina, como por ejemplo, si no quisiera seguir personalmente las costumbres y ritos universales de la Iglesia. Tal sería el caso si no quisiera celebrar la Misa con las vestiduras sagradas, o con velas, o si se negara a hacer el signo de la cruz de la misma manera en que lo hacen los demás sacerdotes. Lo mismo es válido para los demás aspectos de la liturgia de una manera muy general, y para todo cuanto podría ir contra las costumbres perpetuas de la Iglesia según están incorporadas en los Cánones *Quae ad perpetuum, Violatores, Sunt quiden y Contra Statua*. Al separarse de la observancia de las costumbres universales de la Iglesia, y al hacer esto con obstinación el Papa puede caer en cisma. Una conclusión tal es justa debido a que las premisas sobre las cuales se basa están fuera de duda. Pues, de la misma manera en que el Papa puede devenir un hereje, así también puede devenir tal con el pecado de obstinación. Es así como afirma Inocente (*De Consuetudine*) que, es necesario obedecer a un Papa en todas las cosas mientras él mismo no vaya contra las costumbres universales de la Iglesia, pero que si fuera contra las costumbres universales de la Iglesia, entonces no ha de ser seguido...»

*Jean de Torquemada*

Como señala Cornelius Lapide, S. J.:



«Por consecuencia, bajo ninguna circunstancia puede (el Papa) ser depuesto por la Iglesia, sino que solo puede ser declarado como habiendo caído de su Pontificado si, a modo de ejemplo, aconteciera (¡Dios no lo permita!) que cayera en pública herejía, y cesara por lo tanto, *ipso facto*, de ser Papa; ciertamente, de ser siquiera un fiel cristiano.»<sup>2</sup>

Debido a que la «obediencia» ha devenido la encrucijada de muchos de los debates entre la Iglesia Tradicional y la nueva Iglesia, sería de gran valor considerar la

---

<sup>2</sup> S. Roberto Belarmino afirma que, «...está probado con argumentos de autoridad y de razón que el herético manifiesto está *ipso facto* depuesto. El argumento de autoridad se basa en S. Pablo (*Ep. a Tito*, 3), quien ordena que el herético sea evitado después de dos amonestaciones, es decir, después de mostrarle que es manifiestamente obstinado —lo cual se entiende que es antes de toda excomunión o sentencia judicial. Y esto es lo que escribe S. Jerónimo, agregando que los demás pecadores están excluidos de la Iglesia por excomunión, pero que los heréticos se exilian y separan por sí mismos del cuerpo de Cristo... Este principio es sumamente cierto. Un no cristiano no puede ser Papa, como Cayetano mismo admite. La razón de esto es que no puede ser cabeza de lo que ni siquiera es miembro; ahora bien, el que no es un cristiano, como lo enseñan claramente S. Cipriano (*Lib. 4, Epist. 2*), S. Atanasio (*Ser. 2 contra Arrio*), S. Agustín (*Lib. de grat. Christ., cap. 20*), S. Jerónimo (*Cont. Lucifer*) y otros, y por lo tanto el herético manifiesto, no puede ser Papa... Afirmamos que ningún herético o cismático tiene ningún poder de derecho. S. Cipriano, que enseña también que los heréticos que retornan a la Iglesia deben ser recibidos como seglares aunque hubieran sido obispos o sacerdotes en la Iglesia anteriormente a su herejía. S. Optato, S. Ambrosio, S. Agustín, S. Jerónimo... todos ellos enseñan que los heréticos y cismáticos no pueden tener las llaves del Reino de los Cielos, ni pueden atar ni desatar. Todos ellos han basado sus argumentos sobre la naturaleza de la negativa a creer en Dios.» Citado por Gibbon en *The War is Now*, n° 11, Mayo 1981. El Canon de la Ley enseña que «Una persona que es sospechosa de herejía, o que ayuda conscientemente de alguna manera a propagar la herejía, o que comulga en los ritos sagrados con heréticos violando la prohibición del Canon 1258, incurre en sospecha de herejía» (Canon 2316). «Una persona que es sospechosa de herejía y que después de ser amonestado no erradica la causa de la sospecha, será suspendida *a divinis*. Si una persona sospechosa de herejía ha sido castigada con las penas aquí señaladas, y no se enmienda en el plazo de seis meses después de su imposición, será considerado un herético y quedará expuesto a las penas por herejía» (2315). «Todo apóstata de la fe cristiana y todo herético o cismático incurrirán en las siguientes penas: 1ª) excomunión *ipso facto*; 2ª) si han sido amonestados y no se arrepienten, serán privados de todo beneficio, dignidad, pensión, oficio o de toda otra posición que tuvieran en la Iglesia... un clérigo que abandona públicamente la fe católica pierde *ipso facto* todo oficio eclesiástico y sin ninguna declaración» (2314).

enseñanza de Sto. Tomás de Aquino sobre este asunto.<sup>3</sup> Puesto que toda autoridad, en último análisis, viene de Dios, toda obediencia, en último análisis, se debe a Dios. «A veces acontece que los mandatos ordenados por los prelados son contra Dios. Por lo tanto los prelados no han de ser obedecidos en todas las cosas. Pues quienes están bajo su potestad están sujetos a obedecerles solo en aquellas materias en las cuales están sometidos a sus superiores, y en las cuales esos mismos superiores no se oponen al mandato de un Poder más alto que ellos mismos» (*Summa* II-II, Q. 104. Art. 5). En otra parte, dice, «Uno debe estar sometido a un poder más bajo solo en la medida en que este conserva el orden establecido por un Poder más alto que él mismo; pero si el poder más bajo se aparta del orden del Poder más alto, entonces no es bueno para nadie estar sometido a ese poder más bajo —por ejemplo— si un procónsul ordenara que se hiciera algo, cuando el emperador hubiera mandado lo contrario» (*Summa* II-II Q. 69. Art. 3). En cuanto al Papa y a los obispos, es completamente específico: «Sin embargo, nosotros no debemos prestar ninguna atención a los sucesores de los apóstoles excepto en la medida en que nos proclaman aquellas cosas que los apóstoles nos legaron en sus escritos» (*De Veritate*, Q. 14, Art. 10). Ahora bien, sería irracional esperar que la enseñanza de la Iglesia fuera otra que esta, pues, como dice Sto. Tomás de Aquino, en la obediencia «se requiere no solamente prontitud, sino también discernimiento». (*Comentario sobre la Epístola a Tito* III, 1). ¡La obediencia ciega es tan ajena al magisterio como lo es la fe ciega!<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> Para citar *L'Osservatore Romano*, de 7 de Enero de 1971, «Sto. Tomás es nombrado por el concilio Vaticano II de la manera más explícita, como el maestro que ha de ser seguido específicamente en el pensamiento teológico, es decir, el pensamiento que busca la comprensión de los misterios, en la medida de lo posible, y en la contemplación de la conexión entre las verdades reveladas. Esto es equivalente a reconocer la superioridad de Sto. Tomás en certeza y profundidad de doctrina.» Ver *Documento sobre la Formación Sacerdotal*, párrafo 16.

<sup>4</sup> Vale la pena considerar algunas afirmaciones hechas por francmasones sobre la cuestión de la «obediencia». Ellos han soñado siempre con un Papa «acorde con nuestras necesidades, no un Papa escandaloso como Borgia (algunos historiadores consideran que Alejandro VI fue víctima de falsificación), sino un Papa abierto a las fluctuaciones exteriores...» Como afirmaron en 1.861, la «obediencia» de los fieles hacia un Papa tal sería el medio que les permitiría destruir la Iglesia: «En un centenar de años... los obispos y los sacerdotes pensarán que marchan tras del estandarte de las Llaves de Pedro cuando de hecho estarán siguiendo nuestra bandera... Las reformas tendrán que llevarse a efecto en nombre de la Obediencia» (Citas tomadas de los documentos de la organización masónica llamada *Alta Vendita* que cayeron por accidente en manos de la Iglesia y que fueron publicadas por el Papa Pío IX). La actitud de la francmasonería hacia la nueva Iglesia será tratada después, pero por el

Muchos católicos tradicionales, a pesar de lo que precede, insisten en que los «papas» posconciliares son «legítimos». La base para tal argumento está en el hecho de que, a todo lo largo de la historia de la Iglesia, ningún papa ha sido declarado nunca «autodepuesto» por herejía. Inclusive el Papa Honorio, declarado herético por un concilio ecuménico, nunca fue declarado «no papa». Creen que hasta que en algún tiempo futuro la Iglesia tradicional declare que tal ha ocurrido, están obligados a aceptar su legitimidad. Ahora bien, una actitud tal implica una fina distinción teológica, y como tal, sigue siendo una «opinión teológica» válida, siempre que uno comprenda también plenamente la naturaleza de la verdadera obediencia. Claramente, ningún católico está obligado a «obedecer» a un papa —sea un papa cuestionable o real— si este manda hacer algo contra las Leyes de Dios. A causa de que este problema ha creado mucha de confusión, daremos varios ejemplos históricos para ilustrar los principios implicados.

Comenzando con el Evangelio mismo, citemos al eminente teólogo Tanqueray:

«La obediencia es una virtud moral sobrenatural que nos inclina a someter nuestra voluntad a aquellos de nuestros superiores legítimos, en tanto que son los representantes de Dios... Es evidente que no es ni obligatorio ni permisible obedecer a un superior que nos diera un mandato manifiestamente opuesto a las leyes divinas o eclesiásticas. En este caso, tendríamos que repetir las palabras de S. Pedro: “Debemos obedecer a Dios antes que al hombre”» (*Hechos 5, 29*).

Consideremos seguidamente la negación de Pedro. Ciertamente, nadie ha sostenido nunca que nosotros deberíamos seguir a Pedro en su negación de Nuestro Señor. Pero es menester que no olvidemos que esta negación no tiene lugar antes, sino más bien después, de que Pedro hubiera sido declarado el cabeza del Colegio Apostólico. E inclusive después de la Resurrección, después del Descenso del Espíritu Santo, la Escritura nos da otro ejemplo de dónde uno no está obligado a estar de acuerdo con la opinión de Pedro. En *Gálatas II* leemos al respecto de cómo Pablo

---

momento, para citar a Yves Marsoudon, (Maestro de Estado, Supremo concilio de Francia, Rito Escocés): «El sentido de universalismo que es desbordante en Roma estos días está muy próximo a nuestro propósito para la existencia... Con todos nuestros corazones apoyamos la “Revolución de Juan XXIII”».

reprendió a Pedro sobre la cuestión de la circuncisión de los Gentiles. Con respecto a este episodio dice S. Cipriano (*Epist. LXXI, n. 3*): «Tampoco Pedro, a quien el Señor hizo el primado, y sobre quien edificó Su Iglesia, actuó insolente y arrogantemente cuando Pablo le reprendió después sobre la circuncisión; no dijo que él detentaba el Primado y que tenía que ser obedecido...». Y S. Agustín (*De Baptismo contra Donatistas, Lib. II, cap.2*), citando este pasaje de Cipriano, agrega «El apóstol Pedro, en quien el primado de los apóstoles es pre-eminentemente por una gracia tan singular, cuando actuó sobre la circuncisión DE MODO DIFERENTE A LO QUE LA VERDAD REQUERÍA, fue corregido por el apóstol Pablo». Claramente entonces, la Escritura quiere enseñarnos que nosotros no hemos de seguir ciega y absolutamente a aquellos que detentan la autoridad de Pedro, sino más bien, como enseña Sto. Tomás, «solamente cuando nos proclaman aquellas cosas que los apóstoles nos legaron».

Con esta comprensión escriturística y teológica de los límites de la obediencia, volvamos ahora a la historia en busca de ejemplos de su aplicación. Uno de los acontecimientos más antiguos concierne al Papa Marcelo (o Marcelino), cuya fiesta se celebra el 19 de Enero. Según el Papa Nicolás I, «En el reinado de los soberanos Diocleciano y Maximiano, Marcelino, Obispo de la ciudad de Roma, que después devino un mártir ilustre, estaba siendo perseguido de tal modo por los paganos que entró en uno de sus templos (de los paganos) y allí ofreció incienso. A causa de este acto, se llevó a cabo una investigación en concilio por un número de obispos, y el Pontífice confesó su caída» (Carta al Emperador Miguel, 865). Otro escritor antiguo llamado Platina nos da más detalles: «Cuando el Papa Marcelino fue amenazado por los ejecutores, sucumbió al temor, ofreció incienso a los ídolos y los adoró. Pero cuando, poco después, se reunió un concilio de 180 obispos en Sinuessa, Marcelino apareció en la asamblea vestido de saco y suplicó a los sinodales que le impusieran una penitencia, a causa de su infidelidad. Pero ningún miembro del concilio se atrevió a condenarle, declarando todos que S. Pedro había pecado similarmente, y mereció el perdón por sus lágrimas».

Ahora bien, no es útil entrar en una controversia sobre la verdad de esta historia —baste decir que la mayor parte de los historiadores modernos consideran que el concilio de Sinuessa fue una invención de los heréticos donatistas. En cualquier caso, el Papa Marcelino fue ciertamente perseguido por Diocleciano; se hizo que trabajara como esclavo en los establos reales, y finalmente murió a causa de este abuso.

Está inscrito en el martirologio romano y ha sido elevado a los altares de la Iglesia —aunque, una vez más, los historiadores modernos han negado su martirio efectivo. La historia de su persecución se encuentra todavía en el Breviario aprobado para el uso por Juan XXIII, y la historia de su caída fue incluida en el «Segundo Nocturno» del Breviario durante más de 1000 años. Fue aceptada como verdadera por Baronius y S. Roberto Belarmino. Al igual que los demás relatos del Segundo Nocturno (desechados principalmente a causa de su falta de prueba histórica), es verdadero en principio. Y es así como encontramos un dicho medieval común que dice, «QUE EL PAPA MARCELO OFRECIERA INCIENSO A JÚPITER, ESO NO QUIERE DECIR QUE TODOS LOS OBISPOS DEBAN HACER LO MISMO».

Hagamos una pausa para escuchar las palabras de S. Vicente de Lérins, un sacerdote que vivió alrededor del año 434, y que nos dio un excelente criterio a seguir para distinguir la verdad del error. Según el resumen en la Enciclopedia Católica, enseñó que «si surgiera alguna nueva doctrina en alguna parte de la Iglesia, entonces la adherencia firme debe darse a la creencia de la Iglesia Universal, y suponiendo que la nueva doctrina sea de una naturaleza tal como para contaminar casi enteramente a esta, como lo era el arrianismo, entonces es a la antigüedad a lo que uno debe aferrarse; si inclusive aquí se encontrara algún error, entonces uno debe apoyarse en los concilios generales y, a falta de estos, en el consenso de aquellos que en diferentes épocas y en diferentes lugares han permanecido firmes en la unanimidad de la Fe católica. Si Dios permite que doctrinas nuevas, bien erróneas o heréticas, sean enseñadas por hombres distinguidos... no es sino para probarnos».

Otro ejemplo de «desobediencia» a la autoridad papal se encontrará en la vida del obispo Grosseteste. Era un doctor de Teología en Oxford en el siglo XIII que fue promovido al obispado a causa de su santidad y erudición eminentes. Estando en esta posición el Papa le ordenó que designara a un primo suyo de mala reputación para una «prebenda» en su diócesis. Ahora bien, él era un hombre que tomaba su posición como pastor de almas muy seriamente, y era también un hombre que tenía una tremenda veneración por el papado, al cual comparaba con «el sol que por su luz preeminente purga la oscuridad del mundo». Sin embargo, cuando recibió este mandato, se negó llanamente. Sus palabras son dignas de destacar, pues son las de cualquier católico tradicional a quien se le pide que siga el *Novus Ordo Missae*:

«A causa de la obediencia por la cual estoy sujeto a la Santa Sede, como a mis padres, y a causa de mi amor de unión con la Santa Sede en el Cuerpo de Cristo... COMO UN HIJO OBEDIENTE YO DESOBEDEZCO, CONTRADIGO, ME REBELO. Vos no podéis llevar a cabo ninguna acción en mi contra, pues todas mis palabras y actos no están movidos por la rebelión sino por el honor filial debido a padre y madre por el mandamiento de Dios. Como he dicho, la Sede Apostólica, en su santidad, no puede destruir, solamente puede edificar. Esto es lo que significa la plenitud de poder; puede hacer todo con el fin de edificar. Pero estas presuntas provisiones (“prebendas”) no edifican, destruyen. No pueden ser obra de la bendita Sede Apostólica, pues son “la carne y la sangre”, que no poseen el Reino de Dios, quienes “las han revelado”, y no “el Padre de Nuestro Señor Jesucristo que está en el Cielo”».

Para resumir, un católico debe obediencia incondicional solo a Dios y a las Leyes de Dios. En cuanto a la autoridad humana, bien sea civil o eclesiástica, solo le debe obediencia en la medida en que lo que esta ordena no va contra las Leyes de Dios. ¡Esto es la fe! Sin embargo, como es con una obediencia «ciega» como se le pide al fiel católico actual que siga a la Iglesia Postconciliar, nos incumbe ahora examinar en detalle lo que esta Iglesia enseña, y dónde se aparta de la tradición. Esto será tratado bajo tres encabezamientos: Los «Papas» posconciliares, El concilio Vaticano II y, finalmente, El *Novus Ordo Missae*, con algunas referencias a los demás sacramentos.

### **PARTE III**

## LOS «PAPAS» POSCONCILIARES

El Papa Pío XII era ciertamente consciente de la amenaza que el modernismo suponía para la Iglesia; no solamente se quejaba de que se enseñaba de modo encubierto en los seminarios, sino que se sabe que en más de una ocasión había afirmado que aunque él fuera el último Pontífice en contener la línea de la innovación, la contendría firmemente. Cuán profética era una tal afirmación solo ahora es evidente. Juan XXIII comenzó su carrera sacerdotal como secretario del Obispo de Bérgamo —un hombre nombrado por el Cardenal Rampolla, un hombre con quien permaneció durante nueve años y por quien tenía la mayor admiración. Es sabido que Rampolla era francmasón. E. Poulat señala al Obispo de Bérgamo como un completo modernista (*Intégrisme et Catholicism Integral*). Cuando en 1958 Roncalli fue elegido para el trono de Pedro, y esto a pesar del hecho de que, como nos informa Trevor, fue destituido de una posición de enseñanza en la Universidad Lateranense muy poco tiempo después de haber sido designado profesor de Patrología («un proceder curioso»), y a pesar del hecho de que, como él mismo admitió, había un «dossier» sobre él en el Santo Oficio con la etiqueta de «Sospechoso de Modernismo», nadie esperaba ningún gran cataclismo. Él fue, sin embargo, el individuo responsable del inicio de la Revolución.<sup>1</sup>

Fue caracterizado por la prensa liberal como un «simple aldeano», un «hombre del pueblo». Robert Kaiser, el corresponsal del periódico *Time* acreditado en el Vaticano II y un íntimo de Juan XXIII, le describió como «un genio político», y un «re-

---

<sup>1</sup> Robert Blair Kaiser, *Pope, Council and World*, Macmillan, Nueva York, 1963; Lawrence Elliot, *I will be called John*, Dutton, Nueva York, 1973; M. Trevor, *Pope John*, Doubleday, Nueva York, 1967. Trevor llega tan lejos como para decir que algunos verían como «maquiavélicas» las actividades de Juan XXIII, pero acto seguido intenta tranquilizarnos de que esto era solo en apariencia y no efectivamente el caso. El famoso acto de abrir de par en par la ventana del Vaticano por Juan XXIII tiene su paralelo en la historia reciente. En 1908 el famoso modernista Tyrrell se picó por una carta pastoral del Cardenal Mercier. Fr. Tyrrell escribió arrogantemente al Cardenal: «¿Querría vuestra eminencia animarse y atreverse a abrir de par en par las puertas y ventanas de su gran catedral medieval, y dejar que la luz de un nuevo día llegue hasta sus rincones más oscuros y que los frescos vientos del cielo (*¡sic!*) soplen a través de sus húmedos claustros?». El Padre Tyrrell habría sido un *periti* adelantadísimo en el Vaticano II.



volucionario calmo y astuto». La historia dará un patente testimonio de esta última valoración.

Sus puntos de vista personales estaban influenciados por Teilhard de Chardin y la creencia, corriente en el mundo moderno, en la evolución y el progreso. «La Divina Providencia» dijo «nos está conduciendo a un nuevo orden de relaciones humanas, que por los propios esfuerzos del hombre, más allá incluso de su esperanza misma, se dirigen hacia el cumplimiento de los designios superiores e inescrutables de Dios... Todo, incluso las diferencias humanas, conduce al mayor bien de la Iglesia... Todos los descubrimientos de la ciencia asistirán al progreso y ayudarán a hacer la vida sobre la tierra, que está ya marcada por tantos otros sufrimientos inevitables, cada vez más deliciosa». Él deseaba trabajar por la paz y la eventual «unidad de toda la humanidad... en amor de hermandad, bajo el mismo Padre»; según Kaiser veía la unidad cristiana como el primer paso en esta dirección. Era un «humanista», y cuando hablaba de la paz, la veía como dirigida «al aumento del respeto por la persona humana y a la procuración de una justa libertad de religión y de culto, una paz que alimente la armonía entre las naciones». Habló nuevamente de la libertad religiosa en la Encíclica *Pacem in Terris*, donde enseñó que todo ser humano tiene derecho «a adorar a Dios de acuerdo con los rectos dictados de su propia consciencia y a profesar su religión en privado y en público». Ahora bien, si esta proposición es aceptada y enseñada por el representante de Cristo en la tierra, entonces se sigue que la Iglesia no debería ser crítica con las formas de religión y de culto «falsas». Ciertamente, uno se pregunta entonces si tales existen siquiera. Si se mezclan tales ideas con su actitud hacia los valores de la «socialización salutífera», junto con su señalada elusión de toda crítica hacia el comunismo, entonces se comprenderá por qué describía el concilio como «un balzo in avanti» —«un gran paso adelante». Se sigue así que uno de los ayudantes próximos de Juan XXIII describe su actitud en estas palabras: «La Iglesia no es un dique contra el comunismo. La Iglesia no puede y no debe estar contra nada. Debe estar positivamente para algo». El semanario comunista en Roma describió su actitud «abierta» bajo el título de «No más Cruzadas». *IL Borghese*, otro periódico romano, la presentó bajo una perspectiva mejor: «Esta política significa el fin de la sede católica romana».

Roncalli inició también la política posconciliar de romper frecuentemente con la tradición Papal —una política que ha ido tan lejos bajo la guía de aquellos que han seguido sus pasos, que cuando llegó el tiempo de Juan Pablo II apenas si quedaban algunas tradiciones que este pudiera romper. Se despojaba de su Tiara Papal en oca-

siones solemnes, hizo abatir el trono de Pedro, e instruyó a las gentes de su entorno a que no usaran sus títulos honoríficos (en realidad los de Pedro). Todas estas acciones apelan por supuesto al hombre moderno, pero el problema es que Juan XXIII no era un hombre ordinario, sino supuestamente el representante de Cristo en la tierra. Para poner tales acciones en una perspectiva más clara, uno podría intentar imaginarse a la Reina de Inglaterra despojándose de su indumentaria real para discotecar con sus súbditos en acontecimientos de estado (¡No es, ciertamente una escena muy dignificante!). Finalmente, si queda alguna duda sobre la actitud de Roncalli hacia la Iglesia que estaba encargado de conservar, y hacia sus predecesores a cuyo modelo estaba indefectiblemente obligado, déjenme darles la respuesta que se cuenta que dio a un amigo que le preguntó cómo hacía para seguir las huellas de un hombre tan grande como Pío XII: «Trato de imaginar» dijo «lo que mi predecesor habría hecho, y entonces hago justo lo opuesto».

Sin embargo, Juan tenía un problema. Estos puntos de vista «liberales» privados suyos nunca podrían llegar a fructificar a menos que fueran introducidos en la entraña de la Iglesia. La solución era un concilio —el «juguete» de Juan como le llamó el Cardenal Tardini desde su comienzo mismo. Cuando informó por primera vez de su intención a una reunión de cardenales, estos se quedaron sin habla. «Convocar un concilio», como había afirmado muchos años antes el Cardenal Pallavicini, «excepto cuando es por necesidad absoluta, es tentar a Dios». Juan describió la reacción de los cardenales a su «divina inspiración» como un «devoto e impresionante silencio». No hay necesidad de decir que la curia obstaculizó sus pasos. La reacción de Juan fue insistir, y con objeto de vencer su resistencia, les llevó a pensar que tendrían el control sobre el asunto entero. Fue así como alrededor de 800 teólogos ortodoxos pasaron tres años formalizando los múltiples esquemas para la discusión. Entre tanto, Juan estableció, bajo el Cardenal Bea, el «Secretariado para la Promoción de la Unidad Cristiana», una organización que funcionaba fuera del control de la curia.<sup>2</sup> «Es-

---

<sup>2</sup> Es de interés destacar que anteriormente a todo esto Juan XXIII había pedido a varios cardenales que renunciaran a sus posiciones como cabezas de las Congregaciones a fin de que pudieran ser reemplazados por hombres más jóvenes que pensarán más como él mismo. Estos hombres, imbuidos con la idea de que su deber sagrado era conservar el depósito de la Fe, se negaron a cumplir esta petición. Xavier Rynne (*Letters from Vatican City*) nos informa que Juan estaba tan sorprendido como encolerizado. «¡Se niegan!», repetía. «Nunca en mi vida pensé que nadie se negaría al Papa...» Cuando con posterioridad ellos expresaron sus objeciones más abiertamente, Juan les llamó «profetas de la ruina».

taréis más libre» como Juan dijo a Bea «y menos atado por la tradición si os mantenéis fuera de los canales normales de la curia». Acto seguido procedió a hacer uso de este «frente» con consumada habilidad para subvertir el concilio y para socavar las fuerzas de la tradición que la curia representaba. Bea, a su vez, organizó las fuerzas «liberales», y vinculó a su Secretariado (destacando siempre que fue establecido para «la unión», y no para «la re-unión» de los cristianos) a individuos tales como Jan Willebrands, Gregory Baum y otros de cariz similar. A estos individuos, que habían sido ampliamente amonestados, se les responsabilizó de enviar representantes al concilio de la Iglesias del Mundo, para que invitaran al concilio a observadores no católicos, y para una variedad de actividades similares.<sup>3</sup> Siempre que la curia objetaba a sus maquinaciones, Juan XXIII salía en su defensa. En efecto, él había establecido su propia curia privada. Además, llamó a Roma, para una diversidad de otras posiciones, a eclesiásticos de similar tendencia. Así, Montini, «desterrado» una vez a Milán por Pío XII —el primer individuo en cientos de años que ocupó esta antigua sede sin tener el capelo cardenalicio— retornó, en efecto, para devenir su asistente personal. Habiendo erigido la escena, Juan esperó pacientemente la apertura del concilio.

Con la apertura del Vaticano II, publicó las «reglas de procedimiento» e invitó a expresarse a todas las diferencias de opinión. Estableció otra «Presidencia del concilio» de diez miembros que equilibraba las fuerzas liberales y conservadoras, para dirigir las actividades del cónclave. Creó un nuevo Secretariado «Para Asuntos Extra-

---

Volviendo a Marrano Bea, Juan sabía bien qué clase de hombre escogía. Este individuo había sido rector del Instituto Bíblico en Roma durante aproximadamente dos décadas. Anteriormente a la muerte del Papa Pío XII, el Santo Oficio había investigado este Instituto, y estaba planeando reorganizarlo enteramente pues era conocido como una madriguera de modernistas. Cuando la muerte de Pío XII hizo esto imposible, publicaron la información pertinente en un artículo en la edición de Diciembre de *Divinitas*. Cuando Juan XXIII tuvo noticia de esto se puso furioso y ordenó a su secretario que llamara al nuevo rector del Instituto Bíblico y le dijo que «el Papa» tenía completa confianza en la ortodoxia de la escuela. Seguidamente forzó al Cardenal Pizzardo (uno de los autores del artículo) a escribir lo que equivalía a una apología al Cardenal Bea (*Letters from Vatican City*, Farrar Straus, Nueva York, 1963).

<sup>3</sup> Como ha afirmado un teólogo, «Cuando esos treinta o cuarenta o cincuenta observadores aparezcan en el concilio, tendrán un papel que será sociológicamente más importante que el del resto de los Padres juntos». Mientras que Paul Etoga, el obispo nativo de M'Balmayo, en Camerún, tuvo que hacer «autostop» desde Le Havre, los «observadores» protestantes y comunistas fueron mantenidos y alojados como reyes a expensas de Juan XXIII.

ordinarios» bajo su lugarteniente de confianza el Cardenal Cicognani que constaba de nueve progresistas y un conservador, y entonces anunció al mundo su progresivo programa de *aggiornamento*<sup>4</sup> (mientras tanto, las legiones de Bea fueron a Moscú a invitar a venir a los comunistas, con promesas de que su ideología no sería condenada en el concilio). Lo que aconteció en el concilio se tratará después en detalle, pero bastará decir que los liberales actuaron en una gran medida bajo la dirección de Juan XXIII, y con su aprobación. Por ejemplo, antes de la primera gran victoria de la «Alianza del Norte», y anteriormente al desafío liberal que condujo al rechazo de las nominaciones curiales para los individuos que habían de tomar asiento en las diferentes comisiones, así como al rechazo de los diferentes esquemas preparados, todo el plan fue pormenorizado por teléfono con Roncalli. Juan se sentaba en la retaguardia y vigilaba el desarrollo del asunto por televisión, interviniendo solamente cuando sentía que era menester sostener las orientaciones modernistas que él consideraba como necesarias. Por ejemplo, cuando el 20 de Noviembre, vio votar a los Padres 1368 votos a favor y 822 en contra de una proposición para rechazar el Esquema de Ottaviani «Sobre las Fuentes de la Revelación» —«pero la moción... no llegó por poco a los dos tercios de la mayoría requeridos. En este punto intervino Juan (a expensas tanto de la ortodoxia como de las reglas del concilio) para salvar su concilio... la alternativa se continuó disputando según se debatía el esquema, sección por sección, machacando, royendo... , y finalmente, destruyendo quizás el fino espíritu de ecumenismo con el cual había comenzado el concilio. Después de una noche de angustia y de oración, envió a la Basílica de S. Pedro el comunicado de que a causa de una mayoría tan clara... opuesta al esquema, retiraba este a pesar del voto. Se designaría una nueva comisión para que lo volviera a redactar» (*I Will Be Called John* por Lawrence Elliot). Como ha dicho E. E. Y. Hales, Juan dio a los obispos del concilio «la guía más clara y más positiva en cuanto al modo en que debían emprender su tarea»<sup>5</sup>. Veía claramente el *aggiornamento* como un medio «de su presentación de la verdad, que tendrá que ser armonizada con los modos de vida y de pensamiento de una edad nueva». Y finalmente, como un gesto de despedida, introdujo el primer cambio en el Canon de la Misa tradicional que había permanecido sin cambio durante 1.500 años, lo cual era un medio sumamente efectivo de decir a los Padres del

---

<sup>4</sup> Quizás no es accidental el que este término fuera popularizado por primera vez por el francmasón Manzoni hace alrededor de cien años.

<sup>5</sup> E. E. Y. Hales, *Pope John and His Revolution*, Doubleday: Nueva York, 1965.

concilio que la Misa podía ser cambiada. Su vida se terminó después de haber dado su aprobación a la «Constitución sobre la Sagrada Liturgia», y Montini fue «elegido» a la cátedra de Pedro.<sup>6</sup>

Con Montini, de quien incidentalmente se ha dicho que ha escrito la mayor parte de las alocuciones y encíclicas de su predecesor, tenemos una pintura mucho más clara de lo que Roncalli tenía intención de hacer. La ruptura con la tradición deviene mucho más evidente y mucho más drástica. Era fácil ser embaucado por la aparente simplicidad de Juan, pero con Pablo VI, deviene necesario un proceso activo de autoengaño.

Al comienzo (1963), Montini se dio principalmente a la tarea de llevar el concilio a su pleno potencial. Una lectura cuidadosa del libro del Padre Wiltgen *The Rhine Flows into the Tiber*, así como también del libro del Arzobispo Lefebvre *J'accuse le Concile*, muestra que continuó con la política de Juan XXIII de aparecer como neutral mientras que excitaba vigorosamente a las «fuerzas progresistas» de los innovadores. Hablaba mucho de «Diálogo Ecuménico», de «Apertura al Mundo», de «Reformas» y de «Cambios», mientras que, al mismo tiempo, hablaba también de «Fe», de «Tradición» y del «esfuerzo por la perfección espiritual». Sin embargo, incluso en sus primeros tiempos, y anteriormente a su elección, un estudio cuidadoso de sus afirmaciones, hace evidente que el lugar de honor en sus pensamientos le fue dado al cambio y a la novedad en lugar de a la tradición, y que, tanto sus actos como sus palabras, reflejan un espíritu que era incompatible con la verdadera fe católica. Con el tiempo, esto devino más evidente. Una excelente exposición de todo esto la da el Abad Georges de Nantes en su obra documentada *Liber Accusationis in Paulum Sex-*

---

<sup>6</sup> Malaquías Martín (un historiador no fidedigno, pero un amigo personal de Roncalli) afirma en su libro *Rise and Fall of the Catholic Church* que «el aspecto sorprendente del Papa Juan es que en un período de cinco breves años deshizo lo que todos los papas desde el siglo IV habían buscado y luchado por mantener y fomentar. El sucesor de Juan, el Papa Pablo VI, completó meramente la destrucción de la antigua Iglesia emprendida por el Papa Juan.» Es digno de destacar una oración de Juan XXIII, relativa a los judíos, compuesta poco antes de su muerte: «Reconocemos ahora que durante muchos siglos la ceguera ha cubierto nuestros ojos, de modo que nosotros no veíamos la belleza de Tu pueblo escogido ni reconocíamos en su faz las facciones de nuestro hermano primogénito. Reconocemos que la marca de Caín está sobre nuestra frente...» (citado en el libro *Diáspora* de Keller, Harcourt, 1969). Ahora bien, una cosa es protestar contra la injusticia perpetrada en el nombre de la religión contra los judíos, y otra completamente diferente es que el papa, el representante de la Iglesia de Cristo, proclame que la Iglesia y todos sus miembros ¡tienen la señal de Caín en sus frentes!

*tum* (Libro de acusaciones contra Pablo VI), un libro al cual la nueva Iglesia no ha dado ninguna respuesta en absoluto.<sup>7</sup>

El espacio sólo nos permite dar unas pocas de las afirmaciones de Pablo VI, y pasar revista a unos pocos de sus actos. No importa cuánto haya hecho por disfrazar su verdadera naturaleza e intenciones, ellos son suficientes para poner estas de manifiesto. Y de paso, es menester destacar que aquellos que pretenden estar «en obediencia», deben estar en obediencia, no solo hacia sus afirmaciones aparentemente «ortodoxas», sino también hacia aquellas afirmaciones suyas que son claramente heterodoxas. De hecho, es totalmente imposible estar «en obediencia» hacia este individuo autocontradictorio, pues hacer esto es abrazar la verdad y el error simultáneamente. Sin embargo, la obediencia era uno de sus temas favoritos.

«Todos deben obedecerle (al Papa) en cualquier cosa que ordene si desean estar asociados con la nueva economía del Evangelio» (*Alocución*, 29 de junio 1970). ¿Y cuál es la «nueva economía del Evangelio»? ¿Cuáles son justamente algunas de las enseñanzas que Pablo VI quería imponernos en el nombre del Magisterio posconciliar? ¡He aquí un llamativo ejemplo! : «El orden hacia el cual tiende la cristiandad no es estático, sino un orden en evolución continua hacia una forma más elevada...» (*Diálogos y Reflexiones sobre Dios y el Hombre*); posteriormente ha afirmado que «nosotros los hombres modernos, los hombres de nuestros propios días, deseamos que todo sea nuevo. Nuestras gentes antiguas, los tradicionalistas, los conservadores, medían el valor de las cosas según su cualidad durable. En lugar de eso, nosotros somos actualistas, deseamos que todo sea nuevo siempre, que se exprese en una forma continuamente improvisada y dinámicamente inusual» (*L'Osservatore Romano*, 22 de abril de 1971). Y de aquí se sigue que, como él dice, «es necesario saber cómo dar la bienvenida con humildad y con libertad interior a cuanto es innovador; uno debe romper con el vínculo habitual hacia lo que solíamos designar como la inalterable tradición de la Iglesia...» (*La Croix*, 4 de septiembre de 1970). Es crítico con aquellos que se niegan estar de acuerdo con los cambios —esos tienen lo que él llama un «apego sentimental a las formas habituales del culto», y son culpados de «inconsecuencia y a menudo de falsedad de posiciones doctrinales» (citado en la obra

---

<sup>7</sup> Disponible en «The Catholic Counter-Reformation», 31 Wimbotsham Road, Downham Market, Norfolk PE38 9PE, Inglaterra. Este representa un documento importantísimo. Desdichadamente, con posterioridad a esto, el Abad ha actuado de una manera extraña e inconsistente, y ha llegado a algún tipo de «acomodo» con la nueva Iglesia.

de O'Leary, *The Tridentine Mass Today*)<sup>8</sup>. En cuanto a aquellos que encuentran heterodoxas tales afirmaciones, había afirmado mientras estaba todavía en Milán que «las exigencias de la caridad nos fuerzan frecuentemente fuera de los límites de la ortodoxia» (citado por Monteilhet en *Pape Paul VI – L'Amen-Dada*).<sup>9</sup>

La ruptura de Pablo VI con la tradición, y su enseñanza de doctrinas que son opuestas a las de la Iglesia de Todos los Tiempos, alcanza una cima en su así llamado «humanismo». Mientras era todavía Arzobispo de Milán, afirmó que «no debemos olvidar nunca que la actitud fundamental de los católicos que desean convertir al mundo debe ser, en primer lugar, amar al mundo, amar a nuestros tiempos, amar a nuestra civilización (no católica – Ed.), amar nuestros logros técnicos y, por encima de todo, amar al mundo» (*La Biologie et l'avenir de l'homme*). Este estribillo de «amar al mundo» se repetía constantemente. Con respecto al concilio afirmó: «¿Y qué estaba haciendo la Iglesia en aquel momento particular? —se preguntarán los historiadores— y la respuesta será: la Iglesia estaba llena de amor... El concilio puso ante la Iglesia, ante nosotros en particular, una visión panorámica del mundo; cómo puede la Iglesia, cómo podemos nosotros mismos, hacer otra cosa que mirar a este mundo y amarle... El concilio es un acto de amor solemne por la humanidad... de amor por el hombre de hoy, quienquiera que sea y dondequiera que esté, de amor por todos...» (Abad de Nantes, *op. cit.*). Ahora bien, si el mundo ha de ser «amado» indiscriminadamente, difícilmente puede ser criticado. Por consiguiente, la libertad religiosa y la «libertad de consciencia» deben proclamarse, pero no solo la libertad religiosa —se deben proclamar también los «derechos» del hombre e ignorar enteramente a Dios. (Haremos destacar, de paso, que este amor de la humanidad quedó restringido por la decisión de no criticar al comunismo en el concilio, puesto esto estaba en las nuevas directrices de S. Pedro, creadas por este pontífice —directrices que denunciaban la esclavitud en todo el mundo, a excepción, por supuesto, de los países

---

<sup>8</sup> El apego de los católicos tradicionales a sus «ritos», no refleja un «apego sentimental a las formas habituales del culto», como ha dicho Pablo VI, sino un apego sentimental legítimo —ciertamente, una «nostalgia» por lo «sagrado». La presunta «falsedad de posiciones doctrinales» nunca ha sido especificada.

<sup>9</sup> La idea de que la Caridad puede existir fuera de los límites de la «verdadera doctrina y de la recta creencia» (como se define la «ortodoxia») es enormemente absurda. ¿Faltó Cristo a la Caridad? ¿Acaso no tuvo suficiente caridad Santo Tomás Moro hacia su familia cuando se negó a comprometer su fe? ¿Hemos de mentir y disimular antes que ofender a nuestro prójimo, o a la verdad? Ciertamente, no.

comunistas). Ahora bien, una cosa es que un ateo reclame tales «derechos», y otra muy diferente es que una persona que pretende ser el Vicario de Cristo los proclame. Sin embargo, esto es precisamente lo que hizo Pablo VI en las Naciones Unidas el 4 de octubre de 1965 —es decir, antes de que el concilio mismo los hubiera proclamado. Hablando a esta asamblea a la cual se dirigió como «la esperanza del mundo» (para un católico, sólo Cristo es «la esperanza del mundo»)<sup>10</sup>, afirmó: «Es vuestra tarea aquí proclamar los derechos y los deberes básicos del hombre, su dignidad y libertad, y sobre todo, su libertad religiosa. Nos somos consciente de que sois los intérpretes de todo cuanto es superior en la sabiduría humana (¡Increíble viniendo del “papa” y dirigiéndose a las Naciones Unidas!). Nos querríamos decir casi: de su carácter sagrado. Pues os concierne primero y principalmente la vida del hombre, y la vida del hombre es sagrada: nadie puede atreverse a interferir en ella». Ahora bien, cualquiera que haya leído las proclamaciones de esta Asamblea, sabe que la misma afirma en su «sabiduría» que el hombre es libre, y que esta libertad es sagrada; que nada sobre la tierra es más grande (que esta libertad), y que ningún Dios de las alturas puede imponer Su Regla sobre la libertad del hombre, y que ningún hombre puede ejercer la autoridad sobre otro, enseñarle o gobernarle, juzgarle o aún castigarle en el nombre de Dios. Por esto es por lo que Pablo VI rescindió varias excomuniones y se negó a pronunciar algunas más. Por esto es por lo que la herejía, bajo el disfraz del «pluralismo» y de la «apertura», ha devenido desenfrenada en su Iglesia. (Se han olvidado las palabras de la Escritura, «No pongáis vuestra confianza... en el hombre, en quien no hay ninguna salvación», Salmo 145). Por esto es por lo que la necesidad de que los sacerdotes digan el *Juramento Antimodernista*, ordenado por el Papa S. Pío X en 1910, así como la *Profesión de Fe del concilio de Trento*, introducida por Pío IV y en vigor desde entonces, fue eliminada durante su «Pontificado».

La «confianza en el hombre» de la Iglesia posconciliar era otro de los temas favoritos de Montini. «Nos tenemos fe en el Hombre. Creemos en el bien que hay en

---

<sup>10</sup> «Las gentes se vuelven hacia las Naciones Unidas como su última esperanza para la paz y la concordia... Vuestra característica (es decir, de la ONU) es reflejar en el orden temporal lo que nuestra Iglesia Católica es en el orden espiritual... No puede imaginarse nada más elevado sobre el plano natural en el edificio ideológico de la humanidad. (Las metas de la ONU) son los ideales que la humanidad ha soñado en su viaje a través de la historia. Nos, nos aventuraríamos a llamarla la mayor esperanza del mundo —pues es el reflejo del designio de Dios— un designio transcendente y lleno de vida— para el progreso de la sociedad humana sobre la tierra; un reflejo en el que Nos podemos ver el mensaje evangélico, algo descendido del cielo a la tierra.»



lo profundo de cada corazón, sabemos que debajo de los maravillosos esfuerzos del hombre se encuentran los motivos de la justicia, la verdad, la renovación, el progreso y la fraternidad —incluso allí donde están acompañados por la disensión o incluso a veces, infortunadamente, por la violencia...» (*Alocución a los periodistas en Sydney, Australia* Diciembre de 1970)<sup>11</sup>. Ciertamente, como el *L'Osservatore Romano* cita que ha dicho, «No hay ninguna verdadera riqueza excepto el HOMBRE» (5 de agosto de 1969). «Honor al Hombre, honor al pensamiento, honor a la ciencia, honor a la técnica, honor al trabajo, honor a la intrepidez del hombre, honor a la síntesis de la capacidad científica y organizadora del hombre que, diferente de todos los demás animales, sabe cómo dar a su espíritu y a su destreza manual estos instrumentos de conquista. Honor al hombre, rey de la tierra y hoy Príncipe del cielo...» (*Doc. Cath.* N° 1580, 21 de enero de 1971)<sup>12</sup>. Por si quedara alguna duda sobre el «humanismo» de Montini y su CULTO DEL HOMBRE, oigamos sus palabras, dirigidas, no en un momento de entusiasmo boyante a alguna reunión secular, sino a todo el cuerpo de los Padres en el concilio, el día siete de Diciembre de 1965:

«La Iglesia Conciliar, es cierto, ha estado también muy interesada en el hombre, en el hombre como es realmente hoy, en el hombre vivo, en el hombre totalmente ocupado de sí mismo, en el hombre que no solo hace de

---

<sup>11</sup> La Iglesia enseñaría, con el Génesis (VIII, 21), que «la imaginación y el pensamiento del corazón del hombre están inclinados al mal». Cualquiera que esté familiarizado con los negocios modernos donde prevalece la «ley de los tiburones», ciertamente debe ver esto como la cima de la zafiedad. Es interesante citar la alocución de Montini en Bombay: «La humanidad está sufriendo profundos cambios y está buscando principios de guía y nuevas fuerzas que le muestren el camino en el mundo del futuro... Debemos acercarnos más unos a otros, no meramente a través de la prensa y de la radio, por barco o por avión, sino con nuestros corazones, por la comprensión, estima y amor mutuos». En ningún momento durante esta alocución fueron ofrecidas la verdad y la obediencia a las leyes de Dios como una base para las relaciones humanas. ¿Y cómo puede un «papa» hacer una afirmación tal sobre la búsqueda de «principios guía» sin ofrecer los que Cristo nos dio —o al menos los que están basados sobre la «ley natural»?

<sup>12</sup> Esta *letanía* fue ocasionada por el aterrizaje de los astronautas sobre la luna. Pablo VI estaba enormemente enamorado de la ciencia y del progreso. «¿No llegará gradualmente el hombre moderno, como resultado del progreso científico, a descubrir las realidades ocultas detrás de la inescrutable faz de la materia? ¿No aplicará un oído a la maravillosa voz del Espíritu que vibra en la materia? ¿No será esta la religión de hoy? ¿No ha captado Einstein mismo una vislumbre de la religión del universo espontáneamente...? ¿Y no está el trabajo (científico) mismo comprometido ya en una carrera que conducirá eventualmente a la religión?» (*Doc. Cath* 133, 1960).

sí mismo el centro de sus propios intereses, sino que se atreve a pretender que él es el fin y el propósito de toda la existencia... El humanismo secular y profano, el humanismo se ha revelado finalmente en su terrible figura y, en un cierto sentido, ha desafiado al concilio. La religión del Dios hecho hombre se ha levantado contra la religión (pues hay una religión tal) del hombre que hace de sí mismo Dios. ¿Y qué aconteció? ¿Un impacto, una batalla, un anatema? Eso podría haber tenido lugar, pero no ha sido así. Ha sido la vieja historia del samaritano la que ha formado el modelo de la espiritualidad del concilio. Ha estado lleno solamente de una simpatía sin fin. Su atención ha estado ocupada con el descubrimiento de las necesidades humanas —las cuales han devenido más grandes en la medida en que el hijo de la tierra (*sic*) se ha hecho a sí mismo más grande... ¿Reconoceréis al menos este mérito suyo (del concilio), vosotros, humanistas modernos, en quienes no hay sitio para la transcendencia de las cosas supremas, y llegaréis a conocer nuestro nuevo humanismo? : Nosotros también, nosotros más que nadie, tenemos el culto del hombre.»

¡Así pues, parece que nosotros hemos de hacer el buen samaritano incluso con el diablo! Como Pablo ha dicho en otra parte, «El hombre es a la vez gigante y divino, tanto en su origen como en su destino. Honor por lo tanto al hombre, honor a su dignidad, a su espíritu y a su vida». Cuán a menudo Montini prorrumpe en una letanía para loar a su ídolo. Y cuán fácilmente olvida que Cristo dijo una vez a Pedro, «*Apártate de mí Satanás, eres para mí motivo de escándalo: pues tú no te ocupas de las cosas de Dios sino de las de los hombres*» (Mateo XVI, 23).<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> Es menester admitir que estas son citas escogidas. Uno puede citar a Pablo VI en las dos vertientes de casi cualquier cuestión —y, además, es un maestro del equívoco y de la ambigüedad. Hemos citado ya el ejemplo en el cual felicitaba a la jerarquía francesa por el rechazo de su enseñanza ortodoxa en la Encíclica *Humanae Vitae* (en la cuestión de los métodos anticonceptivos). Otro caso a punto es su designación del Cardenal Samore como «Prefecto de la Sagrada Congregación para la Disciplina en Materias Sacramentales» dos meses después de que este Cardenal hubiera distribuido la Comunión a una asamblea de protestantes —con plena consciencia por su parte de que ellos no creían en la «Presencia Real». Este hecho recibió una gran publicidad en la prensa francesa, tanto es así que de hecho Pablo VI se vio llevado a deplorar «los actos de intercomunión que van contra las apropiadas directrices ecuménicas» (*Doc. Cath.* 68-141). ¡Así son recompensados los perpetradores de sacrilegio! ¡Verdaderamente, como ha dicho alguien, «la fe tibia habla con lengua de doble filo!».

¿Y cuáles son algunos de los actos del «Papa» en los cuales puso en práctica lo que predicaba? Es personalmente responsable de la promulgación de los Documentos del Vaticano II, en los que están ya esbozadas, al menos en una amplia medida, las enseñanzas de la «Nueva Economía del Evangelio». Como él mismo ha dicho, «desde el comienzo, el concilio ha propagado una oleada de serenidad y de optimismo, un cristianismo que es excitante y positivo, que ama a la vida, a la humanidad y a los valores terrenales...una intención de hacer al cristianismo aceptable y amable, indulgente y abierto, libre del rigorismo medieval y de la incompreensión pesimista del hombre y de sus costumbres...» (*Doc. Cath.* N° 1538). Es responsable también de la promulgación del *Novus Ordo Missae* y de los demás sacramentos posconciliares de dudosa validez. Pero aún más allá de esto, ha tomado una iniciativa extraordinaria en la ruptura con las tradiciones papales. Uno de sus primeros actos fue abandonar la tiara papal, acto simbólico del abandono de los derechos del representante de Cristo a tener precedencia sobre los reyes y príncipes de este mundo. Fue coronado con una tiara de su propio diseño (parecida a un cohete espacial), y no en la Basílica de S. Pedro, sino fuera de los sagrados recintos. Mientras gastaba una fortuna en algunas de las obras de arte moderno más triviales y feas conocidas por la humanidad, hizo una fiesta mayor de la venta de esta tiara y de la donación del dinero a los pobres. Procedió entonces a dar *su* báculo de Pastor y *su* anillo de Pescador (¿pero eran realmente suyos?) a U Thant (¿Hay quizás algo simbólico en este acto? — U Thant era entonces el secretario general de la ONU), para que a su vez fueran vendidos y dado el dinero a los pobres, y comenzó a llevar en su lugar lo que debe ser uno de los crucifijos más feos del mundo. (Normalmente, siempre se lleva un crucifijo al frente de un Papa para recordarle constantemente de quién es él realmente). Procedió entonces a pedir a los obispos del mundo que entregaran sus anillos tradicionales, y dio a cada uno de ellos un nuevo anillo de oro simbólico de la Iglesia Posconciliar. ¿Y qué decir de los gastos de estos nuevos anillos? ¿No podría haberse dado ese dinero a los pobres? (Y fue su «nuevo» anillo el que Pablo VI colocó en el dedo del Arzobispo Ramsey, cabeza de la Iglesia anglicana —una Iglesia a la que Pablo VI llama «Iglesia hermana»— cuando pidió a este herético que bendijera a los fieles católicos en la Plaza de S. Pedro).

Sin embargo, Montini alcanza el apogeo del ejemplo escandaloso con su visita a Fátima. Aquí vemos a un Papa que pasó un tiempo «meditando» en la «sala de meditación» de las Naciones Unidas, una sala repleta de significación francmasónica y que contiene un altar dedicado al «Dios sin rostro»; aquí vemos a un hombre que re-

cibió con respeto a los miembros del B'nai B'rith en el Vaticano<sup>14</sup>; aquí vemos a un hombre que ha prometido orar por el éxito de la señora Hollister y de su «Templo de Comprensión» (el cual según los comentarios del Cardenal Bagnozzi a Pablo VI, es «una empresa oculta de los “Illuminati” cuyo objetivo es la fundación de “la Religión de la Fraternidad Humana Mundial”»); aquí vemos a un hombre que ha tomado parte en «la Celebración Ecuménica del Ayuntamiento en Sydney, Australia» (*Doc. Cath.*, 17 de enero de 1971); aquí vemos a un hombre que se ha unido al Cardenal Willebrands en «la plegaria común en el concilio de las Iglesias del Mundo» (*ídem*, 10 de junio de 1969); aquí vemos al hombre que pretende ser la cabeza de la Iglesia Católica, el representante de Cristo en la tierra, visitando finalmente uno de los santuarios más sagrados de la cristiandad. ¿Y qué hace entonces? Con el mundo entero viéndole por televisión, dice la misa en portugués (un acto ofensivo para muchos de los católicos tradicionales de este país mismo, y en una lengua que solo un pequeño porcentaje de cuantos le estaban viendo podían comprender), y después procede a dar una serie de audiencias, incluyendo una a los «representantes de las comunidades no católicas». ¡No dijo ni un solo Ave María! No hizo ninguna visita al santuario en la Cova de Iria donde tuvieron lugar las apariciones de Nuestra Señora. Y según el Abad de Nantes, se negó incluso a hablar privadamente con Sor Lucía, monja desde hacía cincuenta años y uno de los Niños de Fátima, que decía tener un mensaje privado de la Virgen para sus oídos.

Podría decirse mucho más sobre este enigmático individuo, sobre sus inclinaciones comunistas, sobre su cobarde tratamiento del Cardenal Mindszenty, una de las figuras más heroicas y santas del siglo XX (a su respecto sólo hubo mentiras y promesas rotas), sobre su no hacer nada para apoyar las luchas de cinco millones de católicos ucranianos<sup>15</sup> en su lucha por la fe, sobre su permitir y fomentar la extensión

---

<sup>14</sup> Muchos sostienen que la B'nai B'rith es una orden francmasónica del judaísmo. De paso, oigamos a un representante del judaísmo tradicional. El Gran Rabino Kaplan de París ha dicho recientemente, «Si yo hubiera sido católico, habría sido un “integrismo” (un católico tradicional). Si el judaísmo está vivo y auténtico en este día, es a causa de que sus ministros nunca han albergado dudas sobre su naturaleza real. Nosotros no tenemos más que un desacuerdo con los obispos (posconciliares) —pero es un desacuerdo sumamente importante. Mientras que ellos tratan de *adaptar su religión al hombre*, nosotros ponemos todos nuestros esfuerzos en *adaptar el hombre a la religión*». El Imán de la mezquita de París ha llegado tan lejos como para invitar a los católicos que buscan una religión *sin cambio* a que abracen el islam.

<sup>15</sup> No se tiene noticia de que Pablo VI haya criticado la esclavitud impuesta por Rusia sobre sus ciudadanos —por el contrario, aprovechó casi todas las oportunidades para llamar la atención sobre

de la herejía dentro de la Iglesia, sobre su negativa a condenar el Catecismo Holandés, etc., pero el espacio no nos lo permite. Así pues, dejamos entonces a Pablo VI, el individuo más responsable de lo que él mismo ha calificado como «la autodestrucción de la Iglesia». Mucho más un «Yago» que un «Hamlet».<sup>16</sup>

Pasaremos sobre los «papas» subsecuentes rápidamente. Juan Pablo I era conocido como liberal y favorito del Cardenal «innovador» Benelli. Había obtenido su Doctorado en Teología defendiendo a Serbati Rosmini (1797-1855), un hombre que tenía condenadas por el Santo Oficio (en 1887) cuarenta proposiciones provenientes de sus escritos. Era un ardiente feminista, como puede verse por sus cartas al dramaturgo Carlo Goldini en su ahora famoso libro titulado *Humildemente Vuestro*. Estaba inclinado a hacer afirmaciones teológicas sorprendentes, tales como una que tendía a

---

los abusos de los derechos humanos en las naciones Occidentales. Quizás una de sus afirmaciones más ofensivas para aquellos que son conscientes de los 30 millones de Chinos «liquidados» por Mao Zedong, es la siguiente, «La Iglesia reconoce y favorece la justa expresión de la histórica fase de China y la transformación de las antiguas formas de la cultura estética en las nuevas formas inevitables que surgen de la estructura industrial y social del mundo moderno... Nos querríamos entrar en contacto una vez más con China para mostrar con cuánto interés y simpatía contemplamos sus presentes y entusiastas esfuerzos tras los ideales de una vida diligente, plena y pacífica» (Congregación para la Evangelización de los Pueblos —anteriormente *De Propaganda Fide*— 1976). ¡Uno se acuerda aquí de la enseñanza del Padre Barry (de la Fordham University) a los fieles de que la famosa marcha a través de China de Mao Zedong es un exacto paralelo de la conducción por Moisés de su pueblo fuera de Egipto!

<sup>16</sup> Uno se fatiga de oír que la encíclica *Humanae Vitae* sea usada como evidencia de la ortodoxia de Pablo VI. El uso de la «píldora» para otra cosa que sus indicaciones puramente médicas fue condenado definitivamente por Pío XII poco antes de morir. Esta condena nunca se hizo pública, y los modernistas que capturaron la Iglesia la mantuvieron como un secreto bien oculto. Juan XXIII y Pablo VI continuaron ocultándola hasta alrededor de veinte años después, período durante el cual la mayor parte del clero fomentó su uso sobre la base de que la cuestión no había sido fijada ni en un sentido ni en otro, y un período durante el cual el laicado católico se acostumbró al uso de la «píldora» con fines anticonceptivos. Entonces fue sacada la encíclica, y como afirma el Padre Greenly, «el éxodo masivo de la Iglesia según era predicado por los periódicos católicos liberales en vísperas de su publicación, no se produjo». En lugar de eso, «Los católicos hicieron un importante descubrimiento: podéis ignorar al Papa, y, sin embargo, la vida sigue». (*Los Pecados del Cardenal*). La jerarquía francesa hizo entonces unánimemente su declaración al efecto de que el laicado era libre de usar sus propias conciencias —no sus conciencias católicas— en cuanto a usar la píldora. Uno no puede invocar nunca el principio de escoger el «mal menor», cuando es contra los mandamientos de Dios. A pesar de esto, Pablo VI procedió a telegrafiarles su aprobación a su declaración, y su agradecimiento por interpretar tan acertadamente su significado.

atraer a la teóloga Rosemary Reuther (instructora en una universidad jesuita y una ardiente proponente de la teoría de que ¡Dios es una mujer!): «Dios es nuestro Padre —más aún, Dios es nuestra Madre». Ha afirmado abiertamente con respecto al Vaticano II y al problema de la libertad religiosa, que «durante años he enseñado que solo la verdad tiene derechos. Ahora me he convencido a mí mismo de que hemos estado equivocados». En septiembre de 1978 ponderó como un ejemplo clásico de autoabnegación y de devoción al deber, a Giosue Carducci, profesor en la Universidad de Bolonia —fundador de dos logias masónicas en Bolonia y autor de un largo y blasfemo «Himno a Satán». Rehusó ser coronado Papa y fue «investido» como «Obispo de Roma» (un título reconocido por los anglicanos de la época de la Reforma, quienes refiriéndose al Papa bajo este «título» deseaban proscribir sus demás funciones sagradas, y ponerle al mismo nivel que el «Obispo de Londres»)<sup>17</sup>

Había planeado fundir la Tiara y venderla para los pobres. Por supuesto, como un monumento histórico y como una obra de arte esta «corona» habría cotizado mucho más en el mercado del arte —pero entonces, un Papa subsecuente podría haberla recuperado. Juan Pablo I nos dejó más bien repentinamente bajo unas circunstancias que apenas están claras.

Juan Pablo II, el presente «pontífice», nos provee poca esperanza de cambio. No es en modo alguno un «desconocido» que ha llegado a la escena inesperadamente, pues se ha movido en los círculos del Vaticano desde la época del concilio. Fue el Obispo Garonne de Toulouse, más tarde Cardenal, y principal inquisidor del Arzobispo Lefebvre, quien recomendó a este joven prelado polaco al Vaticano justamente cuando los preparativos para el concilio estaban comenzando. El Obispo Wojtila procedió a aportar sus ideas «personalistas» y existencialistas, lo que ha sido descrito como sus «conceptos Heidegger-Husserl-Scheler», al documento conciliar clave titulado *Gaudium et Spes*. Los contactos establecidos en esta época le condujeron a su rápida subida en la jerarquía. En 1964 fue nombrado Metropolitano de Cracovia, y

---

<sup>17</sup> Tanto Juan Pablo I como Juan Pablo II aparecieron en la televisión como estando «investidos» con el «pallium» (palio). Ahora bien, de acuerdo al Rev. L. O'Connell (*The Book of Ceremonies*, Bruce, Milwaukee, 1956), el palio es «una ancha banda circular de lana blanca con un medallón atado al frente y a la espalda, y con seis cruces negras bordadas... Símbolo de la plenitud del poder Episcopal, el palio es llevado por el Papa en todo momento. También es llevado por los arzobispos como una marca de su participación en el supremo oficio pastoral del Papa... Es una dignidad meramente honoraria». Ocasionalmente es conferido inclusive a los obispos. Como tal, no denota ninguna función más allá de la de ser «Obispo de Roma».

en 1967 Pablo VI le hizo Cardenal y le impuso el Palio. Fue uno de los tres obispos europeos designados como miembros permanentes para el sínodo episcopal del Vaticano, el órgano «colegiado» establecido después del Vaticano II. Finalmente, según el semanario *Time*, fue el Cardenal Benelli, cuyo status antitradicional es bien conocido, el que maquinó su elección a la cátedra de Pedro. Con un trasfondo tal, hay que sorprenderse poco de que escogiera para nombre suyo el de «Juan Pablo», o de que, al igual que su predecesor, rehusara a ser coronado con la Tiara<sup>18</sup>. En lugar de eso, fue investido nuevamente como «Obispo de Roma» con el Palio, y procedió a dirigirse a los fieles, no como a sus «hijos», sino como a sus «hermanos y hermanas». (¡Toda esta negativa a ser coronado en un momento en que el gobierno comunista de Hungría estaba tan ansioso de que la corona retornara a su país para dar a su gobierno ilegal algún vestigio de legitimidad!).

A pesar de su aparente retorno a la «ortodoxia» con la condena de Hans Küng («Él no es un teólogo católico»)<sup>19</sup>, de Edward Schillebeeckx y de la jerarquía holandesa, hay una cosa completamente clara, y es que no tiene intención alguna de apartarse de los principios establecidos por sus tres predecesores y el concilio Vaticano II. En su alocución inaugural en 1978 se dio a sí mismo el compromiso de seguir en las huellas de Pablo VI, su «padre y mentor espiritual», y de devenir el Ejecutor de la «última voluntad y testamento» de Montini. ¿Y cuál es esta última voluntad y testamento? Fue leída cuatro días después de su muerte a una asamblea de la Congregación General de Cardenales el jueves 10 de agosto de 1978 (*L'Osservatore Romano*, 24 de agosto de 1978). Entre otras exhortaciones anticristianas, Pablo VI pedía de

---

<sup>18</sup> Mientras que es verdad que un papa (válido) es papa desde el momento en que es elegido y acepta, es de interés conocer las palabras de la ceremonia tradicional: «Recibe la Tiara de tres coronas, conociendo que tú eres el padre de los príncipes y de los reyes, el guía de los creyentes y el Vicario de Cristo sobre la tierra». En lugar de estas palabras se dijeron estas otras: «Seas bendito por Dios que te ha escogido como pastor supremo de toda la Iglesia, confiando en ti el ministerio apostólico. Puedes brillar gloriosamente durante muchos años de vida hasta que seas llamado por el Señor para ser cubierto con la inmortalidad a la entrada del reino celestial».

<sup>19</sup> Hans Küng ha negado la divinidad de Cristo, el Nacimiento Virginal, la indefectibilidad de la Iglesia y la infalibilidad del papa. La pena en que ha incurrido por su apostasía de la fe ha sido la repudiación de su status como «teólogo católico», y un intento para retirarle de la facultad de la universidad en Tübingen. La censura no le denuncia por herejía y no le declara excomulgado, suspendido o bajo prohibición. Así, Hans Küng sigue siendo un «sacerdote con buen status» en la Iglesia Conciliar. Esto no es, hablando canónicamente, sino una «palmadita en la espalda» comparado con la «suspensión» del Arzobispo Lefebvre.

sus seguidores el fiel cumplimiento del Vaticano II, y la adherencia al Libro y al Ritual del Nuevo Orden de la Misa. Aquello por lo que vivió, luchó y a lo que comprometió a sus seguidores a seguir fielmente, está consignado en esta «última voluntad y testamento». De nuevo, en su primera encíclica, *Redemptor Hominis*, deja completamente claro que la «herencia» que acepta al llegar a la cátedra de Pedro es esa «herencia única dejada a la Iglesia por los Papas Juan XXIII y Pablo VI». Es esta «herencia» lo que Wojtyla tiene intención de «desarrollar». Ellos son los «umbrales a partir de los cuales tiene intención, en un cierto sentido, junto con Juan Pablo I, de adentrarse en el futuro». Habla de su «profunda sabiduría», y de su «constancia y coraje» en muchas y diferentes ocasiones. Como comentaba *The New York Times* al revisar este texto, su postura «sobre los temas claves, se diferencia poco de la de su predecesor, el Papa Pablo VI» (16-3-1979). Juan Pablo II extiende, además, esta «herencia» hasta incluir los dudosos pronunciamientos del Vaticano II —«esta herencia ha conmovido las raíces profundas en la conciencia de la Iglesia de una manera enteramente nueva, completamente desconocida anteriormente, gracias al concilio Vaticano II... Las sendas por las cuales el concilio del siglo ha puesto en marcha a la Iglesia, sendas indicadas por el fallecido Pablo VI en su primera encíclica, continuarán siendo durante mucho tiempo las sendas que todos nosotros debemos seguir... a través de la conciencia de la Iglesia, que el concilio ha desarrollado considerablemente...»

Esta veneración por sus predecesores posconciliares alcanza su apogeo en la Audiencia General que dio en el aniversario de la muerte de Montini. Le llama el «papa del Vaticano II», y sugiere que su muerte en la fiesta de la Transfiguración fue una evidencia de la aprobación de su vida y de sus acciones por Dios. ¡Le describe como «el papa de ese cambio profundo que no fue sino una revelación de la faz de la Iglesia, esperada por el hombre y el mundo de hoy!»». ¿No es una afirmación tal una admisión de la «revelación continua», para no decir nada de que constituye una acusación contra el Espíritu Santo de haber sido algo tardío al revelar la verdadera faz de la Esposa de Cristo? Juan Pablo II continua entonces describiendo un nuevo «carisma», un carisma anteriormente ausente a todo lo largo de la historia entera de la Iglesia: «¡El carisma de la transformación!» He aquí sus palabras: «El Señor, habiendo llamado a Sí al Papa Pablo en la solemnidad de esta (fiesta de la) Transfiguración, le permitió a él, y a nosotros, conocer que en toda la obra de transformación, de renovación de la Iglesia en el espíritu del Vaticano II, Él está presente, como Él estaba presente en el maravilloso acontecimiento que tuvo lugar en el Monte Ta-



bor... Juan XXIII y después de él, Pablo VI, recibieron del Espíritu Santo el carisma de la transformación». Ni una sola vez, al menos hasta la fecha, ha proclamado Wojtyla ninguna crítica de Pablo VI, ni ninguna determinación para deshacer aquellas transformaciones de las cuales Montini fue responsable. ¿Qué hay entonces de esa posición «ortodoxa» suya que ha hecho que los católicos conservadores se encariñen tanto con él? Pues hay que destacar que se ha hecho poco hincapié en que la condena (si puede llamarse tal) de Hans Küng y de Schillebeeckx fue la culminación de un proceso iniciado por sus predecesores. Como ha hecho notar Mary Martínez, una corresponsal acreditada en el Vaticano, «Ya durante el sínodo de 1977 (sobre la “catequesis”) hubo indicaciones de que algunos de los obispos más influyentes eran conscientes del hecho de que el ritmo del cambio conciliar tendría que lentificarse. En adición a la laceración visible que representaban los tradicionalistas, estaba el aumento alarmante de los desertores, gentes que estaban simplemente aburridas con los nuevos ritos y que se estaban yendo silenciosamente. Si, como lo indicaban varias intervenciones mayores del sínodo, había una conciencia de que las cosas habían ido demasiado lejos y demasiado deprisa, entonces podrían esperarse gestos conservadores por parte de quienquiera que deviniera papa». Lo que se espera de un verdadero pontífice es que sea ortodoxo en todas las cosas, tanto en las doctrinas como en los ritos. Con respecto a la doctrina, alguien que acepta la «base evolucionista» sobre la cual está basado en su mayor parte el Vaticano II, alguien que acepta la *communicatio in sacris* y que busca la «plena comunión» con los demás cristianos (Billy Graham, el evangelista, ha hablado a los fieles en la Iglesia de Santa Ana en Cracovia a invitación de Wojtyla), alguien que sostiene los falsos conceptos de «libertad religiosa» que proclama el Vaticano II, y alguien que cree en la «revelación continua» y en la manifestación de «carismas nuevos», se aparta por definición de la enseñanza constante de la Iglesia. El Arzobispo Wojtyla fue miembro de la Comisión Mixta que hubo de tratar el «Esquema 13», y fue uno de los principales individuos responsables de la confección de «La Iglesia en el Mundo Moderno» que le reemplazó — una «Constitución Pastoral» que nos instruye en términos como estos, «Los cristianos están unidos con el resto de los hombres en la búsqueda de la verdad». Wojtyla puede estar buscando la verdad, pero los católicos tradicionales creen que Cristo ya nos la ha dado<sup>20</sup>. Como afirma Santo Tomás de Aquino:

---

<sup>20</sup> Como ha dicho S. Atanasio con respecto a los concilios arrianos del S. IV, «el mundo entero fue sumido en la confusión, y aquellos que en aquel tiempo detentaban la profesión del clero corrían

«Rechazar un solo artículo de la fe enseñada por la Iglesia es suficiente para destruir la fe, como un solo pecado mortal es suficiente para destruir la caridad; pues la virtud de la fe no consiste solo en adherirse meramente a las Sagradas Escrituras, y en reverenciarlas como la Palabra de Dios; consiste principalmente en someter nuestro intelecto y nuestra voluntad a la divina autoridad de la verdadera Iglesia comisionada por Cristo para exponerlas.»

A pesar de su deseo de ver a las monjas retornar a sus hábitos y a pesar de su apoyo al celibato sacerdotal y a la encíclica de Pablo VI sobre el control de la natalidad, Juan Pablo II apenas cumple los criterios de la ortodoxia en materias de fe. En verdad, consideremos por un momento cómo define él mismo este concepto clave. En una afirmación, hecha no ante una asamblea social de laicos, sino a un grupo de teólogos reunidos en Roma, ha dicho:

«Entrar en diálogo con Dios significa permitirse a uno mismo ser ganado y conquistado por la luminosa figura de Jesús Revelado, y por el amor del Padre que le envió. *Es en esto precisamente en lo que consiste la fe.* En la fe, el hombre interiormente iluminado y atraído por Dios, va más allá de los límites del conocimiento puramente natural, y *experimenta* a Dios de una manera que de otro modo sería imposible.»

A pesar de su fina fraseología, ningún modernista, en verdad ningún protestante, ningún adventista del Séptimo Día y ningún mormón encontraría dificultad alguna en dar su asentimiento a una afirmación tal. Esta no es tampoco una cita aislada. Considérese la siguiente, proclamada ante los obispos de Venezuela el 17 de diciembre de 1979:

---

de acá para allá, buscando cómo aprender mejor a creer en nuestro Señor Jesucristo... si hubieran sido creyentes ya, no habrían estado buscando, como si no lo fueran... lo cual no era escándalo pequeño... el que los cristianos como si se despertaran de dormir en este momento del día, estuvieran preguntando cómo tenían que creer... mientras que su clero profeso, aunque exigiendo deferencia de sus rebaños como instructores, eran no creyentes según se mostraban porque andaban buscando lo que no tenían... qué defecto de enseñanza había en cuanto a la verdad religiosa en la Iglesia Católica, para que debieran preguntar respecto de la fe ahora, y debieran fijar la fecha de este año para su profesión de fe...»

«Este es el objetivo final de toda catequesis: el encuentro vital, consciente y personal con el Cristo de la fe, el Cristo de la historia, el único Redentor y esperanza del hombre... Yo os animo a continuar y redoblar vuestros esfuerzos en un campo tan vital para la Iglesia, puesto que es solamente con una labor catequista sistemática, con detenimiento, como vuestras comunidades cristianas serán capaces de llegar a la completa *experiencia* del mensaje de salvación y a dar testimonio personal y colectivamente de las profundas razones de su esperanza en Cristo.»

Es bien sabido que Wojtyla es un «fenomenologista» mundialmente renombrado, descrito por *The New York Times* como «un técnico en el descubrimiento de lo que está oculto en las apariencias mirando al mundo a través de los ojos de un niño... en la búsqueda de esencias que no pueden ser reveladas por la observación ordinaria». George Williams, un profesor de Teología Unitaria en la Universidad de Harvard que ha conocido al presente «papa» durante dieciséis años, describe su sistema filosófico como derivado «del judío nacido en Bohemia, Edward Husserl (1859-1938)», y nota que «ha conducido a permutaciones recientes tales como la fenomenología hermenéutica de Martin Heidegger y Jean-Paul Sartre». Es pertinente notar de pasada que es Heidegger quien destrona específicamente el intelecto y pone en su lugar la *experiencia*. Ahora bien, el presente Pontífice, como nos cuenta Williams, «pensaba que sería posible usar la metodología de un fenomenologista, Max Scheler, como punto de partida para reedificar una ética cristiana». (¿Y por qué hemos de reedificarla?). Destaquemos también que Scheler, nacido judío, se convirtió, y que después dejó la Iglesia. Este esfuerzo resultó en la tesis doctoral de Wojtyla titulada «Las Posibilidades de Edificar un Sistema de Ética Cristiana sobre la base de Max Scheler», escrita en la Universidad Jagelloniana de Polonia controlada por el marxismo. Anna Tymieniecka, que ha traducido al inglés el libro del Papa *The Acting person*, y que es su amiga personal, sintetiza su «complejo pensamiento» en los términos siguientes: «Enfatiza el valor irreductible de la persona humana. Encuentra una dimensión espiritual en la interacción humana, y eso le conduce a una concepción profundamente humanista de la sociedad» (*Time*, 30 de octubre de 1978). Es de interés señalar que Wojtyla ha alentado la publicación de todas sus obras excepto una —su tesis doctoral en teología escrita bajo la dirección del santo y ortodoxo Garrigou-Lagrange. Esta ha sido encerrada en los archivos del Vaticano pues «no refle-

jaba ya sus puntos de vista corrientes»<sup>21</sup>. No es sorprendente entonces encontrar a Wojtyla siendo bienvenido entre lo que George Williams llama «un círculo de filósofos de tendencias varias que son colectivamente llamados fenomenologistas». Entre sus otros amigos, se debe incluir a Karl Rahner, que como afirma Philip Trower, «ha hecho por el existencialismo lo que Teilhard de Chardin hizo por el evolucionismo». Este mismo Karl Rahner, el favorito de los intelectuales católicos modernistas y probablemente el teólogo más influyente en la nueva Iglesia, fue condenado por Pío XII, rehabilitado por Pablo VI y es amigo personal de Juan Pablo II. Ha sido huésped privado del presente pontífice en el Vaticano en más de una ocasión. Otro de los héroes intelectuales de Wojtyla es Teilhard de Chardin. En sus Retiros dados en el Vaticano bajo Pablo VI (*El Signo de Contradicción*), compara respetuosamente los conocimientos del Génesis a los de este dudoso «filósofo». Si alguno de estos personajes parece estar en discrepancia con lo que nosotros esperaríamos de alguien que se asienta sobre el trono de S. Pedro, hemos de recordar que, como Juan Pablo II ha dicho a los fieles polacos en la Fiesta del Corpus Christi en 1978 él «respeto todas las ideologías». Pero entonces, qué puede uno esperar de un «pontífice» que declara que «debemos afirmar al Hombre por su propia causa, y no por algún otro motivo ni razón; únicamente por él mismo! Es más, debemos amar al hombre a causa de que es Hombre, por razón de la dignidad especial que posee...» (Alocución a la UNESCO, 2 de Junio de 1980).

Uno puede permitirse poner en duda el papel «heroico» en el cual Wojtyla se ha hecho presentar durante sus días de estudiante. Nos es descrito como un estudiante universitario que trabajaba después de clase en una planta química (todas las plantas químicas polacas fueron conducidas a aportar su esfuerzo en la guerra de Alemania), y que todavía encontraba energía para pasar largos atardeceres ensayando y desempeñando papeles dirigentes en una compañía teatral casi profesional. El periódico *Time* y la *National Review* han ido inclusive tan lejos como para sugerir que también estuvo involucrado en actividades clandestinas que recordaban a James Bond y por las cuales fue buscado por las autoridades. Lo que parece estar más de acuerdo con la realidad es que este individuo que ha proclamado que él «respetaba todas las ideologías», se las ingenió para convivir enteramente bien con las autoridades comunistas. Y de otro modo, ¿cómo podría haber sido posible para él viajar libremente por

---

<sup>21</sup> Posteriormente ha sido publicada por Ignatius Press bajo el título de *Faith According to St. John of the Cross*.

todo el mundo, publicando libros y dando conferencias en congresos filosóficos internacionales, mientras que el diez por ciento del clero en Polonia (en su mayor parte aquellos que se negaron a decir la nueva «misa») estaba siendo aprisionado o exiliado? Cualquiera que esté familiarizado con la metodología de la tiranía comunista sabe que la libertad de Wojtyla para viajar por todo el mundo, para no mentar siquiera el que se le permita existir en su patria, depende enteramente de su posición de estar en gracia respecto de quienes detentan la autoridad, o al menos de que su posición sea vista como «útil» para sus propósitos. ¡Ciertamente, Wojtyla no era ningún Mindszenty! Y en verdad, Mary Craig, en su biografía (*Man From a Far Country*) nos dice que cuando Wojtyla trabajaba como párroco en Polonia, mantenía un «perfil bajo... evitando totalmente la política (inclusive mencionar el “bien” y el “mal” podría atraer la cólera de las autoridades...)». Es claramente un creyente en la *detente*, y cuando fue entronizado como «Obispo de Roma», los oficiales del gobierno polaco, empezando por el embajador en Italia, se mostraron calurosos en su alabanza, y el ministro de estado, Jablonski, vino a Roma con un amplio cortejo. Aparte de haber concedido una larga audiencia a Gromiko, uno de sus primeros actos fue designar al Cardenal Agostino Casaroli, el arquitecto de la *Ostopolitik*, como su primer Secretario de Estado. Es por su puesto verdad que Wojtyla ha criticado la metodología comunista. Lo que llama la atención, sin embargo, es que en ninguna ocasión ha criticado nunca el comunismo como tal. A decir verdad, la mayor parte de sus afirmaciones indicarían que se encuentra perfectamente cómodo con la ideología socialista y que solamente querría temperar la teoría comunista con —para usar la frase de Teilhard de Chardin— «el calor del amor cristiano».

Esta ambigüedad hacia la ideología comunista queda sumamente demostrada durante su viaje a Méjico. Antes de la apertura de la Conferencia Episcopal en Puebla, se encontró con Álvarez Icaza en una audiencia privada. Este individuo, que probablemente conocía a Wojtyla desde la época del concilio, era un miembro del Congreso de «Cristianos por la Paz» fomentado por los comunistas y con base en Praga, cuyo presidente era el infame Nikodim, Metropolitano de Leningrado<sup>22</sup>. Junto con el miembro del IDOC Gary MacEoin era responsable del establecimiento de la floreciente oficina de prensa de izquierdas CENCOS, la cual suministró literatura de línea

---

<sup>22</sup> Cuando Nikodim murió en los brazos del pontífice, las dos Iglesias Ortodoxas Rusas en Roma se negaron a permitir que le fuera hecho el velatorio en sus locales. Ni que decir tiene que este privilegio le fue concedido a la Iglesia Posconciliar, y fue velado dentro del Vaticano.

marxista y dos conferencias de prensa diarias de «teología de la liberación» durante todo el período. A pesar del criticismo de Juan Pablo II respecto de la «teología de la liberación» (la cual no es otra cosa que el comunismo disfrazado bajo una corteza de fraseología cristiana), tal criticismo es casi siempre acompañado por una condena paralela de los excesos del capitalismo. Cuando estuvo en Oaxaca llegó tan lejos como para afirmar que no debe haber ninguna vacilación cuando se trata de la expropiación de la propiedad privada, «llevada a efecto correctamente», siempre que sea para el bien común. Pero en ninguna parte ha dicho quién ha de decidir lo que es para el bien común, o lo que significa «llevada a efecto correctamente». Y más importante todavía, en ninguna parte nos remite a las encíclicas de León XIII y a las enseñanzas de la Iglesia tradicional sobre sociología y economía —donde se han de encontrar las respuestas a todas las falsas panaceas que plagan el mundo moderno. Lo que resultó de la Conferencia de Puebla en Méjico es que ambos lados pretendieron una victoria, y a las fuerzas de la subversión se les facilitó así que continuaran sus actividades a todo lo largo de este subcontinente esencialmente católico. Los comunistas preferirían ciertamente no tener que tratar ningún problema religioso. Pero el catolicismo es un hecho, tanto en Polonia como en Sudamérica. Siendo tal el caso, el Papa Juan Pablo II ciertamente ha de ser preferido a un Pío XII<sup>23</sup>.

Finalmente, es enteramente obvio que la cuestión más apremiante en la escena católica corriente concierne al problema de los sacramentos, y por encima de todo, a la supresión de la Misa tradicional. Ha pasado tiempo más que suficiente para habernos dado alguna indicación de sus intenciones con respecto a esta cuestión. Por supuesto, esto requeriría no solamente la aprobación de la Misa de Todos los Tiempos, sino también la reordenación de todo el clero «alzado a la mesa» desde mediados de 1968; pero tal no es en modo alguno una imposibilidad. Nada que no sea esto puede hacer que la Iglesia retorne a la «unidad», y nada que no sea esto puede satisfacer al católico tradicional. Juan Pablo II, a pesar de su condena de aquellos que, para usar las palabras de Cranmer, «querrían avanzar demasiado deprisa», no nos ha dado ninguna indicación de que vaya a dar satisfacción a este requerimiento, y en verdad, ha puntualizado abundantemente que está comprometido con las «reformas» del Vaticano II. Si teníamos alguna duda sobre esto, desaparecerá por esta afirmación a los católicos tradicionales de Méjico:

---

<sup>23</sup> Este material y mucho más está documentado en la obra de Mary Martínez *From Rome Urgently*, (Vía Sommacompagna 47, Roma 00185).

«Aquellos que permanecen apegados a aspectos incidentales de la Iglesia, aspectos que fueron válidos en el pasado, pero que han sido reemplazados, no pueden ser considerados fieles».

Aquí estamos oyendo, no la voz de Pedro, sino la voz de Pablo VI. ¿Desde cuándo la Misa y los sacramentos son «aspectos incidentales de la Iglesia»? ¿Y por qué algunos católicos estamos todavía vinculados a ellos? La respuesta es completamente clara. Nosotros no hemos recibido el «carisma de la transformación». Nosotros no hemos sido «benditos» con «la renovación de la Iglesia en el espíritu del Vaticano II». Y el precio que Wojtyla nos dice que hemos de pagar es que nosotros «no podemos ser considerados fieles». Nosotros podemos no ser fieles a la Iglesia posconciliar de Wojtyla, pero esta iglesia no es ya «La Iglesia de Todos los Tiempos», la Iglesia que Cristo estableció.

Debería estar completamente claro para el lector que «al atacar» las extrañas extravagancias de los «papas» posconciliares, uno no pretende atacar en absoluto al Papado mismo. Por el contrario, es el Papado lo que querríamos defender. La distinción entre «Sedes» y «Sedens» (la Sede, y el que toma asiento en ella) fue hecha, según Justiniano, en el concilio de Calcedonia en el año 451. Hay una doctrina de «indefectibilidad» en la Iglesia que afirma que las enseñanzas de nuestra Santa Madre no cambian. Quienquiera que desea estar «en obediencia» hacia los doscientos sesenta Papas, más o menos, que han detentado legítimamente la cátedra de Pedro desde que fue establecida, y hacia las muchas encíclicas que han promulgado, debe necesariamente declararse a sí mismo «en desobediencia» hacia estos modernistas de última hora dondequiera que se aparten de las enseñanzas de sus predecesores. Finalmente, un comentario en orden a responder acerca de lo que satisfaría al católico tradicional. La respuesta es muy simple, y aunque se ha aludido a ella previamente, debe ser reiterada una vez más. Es un retorno a la sana doctrina y verdadera creencia —la afirmación del «depósito» entero de la Fe; y la reintroducción de la verdadera y propia liturgia de la Iglesia. Aparte de esto, todo lo demás es disimulación y palabrería. Supliquemos a Dios a fin de que podamos ver ese día antes de morir.

Concluiremos esta sección con el Juramento de la Coronación tradicional de los Papas. Tomado del *Liber Diurnus Romanorum Pontificum*, PL105, S.54:

Yo juro:

«No cambiar nada de la tradición recibida, ni nada de aquello que he encontrado antes de mí, guardado por mis predecesores que pluguieron a Dios, ni trastocar ni alterar, ni permitir ninguna innovación en ello;

»Por el contrario: con afección calurosa, en tanto que Su discípulo y sucesor verdaderamente fiel, juro salvaguardar intacto el pasado, con todas mis fuerzas y mi esfuerzo máximo.

»Guardar los santos cánones y decretos de nuestros Papas del mismo modo que las Ordenanzas Divinas provenientes del Cielo, a causa de que soy consciente de Ti, Cuyo lugar he tomado por la gracia de Dios, Cuyo Vicariato poseo con Tu sostén, estando sujeto a la rendición de cuentas más severa ante Tu divino tribunal sobre todo lo que confieso.

»Si yo emprendiera alguna actuación en sentido contrario, o permitiera que tal fuera ejecutado, Tú no serás misericordioso conmigo en el día temible de la Justicia Divina.

»En consecuencia, sin exclusión, nos sujetamos a la más severa excomunión a quienquiera —bien sea nos mismo o algún otro— que ose emprender alguna cosa nueva en contradicción con esta tradición evangélica constituida y con la pureza de la Fe ortodoxa y de la Religión cristiana, o que busque cambiar alguna cosa por sus esfuerzos combativos, o que concurra con aquellos que emprenden tales aventuras blasfemas».

(Del libro de Anton Holzer *Vatican II, Reform Council or Constitution of a New Church*).



## **PARTE IV**

## EL VATICANO II

Antes de considerar el Vaticano II en detalle, es necesario comprender justamente lo que es un concilio general o ecuménico. Es, como Hubert Jedin lo definió en 1960:

«Una asamblea de obispos y de otras personas específicas investidas con jurisdicción, convocados por el Papa y presididos por él, con el propósito de formular decisiones sobre cuestiones de fe cristiana, o de disciplina eclesiástica. Estas decisiones, sin embargo, requieren confirmación papal... Ha sido siempre el deber más elevado de un concilio asegurar la proclamación de la fe delimitando la doctrina católica de los errores contemporáneos. Ha habido concilios de los cuales no salió ningún canon disciplinario, pero ninguno en el cual no fuera rechazado algún error.»<sup>1</sup>

El Vaticano II en tanto que concilio ecuménico fue inusual de varios modos. Fue el primer concilio «ecuménico» que invitó a «observadores» a participar en sus procedimientos<sup>2</sup>. Fue el primer concilio en ser declarado «pastoral» y no «dogmático»<sup>3</sup>. Fue el primer concilio que ni delimitó la doctrina católica de los errores contemporáneos, ni dictó cánones disciplinarios<sup>4</sup>. Fue el primer concilio que se apartó claramente de la enseñanza de los concilios ecuménicos anteriores —tanto que el Carde-

---

<sup>1</sup> Hubert Jedin, «Ecumenical Councils of the Catholic Church», Herder, Nueva York, 1960.

<sup>2</sup> La presencia de «observadores» de las múltiples sectas protestantes, inclusive si no impedía que los Padres hablaran contundentemente sobre cuestiones que podrían ofenderles, ciertamente debió ser inhibitoria. Esto puede haber sido muy significativo con respecto a la presencia de los observadores ortodoxos rusos (de Moscú) que solo vinieron con la condición de que el comunismo no sería criticado —un hecho contado por varios autores.

<sup>3</sup> Cada vez que los Padres ortodoxos deseaban definir más claramente lo que estaba siendo afirmado ambiguamente, se les informaba de que el concilio era «pastoral» y no «dogmático». (cf. Arzobispo Lefebvre, *J'accuse le Concile*).

<sup>4</sup> Peticiones por centenares de los padres conciliares para la condena del comunismo fueron dejadas de lado por aquellos que tenían el control como lo ha señalado el padre Wiltgen.

nal Suenens ha afirmado que fue como la Revolución Francesa de la Iglesia; y el teólogo Y. Congar le ha igualado a la revolución de octubre de 1917 en Rusia<sup>5</sup>. Finalmente, al clausurar el concilio, Pablo VI afirmó: «La autoridad de enseñanza de la Iglesia, aun no deseando emitir pronunciamientos dogmáticos extraordinarios, ha hecho enteramente conocida su enseñanza autorizada... Todo cuanto ha sido establecido sinodalmente (por el Vaticano II) ha de ser observado religiosamente por todos los fieles». Presentando esto así, retira los contenidos de los documentos del Vaticano II de la jurisdicción de la doctrina *de fide*, y, sin embargo, al mismo tiempo «vincula» al católico a su aceptación por la «obediencia».

En cuanto a los documentos mismos, hay dieciséis, y todos los dieciséis son considerados como «establecidos sinodalmente» —es decir, aprobados por los padres presentes en el concilio. Ahora bien, estos dieciséis documentos son denominados como «Constituciones», «Decretos» y «Declaraciones». A pesar del hecho de que algunas de las «Constituciones» son calificadas como siendo «dogmáticas», el Vaticano II como un todo es, por decreto, «pastoral». Siendo pastoral es «no dogmático» y, a lo sumo, es entonces una especie de instrucción, una suerte de sermón, que no implica por sí mismo ninguna infalibilidad. Por esto es por lo que el Cardenal Felici, anteriormente secretario de la curia y secretario general del concilio, afirmó que los documentos del concilio son *de jure* pero no *de fide*<sup>6</sup>. A pesar de esto, Pablo VI se ha referido en varias ocasiones a este concilio como «el más grande de todos los concilios», incluso más grande que el concilio de Trento (el cual es, por supuesto, *de fide*). Sin embargo, no está en modo alguno satisfecho con lo que el concilio llevó a cabo, pues ha afirmado, «los decretos conciliares no son tanto un destino como un punto de partida hacia nuevos objetivos... Las semillas de vida plantadas por el concilio en el suelo de la Iglesia deben crecer y alcanzar plena madurez». Como ha dicho el Cardenal Suenens, «El Vaticano II es una etapa, y no un término». Y, sin embargo, inclusive en su calidad de etapa, representó «una Revolución Francesa dentro de la Iglesia».

Pocos negarán que las «nuevas directrices» que la Iglesia posconciliar ha tomado encuentran sus raíces en este concilio. Como dice Avery Dulles:

---

<sup>5</sup> De una manera similar, Santiago Carrillo (cabeza del Partido Comunista de España) ha llamado al «eurocomunismo» «nuestro *aggiornamento*, nuestro Vaticano II». (*Itinéraires*, Mayo de 1977).

<sup>6</sup> Citado por D. Von Hilderbrand, «*Belief and obedience: the Critical Difference*», *Triumph*, Marzo de 1970.

«El Vaticano II adoptó varias posiciones que habían sido enunciadas por las Iglesias de la Reforma, p.e. la primacía de las Escrituras, la eficacia sobrenatural de la palabra predicada, el sacerdocio del laicado y la liturgia en lengua vernácula.»<sup>7</sup>

Esta no es tampoco una opinión aislada. El Cardenal Willebrands, legado de Pablo VI a la Asamblea Luterana Mundial en Evian, afirmaba en julio de 1970:

«¿Acaso el concilio Vaticano II mismo no ha dado la bienvenida a algunas peticiones que, entre otros, fueron expresadas por Lutero, y a través de las cuales muchos aspectos de la fe cristiana son mejor expresados hoy día que en el pasado? Lutero dio a su época un impulso extraordinario en teología y en vida cristiana.»

Para citar al Cardenal Suenes de nuevo:

«Es posible extraer una lista impresionante de tesis que Roma ha enseñado en el pasado y hasta ayer mismo como siendo las únicas válidas, y que los padres del concilio han desechado.»

Uno debe preguntar como fue que tales cambios drásticos pudieron tener lugar en una «Iglesia inmutable». Hay, por supuesto, muchos que pretenden que tales afirmaciones son exageradas, que no ha habido ningún cambio significativo, y que no es el Vaticano II, sino los teólogos modernos con sus «abusos» quienes han de ser culpados. Estos mismos dicen que las afirmaciones del concilio son mal interpretadas y muchas afirmaciones aceptables y ortodoxas provenientes de los documentos son aportadas en defensa de esta aseveración. La réplica a estos contenciosos no es difícil, sin embargo. El padre Wiltgen que era «director de propaganda internacional en Roma» para el concilio y que «fundó durante el Vaticano II un servicio de noticias del concilio, plurilingüe e independiente» ha escrito una historia de los procedimientos del concilio titulada *The Rhine flows into the Tiber*. En tanto que prueba

---

<sup>7</sup> Rev. Ralp M. Wiltgen, *The Rhine flows into the Tiber*, Hawthorn, Nueva York, 1967, publicado recientemente en rústica por la Augustine Publishing Co., Devon, Inglaterra, 1978.

los logros del concilio, su texto ha devenido una fuente de información valiosa. Su información está confirmada por muchas otras fuentes. Como resultado, tenemos una descripción «baza por baza» de cómo los teólogos «liberales» capturaron el concilio. Lo que fue proclamado por la prensa del mundo como un «estallido espontáneo del sentimiento liberal», fue de hecho, como lo han señalado varios autores, parte de un plan predeterminado para subvertir el concilio.

Hemos llamado ya la atención sobre el papel que Juan XXIII jugó al preparar la escena. La mayor parte de los padres no eran teólogos bien versados, y vinieron al concilio «psicológicamente desprevenidos» (Cardenal Heenan) y «como a tientas» (Obispo Lucey). Otras «jerarquías vinieron al concilio sabiendo lo que querían y habiendo preparado el medio de lograrlo» (Obispo Lucey). La empresa fue sorprendentemente fácil. Como ha afirmado el Cardenal Heenan, «Apenas había comenzado la Primera Congregación General cuando los obispos nórdicos entraron en acción». Como ha afirmado Brian Kaiser, «los cardenales Suenens, Alfrink, Frings, Doepfner, Koenig, Lienart y Bea se hablaron por teléfono» la noche anterior, y recibieron garantías de Juan XXIII de que sus planes tenían su aprobación. En el intervalo de quince minutos a partir de la apertura de la primera sesión, los años de trabajo preparatorio y la lista que se sugirió en cuanto a los individuos para las diferentes comisiones fueron desechados. Esto ha sido llamado por muchos «la primera victoria» de la «alianza europea», y fue descrita en los periódicos como «obispos en rebelión»<sup>8</sup>. Lo que siguió ha sido descrito como un *Blitzkrieg* (Michael Davies) y como un «ejercicio de demolición» (Henri Fresquet). Fue solamente un asunto de tiempo y de maniobra antes de que los elementos liberales se hicieran cargo de las diez comisiones que controlaron los diferentes esquemas presentados a votación. La «Presidencia del concilio» establecida por Roncalli era inútil —y así es como él quería que fuera. En lugar de intervenir del lado de la «tradición», facilitaba el que las cosas se desarrollaran como él deseaba, interviniendo solamente cuando era necesario sostener a las «fuerzas democráticas».

---

<sup>8</sup> Como dice E. E. Y. Hales, «Frente a esto el Papa Juan estaba permitiendo al concilio configurarse de una manera que parecía que no produciría el *aggiornamento* de la Iglesia que él deseaba. Una explicación de esta paradoja es que él estaba permitiendo que la curia pensara que este estaba deviniendo «su» concilio, a fin de asegurarse que no intentarían arruinarlo, mientras que para sí mismo sabía muy bien que una vez convocado dejaría de ser de la curia, y que él volvería a recuperarlo». (*Pope John And His Revolution*, Doubleday, Nueva York, 1965).

Inicialmente, cualquier padre, individualmente, podía levantar su objeción a las afirmaciones de los diferentes esquemas. Pronto esto fue limitado a diez minutos. Cuando la oposición recogió a la pandilla modernista, quienes estaban en el control requirieron que habían de ponerse de acuerdo cinco padres y hablar así en grupo. En poco tiempo el número fue elevado a setenta. Pronto todas las objeciones hubieron de ser sometidas por escrito a las diferentes comisiones que a su vez permitieron considerables maquinaciones «entre bastidores» y la supresión o la «nueva redacción» de aquellas objeciones que no pudieron ser ignoradas. Una petición firmada por alrededor de cuatrocientos padres pidiendo la condena del comunismo, simple y convenientemente se perdió. Las quejas hechas directamente al Papa fueron ignoradas<sup>9</sup>, y en ocasiones el Papa intervino directamente para hacer fuerza a través de un voto determinado. Tanto la prensa como las múltiples organizaciones liberales de dentro y fuera de la Iglesia desarrollaron una propaganda de peso a favor de la «liberalización» de la Iglesia. Los Cardenales Frings y Liniert y los miembros de la «alianza nórdica» fueron los héroes, mientras que Ottaviani y los miembros conservadores de la curia fueron los «malvados» que se interponían «en la senda del progreso». La mayoría de los padres presentes eran dignatarios de la Iglesia en lugar de teólogos, y de aquí que fueran excesivamente dependientes de los *periti* o expertos que casi invariablemente estaban en el campo «neomodernista». Una lista de estos *periti* incluiría a casi todos los bien conocidos teólogos heréticos de la Iglesia Posconciliar. Frecuentemente no se daba el tiempo suficiente para la adecuada discusión de los problemas, y muchos de los padres admitieron que habían votado junto con la mayoría sin haber leído en absoluto los esquemas o las enmiendas en cuestión. Como ha afirmado el Dr. Moorman, líder de la delegación anglicana, «había una división muy real entre los padres, un profundo sentimiento de que dos grandes fuerzas estaban en liza y de que esto no era solo un choque de opiniones, sino un choque de políticas e incluso de moralidades». Pero, como ya lo hemos destacado, las fuerzas tradicionales estaban «psicológicamente desprevenidas», y las fuerzas liberales «vinieron al concilio sabiendo lo que querían y habiendo preparado el medio de lograrlo». La ofensiva se desarrolló muy rápidamente, y fue solo hacia al final del concilio

---

<sup>9</sup> *J'accuse le concile* del Arzobispo Lefebvre documenta una carta enviada a Pablo VI firmada por varios cardenales, y superiores generales de organizaciones religiosas, y la manera en la cual este desechó sus quejas.

cuando los padres ortodoxos fueron capaces de organizarse, pero para cuando el *Coetus Internationalis Patrum* devino una fuerza cohesiva, era ya demasiado tarde.

Solo quedaba un problema mayor. Los liberales en el concilio tenían que expresar sus opiniones de una manera que no fuera clara y abiertamente herética. (Esto habría creado una oposición y resistencia mucho más vigorosa). La solución era la afirmación ambigua. Siempre que se levantaban protestas contra tales prácticas, el objetor era informado de que el concilio era «pastoral» y no «dogmático». Lo que resultó ha sido descrito en palabras del Arzobispo Lefebvre como «un conglomerado de ambigüedades, de inexactitudes, de sentimientos vagamente expresados, de términos susceptibles de cualquier interpretación y una amplia apertura de todas las puertas». Hay, por supuesto, muchas afirmaciones en los documentos que parecen buenas, pues es característico de la herejía venir encubierta con el manto de la ortodoxia. Los documentos mismos son prolijos, llenos de vaga fraseología y de sicologismos. Frecuentemente se usan términos (tales como «historia de la salvación»)<sup>10</sup> que son capaces de ser definidos en una multitud de modos. Las afirmaciones hechas en un párrafo son adaptadas algunos párrafos después con el fin de que deven gan posibles múltiples interpretaciones. En justicia hacia los liberales, hay que decir que algunos de los *periti* tales como Yves Congar y Schillebeeckx desaprobaban tales métodos y deseaban afirmar el punto de vista liberal abierta y claramente. Por supuesto, fueron sometidos. Para que el lector no crea que esta opinión es injusta, citaré al profesor O. Cullmann, uno de los observadores protestantes más distinguidos en el concilio:

«Los textos definitivos son en su mayor parte textos de compromiso. En muchísimas ocasiones yuxtaponen puntos de vista sin establecer ningún genuino vínculo interno entre ellos. Así, toda afirmación del poder de los obispos es acompañada de una manera casi tediosa por la insistencia sobre la autoridad del Papa... Esta es la razón por la cual, aunque aceptando que estos son textos de compromiso, yo no comparto el pesimismo de aquellos que se suscriben al eslogan de que: “¡Nada saldrá del concilio!” Todos los textos son formulados de una manera tal que no cierran ninguna puerta y no

---

<sup>10</sup> «Historia de la Salvación», una de las frases favoritas de los innovadores, y una frase que implica que la Salvación es un proceso histórico, es particularmente ofensiva. La Salvación es un proce-

presentan ningún obstáculo futuro a las discusiones entre los católicos o al diálogo con los no católicos, como fue el caso con las decisiones dogmáticas de los concilios anteriores.»

Es entonces la ambigüedad de la mayor parte de las afirmaciones la que permite cualquier interpretación que uno quiera. Aquellos que quieran subscribir las tesis más liberales y extremas del modernismo pueden hacerlo así sobre la base del Vaticano II, mientras que aquellos que se inclinan hacia la ortodoxia pueden citar pasaje tras pasaje para mostrar que el concilio «no ha cambiado nada». Como dice Michael Davies de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, «contiene una gran cantidad de terminología católica tradicional y ortodoxa bien calculada para inspirar confianza. Tal confianza, sin embargo, con toda probabilidad ha de debilitarse cuando uno se da cuenta de cuán grato es el documento tanto para los “ecumenistas” católicos como para los protestantes. Si el documento es tan sano como aparece, entonces ¿por qué le alaban aquellos que rechazan la enseñanza católica?» Y cómo podría ser de otro modo cuando, como dice el Cardenal Heenan, las diferentes comisiones estuvieron en posición «de extenuar a la oposición y de producir una fórmula capaz de una interpretación tanto ortodoxa como modernista». Lo que resultó, para usar las palabras del Obispo McVinney al tratar la Constitución Pastoral sobre la Iglesia, fue «un compromiso dudoso con todo lo que subyace en la base misma de los males que afectan ahora a la humanidad»<sup>11</sup>.

---

so «individual». Además, de acuerdo con la historia evangélica del cultivador de la hora undécima, la salvación hoy no es diferente de lo que era en los días de Abraham.

<sup>11</sup> El Cardenal Fellici ha afirmado públicamente que «Hay en verdad muchos términos de dudoso significado en los textos del concilio» (*Approaches*, Noviembre de 1976, pág. 70). La ambigüedad es siempre el refugio de ladino que desea mentir, no solo a su prójimo, sino también a sí mismo. ¿Cómo responde un niño pícaro a una madre acusadora a quien desea ocultar la verdad sin decirle claramente una mentira? Es equívoco. Se aparta de la prescripción escrituraria de «decir siempre el sí por el sí y el no por el no». El modernista ha perdido su fe en la Revelación, y si desea permanecer dentro de la Iglesia visible, entonces debe o bien cambiar el significado de algunas palabras, o bien cambiar las palabras a fin de que puedan significar una cosa para él y otra para los fieles. Así, como lo ha señalado un modernista, «uno aprende el uso del significado doble, las sentencias y párrafos tortuosamente complejos que ocultan el significado en lugar de revelarlo». El teólogo existencial tiene un definitivo disgusto hacia la claridad. Como el padre Daley dijo de Tyrell: «Él creía que la claridad era una trampa para el incauto, y que la trampa era evitada en la medida en que uno desconfía de la claridad y la reconoce como una nota de inadecuación». Como ha dicho el Papa S. Pío X en su En-



Inclusive prescindiendo de las afirmaciones efectivas, hay un «animus» en los documentos que es «ofensivo para los oídos piadosos». Hay, como ha dicho el Cardenal Suenens, «una lógica interna en el Vaticano II que en varios casos ha sido empuñada y puesta en obra, mostrando en la práctica de todos los días la prioridad de la vida sobre la ley. El espíritu que hay detrás de los textos era más vigoroso que las palabras mismas»<sup>12</sup>. Es esta corriente subterránea la que ha brotado como «el espíritu del Vaticano II», un «espíritu» que acepta casi todos los conceptos modernistas — el «progreso», la «evolución dinámica» y el «universalismo». Como ha dicho Avery Dulles, S.J., uno de los *periti* del Vaticano II, «sin hacer uso del término de “revelación continua”, el Vaticano II ha permitido algo de esta especie». Donald Campion, S.J., otro *periti*, y traductor de la «Constitución Pastoral sobre la Iglesia Hoy», ha dicho: «Aquí, como en otras partes, es fácil reconocer la compatibilidad de los conocimientos desarrollados por pensadores tales como Teilhard de Chardin en su *Divine Milieu* con la perspectiva fundamental del concilio...»<sup>13</sup>. Finalmente, ha de ser destacado como el observador protestante Dr. McAfee Brown afirma, estos dieciséis documentos son prolijos en una medida extrema, y que como dice Michael Davies, muchos de ellos «consisten en poco más que una larga serie de las perogrulladas más banales imaginables»<sup>14</sup>. En la traducción suman 739 páginas de letra pequeña (en contraposición a las 179 páginas en letra grande del concilio de Trento y a las 45 páginas del Vaticano I). Es virtualmente imposible para el católico medio leerlos con

---

cíclica *Pascendi*, los escritos de la pandilla modernista aparecen «vacilantes y vagos», mientras que los de la Iglesia son siempre «firmes y constantes». Ha dicho, además, «Uno de los artificios más hábiles de los modernistas (como son llamados común y propiamente) es presentar sus doctrinas sin orden ni disposición sistemáticos, de una manera desparramada y sin unidad, a fin de que parezca como si sus mentes estuvieran en duda o vacilantes, mientras que en realidad están completamente fijados y firmes».

<sup>12</sup> *Doctrines do Grow*, Ed. John T. McGinn. CSP. Paulist Press, Nueva York, 1967.

<sup>13</sup> *The Documents of Vatican II*, Ed. Walter M. Abbott, S.J., Guild, Nueva York, 1968.

<sup>14</sup> Considérese la siguiente afirmación conciliar: «La extendida reducción de las horas de trabajo, por ejemplo, aporta incesantes ventajas a numerosas gentes. Que estas horas de ocio sean usadas adecuadamente para la relajación del espíritu y para el fortalecimiento de la salud mental y corporal. Tales beneficios se obtienen a través del estudio y de la actividad espontáneos y a través de los viajes, los cuales refinan las cualidades humanas y enriquecen al hombre con la mutua comprensión. Estos pueden ayudar a conservar el equilibrio emocional, inclusive en el ámbito de la comunidad, y a establecer relaciones fraternales entre los hombres de todas las condiciones, naciones y razas». ¡Esto proviene de un documento de un concilio ecuménico!

cuidado, incluso si se provee, como ha destacado el padre Houghton, «con un suministro suficiente de antisoporíferos»

Para comprender la naturaleza real del Vaticano II el lector debe reconocer que lo que allí ocurrió no fue un «debate» entre las facciones conservadoras y liberales de la Iglesia —como si hubiera una gama de opiniones a partir de la cual los fieles pudieran escoger— sino más bien una lucha entre aquellos que sentían que era su obligación conservar intacto el «depósito de la Fe» entero, y aquellos que se inclinaban a adaptar la cristiandad al mundo contemporáneo; una batalla sostenida entre aquellos que ven a la Iglesia Católica Romana como la Iglesia «visible» fundada por Cristo, y por la tanto una iglesia que tiene derecho a algunos privilegios (se los reconoce el mundo o no), y aquellos que sentían que «todos aquellos bautizados en Cristo... Tenían acceso a la comunidad de la salvación», que las diferencias de creos eran irrelevantes, y que soñaban con una «unión» ecuménica de «todos los hombres de buena voluntad» en una «cristiandad rejuvenecida». La Iglesia de Todos los Tiempos perdió esta batalla en el concilio, pero la lucha continúa todavía, algunas veces con escaramuzas menores, y otras en guerra abierta. La Escritura nos informa del resultado final que ha de anticiparse.

Con estos hechos en la mente pasaremos a examinar ahora algunos de los documentos conciliares con mayor detalle. Considérense las citas siguientes, tomadas en su mayor parte de la «Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno», el documento que Pablo VI considera uno de los más importantes, y un documento en el cual él jugó personalmente un importante papel:

«La humanidad pasa así de una concepción más bien estática de la realidad a otra más dinámica y evolutiva.» (Párr. 5).

«(La Iglesia) cree igualmente que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro.» (Párr. 10)<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> La fraseología es aquí enteramente teilhardiana. Aquellos que ven el mundo como progresando hacia algún «punto *omega*», ignoran instantáneamente el hecho de que Nuestro Señor es a la vez el *alfa* y la *omega*. La premisa de que la raza humana ha cambiado en algún modo es totalmente errónea. Es radicalmente falso suponer que nuestros ancestros eran intelectual o espiritualmente inferiores a nosotros. La flaqueza humana puede alterar su estilo en el curso de la historia pero no su naturaleza.

« Es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes y los valores naturales. Siempre, pues, que se trata de la vida humana, naturaleza y cultura se hallan unidas estrechísimamente.» (Párr. 53).

«En todo grupo o nación, cada día es mayor el número de hombres y de mujeres que son conscientes de que son ellos los autores y promotores de la cultura de su comunidad. Así, somos testigos del nacimiento de un nuevo humanismo, en el cual el hombre queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia.» (Párr. 55).

«La cultura de hoy día posee características particulares: las ciencias exactas cultivan al máximo el juicio crítico; la reciente investigación psicológica explica más profundamente la actividad humana; los estudios históricos contribuyen mucho a que las cosas se vean bajo el aspecto de su mutabilidad y evolución... Así, poco a poco se va gestando una forma de cultura más universal, que tanto más promueve y expresa la unidad del género humano cuanto mejor sabe respetar las particularidades de las diversas culturas.» (Párr. 54).

«La índole social del hombre demuestra que el desarrollo de la persona humana y el crecimiento de la propia sociedad están mutuamente condicionados. Porque el comienzo, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana, la cual, por su misma naturaleza tiene absoluta necesidad de la vida social.

»La vida social no es, pues, para el hombre sobrecarga accidental. De aquí que a través de su trato con los demás, de sus deberes recíprocos y del diálogo fraternal, la vida social engrandece al hombre en todas sus cualidades y le capacita para responder a su vocación.» (Párr. 25).

«Así, por medio de sus hijos y por medio de su comunidad entera, la Iglesia puede ofrecer gran ayuda para dar un sentimiento más humano al hombre y a su historia. Además, la Iglesia Católica de buen grado estima mucho todo lo que en este orden han hecho y hacen las demás Iglesias cristianas o comunidades eclesiales con su obra de colaboración.» (Párr. 40).

«Ha placido a Dios santificar y salvar a los hombres no aisladamente, sin lazo mutuo alguno, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente. Así, desde el comienzo de la historia de la salvación Él ha escogido hombres, no solamente en cuanto individuos, sino también en cuanto miembros de una determinada comunidad. Dios llamó a estos escogidos *Su Pueblo*... Este carácter comunitario es perfeccionado y consumado en la obra de Jesucristo.» (Párr. 32).

«La Iglesia reconoce, además, cuanto de bueno se halla en el actual dinamismo social: sobre todo la evolución hacia la unidad, el proceso de una sana socialización civil y económica. La promoción de la unidad concuerda con la misión íntima de la Iglesia, ya que ella es en Cristo como sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano.» (Párr. 42).

«Como el mundo entero tiende cada día más a la unidad civil, económica y social, conviene tanto más que los sacerdotes, uniendo sus esfuerzos y cuidados bajo la guía de los obispos y del Sumo Pontífice, eviten toda causa de dispersión, para que todo el género humano venga a la unidad de la familia de Dios.» (Párr. 43)<sup>16</sup>.

Tal es entonces una selección de las afirmaciones —y cada una, de una extensión suficiente como para invalidar la acusación de que se han tomado fuera de con-

---

<sup>16</sup> En todos estos ejemplos nuestro interés principal ha sido demostrar los motivos subyacentes de estos documentos. Ejemplos de errores más específicos, y sobre los cuales no puede hacerse ninguna reclamación posible en cuanto a su ortodoxia, son el párrafo 6 del «Decreto sobre el ecumenismo» el cual afirma que la doctrina católica podría haber sido formulada incorrectamente en el pasado. Esta es una acusación o admisión de una gravedad máxima contra la Iglesia tradicional. En el párrafo 11 de la «Declaración sobre la libertad religiosa», el documento afirma que la Revelación fue completada en la crucifixión. Esta nueva doctrina contradice notoriamente la enseñanza católica inmemorial de que la Revelación continuó después de la crucifixión, hasta la muerte del último apóstol. En el párrafo 50 de «la iglesia en el mundo moderno», el documento afirma que el propósito principal del matrimonio es igualado en importancia por sus propósitos secundarios. Aquí, nuevamente, hay una contradicción con la enseñanza católica sobre el matrimonio, la cual, si es tomada seriamente, resultará en un daño inestimable para las almas.

texto— que los católicos posconciliares deben «observar religiosamente» si desean considerarse a sí mismos en «obediencia». ¿Qué evidencia hay para la pretensión de que «la raza humana ha pasado de un concepto de la realidad más bien estático a otro más dinámico y evolucionista»? ¿Y cuán cristiano es este «nuevo humanismo» de cuyo nacimiento somos testigos, cuando es definido «ante todo por la responsabilidad del hombre hacia sus hermanos y hacia la historia»? Ciertamente, la primera responsabilidad del hombre es hacia Dios, su Creador. ¿Y desde cuándo el hombre «se eleva a su destino» a través de «los deberes recíprocos y del dialogo fraternal» sólo? ¿En qué lugar de las Escrituras se nos enseña que somos salvados «como miembros de una comunidad», en vez de como individuos? ¿Y desde cuándo la función de la Iglesia ha sido hacer «más humana a la familia del hombre y su historia»? ¿Y qué es toda esta palabrería sobre «unidad», sobre el «proceso de sana socialización» que «pertenece a la naturaleza más interior de la Iglesia» y que permite la «extirpación de todo motivo de división» que pudiera impedirla? No hay que sorprenderse entonces de que el observador protestante Dr. McAfee Brown haya dicho que «hay inclusive insinuaciones ocasionales de que los padres conciliares han prestado oído al evangelio de Marx tanto como al Evangelio de Mark [Marcos]». Verdaderamente, como ha dicho el padre Campion, traductor de este documento, «El *aggiornamento* teológico significa mucho más que una nueva redacción de la enseñanza teológica convencional en terminología contemporánea».

Ahora bien, hay muchas áreas en las cuales el Vaticano II se aparta de la enseñanza tradicional de la Iglesia. Considérense las siguientes afirmaciones, que están en contradicción directa con el Syllabus de los Errores:

«La libertad religiosa tiene su fundamento en la dignidad de la persona humana. Este derecho de la persona humana a la libertad religiosa ha de ser reconocido en la ley constitucional por la cual es gobernada la sociedad» (Decreto sobre la libertad religiosa). «Los hermanos separados de nosotros cumplen también muchas de las sagradas acciones de la religión cristiana. Indudablemente, en modos que varían según la condición de cada Iglesia o comunidad, estas acciones pueden engendrar verdaderamente una vida de gracia y pueden ser enteramente descritas como capaces de proveer acceso a la comunidad de la salvación» (Decreto sobre el ecumenismo). «El testimonio de la unidad de la Iglesia prohíbe muy generalmente a los cristianos la adoración común, pero la gracia que se ha de obtener de ella ordena esta

práctica algunas veces... Para este propósito son valiosísimos los encuentros de los dos lados, especialmente para la discusión de los problemas teológicos —donde el uno puede tratar con el otro en un nivel de igualdad» (Decreto sobre el ecumenismo).

Siguiendo la «lógica interna» del documento, el padre Avery Dulles, S.J., profesor de Teología en la Universidad Católica de América, un «perito» de cierta distinción, y un traductor de los documentos en cuestión, ha afirmado:

«¿Acaso Dios se revela de otro modo que a través de las religiones del mundo, haciendo posible así que los “no creyentes” hagan un acto de fe? Los documentos del Vaticano II, aunque no responden directamente a esta cuestión, abren la posibilidad de una respuesta afirmativa. La “Constitución dogmática sobre la Iglesia”, después de tratar las oportunidades para la salvación en las diferentes religiones, agrega que esta posibilidad es válida inclusive para el ateo sincero o para el agnóstico consciente: “La divina Providencia no niega tampoco la ayuda necesaria para la salvación a aquellos que, sin culpa por su parte, no han llegado todavía a un conocimiento explícito de Dios, pero que se esfuerzan por vivir una vida buena, gracias a su Gracia”. La “Constitución sobre la Iglesia en el mundo moderno” confirma esta doctrina asegurando que la gracia actúa de un modo invisible en los corazones de todos los hombres de buena voluntad. En estos textos, y otros similares, los teólogos católicos encuentran un reconocimiento oficial por parte de la Iglesia de que es posible un acto de fe salvadora sin ninguna creencia explícita en la existencia de Dios o sin ninguna afiliación religiosa»<sup>17</sup>.

Ahora bien, inclusive si no llevamos las cosas tan lejos como para afirmar que «es posible un acto de fe salvadora sin ninguna creencia explícita en la existencia de Dios», las diferentes enseñanzas del «Documento sobre la libertad religiosa» tienen consecuencias de largo alcance. El «animus» de los documentos es que los demás cristianos (y comunidades) son gente buena. Si están bautizadas en Cristo, «todos aquellos justificados por la fe a través del bautismo están incorporados en Cristo. Por

---

<sup>17</sup> Avery Dulles, S.J., *Doctrines do Grow*, *Op. cit.*

lo tanto tienen derecho a ser honrados con el título de cristianos»<sup>18</sup>, y deben ser tratados en «igualdad» aquellos cuyo único defecto es que no se han juntado en la «unidad visible» de la Iglesia, a menudo a causa de razones históricas o políticas. La Iglesia debe hacer por lo tanto todos los esfuerzos por atraerlos dentro de esa unidad a fin de que podamos progresar todos dichosamente hacia ese tiempo en que «toda la raza humana pueda ser introducida en la unidad de la familia de Dios». Esto significa que las divergencias doctrinales han de ser suprimidas —«extirpando todo motivo de división»— y que todo lo que se requiere es «sinceridad» y «buena voluntad». Puesto que incluso los ateos «tienen acceso a la comunidad de salvación», claramente se sigue que, como enseñan los documentos, «el hombre ha de guiarse por su propio juicio y ha de disfrutar de libertad» en sus decisiones religiosas. No ha de emplearse ninguna «coerción» en el trato con el hombre (entendiéndose «coerción física», pero nada se dice de las demás formas de coerción que son completamente familiares al mundo moderno); y toda secta religiosa es libre de propagar sus propios puntos de vista. Incluso aquellas naciones que son totalmente católicas han de invitar a protestantes y comunistas y darles el derecho —tanto civil como legal— de propagar libremente sus enseñanzas anticatólicas<sup>19</sup>. Verdaderamente, como el Documento afirma, si «Él mismo (Cristo), advirtiéndole que se había sembrado cizaña juntamente con el trigo, mandó que se les dejara crecer a ambos hasta el tiempo de la siega, que tendrá lugar al fin del mundo». Así pues, a la «cizaña», o a la herejía a la cual simboliza, ha de serle permitido crecer —sin oposición y sin desraizarla por parte de los fieles cristianos. Finalmente, no contentos con haber concedido todo esto, se instruye a los fieles en que deben comprometerse en *una communicatio in sacris* activa —es decir, que deben unirse en un culto común con los hereéticos. Ahora bien, ¿cómo puede una organización que cree que fue fundada por Cristo, que cree que sus ritos son de origen divino y que cree que su existencia misma está vinculada a su función de conservación de este depósito, animar a sus miembros a unirse a unas formas de culto que son de origen puramente humano? La *communicatio in sacris* activa ha es-

---

<sup>18</sup> Los pasajes entre comillas están tomados de los documentos.

<sup>19</sup> «Los fieles cristianos, al igual que los demás hombres, deben disfrutar en el ámbito del estado, del derecho a no ser impedidos, por ningún medio, de llevar sus vidas de acuerdo con sus conciencias. Está enteramente de acuerdo con la Libertad de la Iglesia y con la libertad de religión el que todos los hombres y todas las comunidades tengan este derecho, conferido como un derecho civil y legal.»

tado siempre prohibida para los católicos. El canon de la Ley la prohíbe como pecado mortal (canon 1258). Está, además, prohibida por S. Pablo:

«No llevéis el yugo en compañía de los infieles. Pues ¿qué compañía tiene la justicia con la injusticia? O ¿qué comunión la luz con las tinieblas? Y ¿qué concordia hay entre Cristo y Belial? O ¿qué parte tiene el creyente con el infiel?»

2 Corintios VI, 14

Sobre todo, la *communicatio in sacris* activa por parte de un católico le compromete en una ADORACIÓN FALSA y como tal se considera teológicamente que va contra el primer Mandamiento. Y si admitimos el principio de que los derechos de la Verdad han de ser sacrificados en aras de algún bien menor —como el de «las exigencias de la caridad nos fuerzan fuera de los límites de la ortodoxia» de Pablo VI— entonces hemos de dejarlo todo al «juicio privado» del individuo. El divorcio, al aborto, la administración de la muerte por conveniencia social, el genocidio y todos los horrores del mundo moderno se seguirán rápidamente.

En cuanto a que la Iglesia trate a aquellos que discrepan teológicamente con ella en un «nivel de igualdad», como enseña el Vaticano II, ¿cómo pueden aquellos que hablan con las palabras de S. Agustín, de Sto. Tomás de Aquino y de Casiano tratar en un «nivel de igualdad» con deterministas económicos, con comunistas y ateos de toda condición? Ni tampoco puede la jerarquía ser verdadera jerarquía de la Iglesia si permite que la herejía se extienda en lugares donde está en situación de impedirlo. «No oponerse al error es aprobarlo y no defender la verdad es suprimirla». La idea de que «la libertad de conciencia y de culto es el derecho propio de cada hombre, y debe ser proclamada y afirmada por la ley en todas las sociedades correctamente establecidas...» fue específicamente condenada por el Papa Pío en su *Quanta Cura*, y el Papa Gregorio XVI se refirió a ella como «demencia». La Iglesia está sujeta por su naturaleza misma a sostener y fomentar a todo estado que abraza abiertamente la fe católica. Puede por ella misma, o por los gobiernos que aprueba, tolerar o permitir que el error coexista, pero nunca de tal modo que de la impresión de que existe algo semejante a un derecho dado por Dios para cometer el pecado o para abrazar lo que es falso. Debe mostrarse claramente como detentando y enseñando la «plenitud de la fe» que Cristo le confió, y utilizar todos los esfuerzos razonables no solamente para



convencer a otros de la corrección de su posición, sino tomar también las medidas adecuadas para impedir que otros corrompan sus doctrinas y confundan a los fieles. Cuando la jerarquía deja de hacer esto, deja de hacer prueba de caridad tanto hacia quienes están dentro de su seno como hacia aquellos que están fuera. Y si esto es verdad para la Iglesia, es igualmente verdad para la familia. Y si la nueva Iglesia concede a las demás «Iglesias hermanas» y a cualquier «comunidad eclesial» un status igual al suyo, ¿cómo puede entonces pretender el derecho, no ya la obligación, de efectuar conversiones? La Iglesia solo puede hacer esto porque cree que ella es la única Iglesia verdadera, y el medio establecido por Nuestro Señor para la salvación de los hombres. Al igual que solamente hay un único Salvador verdadero, hay solamente una única Iglesia verdadera, fuera de la cual no hay salvación<sup>20</sup>.

Vinculados a estas falsas ideas sobre el ecumenismo hay varias «muletillas» que recurren con considerable frecuencia a lo largo de los documentos del concilio, y que se encuentran posteriormente en los dichos del clero posconciliar. Frases tales como «libertad de conciencia», «libertad» a secas y «la dignidad de la persona humana», tiene a su alrededor un aura casi «supersticiosa» para el modernista y el liberal. Debería estar completamente claro para un católico que la dignidad de una persona no consiste en modo alguno en su libertad. Puesto que la libertad es un medio, la libertad es buena en la medida en que está regulada por lo que es bueno y verdadero. Por esto es por lo que ha dicho Nuestro Señor, «*la Verdad os hará libres*», y no «la libertad os llevará a la Verdad». En la medida en que una persona utiliza mal su intelecto, o extravía su voluntad, pierde su dignidad (y actúa de una manera indigna). Nuestra dignidad deriva del hecho de que nosotros estamos hechos «a Su imagen», pero para ser dignos debemos conformarnos a esta imagen. Si dejamos de hacerlo así, incluso si no somos culpables (como ocurre en el demente), nunca podremos ser dignos. Finalmente, no debe olvidarse que la mayor parte de la gente que utiliza la frase «libertad de conciencia» lo que realmente quieren decir es «libertad para no tener concien-

---

<sup>20</sup> Esto no ha de ser interpretado como lo fue por el padre Leonard Feeny quien entre otras cosas negaba la posibilidad de la ignorancia invencible tanto como el Bautismo de Sangre y de Deseo, y que incidentemente tuvo levantada su «excomunió» por Pablo VI aunque nunca se retractó de su actitud errónea y herética. El problema de la salvación «fuera» de la Iglesia es demasiado complejo para un tratamiento breve, pero para citar al Arzobispo Lefebvre, «uno puede salvarse dentro del protestantismo... dentro de cualquier religión no importa cual, ¡pero uno no puede ser salvado por esa religión! La diferencia es enorme. Uno no puede ser salvado por el error». (*A Bishop Speaks*, Scottish *Una Voce*, Edimburgo, Escocia).

cia». (¿Qué «libertad de conciencia» es la que condujo al martirio de los católicos ingleses, o a la ruptura de Lutero de su voto de celibato —un voto que hizo a Dios y no a la Iglesia?). Si verdaderamente hemos de ser «libres» y «dignos», debemos tener una sola voluntad e intelecto y ser guiados por lo que es «bueno» y «verdadero». Y por esto es por lo que la Iglesia debe ser intransigente e indiscutible al instruirnos y guiarnos. También por esto es por lo que la Iglesia misma no puede apartarse de las enseñanzas tradicionales transmitidas desde los apóstoles, puesto que ella debe ser guiada a su vez por lo que es «bueno» y «verdadero», lo cual es Cristo mismo. Si se entendiera que el hombre debe «utilizar efectivamente su propio juicio» en cuestiones religiosas, entonces uno debe preguntar, «¿Por qué Cristo descendió del cielo y murió en la Cruz? ¿Por qué fundó Cristo una Iglesia «visible» y la instruyó para que conservara Su enseñanza? ¿Por qué fue establecida una sucesión apostólica? ¿Puede haber una desviación mayor de la enseñanza tradicional de la Iglesia que esta proclamación abierta del «juicio privado» como una fuente de la verdad? Todavía, a pesar de esto, hemos de oír las palabras tranquilizadoras de la Iglesia conciliar: «Nada *de fide* ha sido cambiado». Por el contrario ¡nada *de fide* ha quedado! Para la nueva Iglesia, proclamar que el hombre ha de «usar su propio juicio» en cuestiones religiosas, es afirmar que el hombre no tiene ninguna obligación de escuchar a Dios ni a su Iglesia. Tan pronto como la Iglesia posconciliar da su asentimiento a los «derechos» del «juicio privado» en cuestiones religiosas, debe aceptar, e incluso inclinarse, ante aquellos que desafían su autoridad en tales terrenos, o de otro modo debe devenir una Iglesia «abierta» que permita una pluralidad de opiniones teológicas mutuamente exclusivas dentro de sus filas. Ninguna de estas alternativas es aceptable para la Iglesia fundada por Cristo.

Por supuesto, es imposible para nosotros considerar todas las implicaciones que se siguen de las ambigüedades, si no de los errores manifiestos, que se encuentran en el Vaticano II. Sin embargo, no podemos dejar sin comentario una de sus tesis fundamentales —a saber, la idea de que el hombre ha *evolucionado y progresado grandemente* desde la era primitiva de los apóstoles. «El intelecto humano está ampliando también su dominio sobre el tiempo; sobre el pasado por medio del conocimiento histórico; sobre el futuro por el arte de proyectar y planificar. Los adelantos en biología, sicología y ciencias naturales... traen al hombre la esperanza del autoconocimiento perfeccionado... Gracias a la experiencia de las edades pasadas, al progreso de las ciencias y a los tesoros ocultos en las diferentes formas de la cultura humana,

la naturaleza del hombre mismo se ha revelado más claramente y se han abierto nuevas sendas hacia la verdad». Y siendo así todo esto, se instruye a los fieles a:

«compaginar los conocimientos de las nuevas ciencias y sus doctrinas y de los más recientes descubrimientos con la moral cristiana y con la enseñanza de la doctrina cristiana, para que la cultura religiosa y la rectitud de espíritu vayan en ellos al mismo paso que el conocimiento de las ciencias y de los diarios progresos de la técnica...» (*La Iglesia en el mundo moderno*, 62).

Ciertamente, incluso el liberal más rabioso encontraría difícil creer que tal afirmación haya emanado de esa comunidad eclesial que pretende ser la Iglesia Católica Romana. Dios mío, ¿cómo puede la Iglesia esperar guiar alguna vez al mundo, si ha de mezclar su moralidad y su doctrina con las teorías científicas de última hora —sí, hemos dicho «teorías»?

Es esta idea de «progreso» la que subyace en la compulsión de los modernistas a «adaptar» la fe al mundo moderno —o como Pablo VI lo expresa con respecto a la liturgia, «en su adaptarse... a la mentalidad contemporánea». Como ha dicho Pío XII hace solo veinticinco años, son «estas falsas nociones evolucionistas con su negación de todo cuanto está fijado o es constante en la experiencia humana, las que han preparado el camino a una nueva filosofía del error». El argumento discurre sobre estas líneas: el hombre contemporáneo es el resultado de un largo y progresivo desarrollo y es mucho más inteligente que sus predecesores. Sus conocimientos de la verdad son por lo tanto más profundos y de un valor más grande que los de los hombres que vivieron hace dos mil años. La Iglesia debe aceptar estos nuevos conocimientos y adaptar a los mismos sus concepciones más antiguas. La evolución y el progreso son las fuerzas fundamentales de la naturaleza y de la existencia. Por lo tanto, la verdad y la Iglesia deben evolucionar junto con el hombre y el mundo. Como señala Avery Dulles, S.J., «Las formulaciones doctrinales tradicionales fueron forjadas a la luz de una visión general del mundo que ahora ha devenido anticuada; una fidelidad incondicional a una sola visión del universo, tal como la fe cristiana parece requerir, impresiona a la mente moderna como fanática y “poco científica”... La pretensión de que alguna fuente privilegiada... contiene la totalidad de la verdad salvadora es igualmente disgustosa... La aserción de que una revelación divina ya estaba completa en el primer siglo de nuestra era, parece completamente antitética con el concepto

moderno de progreso»<sup>21</sup>. Así pues, si el hombre moderno ha cambiado la Iglesia, debe cambiar o morir.

¿Qué es después de todo un «modernista», sino uno que querría «modernizar» la Iglesia, haciéndola «entrar en el siglo XX» y haciéndola reconocer y admitir «los modelos normativos del pensamiento contemporáneo»? No está interesado en que la Iglesia utilice los teléfonos y todos los demás artilugios del mundo actual, sino en modernizar su pensamiento y su enseñanza. Querría hacer desaparecer del carácter de la Iglesia todo «absolutismo» y todo «rigorismo medieval», y hacerla «aceptable y amable para el hombre moderno. Ahora bien, ¿qué es el «hombre moderno» y cuáles son sus «modelos normativos de pensamiento»? Si puede ser caracterizado de alguna manera, el hombre moderno es un individuo que no cree en ninguna verdad absoluta y que sostiene que él mismo es la fuente y el criterio de todos los juicios de valor. Sostiene que todas las verdades son relativas y que la opinión de un hombre es tan buena como la de otro. Cree que es en este mundo donde el hombre encuentra su significado y su propósito; que la moralidad se hace necesaria para lo que él llama el «contrato social»; y que la virtud es solo «egoísmo ilustrado». El hombre, en tanto que hombre, es el centro de su universo y la actividad más altruista que puede entender es «servir a la humanidad». El católico modernista (si es que tal frase tiene algún sentido) es un hombre que ha perdido *la* fe, un hombre que no cree en una Revelación divina proveniente de arriba, ni en un «depósito de la fe», ni en una Iglesia cuya función es conservar este depósito. Como lo señala George Santayana: «el modernismo... es el amor de toda la cristiandad en aquellos que perciben que todo es una fábula. Es el apego histórico a su Iglesia por parte de un católico que ha descubierto que es un pagano... Es la última de esas concesiones al espíritu del mundo que siempre han hecho los profetas medio fieles y de doble intención; pero es una concesión mortal. Lo concede todo; pues concede que todo en la cristiandad, según lo sostienen los cristianos, es una ilusión»<sup>22</sup>.

Ahora bien, de hecho, estos conceptos de «progreso» y de «evolución» son los pseudodogmas y pseudomitos más perniciosos que el mundo ha producido nunca. Esto no es afirmar que no existen, pero su existencia es parcial y de una aplicabilidad en-

---

<sup>21</sup> *Doctrines do Grow, op. cit.*

<sup>22</sup> Santayana, por supuesto, no era católico. Según su biógrafo, Daniel Cory (*Santayana: The Later Years*), estaba sumamente atraído por el ritual católico, pero sentía que ¡el catolicismo como tal era justamente «demasiado bueno para ser verdad»!

teramente limitada, y nunca sin su contrapartida de degradación y de degeneración. La Verdad, siendo atemporal e inmutable, está claramente inmune de tales «fuerzas» de cambio. Sin embargo, lo que es radicalmente falso es suponer que nuestros antepasados eran intelectual, espiritual o moralmente nuestros inferiores. Proponer esto es la más infantil de las ilusiones, pues la flaqueza humana puede alterar su estilo en el curso de la historia pero no su naturaleza. Basado sobre estos falsos conceptos, el hombre sueña con construir un mundo tan perfecto que nadie necesitará ser bueno, y cree que todos los problemas que le afectan serán erradicados en algún tiempo futuro. (Es el «debemos construir el mejor mundo para nuestros hijos»). Estos conceptos son de hecho «el opio de los pueblos», pues mantienen una falsa esperanza para el hombre moderno —una colectividad desesperada, privada del significado de la vida. Son la antítesis de todo cuanto es tradicional. No hay que sorprenderse entonces de que la Iglesia se haya opuesto a ellos vigorosamente.

«La doctrina de la fe que Dios ha revelado no ha sido propuesta a las inteligencias humanas para ser perfeccionada por ellas como si fuera un sistema filosófico, sino como un depósito divino confiado a la Esposa de Cristo para ser fielmente guardado e infaliblemente interpretado».

Sin embargo, es sobre la base de estas falsas ideas de «progreso» y de «evolución», de la necesidad de «apuntalar» a la cristiandad adaptándola a los modos de pensamiento contemporáneo, como la llamada «alianza nórdica» introdujo una multitud de enseñanzas cuestionables en las enseñanzas aparentemente «oficiales» de la Iglesia<sup>23</sup>. Todas ellas están entre aquellas de las que habla Pío XI en su Encíclica *Mortalium Animos* («Sobre la muerte de las almas»):

«Estas infortunadas almas que están infectadas con estos errores creen que la verdad dogmática no es absoluta, sino relativa, y que es capaz de adaptar-

---

<sup>23</sup> El Arzobispo Lefebvre enumera algunas de estas tesis: «Desde que se inició el concilio, de una manera más o menos general, ha sacudido la certeza de muchas verdades enseñadas por el Magisterio auténtico de la Iglesia, y que pertenecen definitivamente al tesoro de su Tradición... (la) cuestión de la jurisdicción de los obispos, la de las dos fuentes de la Revelación, la de la inspiración de las Escrituras, la de la necesidad de la gracia para la justificación, la de la necesidad del bautismo católico, la de la vida de la gracia entre los herejes, la de los cismáticos y paganos, la de los fines del matrimonio, la de la libertad religiosa, la de los fines últimos, etc...» (*J'accuse le Concile*).

se a las variables exigencias del tiempo, del lugar y de las múltiples necesidades de las diferentes almas; que no depende de una Revelación inmutable, sino que debería por su naturaleza acomodarse a la vida del hombre.»

Sin embargo, fueron condenadas con anterioridad y permanecen condenadas hoy por la Iglesia tradicional:

«Uno debe condenar... todo cuanto parezca estar animado por el insano espíritu de la novedad; todo cuanto haga irrisión de la piedad de los fieles o sugiera nuevas orientaciones para la vida cristiana; todo cuanto sugiera nuevas directrices a seguir por la Iglesia o nuevas esperanzas o aspiraciones que sean más provechosas para las almas de los católicos de los días modernos; todo cuanto implique una nueva vocación social para el sacerdocio o para la civilización cristiana; de hecho (uno debe condenar) todas las ideas que recuerden remotamente estos conceptos.»

Pío XII *Pleni l'Animo*.

«Si alguien dijera que, debido al progreso científico, puede ser posible alguna vez interpretar los dogmas de la Iglesia en un sentido diferente del que la Iglesia comprendió y comprende ¡que sea anatema!»

Vaticano I.

No es la Iglesia la que ha devenido «irrelevante», ni la que está por lo tanto en necesidad de «adaptarse» al hombre moderno, sino que es el «hombre moderno», una colectividad que busca por encima de todo evitar «la única cosa necesaria», el que está en necesidad de adaptarse a la religión<sup>24</sup>. Como ha dicho S Pío X en su en-

---

<sup>24</sup> Debería ser obvio que la Iglesia tradicional no está contra el «progreso», si con este término nos referimos a los adelantos de la ciencia moderna. El diseño de «ratoneras mejores» es claramente ventajoso para la sociedad a condición, por supuesto, de que la justicia no sea violada, y que los verdaderos fines del hombre no sean subvertidos. Como ha dicho el Papa S. Pío X en su Encíclica *E Supremi Apostolatus*, «No es progreso, sino conocimiento ignorante el que extingue la fe». A lo que la Iglesia se opone diametralmente es a la «mística del progreso» que ve en este concepto una fuerza «dinámica» aplicable en los dominios natural y sobrenatural de toda la realidad. Es esta «mística» la que se refleja en el vago panteísmo que penetra la religiosidad moderna y que está en la base del sueño de la Iglesia posconciliar —«que todos sean uno». La idea de que el mundo en el cual vivimos hoy

cíclica *E Supremi Apostolatus*, «¿Quién puede dejar de ver que en el presente la sociedad está sufriendo más que en ninguna época pasada de una terrible y radical enfermedad que, desarrollándose cada día y carcomiendo su ser mismo, la está arrastrando a su destrucción? Comprended Venerables Hermanos, esta enfermedad es la apostasía de Dios... Debemos utilizar todos los medios y aplicar todos los esfuerzos para provocar la total desaparición de esa enorme y detestable iniquidad tan característica de nuestro tiempo —la sustitución de Dios por el hombre». El argumento modernista es, por el contrario, el exacto opuesto de este, pues sostiene que el Padre del «hijo pródigo» debe ir y comer bazofia con la progenie rebelde. Lo que ha resultado del Vaticano II no es un «rejuvenecimiento de la Fe», sino un «pisto teológico». Ha sido creada una nueva Iglesia —para utilizar las palabras del Cardenal Benelli, «una nueva eclesiología»<sup>25</sup> —la autodenominada «Iglesia Posconciliar», una Iglesia que, como ha dicho Pablo VI:

«Busca adaptarse a las lenguas, a las costumbres y a las inclinaciones de los hombres de nuestros tiempos, hombres completamente absorbidos en la rapidez de la evolución material y en las necesidades similares de sus circunstancias individuales. Esta “apertura” es de la esencia misma de la (nueva) Iglesia... LAS RESTRICCIONES DE LA ORTODOXIA NO COINCIDEN CON LA CARIDAD PASTORAL».

---

es de alguna manera «cristiano» es absurda, y cualquier tentativa por adaptar nuestra religión a este mundo es inevitablemente una traición a Cristo. (Inclusive los historiadores y sociólogos se refieren a él como el mundo «posconciliar»). La *Civitas Dei* y el progreso mundano según lo considera el hombre moderno no pueden converger y aquellos que se esfuerzan en acomodar el mensaje religioso a las ilusiones y agitaciones profanas están entre aquellos que Cristo calificó como «dispersadores». Aquellos que esperan un milenio en el cual todos los hombres de bien estarán unidos en una «nueva humanidad» harían mejor en recordar las profecías Escriturarias del Anticristo. Los fieles serán, al final de los tiempos, un «remanente». Roguemos a Dios, a fin de que podamos estar entre ese pequeño «remanente».

<sup>25</sup> Considérese el siguiente párrafo tomado de un artículo de *Christian Order*, Octubre de 1978: «Al final, el Dr. Saventham preguntó al prelado (ahora Cardenal Benelli) si no podría ser permitida la liturgia tradicional al lado de la nueva. La respuesta fue turbadora: “¡Señor, todas estas reformas van en la misma dirección, mientras que la vieja Misa representa una eclesiología diferente!”. El Dr. Saventham dijo: “¡Monseñor, lo que usted ha dicho es una atrocidad!” Benelli: “¡Lo diré otra vez: aquellos que desean tener la vieja Misa tienen una eclesiología diferente!”».

Una nueva Iglesia, una iglesia con «una eclesiología diferente», una Iglesia que cumple los sueños del francmasón Eliphas Levi. Consideremos la forma de este sueño de Levi-atán como Eliphas Levi lo expuso en el año 1862:

«Vendrá un día en que el Papa, inspirado por el Espíritu Santo, declarará levantadas todas las excomuniones y retractados todos los anatemas, en que todos los cristianos estarán unidos dentro de la Iglesia, en que los judíos y los musulimes serán benditos e invitados a ella. Conservando la unidad e inviolabilidad de sus dogmas, la Iglesia permitirá que todas las sectas se acerquen a ella por grados, y abrazará a todos los hombres en la comunión de su amor y sus oraciones. Entonces no existirán ya los protestantes. ¿Contra qué iban a protestar? El Soberano Pontífice será entonces el rey del mundo religioso, y hará cualquier cosa que quiera con todas las naciones de la tierra. Es necesario extender este espíritu de caridad universal...»

Tampoco debería pensarse que esta es la primera vez que ha ocurrido una tal apostasía generalizada. Considérese la siguiente cita tomada del libro de los Macabeos:

«En aquellos días surgieron de Israel hombres inicuos, que persuadieron a muchos, diciendo, vayamos y hagamos un pacto con los idólatras que nos rodean: puesto que desde que nos hemos apartado de ellos, hemos tenido mucha aflicción. Entonces algunas gentes de entre ellos se adelantaron y fueron al Rey quien les dio licencia para hacer según las ordenanzas de los idólatras... (y ellos) se hicieron a sí mismos incircuncisos, y abandonaron la santa alianza, y se juntaron con los idólatras...»

Verdaderamente, como dijo el Cardenal S. Juan Fisher antes de su martirio, «El fuerte es traicionado inclusive por aquellos que deberían haberle defendido»<sup>26</sup>.

---

<sup>26</sup> Decir que ha sido creada una «nueva Iglesia» no quiere decir que la verdadera Iglesia Católica, la «Iglesia de Todos los Tiempos», no continúe existiendo —esa Iglesia contra la cual no prevalecerán las Puertas del Infierno. Con respecto a esa promesa considérense las palabras de León XIII: «Todo el mundo sabe que esta promesa divina debe ser comprendida como aplicándose a la Iglesia Universal (es decir, la Iglesia de Todos los Tiempos, es la Iglesia que es tan Universal en el “tiempo” como en el “espacio” —Ed.) y no a ninguna parte de la Iglesia tomada por separado, pues los seg-





## PARTE V

## EL «NOVUS ORDO MISSAE»

Quedaba un solo problema final. Los reformadores temían que «nada saldría del concilio». Aunque se las habían ingeniado para insertar en los documentos «oficiales» del concilio sus falsas ideas, sabían que esto solo era insuficiente. Después de todo, ¿cuántos católicos habían leído alguna vez los cánones del concilio de Trento? (y ¿qué necesidad había cuando se podía confiar en el clero?) ¿Cuántos se enredarían en la lectura de las tediosas y ambiguas afirmaciones del nuevo concilio? Los cambios tendrían lugar demasiado lentamente para los impacientes innovadores. La gran mayoría de los fieles nunca había pedido un concilio (la curia también se había opuesto a él), y estaban perfectamente contentos con el modo en que la Iglesia había sido siempre. Incluso Juan XXIII la había reconocido y alabado como estando «vibrante de vitalidad». Para la mayoría de la gente las cosas habrían seguido como antes. Así pues, era absolutamente necesario introducir en la entraña de la vida cotidiana del cristiano todas estas nuevas ideas, la «nueva economía del Evangelio». Entonces, ¿cómo lograr esto? La respuesta era obvia: había que «reformar» la Liturgia.

Era de lógica rigurosa —en verdad tenían que hacerlo ciertamente— que atacaran a la liturgia directamente. Lo que es extraordinario es el grado hasta el cual esto fue y había sido predicho. El Papa León XIII había afirmado en su *Apostolicae Curiae* que los modernistas y reformadores (que entonces se denominaban de otro modo), «conocían muy bien el lazo íntimo que une la fe y el culto, la *lex credendi* y la *lex orandi*: y así, bajo el pretexto de restaurar el orden de la liturgia en su forma primitiva, la corrompieron en muchos respectos hasta ponerla de acuerdo con los errores de los innovadores». El Abad Guéranger describía el resultado de esto hace alrededor de cien años en un artículo titulado «La herejía antilitúrgica». También ha sido predicho que la verdadera Misa nos sería arrebatada. Oigamos las palabras de S. Alfonso de María de Liguori, doctor de la Iglesia:

«El diablo ha intentado siempre, por medio de los heréticos, privar al mundo de la Misa, haciendo así de ellos los precursores del Anticristo, quien, antes de cualquier otra cosa, intentará abolir y abolirá efectivamente el Santo Sacramento del altar, como un castigo por los pecados de los hombres, según

la predicción de Daniel “y le ha sido dada fuerza contra el sacrificio perpetuo” (*Daniel VIII*, 12).»

Qué hemos de pensar, entonces, cuando encontramos a Pablo VI agradeciendo a los seis «observadores» protestantes su ayuda en la creación del *Novus Ordo Missae* —agradeciendo su asistencia en la «reedición», de una manera nueva, de los textos litúrgicos establecidos y probados por el uso inmemorial, o en el establecimiento de fórmulas que son completamente nuevas... impartiendo (así) un mayor valor teológico a los textos litúrgicos a fin de que la *lex orandi* se conforme mejor con la *lex credendi* (*L'Osservatore Romano*, 11 de Mayo de 1970)<sup>1</sup>. Prescindiendo totalmente de admitir el escándalo de la intromisión no católica en la creación de este nuevo «rito», esta afirmación implica que ¡o los textos litúrgicos anteriores a 1969 no poseían el grado de valor litúrgico que era deseable, o que la *lex credendi* había cambiado! Si nosotros tuviéramos alguna duda sobre cuál de estas alternativas escoger, los protestantes la han resuelto por nosotros. El consistorio superior de la Iglesia de Augsburgo, Confesión de Alsacia y Lorena (luterana evangélica), ha reconocido públicamente que los luteranos podían tomar parte en la «celebración eucarística católica», porque les permite «usar estas nuevas plegarias eucarísticas con las cuales se sienten en casa». ¿Y por qué se sienten en casa con ellas? Porque tienen «la ventaja de dar una interpretación diferente a la teología del sacrificio de aquella que estaban acostumbrados a atribuir al catolicismo». Otro teólogo protestante, el doctor Jaroslav Pelikan, ha afirmado que la «Constitución sobre la liturgia», del Vaticano II, «no solo no tiene miramientos con las formalidades del culto litúrgico, sino que pretende formar y reformar la vida misma de la Iglesia». Afirma, además, que esta Constitución representa, por parte de la Iglesia Posconciliar, «la aceptación, por tardía que sea, del programa litúrgico establecido por los Reformadores». ¿Y con qué propósito fue establecido este «programa»? Lo fue con el propósito de destruir la Misa y, al hacerlo así, de destruir la Iglesia. «Tolle Missam, tolle ecclesiam». El Dr. M. G. Siegvall, profesor de teología dogmática en la facultad protestante de Estrasburgo, ha testificado que «nada en la Misa renovada debe turbar realmente al protestante evangélico».

---

<sup>1</sup> *Lex credendi*, literalmente la ley de la creencia; *lex orandi*, la ley de la oración.

Antes de considerar en detalle el *Novus Ordo Missae*, es necesario que el lector tenga alguna idea de la posición «central» que la Misa tradicional ha tenido siempre en la Iglesia Católica tradicional. Como ha dicho S. Alfonso de María de Liguori:

«La Misa es la cosa más hermosa y mejor en la Iglesia. En la Misa, Jesucristo se da a Sí mismo a nosotros por medio del Santísimo Sacramento del altar, que es el fin y el propósito de todos los demás sacramentos.»

«La celebración de la Misa», dice Gíhr, «es el servicio divino más meritorio y más perfecto, pues procura al Altísimo una adoración y una veneración que millones de palabras serían incapaces de ofrecer-Le... Es un Sacrificio único (y) aventaja infinitamente en valor y dignidad, en poder y eficacia, a todas las innumerables plegarias de la Iglesia y de los fieles... Tan a menudo como se celebra este sacrificio conmemorativo, se cumple la obra de la redención... Es el alma y el corazón de la liturgia de la Iglesia; es el cáliz místico que presenta a nuestros labios el dulce fruto de la pasión del Dios-Hombre —es decir, la gracia». El Papa Urbano VIII ha dicho a su respecto:

«Si hay alguna cosa divina entre las posesiones de los hombres, que los moradores del Cielo podrían codiciar (si la codicia fuera posible para ellos), sería ciertamente el Santísimo Sacrificio de la Misa, cuya bendición es tal que en ella el hombre posee una cierta anticipación del Cielo mientras está todavía sobre la tierra, e incluso tiene ante sus ojos y toma en sus manos al Hacedor mismo del Cielo y de la tierra. Cuán grandemente deben esforzarse los mortales a fin de que este privilegio sobrecogedor sea guardado con el culto y la reverencia debidos, y cuánto cuidado deben tener a fin de que su negligencia no ofenda a los ojos de los ángeles, que vigilan con adoración envidiosa.»

*Si Quid Est*

La Misa es no solo el acto más sagrado y central del culto en la Iglesia, y, como ha dicho Faber, «la cosa más hermosa de este lado de acá del cielo», sino que es también, como ha dicho Pío XI, «el órgano más importante del magisterio ordinario de la Iglesia». Habiendo sido establecida en su mayor parte por Cristo y los apóstoles, «es un *locus* teológico de primera importancia en el conocimiento de la Tradición

viva de la Iglesia» (padre Henry, O.P.). Así pues, si la Revelación cristiana viene a nosotros en la Escritura y en la Tradición, entonces la Misa es ese Órgano que es el vehículo más importante para la transmisión de la Tradición. A través de ella aprendemos cómo enseñaban y actuaban los apóstoles.

«El ejemplo de Cristo fue la norma para los apóstoles en la celebración del Sacrificio. Ellos hacían, primero, solo aquello que Cristo había hecho antes. De acuerdo con Sus instrucciones y bajo la inspiración del Espíritu Santo, observaban adicionalmente otras cosas, a saber, según las circunstancias agregaban plegarias y observancias varias, a fin de celebrar los Santos Misterios tan digna y tan edificantemente como es posible. Así, aquellas partes constituyentes del rito sacrificial que se encuentran en todas las liturgias antiguas, tienen incontestablemente su origen en los tiempos y en la tradición apostólica: las características esenciales y fundamentales del rito sacrificial, introducidas y ampliadas por los apóstoles, fueron conservadas con fidelidad y reverencia en las bendiciones místicas, en el uso de las velas, del incienso, de las vestiduras y de muchas cosas de esta naturaleza que (la Iglesia) emplea por prescripción y tradición apostólica...»<sup>2</sup>

Ahora bien, no hay ninguna duda de que a lo largo de las edades se agregaron plegarias y prácticas al fundamento apostólico, pero el núcleo central o «Canon» (que significa «regla») ha sido fijo a través de la Historia. Como ha afirmado Sir William Palmer, un historiador no católico:

«No parece nada irrazonable pensar que la liturgia romana, según era usada en el tiempo de Gregorio Magno, pueda haber existido desde un periodo de la más remota antigüedad, y hay quizás razones casi tan buenas para referir su composición original a la edad apostólica...»

La investigación histórica nos ha enseñado que el Papa S. Gregorio agregó a la plegaria *Hanc Igitur* del Canon, la frase *Diesque nostros in tua pace disponas, atque ab aeterna damnatione nos eripi et in electorum tuorum jubeas grege numerari*, y que el Papa S. León (440-461) agregó la frase *Sanctum Sacrificium immaculatam*

---

<sup>2</sup> Dr. Nicholas Gihl, *The Holy Sacrifice of the Mass*, Herder, Nueva York, 1929.

*hostiam*. Aparte de estas adiciones menores (no supresiones), el Canon en uso hoy por la Iglesia tradicional es el mismo que se usaba en el tiempo del Papa S. Dámaso en los años 366-384. Es así como el Capítulo IV, sesión XII, del concilio de Trento, afirma:

«Pues (el Canon) está compuesto por las palabras mismas del Señor, por las tradiciones de los apóstoles y por las piadosas instituciones de los santos pontífices.»

Finalmente, el padre Louis Bouyer, un convertido de la secta de Lutero anteriormente al Vaticano II, y actualmente «en obediencia» hacia la nueva Iglesia Posconciliar, escribía con anterioridad al concilio:

«El Canon romano, como es hoy, se remonta hasta Gregorio Magno. No hay ni en oriente ni en occidente una plegaria Eucarística que permanezca en uso hasta este día, que pueda presumir de tal antigüedad. A los ojos no solo de los ortodoxos, sino de los anglicanos e incluso de aquellos protestantes que tienen todavía en alguna medida un sentimiento por la tradición, ABANDONARLE SERÍA UNA REPUDIACIÓN DE TODA PRETENSIÓN POR PARTE DE LA IGLESIA ROMANA A REPRESENTAR A LA VERDADERA IGLESIA CATÓLICA.»

Las evidencias históricas anteriores a S. Dámaso son dispersas. Después de todo, anteriormente al reinado de Constantino (que murió en el 337) la Iglesia estuvo bajo permanente persecución. Cualquier pretensión de «retorno a la práctica primitiva» distinta de la que contiene «in toto» este Canon es patentemente falsa. ¿Pero qué hay respecto de las adiciones al Canon —es decir, de las plegarias usadas antes y después de él? Las hay también de origen antiguo.

Considérense, por ejemplo, la lectura de la Escritura. El primer Evangelio fue escrito, dentro de lo que alcanza nuestro conocimiento, ocho años después de la Crucifixión, y el Apocalipsis muchos años después. Sabemos que era costumbre leer de la Escritura y de otros escritos sagrados (tales como el *Pastor* de Hermas) antes del Canon, porque S. Procopio, que fue martirizado en el año 303, tenía la función de traducir estas lecturas a la lengua vernácula. La Escritura fue «canonizada» en el año 317, y las lecturas escriturarias usadas hoy en la Misa de la Iglesia tradicional, fue-

ron fijadas por S. Dámaso I en el siglo IV. En el siglo V, S. Celestino I introdujo el *Introito* y el *Gradual* —¿y estos, qué son? Son lecturas escogidas de los salmos propias de la estación y de la fiesta. En el siglo VI, S. Gregorio agregó el *Kyrie Eleison* aunque es menester señalar que de hecho la frase es bíblica y su uso se remonta hasta el tiempo de Cristo —«Señor, ten misericordia». En el siglo VII, S. Sergio «introdujo» el *Agnus Dei*. Así pues, con el paso de los siglos se hicieron varias adiciones, tanto en las plegarias litúrgicas usadas como en las costumbres. La práctica de que el sacerdote diga «*Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat...*» (El Cuerpo de nuestro Señor Jesu Cristo guarde...) cuando comulga, se dice que data del tiempo de los heréticos albigenses, que negaban la «Presencia Real». También las diferentes órdenes religiosas insertaron a menudo plegarias especiales propias de ellas. Pero a través de todo esto el Canon (que incidentemente incluye las Palabras de la Consagración) permaneció intacto. Finalmente, en la época de la Reforma, cuando la autoridad de la tradición estaba siendo cuestionada y cuando innovaciones y novedades de toda especie estaban siendo introducidas, devino necesario codificar y «fijar» para todos los tiempos la muy santa misa para protegerla de toda posible corrupción. Esto se llevó a cabo en el transcurso de varios pontificados; los estudiosos retornaron a todos los documentos originales disponibles; se eliminó cualquier error que se hubiese deslizado en ellos, y el Misal y el Breviario romanos fueron publicados por el Santo Papa Pío X en conformidad con el deseo expresado por los Padres del concilio de Trento. Esta publicación del Misal romano fue acompañada por la proclamación de la Constitución Apostólica *Quo Primum*<sup>3</sup>. A partir de entonces este Misal

---

<sup>3</sup> Una «Constitución» es definida como «una afirmación irreformable de lo que es la creencia de la Iglesia» (Louis Bouyer, *The Liturgy Revived*), y «la fuerza vinculante de las constituciones pontificales está... fuera de cuestión» (*Catholic Encyclopedia*). Seguidamente citamos de esta Constitución:

«Nos, mandamos específicamente a todos y a cada uno de los patriarcas, administradores y a todas las demás personas de cualquier dignidad eclesiástica que puedan ser, sean inclusive cardenales de la santa Iglesia romana, o poseedores de algún otro rango de preeminencia, y *Nos les ordenamos en virtud de la santa obediencia* cantar o leer la Misa según el rito y la manera y la norma con los cuales es establecida por Nos y, de aquí en adelante, interrumpir y desechar completamente todas las demás rúbricas. Al celebrar la Misa no deben osar introducir ninguna ceremonia ni recitar ninguna plegaria diferente de las contenidas en este Misal... Además, por esta presente (por esta ley), en virtud de *Nuestra autoridad apostólica*, Nos, otorgamos y concedemos *a perpetuidad* que para el canto o la lectura de esta Misa en toda iglesia, cualquiera que sea, *este Misal ha de ser seguido en adelante absolutamente, sin ningún escrúpulo de conciencia o temor de incurrir en alguna pena, juicio o censura, y que puede ser usado libre y legítimamente*. Ni los superiores, administradores, canónigos, cape-



hubo de ser usado en toda la Iglesia Romana y por todos sus miembros, aunque se hicieron excepciones en favor de algunas órdenes religiosas como los dominicos, que habían dicho esencialmente la misma Misa con ceremonias ligeramente diferentes durante por lo menos doscientos años antes de aquella época. Así, incluso hoy día, si uno tuviera el privilegio de oír una Misa dominica tradicional, reconocería algunas variaciones menores, pero le sería fácil seguirla con el misal romano patrón. Esta Constitución *Quo Primum* ha de encontrarse al frente de todo misal publicado desde al año 1570 y ha sido reeditada y replocamada por todos los papas —alrededor de cuarenta y dos en total— desde S. Pío V a Juan XXIII. Por supuesto, esto no es ya verdad en lo que concierne a la Iglesia Posconciliar, que sin haberla abrogado oficialmente (¿pero puede ser abrogada?), ha desobedecido esta ley. La nueva Iglesia no solo ha desobedecido esta Constitución Apostólica, sino que ha ordenado que todos los misales romanos en almacén sean quemados y destruidos, y ¡ha *prohibido* el uso de este Misal —la Misa tradicional— a aquellos de cuya guía ella es responsable!<sup>4</sup>.

---

llanes y demás sacerdotes seculares, o religiosos de cualquier orden o por cualesquiera títulos nombrados, están obligados a celebrar la Misa de otra manera a como ha sido prescrita por Nos. Nos, declaramos y ordenamos igualmente que nadie ha de ser forzado o coaccionado a alterar este Misal y que *este presente documento no puede ser revocado o modificado, sino que permanece por siempre válido y conservando toda su fuerza...* Por lo tanto, a nadie le está permitido alterar esta carta, o aventurarse a ir imprudentemente contra esta advertencia de Nuestra Dispensa, estatuto, ordenanza, mandato, precepto, concesión, indulto, declaración, voluntad, decreto y prohibición. Si alguien, no obstante, osara cometer un acto semejante, debe saber que incurrirá en la cólera de Dios Todopoderoso y de los Santos apóstoles Pedro y Pablo» (las cursivas son del autor).

<sup>4</sup> Para probar esta afirmación pueden ser convocadas muchas autoridades. Citando solo unas pocas, el fallecido Arzobispo Hallinan de Atlanta (EE.UU.) hizo notar que «Hemos llegado al final de una era». El Padre Gelineau, S.J., un «perito» litúrgico del concilio ha dicho del *Novus Ordo*, «Es una liturgia diferente de la Misa. Hay que decir esto sin ambigüedad: el rito romano como nosotros le conocimos ya no existe. Ha sido destruido». El Padre Henry Denis afirma: «Pretender que se ha cambiado todo es simplemente ser honesto respecto de lo que ha ocurrido». El Padre Louis Bouyer ha dicho, «Hoy no hay prácticamente ninguna liturgia digna de este nombre en la Iglesia Católica». Más recientemente ha afirmado, «La liturgia católica ha sido derrocada bajo el pretexto de hacerla más compatible con la visión contemporánea —pero en realidad para conformarla con las bufonadas que las órdenes religiosas fueron inducidas a imponer, lo quisieran o no, sobre el resto del clero». Estoy en deuda con la obra de Michael Davies *The Roman Rite Destroyed* por estas citas. El doctor Berger, un sociólogo luterano, ha dicho recientemente: «La revolución litúrgica —ningún otro término servirá— es un error... que toca a millones de católicos en el corazón mismo de su vida religiosa. Séame permitido mencionar solamente la súbita abolición, y en verdad prohibición, de la Misa latina, la

Proveyendo al lector con este material de fondo, hemos mostrado claramente que, como ha dicho el Abad Guéranger, gran erudito litúrgico:

«Es a los apóstoles a quienes se remontan las ceremonias que acompañan a la administración de los sacramentos, al establecimiento de los sacramentales, de las fiestas principales... La liturgia apostólica se encuentra enteramente fuera de la Escritura; pertenece al dominio de la Tradición...»

Y, además, hemos expuesto la mentira promulgada por el «Papa y los obispos en unión con él» cuando pretenden —como se ha hecho una y otra vez— que al forzar el *Novus Ordo Missae* dentro de las gargantas del laicado, han hecho exactamente lo que hizo S. Pío V en su *Quo Primum* en seguimiento del concilio de Trento. Para citar a Pablo VI el perpetrador de este acto:

«Comprendamos claramente las razones por las cuales este serio cambio ha sido introducido... (es) una obediencia al concilio (*La Croix*, 4 de Septiembre de 1970)... De manera en modo alguno diferente nuestro santo predecesor Pío V hizo obligatorio el Misal reformado bajo su autoridad, en seguimiento del concilio de Trento (*Custos, Quid de Nocte*).»



Es nuestra aseveración, a pesar de las apariencias de lo contrario, y una aseveración que puede ser probada fácilmente, que al *Novus Ordo Missae*, o «misa» de la Iglesia Posconciliar, es una desviación radical de la Misa tradicional de la Iglesia de Todos los Tiempos. De este nuevo «servicio» no puede decirse que «está compuesto por las palabras mismas del Señor, las tradiciones de los apóstoles y las piadosas instituciones de los santos pontífices». Es verdad que usa muchos pasajes escriturarios y frases tomadas de las palabras de Cristo o de los apóstoles, pero estos son de una naturaleza inocua, inofensivos para las Iglesias Reformadas, y son fundamentalmen-

---

transposición del sacerdote oficiante a la trasera del altar (el primer cambio minimiza simbólicamente la universalidad de la Misa, el segundo su referencia transcendente), y el asalto masivo sobre una extensa variedad de formas de piedad popular... Si un sociólogo enteramente malicioso, inclinado a injuriar a la comunidad católica tanto como sea posible, hubiera sido un asesor para la Iglesia, difícilmente podría haber hecho un trabajo mejor» (*Homiletic and Pastoral Review*, Febrero de 1979)».

te similares a los que se encuentran en los más liberales de los múltiples servicios protestantes. Justamente como sabemos quiénes escribieron las formas anglicana y luterana del culto, así sabemos también quién escribió la nueva «misa». El *Novus Ordo* no ha retornado de ningún modo a la «práctica primitiva». Es verdad que usa una «plegaria eucarística» *similar* a la de Hipólito, escrita en el siglo III —pero ha alterado significativamente esta plegaria, e Hipólito estaba en «cisma» en la época en que la escribió. El *Novus Ordo Missae* es una hábil mezcla de los servicios anglicano y luterano, y en muchos lugares los sigue palabra por palabra —esto es particularmente verdad para las frases usadas por los reformadores para negar específicamente la Presencia Real y la naturaleza sacrificial del rito. Es un estudio en *ambigüedad* que permite que su significado sea tomado de diferentes maneras. Ha desechado aproximadamente el ochenta por ciento de la Misa tradicional y ha retenido solamente aquellas partes que probablemente ofendan menos a los protestantes. «Su principal innovación», es decir, su principal desviación de la tradición, según Pablo VI, está en «la plegaria eucarística», el núcleo central o «Canon» de la Misa. Ha cambiado las Palabras de la Consagración, palabras usadas por la Iglesia desde tiempo inmemorial y fijadas por los decretos de los concilios ecuménicos, cambiando así la «forma» del sacramento. En la lengua vernácula ha traducido erróneamente estas palabras a fin de cambiar su significado (o «substancia», como dicen los teólogos), y ha arrojado así en las más seria duda su capacidad para efectuar la Transubstanciación. Las Palabras de la Consagración, incluso en la versión latina, se dicen de una manera que les permite ser comprendidas como parte de una narración histórica, lo cual hace dudosa su eficacia y enteramente dependiente de las creencias e «intención» personales del sacerdote. En la versión en lengua vernácula partes del oficio enseñan la herejía manifiesta. La definición o descripción de la Misa en el *Novus Ordo Missae* es falsa. La nueva «misa» fue substancialmente rechazada por el sínodo episcopal que constaba de alrededor de ciento sesenta teólogos cuya función era aprobarla. Como ha afirmado el Cardenal Ottaviani, «representa, tanto en su conjunto como en sus detalles, una notable desviación de la teología católica de la Misa según fue formulada en la sesión XXII del concilio de Trento», y como dijo el sínodo episcopal, «rebosa de insinuaciones o de errores manifiestos contra la pureza de la religión católica y dismantela todas las defensas del depósito de la Fe». En resumen, el *Novus Ordo Missae* es una «parodia»<sup>5</sup> intencionalmente impuesta a los fieles para

---

<sup>5</sup> Según el diccionario Webster una «parodia» es «un escrito en el cual se imita o se remeda el

privarles de la verdadera Misa sin que se den cuenta de ello. Y, sin embargo, a pesar de todo esto (que vamos a considerar en detalle), Pablo VI nos asegura:

«Que todo el mundo comprenda bien que nada ha sido cambiado en la esencia de nuestra Misa tradicional... No hay nada de esta idea, en absoluto... El nuevo rito, la Misa, es la misma de siempre. En todo caso, su identidad se ha hecho más reconocible en algunos de sus aspectos». (*Alocución*, 26 de Noviembre de 1969), y «es en el nombre de la tradición como pedimos a todos nuestros hijos e hijas, a todas las comunidades católicas, que celebren con dignidad y fervor la liturgia renovada. La adopción del nuevo *Ordo Missae* ciertamente no se ha dejado a la libre elección de los sacerdotes ni de los fieles... El nuevo *Ordo* ha sido promulgado para ocupar el lugar del antiguo...» (*Custos, Quid de Nocte*, 24 de Mayo de 1976).

Es bien sabido que los reformadores odiaban a la Misa tradicional. Oigamos las palabras de Lutero. Llamaba a la Misa una «abominación», un «culto falso y blasfemo», e instruyó a los gobernantes que estaban bajo su influencia a «atacar a los ídolatrás» y a suprimir su culto en la medida de lo posible. Negó repetidamente su verdadera naturaleza sacrificial y odiaba el «Canon abominable en el cual la Misa se hace sacrificio». Como él mismo señaló, «la Misa no es un Sacrificio... Llamadla bendición, eucaristía, la mesa del Señor, la cena del Señor, el memorial del Señor o cualquier nombre que queráis, con tal de que no la ensuciéis con el nombre de un sacrificio o de un acto». Ciertamente, llegó tan lejos como para decir «Yo afirmo que todos los burdeles, matanzas, pillajes, crímenes y adulterios son menos inicuos que esta abominación de la Misa papista». En cuanto al Canon o núcleo de la Misa, afirmó:

«Ese Canon abominable de albañales de aguas fangosas, que ha hecho de la Misa un sacrificio. La Misa no es un sacrificio. No es el acto de un sacerdote que sacrifica. Junto con el Canon, nosotros desechamos todo lo que implica una oblación.»

---

lenguaje y el estilo del autor; una imitación burlesca; una imitación floja o ridícula de una acción».

En palabras que son casi proféticas hizo notar que «cuando la Misa haya sido destruida, creo que habremos destruido al Papado. Creo que es en la Misa, como sobre una roca, donde el Papado se apoya enteramente... todo se colapsará por necesidad cuando se colapse su sacrílega y abominable Misa».

Llegando a los anglicanos estamos un poco mejor. Aunque su fraseología estaba más contenida (uno de los rasgos ingleses más finos), es enteramente evidente que negaron también la «Presencia Real». Textos corrientes durante la época de la Reforma describen al Santísimo Sacramento como «una torta vil para ser hecha Dios y hombre», y la Misa misma como «el culto del Dios hecho de harina fina». La teología anglicana negó que la Misa fuera un «sacrificio» como lo entienden los católicos, y permitieron el uso de este término solamente en tres acepciones: el sacrificio de la acción de gracias; el de la benevolencia y liberalidad hacia el pobre, y el de la mortificación de nuestros propios cuerpos. Ninguno de estos «sacrificios» requiere un altar. Como dijo Cranmer, «la forma de una mesa apartará más al simple de las opiniones supersticiosas sobre la Misa papista hacia el uso correcto de la cena del Señor. Pues el uso de un altar es hacer un sacrificio sobre él; mientras que el uso de una mesa es servir a los hombres para comer sobre ella»<sup>6</sup>. Cranmer y los reformadores negaron específicamente la doctrina de la Transubstanciación, y si el Primer Libro de la Plegaria Común fue susceptible de una interpretación católica debido al ambiguo uso del lenguaje, en el Segundo Libro de la Plegaria se hicieron cambios para excluir específicamente esta posibilidad. Si quedara alguna duda en cuanto a su actitud el lector puede remitirse a los «Treinta y nueve Artículos» a los cuales debe adherirse todo clérigo anglicano, y a los cuales «ningún hombre de aquí en adelante imprimirá o predicará suprimiendo el Artículo en modo alguno, sino que se someterá a él en su significado llano y pleno...». La lista de los artículos que son *de fide* para los anglicanos incluye uno —el número treinta y uno— que afirma que la Misa según es comprendida en el concilio de Trento es una «fábula blasfema y un fraude peligroso».

Bajo estas circunstancias, es una cosa destacable que tanto los luteranos como los anglicanos, por no decir nada de los demás «hermanos separados», no encuentren absolutamente ninguna objeción para participar en el *Novus Ordo Missae* y, en ver-

---

<sup>6</sup> Los altares fueron destruidos y reemplazados por mesas de madera a lo largo de Inglaterra. Las piedras de los altares fueron incorporadas a las escaleras de las iglesias para forzar a los fieles a cami-

dad, para usarle ellos mismos como una forma de culto alternativa. ¿Encuentran que la nueva «misa» es una «fábula blasfema» y «más inicua que todos los burdeles, matanzas, pillajes, crímenes y adulterios»? ¡La respuesta es un NO resonante! Casi puede decirse que la aman. Incluso han hecho cambios en sus propios «ritos» para acomodarse a ella. Oigamos de nuevo la afirmación del Consistorio Superior de la Iglesia de la Confesión Augsburgo de Alsacia y Lorena. Con fecha de 8 de Diciembre de 1973 los protestantes reconocen en ella públicamente su buena voluntad para tomar parte en la «celebración eucarística católica», porque esta les permite «usar estas nuevas plegarias eucarísticas con las cuales se sienten en casa». Y nuevamente, ¿por qué se sienten en casa con ellas? Porque tienen «la ventaja de dar a la teología del sacrificio una INTERPRETACIÓN DIFERENTE de la que estaban acostumbrados a atribuir al catolicismo». Quizás el Espíritu Santo les ha guiado a ver un cambio donde «Pablo VI y los obispos en unión con él» no pueden ver ninguno. Y, sin embargo, se nos ha dicho repetidamente —para citar a este mismo individuo— que «nada ha sido cambiado en nuestra Misa tradicional».

Aquellos que deseen seguir este estudio con cuidado harían bien en obtener un «Libro de Misa para el Pueblo» de los bancos de la nueva Iglesia, y en buscar un antiguo misal romano tal como el que usaban sus padres —o sus abuelos. Por nuestra parte intentaremos, no obstante, presentar los hechos de manera que no sea necesario este esfuerzo.

Se nos ha dicho que los cambios hechos son «menores». Por mínimos que puedan ser (y el lector puede juzgar su «minoría» por sí mismo), son precisamente aquellos cambios que ponen en línea el *Novus Ordo* con la «teología» luterana y anglicana. Solamente de pasada llamaré la atención sobre la supresión de frases tales como la «ruptura de los lazos del pecado y el quebranto del poder del infierno», tan ofensiva para aquellos que no pueden aceptar la doctrina del «pecado original». Lo que es particularmente ofensivo es la adición al Canon romano, en la Anáfora I<sup>7</sup> (que pre-

---

nar sobre ellas cuando entraban en la iglesia. (*The Church under Queen Elizabeth*, F. G. Lee, Thomas Baker, Londres, 1896)

<sup>7</sup> El *Novus Ordo* tiene cuatro «Cánones» o «plegarias eucarísticas» intercambiables. También son llamados «Anáforas». La primera es una parodia del Canon romano tradicional en el cual los cambios arriba mentados se han hecho para ponerle en línea con la teología de la reforma. La segunda está tomada del Canon de Hipólito aunque se han hecho alteraciones similares. Las otras dos son variaciones enteramente nuevas. Hay un extenso movimiento para introducir cien nuevos Cánones sin-

tende ser el mismo que el Canon tradicional) de la nueva Misa, de las palabras *por nosotros* en un contexto totalmente ambiguo. En la primera edición del Libro de la Plegaria de Cranmer, este prologaba las palabras de la Institución (las Palabras de la Consagración) con esta frase: «Óyenos, oh Padre misericordioso, nosotros te suplicamos; y con Tu Espíritu Santo y Tu Palabra concédenos bendecir y santificar estos dones y creación tuyos de pan y de vino para que puedan ser *para nosotros* el cuerpo y la sangre de tu amadísimo hijo, Jesucristo». ¡Esta fórmula fue atacada por la razón de que era susceptible de ser interpretada como llevando a efecto la transustanciación! A esto Cranmer replicó indignamente: «Nosotros no oramos en absoluto para que el pan y el vino devengan el cuerpo y la sangre de Cristo, sino para que en ese santo misterio devengan eso *para nosotros*; es decir, para que nosotros podamos recibir así dignamente y del mismo modo podamos ser así participantes del cuerpo y la sangre de Cristo, y de que por lo tanto *en espíritu y en verdad* seamos *espiritualmente* alimentados». Es, por supuesto, verdad que en el Canon romano tradicional se encuentra la frase *nobis* (por nosotros). El *Quam Oblationem* afirma: «Te rogamos, oh Dios, que te dignes en un todo bendecir esta ofrenda, admitirla, ratificarla y aceptarla; a fin de que se convierta para nosotros en el Cuerpo y en la Sangre...» Pero aquí el sentido es inequívoco, pues la transustanciación ha sido preparada por el magnífico *Te Igitur, Memento Domine y Hanc Igitur*. Sin embargo, en el Segundo Libro de la Plegaria Común de Cranmer, y en la Anáfora II del *Novus Ordo*, estas plegarias preliminares han sido omitidas. Así pues, nosotros seguimos en la nueva «misa» el sentido de Cranmer con exactitud. No hay ninguna preparación en absoluto para la consagración. Después del *Benedictus*, el celebrante dice meramente «Santo eres en verdad, Señor, fuente de toda santidad», e inmediatamente después dice que «estos dones sean para nosotros (palabras que no están en la plegaria original de Hipólito —y ¿por qué alguien en el mundo las insertaría sino para conformar la plegaria a la teología anglicana?) el Cuerpo y la Sangre». En el Canon romano tradicional es completamente imposible comprender el «*nobis*» en el sentido cranmeriano; en la Anáfora I, en el mejor caso su comprensión es equívoca; en la Anáfora II es casi imposible comprender el «por nosotros» en ningún otro sentido que como lo comprendían los reformadores. Lo que lo hace aún más ofensivo es que la instrucción del Concilio nos ordena que hagamos de este canon sintético, la Anáfora II, el canon

---

téticos alternativos y muchos de estos están siendo usados ya por el clero «que está al día» sobre una base «experimental».

de uso ordinario, e indica, además, que ha de ser el canon utilizado para la instrucción catequística de los jóvenes en la naturaleza de la plegaria Eucarística.

Ahora bien, el *Novus Ordo Missae* está repleto de este modelo en cuanto al uso de la fraseología protestante, especialmente en la «traducción oficial del “ICEL”»<sup>8</sup>. Así, el *Quam Oblationem* que precede inmediatamente a la Consagración en dos (de los cuatro) Cánones sintéticos que debería decir «Digna-Os bendecir, oh Dios, esta ofrenda nuestra, aprobarla y hacerla efectiva, recta y enteramente agradable en todo modo...» es traducido ahora como «hazla *verdaderamente espiritual* y aceptable», o como «hazla aceptable a ti, una ofrenda *en espíritu y en verdad*». Prescindiendo del hecho de que estas son malas traducciones (¡hechas por eruditos, sin embargo!), no hay nada erróneo *per se* en frases tales como «*verdaderamente espiritual*» o «*en espíritu y verdad*», excepto que en el contexto histórico de la Reforma devienen una grave afrenta a la Majestad Divina. Wycliffe, Ridley, Coverdale, Cranmer, Latimer, Grindall, Jewell, Beacon y el Libro de la Plegaria Común, todos hacen uso de esta frase «espiritual» precisamente para negar, y con la plena intención de negar, la Transubstanciación. Para citar a Cranmer directamente: «Por lo tanto... nosotros no oramos en absoluto para que el pan y el vino devengan el cuerpo y la sangre de Cristo, sino... para que con eso *en espíritu y verdad* seamos *espiritualmente* alimentados». De modo similar, en el Nuevo «canon», la frase «y *alabanza*» se ha agregado gratuitamente a la afirmación *dando gracias*. No hay ninguna frase tal en el original latino, y se deriva de la afirmación de Lutero de que «la Misa puede ser llamada un sacrificio, si se comprende como un sacrificio de *alabanza y de acción de gracias*, no como un acto sacrificial ni como propiciatorio» (*De Use. Sacram. Euch. Salut.*). No hay que sorprenderse entonces de que el sínodo episcopal responsable de dictar juicio sobre la nueva «misa» afirmara:

«Se han alterado los tres fines de la Misa; no se permite que permanezca ninguna distinción entre el sacrificio Divino y humano; el pan y el vino son cambiados solo “espiritualmente” (y no substancialmente).»

---

<sup>8</sup> El «ICEL», o Comité Internacional para el Inglés en la Liturgia es una de las organizaciones más poderosas dentro de la nueva Iglesia, capaz de «supervisar» inclusive a las Conferencias Nacionales de obispos. Su organización compleja y de largo alcance está descrita en la obra de Gary Potter «The Liturgy Club», *Triumph*, Mayo de 1968.



Ahora bien, una cualquiera de estas «innovaciones» podría pasar por desapercibida o por ser «inocente», pero todas ellas juntas nos fuerzan a la conclusión de que alguien está intentando intencionalmente (o más exactamente, está logrando) protestantizar la Misa.

Lo que nosotros vemos en todo este abuso de lenguaje es un modelo de «ambigüedad» intencional. Hemos llamado ya la atención sobre la técnica modernista de usar la frase equívoca a fin de insinuar su (in-)compresión de la verdad en las mentes ortodoxas. Bugnini y los demás responsables de la redacción del *Novus Ordo* siguieron una vez más la guía de Lutero y Cranmer. El Primer Libro de la Plegaria de Eduardo VI no pudo ser convicto de herejía manifiesta, pues estaba hábilmente construido y no contenía ninguna negación expresa de la doctrina católica; como dijo Richard Cheyney, Lord Obispo de Gloucester, fue «expresamente diseñado para convenir a personas de diferentes puntos de vista religiosos e inclusive de puntos de vista contradictorios: católicos, no tan católicos, excatólicos, no católicos y ¡anticatólicos!»<sup>9</sup>. En la versión latina, esto parece ser verdad también en lo que concierne al *Novus Ordo*. Como ha dicho T. M. Parker, un teólogo anglicano, fue «un ingenioso ensayo en ambigüedad redactado a propósito en unos términos tales como para que los más conservadores pudieran asentar sobre él su propia construcción, mientras que los reformadores lo interpretarían en su propio sentido y lo reconocerían como un instrumento para fomentar la siguiente etapa de la revolución religiosa». Muchos puntos de la doctrina católica no se han negado específicamente sino solamente omitido. Otros se han afirmado de tal manera —y esto es especialmente en la traducción del «ICEL»— que pueden deducirse de ellos múltiples interpretaciones. Como ha dicho el escritor protestante A. G. Dickens del servicio de Cranmer:

«Aunque enteramente en lengua inglesa, este Libro de la Plegaria permaneció como una obra maestra del compromiso, incluso de la ambigüedad estudiada. Mientras que no niega específicamente la doctrina católica, sus frases ambiguas fueron comprendidas por su autor en un sentido protestante y es-

---

<sup>9</sup> Louise I. Guiney, *Blessed Edmund Campion*, Benzinger; Nueva York, 1910. Inclusive los reformadores admitían la ambigüedad de su obra. Dryander escribió a Zurich (tocante al Primer Libro de la Plegaria Común) que este daba cobijo a «toda clase de decepción por la ambigüedad o el fraude del lenguaje» (*Liturgies of the Western Church*, Bard Thompson, New Amer. Lib., Nueva York, 1974).

taban destinadas a posibilitar que los protestantes lo usaran con buena conciencia.»

Es *ambigüedad* lo que permite tanto a los católicos como a los protestantes utilizar el *Novus Ordo Missae*. Fue la misma ambigüedad la que animó a Richard Cheney a intentar la reconciliación imposible entre los reformadores y los papistas — «para allanar los problemas... para escapar a las penalidades terriblemente severas y devenir al fin capaces de abandonar el fardo del error inglés, por el mero preliminar de la asistencia al servicio de la Plegaria Común con arreglo a la ley». Este pobre individuo fue utilizado por los reformadores hasta que ya no fue necesario. No hay necesidad de decir que la Iglesia tradicional ha condenado siempre el uso de la ambigüedad en las materias doctrinales y rituales. Así, el Papa León XIII, en su irreformable *Apostolicae Curae* (1896), al declarar que las Órdenes anglicanas eran «absolutamente nulas e inválidas», hacía notar que:

«Ninguna de las palabras en la Ordenación anglicana, según es ahora, las cuales se prestan a la ambigüedad, puede ser tomada en el mismo sentido que posee en el rito católico.» (Párr. 31).

Aunque estas palabras fueron escritas con respecto al sacramento del Orden, pueden ciertamente ser aplicadas a los demás sacramentos también.

Se pusieron en funcionamiento otras técnicas para insinuar suavemente el *Novus Ordo* en los corazones y mentes de los fieles. Como aconteció con los varios Libros de la Plegaria de Cranmer, así también ha acontecido con el *Novus Ordo* introducido por etapas. Como ha dicho el Cardenal Heenan en una carta pastoral:

«Habría sido temerario introducir todos los cambios a la vez. Obviamente era más sabio cambiar gradual y suavemente. Si todos los cambios hubieran sido introducidos a la vez, os habríais trastornado.»

Era importante conservar intacta la apariencia. Las ceremonias exteriores eran las últimas que habían de ser cambiadas. Como ha dicho el camarada Lenin, «Conservad la cáscara, pero vaciadla de su substancia». Lutero ya había usado esta técnica con gran éxito. Para citar el famoso estudio sobre Lutero de Grisar, «Alguien que entrara en la iglesia parroquial de Wittenberg después de la victoria de Lutero, des-

cubriría que se usaban para el servicio divino las mismas vestiduras de antaño, y oíría los mismos himnos latinos de antaño. La Hostia era elevada en al Consagración. A los ojos de las gentes era la misma Misa de antes, a pesar de que Lutero omitía todas las plegarias que presentaban la sagrada función como un Sacrificio. Las gentes eran mantenidas intencionalmente en la oscuridad sobre este punto. “Nosotros no podemos apartar a las gentes comunes del sacramento, y probablemente sea así hasta que el evangelio sea bien comprendido”, decía Lutero. Explicaba el rito de la celebración de la Misa como “una cosa puramente externa”, y dijo, además, que “las palabras condenables pertinentes al Sacrificio podían omitirse todas muy rápidamente, puesto que los cristianos ordinarios no notarían su omisión y de aquí que no hubiera ningún peligro de escándalo. Las palabras en cuestión, especialmente las del Canon, se pronuncian casi inaudiblemente en la Iglesia papista”». El actual servicio luterano usado hoy día está basado sobre el Libro de la Plegaria de Lutero publicado en 1523 y 1526. Se ha retenido la primera parte de la Misa, pero el Ofertorio, el Canon y las referencias a la naturaleza sacrificial del rito han sido suprimidos. La Colecta, la Epístola y el Evangelio, al igual que en la Misa tradicional varían según el domingo del año. El Credo es seguido por un sermón que es la parte principal del servicio. Ordinariamente la «cena del Señor» se administra solamente unas pocas veces durante el año; el latín y la elevación de la Hostia han sido suprimidos; las vestiduras y las velas encendidas todavía se mantienen.

Cuando vamos al servicio anglicano, lo encontramos como un cruce entre el servicio luterano y el *Novus Ordo Missae*. Como es bien sabido, Lutero estaba en contacto por correspondencia con los reformadores ingleses. El servicio comienza con el *Introito* (cantándose el Salmo entero). El *Judica me* (al ir el sacerdote hacia el altar de Dios —tomado también de los Salmos) y el *Confiteor* se han omitido. La confesión de los pecados a Nuestra Señora, a los ángeles y a los santos, y la súplica de su intercesión es difícilmente compatible con la doctrina protestante de la Justificación. En el *Novus Ordo Missae* nosotros tampoco nos confesamos, aunque todavía suplicamos su intercesión. Siguen el *Kyrie* y el *Gloria* como con Lutero. Acto seguido vienen el Credo y dos exhortaciones tomadas de la Orden de la Comunión de 1548. El sermón deviene un asunto central. Sin embargo, es después del sermón cuando tienen lugar los cambios más grandes, pues es el Canon el que expresa más explícitamente la creencia católica. Como ha dicho Lutero, «toda esa abominación llamada el Ofertorio, y a partir de este punto todo lo que huele a oblación». Lutero lo suprimió enteramente. Los anglicanos resolvieron el problema alterándolo radicalmente.

Como explica el Cardenal Gasquet, Cranmer «puso en su lugar una nueva plegaria de la misma longitud más o menos que el Canon antiguo, dejando en ella unos pocos jirones de la antigua, pero despojándolos de su carácter de sacrificio y oblación». Ha sido este modelo el que han seguido los responsables de la redacción del *Novus Ordo*.

Tanto para Lutero como para los anglicanos el servicio era «un sacrificio de alabanza y de acción de gracias». (Nótese cuán a menudo aparece esta frase en el «Libro de la Misa para las Gentes»). En ningún lugar de ambos servicios se niega específicamente la Transubstanciación. Lutero agregó a las Palabras de Consagración la frase *quod pro vobis traditur* y suprimió tanto el *Mysterium fidei* como las palabras *pro multis*. Consideró específicamente que lo que dejaba era parte de una «narrativa» de la Cena del Señor. Posteriormente señaló que el servicio se dividía en dos partes, la «Liturgia de la Palabra» y la «Liturgia de la Eucaristía». (La identificación de la «Palabra», o del «Verbo», con Dios como en *Juan I, 2* fue negada por implicación, como era ciertamente el significado de la frase «y el Verbo (o la palabra) se hizo carne» como en *Juan I, 14*. La «Palabra» ahora se ha de identificar solamente con la Escritura. Sin embargo, la palabra «Eucaristía» es aceptable pues significa literalmente «acción de gracias»). Instituyó también la comunión en las dos especies<sup>10</sup>, la distribución de la comunión por hombres y mujeres laicos, el uso del pan ordinario en el servicio, el uso de vasos hechos de cualquier material, la supresión de la piedra del altar y el uso de una tabla cubierta con una única pieza de tela, la necesidad de que el «sacerdote» se vuelva de cara al pueblo (ya no un «intercesor» entre el hombre y Dios que cumple un sacrificio sobre un altar, sino uno que es un «líder de su comunidad», y que reúne al «pueblo de Dios» alrededor de la mesa de la «cena del Señor») y el hecho de dejar la hostia sobre la patena en lugar de ponerla después de la consagración sobre el corporal. Ahora bien, casi todas estas «costumbres» que Lutero y el *Novus Ordo* han suprimido, son de Tradición, o bien apostólica o bien eclesial. Así pues, es con razón por lo que el sínodo episcopal ya mencionado ha dicho al rechazar el *Novus Ordo* que:

---

<sup>10</sup> La comunión bajo las dos especies era practicada en la Iglesia primitiva y todavía se practica en los ritos uniatos de oriente. El asunto está tratado con detalle en la sesión XXI del concilio de Trento. Ver *Dogmatic Canons and Decrees of the Council of Trent*, TAN, Rockford III, 1977.

«Tanto la posición del sacerdote como la del pueblo están falseadas y el celebrante aparece nada más que como un ministro protestante, mientras que la verdadera naturaleza de la Iglesia está intolerablemente desfigurada... por una serie de equívocos el énfasis (en el *Novus Ordo*) está obsesivamente colocado sobre la “cena” y el “memorial” en lugar de estarlo sobre la renovación incruenta del Sacrificio del Calvario... Nunca se alude a la Presencia Real de Cristo y la creencia en ella está implícitamente repudiada... (la nueva “misa”) tiene todas las posibilidades de satisfacer a los más modernistas de los protestantes».

Y, sin embargo, se nos ha dicho que «Nada ha sido cambiado en la esencia de nuestra Misa tradicional...» y, más aún, es «en nombre de la tradición como pedimos a todos nuestros hijos e hijas, a todas las comunidades católicas, que celebren con dignidad y fervor la liturgia renovada». Así es, en «nombre de la Tradición» se nos pide que destruyamos la Tradición.



Se dice a menudo, por aquellos que querrían defender a la nueva Iglesia, que «unos pocos movimientos y palabras exteriores agregados o quitados no tocan a la Misa ni la cambian». Examinemos por un momento cuáles son estos pocos cambios.

El *Novus Ordo* ha abolido el Ofertorio, una de las partes principales de la Misa tradicional. El *Suscipe Sancte Pater*, el *Deus qui Humanae*, el *Offerimus Tibi*, el *Veni Sanctificator*, el *Lavabo* (*Salmo XXV*) y el *Suscipe Sancta* todos ellos han sido suprimidos. Tómese el misal antiguo y léanse estas plegarias. Adviértanse cuántos conceptos que la nueva Iglesia encuentra inaceptables se proclaman claramente dentro de ellas. Solamente se ha retenido el *Orate Fratres* con el *Suscipiat*. Por supuesto, todas las plegarias dichas al pie del altar (no al pie de una mesa), el *Aufer a nobis*, el *Oramus Te*, el *Munda Cor Meum* y el *Dominus Sit* han sido suprimidas. En cuanto al Canon, si el «presidente»<sup>11</sup> prefiere no usar la «Plegaria Eucarística núme-

---

<sup>11</sup> El término «presidente» está tomado de S. Justino mártir, donde es usado en el sentido de uno que «preside» sobre los dones. Obviamente, en el presente contexto es imposible separar el significado de esta palabra de sus connotaciones políticas. Esta ambigüedad es sumamente satisfactoria para aquellos que, en línea con la teología protestante, consideran al «ministro» no como a uno que ha sido llamado (la «vocación») por Dios, sino como a una persona escogida por la congregación.

ro uno» (de la cual se pretende que es el antiguo Canon romano, y que, siendo la Anáfora más larga, en realidad se usa raramente), se suprimen las seis plegarias siguientes antes de la dudosa Consagración: *Te Igitur*, *Memento Domine*, *Communicantes*, *Hanc Igitur*, *Quam Oblationem* y el *Qui Pridie*. Después de la Consagración se suprimen las siete plegarias siguientes, el *Unde et Memores*, *Supra quae Propitio*, *Supplices Te Rogamus*, *Memento Etiam*, *Nobis quoque Peccatoribus*, el *Per Quem haec Omnia* y el *Per Ipsum*. Por si esto no fuera suficiente, también han sido suprimidas las siguientes plegarias usadas a continuación del *Pater Noster*: el *Libera Nos*, *Panem Coelestem*, *Quid Retribuam*, el segundo *Confiteor* y su *Absolutionem* (absolución que ha sido suprimida también del comienzo de la «misa» para que al católico posconciliar no le sea mentada la necesidad de acercarse al «sacramento» en un razonable estado de «pureza»), el *Domine Non sum Dignus*, el *Quod Ore*, el *Corpus Tuum*, el *Placeat Tibi* y el último Evangelio, todo lo cual llama la atención específica sobre la Presencia Real.

En esta lista no se mencionan los cambios hechos en las plegarias que se han mantenido (tales como las que hemos citado anteriormente), ni los cambios hechos en las Palabras de la Consagración (que hemos de tratar después). Tampoco hemos incluido las muchas genuflexiones, los muchos signos de la cruz, ni los numerosos versículos que han sido suprimidos. Es menester decirlo con claridad, solamente sobre la base de la lista aquí mencionada entre el setenta y el ochenta por ciento, más o menos, de la Misa tradicional ha sido «sacrificado» sobre el «altar» de la «unidad con los protestantes». Y, sin embargo, Pablo VI y los obispos en unión con él nos aseguran repetidamente: «Que todo el mundo comprenda bien que nada ha sido cambiado en la esencia de nuestra Misa tradicional...».



Los modernistas que han «capturado» la Iglesia pretenden que el *Novus Ordo Missae* es en muchos lugares un «retorno a la práctica primitiva». Como ha dicho Pablo VI en su Constitución Apostólica, desde la época de S. Pío V y del concilio de Trento

«Se han descubierto otras fuentes antiguas (de la liturgia) y se han estudiado las fórmulas de la Iglesia Oriental. Muchos desean que estas riquezas doctrinales y espirituales no sean ocultadas en las bibliotecas, sino que sean sa-

cadavres a la luz para que iluminen y alimenten las mentes y los espíritus de los cristianos.»

Deben hacerse varias puntualizaciones. En primer lugar, es una típica artimaña protestante pretender estar retornando a la «simplicidad primitiva». La Iglesia ha sido acusada siempre de agregar toda una multitud de prescripciones a la pura Cristiandad de Amor que fundó Cristo. ¿Dónde prohibió Cristo alguna vez el aborto? (¿y acaso no es un crimen?). ¿Dónde nos pidió que ayunáramos durante la Cuaresma? ¿Dónde nos instruyó sobre la Señal de la Cruz? Esto no se encuentra en ninguna parte en la Escritura. Por supuesto, tales cosas llegan a nosotros por medio de la tradición. Es un ejemplo típico del corte de las ramas, e inclusive del tronco, en un intento de exponer las «raíces», como si el tronco y las ramas no fueran un aspecto legítimo e incluso esencial del crecimiento y manifestación de la tradición a lo largo del tiempo. Esto es claramente hipocresía, pues si el hombre ha «progresado» y «evolucionado» desde los tiempos primitivos de los apóstoles, ciertamente regresar a la «práctica primitiva» sería la última cosa necesaria. De hecho estas dos técnicas de atacar a la Tradición dejan muy poca cosa tras de sí, en medio de ambos extremos, que (para ellos) no sea inocuo e inocente. Pero demos al menos alguna consideración a este argumento.

En primer lugar, a nosotros nunca se nos ha dicho justamente lo que son estas «fuentes antiguas» que han sido descubiertas. Es verdad que los escritos de Hipólito salieron a luz durante el último siglo, pero en ellos no se encuentra nada que cambie las conclusiones de los estudiosos anteriores. Los Rollos de Mar Muerto no han hecho nada sino afirmar la exactitud de los textos que han llegado a nosotros y, a pesar de su valor histórico, no han cambiado en modo alguno nuestra comprensión de los tiempos en los cuales fueron ocultados para protegerlos de las hordas romanas. En cuanto las liturgias Orientales, para nosotros siempre han sido válidas, siempre han sido reconocidas por la Iglesia como liturgias efectivas que se remontan hasta los tiempos apostólicos. Han sido siempre tan similares a la nuestra propia que, puestas aparte las diferencias lingüísticas, uno puede encontrar paralelos a todas las partes esenciales de nuestra Misa tradicional. En verdad, la Iglesia Romana las ha aceptado intactas y sin cambio en las varias Iglesias Uniatas que han retornado a la comunión con Roma. Finalmente, a menos que uno quiera señalar plegarias tales como el Padrenuestro, ninguna plegaria en el *Novus Ordo* ha sido tomada de las liturgias Orientales. ¿Qué hay entonces de la pretensión de retornar a la «práctica primitiva»?

Solamente hay dos plegarias en el *Novus Ordo* que pueden tener alguna pretensión de ser un retorno a la «práctica primitiva». Estas plegarias son las palabras del nuevo Ofertorio: «*Benedictus tu Deus noster, Rex universi...* Bendito seas, Dios nuestro, Rey del universo, que haces salir el pan de la tierra...», y la «Anáfora» o «Plegaria Eucarística número dos», la cual se dice que ha sido tomada de Hipólito. Consideraremos por turno cada una de ellas.

En cuanto a la primera, como afirma Jungmann en su último libro sobre la Misa, esta es una plegaria «reconstruida», y son «probablemente las mismas palabras usadas en la bendición del pan y del vino en una comida judía en el tiempo de Cristo». Cualquiera que haya tenido el privilegio de ser invitado a participar en una cena judía formal las reconocerá. Antes de empezar a comer, el rabino dice estas palabras cuando fracciona el pan y bebe el vino. Esta plegaria es la «gracia antes de las comidas» judía y nada más. Y cuán apropiado resulta para los protestantes en Roma que su nuevo «servicio», el «memorial de la Cena del Señor», sea introducido con la «gracia antes de las comidas». Nadie ha negado nunca su congruencia.

En cuanto a la «Anáfora» de Hipólito, el padre John Barry Ryan, un modernista litúrgico en «obediencia» hacia la Iglesia Posconciliar, llama francamente «cismático» a su autor, y ha afirmado que esta plegaria fue un «modelo» sobre el cual se ha basado la «Anáfora II», que es una «creación enteramente nueva». Nos dice, además, que fue el heresiarca Hans Küng el primero que sugirió su uso —aunque en una forma modificada, por supuesto<sup>12</sup>. Finalmente, aunque no tiene nada que ver con la autenticidad o con la validez de la plegaria, es menester destacar que, como afirma Josef Jungmann, Hipólito «se permitió ser elegido Antipapa, aunque a causa de que posteriormente fue martirizado por la fe, bien podemos concluir que antes de su muerte, retornó a la unidad de la Iglesia» (*The Early Liturgy*). Aquellos que estén interesados en comparar la forma original de la plegaria de Hipólito con la que se usa en el *Novus Ordo*, la encontrarán en el libro de Cipriano Vagaggini<sup>13</sup> —otro interesante individuo, pues fue el autor en su mayor parte de la Anáfora IV, el canon «arriano» (*Notitiae*, 1974, pág. 249-252). ¡De qué saludables raíces ha brotado este «vino»!

<sup>12</sup> John Barry Ryan, *The Eucharistic Prayer*, Paulist Press, Nueva York, 1974.

<sup>13</sup> Cipriano Vagaggini, *The Canon of the Mass and Liturgical Reform*, Alba House, Nueva York, 1966.



En cuanto al retorno a la «práctica primitiva» de la Iglesia, esto no es sino otra manera de «picar y escoger», justamente lo que los modernistas piensan que debería ser la Cristiandad. Es verdad que hubo algunas Iglesias en las cuales el sacerdote tenía que ponerse de cara al pueblo —restricciones arquitectónicas ocasionalmente impuestas por el deseo de tener el altar de cara al este, forzaron esta alternativa en los responsables de la decisión. En otras ocasiones, se ampliaba una iglesia y la sacralidad de un altar conducía a la decisión de no moverlo (pues muchos de los altares antiguos eran sepulcros contruidos sobre las tumbas de los santos). Durante el tiempo de persecución se permitió que el laicado, con la apropiada reverencia, transportara la Eucaristía. ¿Pero qué ha ocurrido con todas las vigiliass nocturnas? ¿Y qué ha ocurrido con la práctica del laicado de decir el oficio? No tenemos noticia de ningún retorno a la «práctica primitiva» donde eso implique intensificar la vida espiritual de los fieles —solamente cuando eso permite a los reformadores destruir lo que ha sido la práctica aceptada durante cientos de años. ¡Ciertamente esto es una de las artimañas más hipócritas con las que los reformadores han venido!



En el *Novus Ordo Missae*, y particularmente en lengua vernácula, el contexto en el cual se dicen las Palabras de la Consagración puede ser comprendido con la mayor facilidad como siendo «histórico». Es decir, según repite el sacerdote las palabras adscritas a Cristo, y sin «menoscabar» en modo alguno su privilegio, el contexto es tal que él puede comprenderlas como parte de la «Narración de la Institución», como un volver a contar la historia de lo que aconteció hace alrededor de dos mil años. En el «Misal» de la «mesa» del cual lee el ministro, las palabras en cuestión todavía están puestas en mayúscula, pero en el «Libro de Misa del Pueblo» (que es usado a menudo por el sacerdote, y que es el único usado por el laicado), no hay modo alguno de decir cuáles son las palabras adscritas a Cristo y cuáles son parte de la narración. No se han utilizado las mayúsculas. En verdad, las palabras no se encuentran siquiera en un párrafo separado. Ahora bien, son estas Palabras las que perfeccionan el sacramento. Oigamos la enseñanza de Sto. Tomás de Aquino:

«La consagración se cumple por las palabras y expresiones del Señor Jesús. Porque, por todas las demás palabras dichas, se rinde alabanza a Dios, se elevan plegarias por el pueblo, por los reyes y demás; pero cuando llega el

momento de perfeccionar el sacramento, el sacerdote no usa ya sus propias palabras, sino las palabras de Cristo. Por lo tanto, son las palabras de Cristo las que perfeccionan el sacramento.»

Decir las palabras de la Consagración como parte de una narrativa, invalida claramente la Misa (tanto la tradicional como cualquier otra).

«Las palabras de la Consagración se han de decir, no meramente como una narrativa histórica de las palabras que una vez usó Nuestro Señor —como las recita el celebrante, por ejemplo, cuando cuenta los hechos de la Última Cena, que se leen en la Misa en la Semana Santa o en la fiesta del Corpus Christi— sino como una afirmación presente por el sacerdote que habla en la persona de Cristo, y que tiene intención de efectuar algo, aquí y ahora, al pronunciar estas palabras...»

Rev. J. O'Connell, *The Celebration of Mass*

Es importante que esta doctrina sea comprendida, incluso por aquellos que no pueden aceptarla, pues nosotros no estamos exponiendo aquí ningún punto de vista personal, sino solamente la enseñanza de la santa madre Iglesia.

«No se considera que la Forma de la Consagración sea una plegaria del sacerdote. Antes bien, es la evocación de un acto directo y gloriosísimo de Dios mismo. A través de la pronunciación de la Forma de la Consagración, la humanidad e individualidad del sacerdote deviene identificada con el poder infinito y la intención redentora de Cristo en la Cruz. En este punto el sacerdote habla como si fuera Cristo mismo, y Cristo actúa a través de la voluntad del sacerdote a la vez como el Consagrador y como la Oblación, como el Sumo Sacerdote Eterno y como la Víctima salvadora, como el Mediador supremo y como el don mutuo.»

Repito, en el *Novus Ordo Missae*, todas las palabras de la Consagración (si es que son tales) son parte de la «Narración de la Institución»<sup>14</sup>. No solamente se han

---

<sup>14</sup> El término «Institución» se refiere a la Institución del Sacramento por Cristo, y es un término teológico perfectamente legítimo. La idea de que la Misa es una «narrativa» es, sin embargo, paten-

incorporado la mayor parte de los cambios de Lutero —cambios que él hizo precisamente para destacar el aspecto narrativo— sino que la composición entera es tal que, a menos que el «presidente» haga una intención positiva al contrario, implica claramente una narrativa. Ahora bien, sin la adecuada «intención» no se cumple ningún sacramento.



Esto nos conduce a considerar otro importante aspecto del problema. Como admiten el padre Howard Morrison y el cuadro editorial de *The Wanderer*, aunque se diga de acuerdo con los deseos de Pablo VI, ninguna consagración tiene lugar en el *Novus Ordo* si falta la adecuada intención por parte del «presidente». Por supuesto, en la Misa tradicional también era posible para el sacerdote intentar positivamente *no* consagrar, e invalidar así la confección de las Sagradas Especies. Sin embargo, al decir el rito correctamente, asumía la adecuada intención automáticamente, y en la medida en que se proponía hacer lo que la Iglesia se propone, la validez de la Misa podía suponerse. En la medida en que el sacerdote, específicamente, *no se proponía no consagrar*, no se plantea ningún problema, y si tal hubiera sido su intención, cometería un claro acto de sacrilegio<sup>15</sup>.

---

temente falsa. A pesar de esto los catecismos oficiales franceses hacen afirmaciones tales como que «En el corazón de la Misa yace una historia...». El Misal francés oficial, publicado con la aprobación de la jerarquía, afirma que la Misa «es simplemente el memorial del sacrificio único ya cumplido» (*Il s'agit simplement de faire mémoire de l'unique sacrifice déjà accompli*). Esta afirmación ha sido repetida en más de una edición, y lo ha sido a pesar de la protesta de los fieles. Es abiertamente herética. Y, sin embargo, parecería ser la enseñanza «oficial» de la Iglesia posconciliar —otro acomodo a la «teología» protestante.

<sup>15</sup> Según el concilio de Trento, la intención mínima que se requiere de un sacerdote es que «tenga intención de hacer lo que la Iglesia hace» (no lo que la Iglesia «se propone»). En ausencia de evidencia de lo contrario, la Iglesia presume siempre que tal es la intención del sacerdote en tanto que este utiliza los ritos correctos. Por supuesto, no hay modo alguno de que alguien pueda saber la intención real de un sacerdote oficiante, y de aquí que, como ha dicho León XIII, «la Iglesia no juzga las intenciones íntimas». De otro modo uno estaría en situación de cuestionar constantemente a todos sus ministros. Así, por ejemplo, durante la Revolución francesa, hubo un periodo en que el notorio Obispo Tallyrand, masón y ateo (junto con otros dos de similar creencia), ordenó a todos los obispos en activo de la así llamada «Iglesia Constitucional». Los obispos ortodoxos estaban todos exilados. Más tarde, cuando la Iglesia llegó a un «Concordato» con Napoleón, todas sus ordenaciones fueron reconocidas como válidas. En verdad, casi todos los obispos en la jerarquía francesa desde entonces pueden rastrear su sucesión «apostólica» a partir de él. Similarmente, a los «obispos» judíos durante el reinado de Isabel la Católica en España jamás se les puso en cuestión sus ordenaciones. Aquellos que

En el *Novus Ordo Missae*, la redacción del rito no proporciona ya automáticamente esta intención. Efectivamente, es necesario que el «presidente» se proponga específicamente «consagrar» para que las Sagradas Especies sean efectuadas. Se sigue entonces, como admite *The Wanderer*, que uno debe asegurarse positivamente en todos y cada uno de los casos individuales de que el sacerdote tiene una intención verdaderamente católica si es que uno ha de considerar su acto como «válido». Si el sacerdote es un modernista, o un ateo, o si él mismo no cree en la «Presencia Real», uno debe suponer que la consagración no ha tenido lugar<sup>16</sup>. De aquí la advertencia del sínodo episcopal previamente aludido:

«Las palabras de la consagración, según aparecen en el contexto del *Novus Ordo* (en latín) pueden ser válidas en consonancia con la intención del sacerdote oficiante. Pero pueden no serlo, pues ellas no son ya *ex vi verborum* (por la fuerza de las palabras usadas) o más precisamente, en virtud del *modus significandi* (del modo significante) que han tenido hasta ahora en la Misa.»

Se agrega, además, una advertencia que es verdaderamente pertinente, si uno conoce algo sobre el modo en que los sacerdotes están siendo instruidos en los seminarios posconciliares<sup>17</sup>:

---

han cuestionado la validez de la ordenación del Arzobispo Lefebvre sobre la base de que el Cardenal Leinert era un francmasón harían bien en considerar este principio.

<sup>16</sup> *The Wanderer*, St. Paul, Minn., 16 de Junio de 1977. Esta es, quizás, la publicación más «conservadora» de la Iglesia posconciliar en Norteamérica. Es, sin saberlo, una de las fuentes de documentación más valiosas de «La Destrucción de la Tradición Cristiana» disponibles hoy. En los próximos años sus páginas proporcionarán un «documento histórico» de la mayor importancia.

<sup>17</sup> Para citar al padre Robert Burns, C.S.P., escritor del editorial de *The Wanderer* (10 de Agosto de 1978): «Muchos sacerdotes recién ordenados son heréticos, bien formales o materiales, el día mismo de su ordenación. Esto es así porque sus instructores han abrazado los errores modernistas y se los han transmitido a sus estudiantes. Los estudiantes, después de su ordenación, han propagado a su vez estos errores, bien en la enseñanza catequística o en la predicación desde el púlpito. La misma situación es verdad también en los casos de muchos sacerdotes antiguos que han vuelto a las escuelas de teología para recibir cursos de “puesta al día” o de “readiestramiento en teología”». Un testimonio adicional de este mal estado de las cosas puede extraerse de la *Homiletic and Pastoral Review*, (Enero de 1975). Para citar a su editor: «Tengo que hacer una confesión a nuestros lectores. A menudo se me ha pedido que edite algunos buenos artículos en el campo de la teología moral. El hecho lamentable

«¿Acaso harán una consagración válida los sacerdotes que en un futuro próximo no hayan recibido la instrucción tradicional y que se apoyen sobre el *Novus Ordo* a fin de “hacer lo que la Iglesia hace”? Uno puede permitirse dudarlo.»



Hagamos una pausa en la narración de este cobarde subterfugio para destacar algunos puntos. Todo cuanto hemos dicho del *Novus Ordo* es verdad, ya sea dicho en latín o en lengua vernácula<sup>18</sup>. Ahora bien, incuestionablemente en lengua vernácula es más ofensivo que en latín; e incuestionablemente, el uso del latín impide al sacerdote que introduzca aún más cambios de acuerdo con su juicio personal —no solo agregando una plegaria aquí y allá, sino cambiando, además, las plegarias que son supuestamente «fijas». Y no estamos hablando de «abusos», sino del texto como aparece oficialmente, y del modo en que se supone que cada sacerdote posconciliar se adhiere a él. El lector se hará ahora dos preguntas: ¿Cómo puede ser esto? ¿Por qué nadie ha hecho nada al respecto? Con respecto a la primera pregunta, es verdaderamente difícil comprender cómo puede ser esto así, pero es así. Todo cuanto he dicho es verdad y no puede ser controvertido. La situación está anunciada en la Escritura. Considérese *Daniel IX, 27*, «*La Víctima y el Sacrificio cesarán: y habrá en el Templo la abominación desoladora*», y en *Daniel XI, 31*, «*y profanarán el santuario del poder y harán cesar el sacrificio perpetuo*». Oigamos a *Malaquías I, 7*,

---

es que he tenido que rechazar alrededor del noventa por ciento del material que me ha sido enviado sobre el asunto. La razón principal para estos rechazos ha sido que los artículos o bien exponían o asumían el relativismo y el subjetivismo, que son la base de la ética situacional. Y, sin embargo, la mayor parte de estos artículos estaban escritos por profesores de colegios y seminarios católicos».

<sup>18</sup> Durante la Reforma inglesa, el monje benedictino Agustín Baker escribió que «la mayor parte de aquellos que en sus juicios y afecciones habían sido antes católicos, no discernían bien ninguna gran falta, ni novedad ni diferencia, entre la religión anterior, que era la católica, y esta nueva erigida por la reina Isabel, excepto solamente el cambio de lengua». «Como si fueran inconscientes para sí mismos, devinieron neutrales en religión». Las universidades de Cambridge y Oxford resistieron a los cambios, y Mr. Leys nota que «tuvo poco efecto un intento de ganarse a los tradicionalistas por la autorización de una traducción latina del Libro de la Plegaria para usarla en las capillas de los colegios» (*Catholics in England, A Social History* por M.D.R. Leys, Catholic Book Club, Londres, 1961). Como se ve, hay poco nuevo bajo el sol.

«Ofrecéis pan inmundo en Mis altares, y decís, ¿en qué Te hemos manchado?». Y Jeremías habla en nombre de Dios cuando dice, «Mi tabernáculo ha sido devastado, todas Mis cuerdas están rotas: Mis hijos han partido lejos de Mí, y no están... A causa de que los pastores han obrado neciamente, y no han buscado al Señor: por lo tanto ellos no han comprendido, y todo su rebaño se ha dispersado». Y, además, encontramos a Ezequiel diciendo, «Sus sacerdotes han despreciado mi ley y han profanado mis santuarios: ellos no hacen ninguna diferencia entre lo santo y lo profano». Considérense las palabras de S. Cirilo:

«Que nadie en ese día diga en su corazón... “a menos que Dios lo quiera Él no lo habría permitido”. No: El apóstol nos previno, diciendo de antemano, “Dios les enviará un poderoso engaño” a fin de que no puedan ser excusados sino condenados.»

Tampoco es verdad que no haya habido ninguna protesta. Millares y millares de firmas han sido enviadas a Roma en peticiones que suplicaban el retorno de la Misa antigua. Han sido ignoradas. Cuando alrededor de cuatrocientos peregrinos fueron a pie (sí, a pie) desde Francia a Roma para pedir a Pablo VI el retorno de la Misa antigua, este se negó a verlos. Estaba demasiado ocupado. Estaba atendiendo a un equipo de fútbol. No podía pretender que no tuvo tiempo suficiente para señalar una cita a los peregrinos. Estos la habían solicitado meses antes y su peregrinación fue consignada en gran número de periódicos. Fueron simplemente ignorados. Se han escrito libros y se han hecho desafíos abiertos para debatir la cuestión. Han sido ignorados. La nueva Iglesia no se atreve a debatir este asunto y solo clama una y otra vez a los afligidos fieles, «debéis obedecer». Es una falsa obediencia la que así se pide. El sínodo episcopal señalado por Pablo VI para revisar el *Novus Ordo Missae* lo rechazó sustancialmente. Dieron sus razones en un sumario breve pero exacto. La nueva Iglesia nunca ha publicado este informe. Hasta el momento uno no sabe muy bien cómo fue «escamoteado» fuera del Vaticano. Sin embargo, nosotros tenemos este informe y lo hemos citado. Se ha agregado como apéndice a este libro. Cuando la Sociedad de la Misa Latina en Inglaterra envió una copia del mismo a cada sacerdote en Gran Bretaña, la jerarquía inglesa instruyó a su clero bajo obediencia a que no lo leyeran, sino que lo arrojaran a la papelera. Este informe es una condena inequívoca de la nueva «misa». La nueva Iglesia nunca le ha dado respuesta; ha sido ignorado. Imagínese un ataque hecho contra la antigua Misa tradicional durante los años de la

Reforma inglesa. Por Dios, docenas de libros fueron publicados e introducidos de contrabando en Inglaterra para defenderla. Y, sin embargo, este informe que ha salido a la luz hace alrededor de diez años nunca ha tenido respuesta. Pero no hemos contado la historia entera.

Es completamente claro que la Misa entera se centra sobre las «Palabras de la Consagración», y es sobre este tema que vamos a tratar ahora. Recuerde el lector que sin estas pocas palabras, la Misa Romana no es nada —no enteramente nada, pues sus plegarias son hermosas y la doctrina que estas enseñan es sublime, sino relativamente hablando, nada.



Es admitido por muchos católicos posconciliares que mucho de cuanto hemos dicho es verdad. Arguyen, sin embargo, que a pesar de todo esto la «Consagración» tiene lugar todavía, y que ellos van a la nueva «misa» por el sacramento, e ignoran simplemente lo que el sacerdote tenga que decir. Tal afirmación asume que el acto de Consagración es válido —y que es válido bajo casi cualquier circunstancia. Sin embargo, es válido solamente a condición de que la «materia», la «forma», el «ministro» y la «intención» sean todos válidos. Asumamos por el momento que la «forma» del sacramento en el *Novus Ordo* no ha sido cambiada, y que un sacerdote ordenado válidamente se propone confeccionar las Sagradas Especies con el nuevo canon sintético de su elección. Bajo tales circunstancias la Consagración *podría* tener lugar. Para citar a Sto. Tomás de Aquino:

«Por consecuencia, debe sostenerse que si el sacerdote pronunciara solamente las antedichas palabras (las Palabras de la Consagración) con la intención de consagrar el sacramento, este sacramento sería válido porque la intención operaría la consagración de estas palabras como si fueran dichas por la persona de Cristo, incluso si las palabras fueran pronunciadas sin aquellas que las preceden (es decir, el Canon en su integridad). *El sacerdote, no obstante, pecaría gravemente al consagrar así*, pues no estaría observando el rito de la Iglesia».

Sto. Tomás, *Summa*, III, 78, 1.

Para situar la cuestión en un contexto adecuado, considérese la posibilidad de que un sacerdote diga las Palabras de la Consagración justas durante una misa «negra» o «satánica»: ¿tendría lugar la consagración? Según Sto. Tomás, absolutamente no, pues el sacerdote no se propondría hacer lo que la Iglesia se propone. Habría, además, un conflicto de intención implicado en hacer lo que es santo y lo que es sacrílego. Considérese ahora la posibilidad de un sacerdote que confecciona las Sagradas Especies usando la fórmula justa dentro de un servicio luterano o anglicano<sup>19</sup>. Aquí nuevamente, casi todos los sacerdotes anteriores al concilio habrían dicho que estaba cometiendo un sacrilegio y que la consagración era inválida a causa del contexto sacrílego y de la inadecuada intención incorporada al rito. ¿Pero cuál es, suplico, la diferencia entre usar las palabras justas en un servicio anglicano o luterano, y usarlas en el *Novus Ordo Missae*? Desafío a cualquiera, a la luz de la definición y descripción de la Misa según se da originalmente en el párrafo siete de las Instrucciones Generales sobre la nueva «misa», y a la luz de los paralelos históricos que hemos demostrado claramente, a mostrarme una diferencia<sup>20</sup>.

El sacrilegio es definido por Sto. Tomás como «el tratamiento irreverente de las cosas sagradas». En su estudio sobre este asunto, Sto. Tomás hace varias distinciones, y destaca que puesto que la Eucaristía es la posesión más sagrada de la Iglesia, el sacrilegio con respecto al sacramento es un «pecado gravísimo» (*Summa* III, Q. 80, Ar. 5). Desgraciadamente, a pesar del hecho de que con toda probabilidad no tiene lugar ninguna consagración en el *Novus Ordo*, sin embargo, todavía se comete sa-

---

<sup>19</sup> Algunos «sacerdotes» anglicanos han validado sus «órdenes» yendo a la vieja Iglesia Católica y a la Iglesia Ortodoxa griega. Las Palabras de la Consagración como fueron originalmente escogidas para el servicio anglicano son: «Óyenos (Oh Padre Misericordioso) te suplicamos; y con tu espíritu santo y palabra, dignate bendecir y santificar estos dones, y criaturas de pan y de vino, a fin de que sean para nosotros el cuerpo y la sangre de tu amadísimo hijo Jesucristo. Quien la noche misma en que fue traicionado, tomó pan, y cuando lo hubo bendecido y dado gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad, comed, este es mi cuerpo que es entregado por vosotros, haced esto en recuerdo mío. Igualmente, después de la cena tomó la copa, y cuando hubo dado gracias, se la dio a ellos, diciendo: Bebed todos de esto, porque esto es mi sangre del nuevo Testamento, que es vertida por vosotros y por muchos para la remisión de los pecados; tan a menudo como hagáis esto bebedla en recuerdo mío». Ciertamente estas palabras tienen una validez igual a las que se usan en el *Novus Ordo* —y quizás una validez incluso más grande, pues no se usa la frase «por todos» en lugar de «por muchos».

<sup>20</sup> La «definición» o «Descripción» de la nueva «misa» que se da en el párrafo siete de la Constitución Apostólica de Pablo VI se ha estudiado un poco más adelante.



crilegio objetivo. Y si el sacerdote es consciente de todo cuanto hemos dicho hasta ahora, y de que la nueva «misa» es una *parodia*, entonces este sacrilegio deviene de carácter subjetivo. Pero ¿qué hay de las Palabras de la Consagración?



Las Palabras de la Consagración usadas por la Iglesia Católica Romana derivan de la Tradición. Los teólogos dicen que se nos dan *en especie*<sup>21</sup>:

«Cristo determinó qué gracias especiales habían de sernos conferidas por medio de los ritos externos: para algunos sacramentos (p.e. el Bautismo, la Eucaristía) Él determinó minuciosamente (*in specie*) la materia y la forma; para otros Él determinó solamente de una manera general (*in genere*) que habría una ceremonia externa, por la cual habían de conferirse gracias especiales, dejando a los apóstoles o a la Iglesia el poder de determinar todo cuanto Él no había determinado —p.e. prescribir la materia y la forma de los sacramentos de la Confirmación y de las Sagradas Órdenes.»

Además, la «forma» del sacramento ha sido fijada por la tradición desde los tiempos apostólicos. Ha sido fijada «canónicamente» desde el así llamado «Decreto Armenio» del concilio de Florencia (1438-1445). El concilio de Trento garantizó en un decreto solemne la autenticidad de las formas sacramentales depositadas en el catecismo que había de escribirse entonces —como se dice en la sesión XXIV, capítulo 7: «Se prescribirá la forma para cada uno de los sacramentos por el santo concilio en un catecismo, que han de traducir fielmente los obispos a la lengua del pueblo». Este catecismo afirma a su vez:

«con respecto a la consagración del vino es necesario... que el sacerdote conozca y comprenda bien su forma. Así pues, nosotros hemos de creer firmemente que su forma consiste en las siguientes palabras:

(las palabras de la “Forma” están en mayúsculas)

---

<sup>21</sup> «La forma de este sacramento es pronunciada como si Cristo hablara en persona, a fin de dar a entender que el ministro no hace nada al cumplir el sacramento, excepto pronunciar las palabras de Cristo». (*Summa* III, Q. 78, Art. 1).

El cual, el día antes de su pasión, tomó el pan en sus santas y venerables manos; y elevando sus ojos al cielo, a Ti, ¡oh Dios!, Padre suyo omnipotente, dando gracias, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed todos de él:

**PORQUE ESTE ES MI CUERPO**

Igualmente, después de haber cenado, tomando asimismo este glorioso Cáliz en sus santas y venerables manos, dándote también gracias lo bendijo, y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y bebed todos de él:

**PORQUE ESTE ES EL CÁLIZ DE MI SANGRE, DEL NUEVO Y ETERNO TESTAMENTO: MISTERIO DE FE: LA CUAL SERÁ DERRAMADA POR VOSOTROS Y POR MUCHOS EN REMISIÓN DE LOS PECADOS.**

Todas las veces que hiciereis esto, lo haréis en memoria de mí.»

Según continúa el catecismo, «de esta forma nadie puede dudar». Tomada del «Libro de Misa para el Pueblo», la siguiente es la «forma» usada en el *Novus Ordo Missae*: No hay palabras en mayúsculas y se dan de una manera corriente a fin de que formen parte de la «narración de la institución» sin distinción alguna. Sin embargo, en el original latino las palabras en cursiva aparecen en mayúsculas:

«Antes de que fuera entregado a la muerte, una muerte libremente aceptada, tomó pan y te dio gracias. Partió el pan, lo dio a sus discípulos, y dijo: *este es mi cuerpo que será entregado por vosotros*. Acabada la cena, tomó la copa. De nuevo te dio gracias y alabanza, dio la copa a sus discípulos, y dijo: Tomadla, todos, y bebed de ella: *esta es la copa de mi sangre, la sangre de la alianza nueva y eterna. Será derramada por vosotros y por todos los hombres para que los pecados sean perdonados*. Haced esto en conmemoración mía.»

Hemos dicho que la Forma de las Palabras de la Consagración nos ha llegado por la Tradición. Los innovadores que han creado el *Novus Ordo* arguyen que al cambiar la forma, están «poniéndola en línea con la Escritura». Ahora bien, no hay absolutamente ninguna razón por la cual debería hacerse esto. La Escritura no es una

fuelle de Revelación mayor que la Tradición. ¡Imagínese el clamor que se levantaría si hubiéramos de cambiar la Escritura para ponerla en línea con la Tradición! Es de la Tradición de donde recibimos la forma, y no de la Escritura. Oigamos las palabras del Cardenal Manning:

«Nosotros no derivamos nuestra religión de las Escrituras, ni la hacemos depender de ellas. Nuestra fe estaba en el mundo antes de que el Nuevo Testamento fuera escrito».

Como afirma Joseph Jungmann:

«En todas las liturgias conocidas, el núcleo de la *eucaristía*, y por lo tanto de la Misa, está formado por la narrativa de la institución y las palabras de la consagración. Nuestra primerísima observación a este respecto es el hecho destacable de que los textos que cuentan la institución, entre ellos en particular los más antiguos (bien sean transmitidos o reconstruidos por estudios comparativos), nunca son simplemente un texto de la Escritura restablecida. Se remontan a la Tradición prebíblica. Encaramos aquí una consecuencia del hecho de que la Eucaristía era celebrada mucho antes de que los Evangelistas y S. Pablo se propusieran escribir el relato del Evangelio.»

En verdad, uno podría sospechar que los relatos escriturarios evitaron intencionalmente dar la forma correcta para que no fuera profanada. Oigamos nuevamente a Santo Tomás de Aquino:

«Los Evangelistas no se proponían transmitirnos las formas de los sacramentos las cuales en la Iglesia primitiva habían de conservarse ocultas, como observa Dionisio al cierre de su libro sobre la jerarquía celeste: su objetivo era escribir la historia de Cristo» (*Summa* III, 78, Art. 3)<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> El hecho de que los eruditos modernos hayan revisado la fecha de los escritos de Dionisio no cambia nada. Tales eruditos parecen estar más interesados en fechar las obras que en comprender su contenido.

Nadie puede dudar que la nueva Iglesia ha ido contra la tradición así como contra los decretos de los concilios ecuménicos y contra el catecismo del concilio de Trento al cambiar la forma del sacramento. *No* es una materia a debatir si tiene derecho a hacerlo:

«A la Iglesia le está prohibido cambiar, o incluso tocar, la materia o la forma de cualquier sacramento. Puede, en verdad, cambiar o abolir o introducir algo en los ritos no esenciales o en las partes «ceremoniales» usadas en la administración de los sacramentos, tales como las procesiones, plegarias o himnos antes o después de que las palabras efectivas de la forma sean recitadas...»

Papa León XIII, *Apostolicae Curae*.

Los defensores de la nueva Iglesia argüirán, por supuesto, que esa es una opinión, y al igual que la forma misma, que no es parte de lo que es calificado *de fide*. Si esto es verdad o no, cuando llegamos a la «substancia» de la forma, ya no es posible ningún debate. La «Substancia» de un sacramento se dice que consiste en aquellos elementos que son absolutamente necesarios a fin de que el sacramento sea efectivo. Evidentísimamente la afirmación «Este es Mi Cuerpo; Esta es Mi Sangre» son sustanciales y no pueden ser suprimidas. Ahora bien, la Iglesia nunca ha definido absolutamente cuáles palabras son esenciales a la forma del sacramento, y los teólogos han debatido este asunto durante todas las épocas<sup>23</sup>. Sto. Tomás de Aquino y la gran mayoría de los teólogos anteriores al siglo XX pretenden que todas las palabras pertenecen a la «substancia del sacramento».

«Es bien sabido que no pertenece a la Iglesia ningún derecho en absoluto a innovar nada sobre la substancia de los sacramentos.»

Papa San Pío X, *Ex quo nono*.

«(El concilio de Trento) declara, además, que siempre ha estado en la Iglesia el poder de que en la administración de los sacramentos, *sin violar su substancia*, ella puede determinar o cambiar cualquier cosa que pueda juz-

---

<sup>23</sup> La diferencia entre lo que es «esencial» y lo que es «substancial» no es pertinente al asunto que nos ocupa, pero será tratada brevemente en los párrafos siguientes.

gar como siendo más conveniente para el beneficio de aquellos que lo reciben...»

*Sesión XXI, Capítulo 2.*

La encrucijada del debate sobre la «substancia» se resuelve alrededor de la cuestión del «significado». En el *Novus Ordo Missae*, cuando se dice en latín, nadie puede afirmar absolutamente que la substancia de la fórmula ha sido alterada. Las frases que se han agregado o suprimido no cambian claramente ni necesariamente el significado de las palabras. Sin embargo, en la versión vernácula (en todos los diversos idiomas usados), como lo mostraremos, el significado, y por ende la «substancia», ha sido alterado. Ahora bien

«Está claro que si se suprime alguna parte substancial de la forma sacramental, se destruye el sentido esencial de las palabras; y por consecuencia el sacramento es inválido.»

Sto. Tomás, *Summa* III, Q. 60, Art. 8

«Si alguien omite o cambia algo en la forma de la consagración del Cuerpo y Sangre, y en este cambio de palabras no quiere decir lo mismo, entonces no efectúa el sacramento.»

*De Defectibus, Missa Rom.*

Otro argumento adelantado por los modernistas es que en los varios ritos que existen (alrededor de setenta y seis en total), y que la Iglesia siempre ha reconocido como válidos, las formas consagatorias varían grandemente. Esto es, por supuesto, una verdad a medias. Hay variaciones menores. Algunas tienen la frase «que será entregado por vosotros», y otras omiten el *Mysterium fidei*, «Misterio de Fe». (Esta frase se dice por tradición que fue insertada por los apóstoles, una inserción que estaba enteramente dentro de su función hacer —y este hecho explica quizás por qué no se encuentra en todas las setenta y seis «formas» conocidas). Después de todo, fueron los apóstoles quienes establecieron estas diferentes formas en las diferentes partes

del mundo, y no Bugnini y sus secuaces. En nota de pie de página enumeramos algunas de estas<sup>24</sup>.

En cualquier caso, dentro del rito romano —y es dentro de este armazón donde nosotros «vivimos y respiramos» en Occidente— la «forma» tradicional del sacramento ha sido fijada desde tiempo inmemorial; y ha sido «codificada» en los cánones de los concilios ecuménicos y proclamada en el catecismo del concilio de Trento. Cambiarla es un pecado grave.

«Así en la forma de la Eucaristía, *porque este es Mi Cuerpo*... la omisión de la palabra *porque*... no es causa de que el sacramento sea inválido; aunque quizás el que hace la omisión puede pecar de negligencia o de contumacia» (*Summa* III, Q. 60. Art. 8).

«Si alguien omite o cambia algo en la forma de la Consagración del Cuerpo y Sangre, y, en este cambio de palabras, las palabras no significan lo mismo, entonces no efectúa el sacramento. Si se agregan palabras que no alteran el significado, entonces el sacramento es válido, pero el celebrante comete un pecado mortal al hacer tal adición»

*Missale Romanum, De Defectibus.*

---

<sup>24</sup> Bizantina: «Esta es Mi sangre del Nuevo Testamento, la cual es derramada por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados».

Armenia: «Esta es Mi sangre del Nuevo Testamento, la cual es derramada por vosotros y por muchos para la expiación y el perdón de los pecados».

Copta: «Porque esta es Mi sangre del Nuevo pacto, la cual será derramada por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados».

Etiopé: «Esta es Mi sangre del nuevo pacto, la cual es derramada por vosotros y por muchos para el perdón del pecado».

Siria: «Esta es Mi sangre, del nuevo pacto, la cual será vertida y ofrecida para el perdón de los pecados y la vida eterna vuestra y de muchos».

Maronita: Como el rito latino.

Caldea: «Esta es Mi sangre del Nuevo pacto, el misterio de la fe, que es derramada por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados».

Malabar: «Porque este es el cáliz de mi sangre del Testamento Nuevo y Eterno, el Misterio de la Fe, que es derramada por vosotros y por muchos para la remisión de los pecados».

Se argüirá, por supuesto, que toda esta insistencia sobre el uso de las palabras correctas es una suerte de «legalismo», y que tiene poco que ver con el «amor» del cual Cristo nos dio testimonio. Después de todo, ¿qué son unas pocas palabras aquí y allá? Sin embargo, si admitimos esta posición debemos admitir que la Contrarreforma entera fue absurda. Y ciertamente debemos admitir también que los múltiples «ritos» luteranos y anglicanos han sido válidos desde el día en que fueron instituidos. Debemos admitir también que las ordenaciones anglicanas son válidas —y en verdad, como lo ha pretendido Bernard Haring, que los ministros luteranos (al menos los de Europa, pues esta secta no tiene «obispos» en América) están también válidamente ordenados. Y ciertamente entonces, también podemos cambiar un poco por doquier —o ya puestos, podemos cambiar mucho— de las palabras de la Escritura. Omitamos unos pocos de los «no» en los Diez Mandamientos. «Piquemos y escojamos» al contento de nuestro corazón. La cosa importante de la que hay que darse cuenta es que los Reformadores hicieron estos cambios precisamente para negar la naturaleza sacrificial de la Misa. El *Novus Ordo* sigue estos cambios significativos casi palabra por palabra. La Misa es, después de todo, una de nuestras posesiones más sagradas. Como ha dicho el Papa Inocencio I en el año 416:

«Quien no conoce ni considera que lo que fue entregado a la Iglesia romana por San Pedro, el Príncipe de los apóstoles, y que hasta el momento es conservado (por ella), debe de ser observado por todos, y que no debe ser sustituida ni agregada ninguna práctica...»

¿Y cómo puede lo que es un pecado mortal un día ser otra cosa que un pecado mortal al día siguiente? ¿Cómo puede la Iglesia «constante» devenir tan «voluble»? Prescindiendo de cómo vemos nosotros estas cuestiones, hay una cosa que está clara a partir de todo cuanto se ha dicho hasta aquí. La nueva Iglesia posconciliar ha cambiado la forma del sacramento. Esto es en sí mismo un acto sumamente cobarde, prescindiendo inclusive de las consideraciones de su validez. Atacando así al corazón de la Misa la nueva Iglesia a la vez se declara y se muestra a sí misma como siendo un «saqueador» de todo cuanto es más sagrado. Con este acto se ha atrevido a alterar las palabras mismas de Cristo; ha ido contra la Tradición y contra la costumbre apostólica; ha alterado las costumbres y disciplinas que tenían la adhesión de los Padres de la Iglesia y de innumerables santos; ha menospreciado las enseñanzas de los concilios ecuménicos y ha ido contra el concilio de Trento; ha desobedecido nu-

merasas leyes y afirmaciones que se encuentran en los diferentes órganos del Magisterio de enseñanza. Cuando se levantan voces de censura, la nueva Iglesia protesta a voz en grito que «¡Es válido; es más escritural; está adaptado a las necesidades del hombre moderno; y ayuda a promover la unidad!». ¿La unidad con quién? Pero tenemos que considerar todavía con más detalle la cuestión de la «substancia». Si los cambios son menores y «accidentales», no importa cuán ofensivos sean, la fórmula todavía puede ser válida. Si los cambios son «sustanciales», si el significado de la fórmula ha sido cambiado, entonces, claramente, no hay confección de las Sagradas Especies.

Según Sto. Tomás:

«Algunos han mantenido que solo las palabras «Este es el Cáliz de mi Sangre» pertenecen a la substancia de la forma, pero no las palabras que siguen. Ahora bien, esto parece incorrecto, porque las palabras que siguen son determinaciones del predicado, es decir, de la sangre de Cristo; por consecuencia, pertenecen a la integridad de la expresión. Y sobre este particular otros dicen con más exactitud que todas las palabras que siguen son de la substancia de la forma hasta las palabras «Tan a menudo como hagáis esto» (sin incluir estas palabras, pues el sacerdote deja el cáliz cuando llega a ellas -Ed.). Por esto es por lo que el sacerdote pronuncia todas las palabras, bajo el mismo rito y manera, teniendo el cáliz en sus manos.» (*Summa*, III, Q. 78, Art. 3).

La mayoría de los teólogos de la Iglesia están de acuerdo con esta posición, a saber, que la forma del sacramento ha sido fijada desde tiempo inmemorial, y que la «substancia» incluye todas las palabras especificadas arriba. De acuerdo que hay algunos otros, tales como S. Buenaventura y Cayetano que han sostenido que las palabras «Este es el Cáliz de Mi Sangre» bastarían para la Validez (siendo estas palabras esenciales), aunque debe señalarse de pasada que cuando el Papa S. Pío V ordenó que se publicaran las obras de Cayetano, ordenó también que esta opinión (y solo esta opinión) fuera retirada de ellas. Además, incluso los cayetano-tomistas admiten que estas últimas palabras (es decir «que será derramada por vosotros y por muchos...») pertenecen en verdad a la substancia de la forma, aunque nieguen su necesidad para al validez. Es decir, distinguen entre lo que es de la «substancia» y lo que es de la «esencia». De aquí que afirmen que mientras que estas últimas palabras no



son esenciales para la validez del sacramento, son, sin embargo, necesarias para la integridad y plenitud de la forma, y pertenecen por lo tanto a la substancia. Parece-  
ría, entonces, que la nueva Iglesia no solo ha atacado y cambiado la forma del sa-  
cramento; también ha alterado —en los diversos usos vernáculos— ¡la Substancia!  
La traducción errónea de «*multis*» (por muchos) para hacerla decir «*por todos los  
hombres*» cambia el significado de la fórmula, como lo demostraremos claramente.  
Al hacer esto la Iglesia conciliar agrega agravio sobre insulto. Tal acto es claramente  
ilícito, pues va contra las leyes de la Iglesia y como tal es contrario a la voluntad de  
Dios. Como dice el Padre Joseph Pohle en su Tratado Dogmático sobre «Los Sacra-  
mentos»: «Si la Iglesia hubiera recibido de su Divino Fundador el poder para insti-  
tuir sacramentos, habría recibido también el poder de cambiar la substancia del sa-  
cramento... Pero esto no es así...».

Por supuesto, es teóricamente concebible que la «forma» pueda ser alterada sin  
cambiar al *significado* de la fórmula. En ese caso, la consagración todavía podría te-  
ner lugar. Es un cambio en el significado el que invalida toda posibilidad de confec-  
cionar las Especies —esto es lo que caracteriza un cambio «substancial». La nueva  
Iglesia sostiene que todavía conserva las palabras esenciales «Este es Mi Cuerpo...  
Esta es Mi Sangre». Estas palabras también se han conservado en los servicios de la  
Reforma. Pero es importante recordar que, como dice Sto. Tomás de Aquino, «las  
palabras que siguen a “Esta es Mi Sangre” son determinaciones del predicado». Así,  
si el sacerdote dijera: «Esta es Mi Sangre y con esta afirmación quiero significar un  
símbolo y no la realidad», entonces claramente no consagraría porque la segunda  
frase alteraría el significado del predicado. En el *Novus Ordo Missae*, en la versión  
vernáculo, la sustitución de «*por muchos*» por las palabras «*por todos los hombres*»  
altera claramente el significado del predicado y así «es destruido el sentido esencial  
de las palabras». Siendo esto así, conforme a la opinión de Sto. Tomás de Aquino, se  
sigue que «EL SACRAMENTO ES CLARAMENTE INVALIDADO»<sup>25</sup>.

---

<sup>25</sup> Según el Arzobispo Weakland de Milwaukee, fue Pablo VI quien insistió personalmente en el  
cambio a «por todos los hombres». En una carta al *Sunday Visitor* de 31 de Enero de 1982 afirma:  
«Pablo VI estudió personalmente esta cuestión con sumo cuidado e insistió entonces en que la traduc-  
ción de la frase “*pro multis*” a las lenguas modernas fuera el equivalente de “*por todos los hombres*”  
y no “*por muchos*”. También se reservó para sí la aprobación de la traducción de estas palabras de la  
Institución a todas las lenguas». La práctica aprobada por los obispos norteamericanos insiste en el  
uso de «*por todos*» sólo. «Los hombres» ha sido suprimido de las palabras de la Institución ¡porque  
es «sexista»!

La nueva Iglesia arguye, por supuesto, que «muchos» quiere decir «todos», o algo similar. (Y es digno de destacar, de pasada, que los «Papas» posconciliares han empleado «todos» —*tutti*— cuando han dicho el *Novus Ordo* en lengua vernácula). Arguye que no hay ninguna palabra equivalente a «todos» en arameo, o que cuando Cristo dijo «muchos», realmente quería decir «todos». Citará toda clase de estudios filológicos para probarlo. La primera persona que salió con esta necia idea fue un teólogo protestante llamado Joachim Jeremias (muerto recientemente) que personalmente negaba la doctrina de la Transubstanciación. Incluso un niño sabe la diferencia entre «todos» y «muchos». En cuanto al argumento de que no existe ninguna palabra equivalente a «todos» en arameo, esto se demuestra como falso por referencia al *Porta Linguarum Orientalium*. Ninguna de las setenta y seis formas de la Consagración en una extensa variedad de lenguas emplea «todos» en lugar de «muchos», y, sobre todo, tampoco lo hace la forma griega establecida por los apóstoles<sup>26</sup>. ¿Y es que hemos de cambiar todos los «muchos» que aparecen en la Biblia por «todos»? —esto sería una locura.

Ahora bien, superficialmente puede parecer que el cambio de «muchos» por «todos» no es una cuestión muy importante. Después de todo, ¿qué importa una palabra? El problema es que esta es una palabra muy importante:

«Nada es más peligroso que los heréticos que, mientras que conservan casi todo el remanente de la enseñanza de la Iglesia intacto, corrompen CON UNA SIMPLE PALABRA, como una gota de veneno, la pureza y la simplicidad de la fe que hemos recibido de Dios a través de la tradición y a través de los apóstoles».

León XIII, *Satis Cognitum*.

Para comprender cómo la frase «todos los hombres» altera el sentido de las Palabras de la Consagración, uno debe volver a la enseñanza de la Iglesia sobre la diferencia entre *eficacia* y *suficiencia*. Es una verdad de nuestra fe que Cristo murió por todos los hombres sin excepción. «Y Él es la propiciación por nuestros pecados: y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1 Juan II, 2). Así, Su acto de Sacrificio tiene suficiencia. Es también una verdad de nuestra fe

---

<sup>26</sup> Como nos informa Sto. Tomás de Aquino, «Santiago el hermano del Señor según la carne, y Basilio, Obispo de Cesarea, revisaron el rito de la celebración de la Misa». *Summa* III, Q. 83. Art. 4.

que no todos los hombres se salvan, sino que algunos, en verdad, sufren eterna condenación. «*Los inicuos serán arrojados al infierno, todas las naciones que olvidan a Dios*» (Salmos IX, 18). De aquí se sigue que la *eficacia* o efectividad del acto de Cristo no se comunica a todos los hombres sino solo a aquellos que se salvan efectivamente. Por esto es por lo que Sto. Tomás afirma en *Summa* III, Q. 78, Art. 3 y en otras partes que NO se usó *por todos los hombres*, se usó *por muchos*. Y tal difícilmente fue un lapsus linguae o una opinión casual, pues en el catecismo del concilio de Trento se hace la misma precisión:

«Las palabras adicionales *por vosotros* y *por muchos*, están tomadas, unas de *Mateo* (XXVI, 28) y, otras, de *Lucas* (XXII, 20), pero fueron juntadas por la Iglesia Católica bajo la guía del Espíritu de Dios. Sirven para declarar el fruto y la ventaja de Su Pasión. Pues si nosotros atendemos a su valor, debemos confesar que el Redentor derramó Su sangre para la salvación de todos; pero si atendemos al fruto que la humanidad ha recibido de ella, entonces encontraremos fácilmente que no pertenece a todos, sino solo a muchos del género humano. Así pues, cuando Nuestro Señor dijo *por vosotros*, se refería, bien a aquellos que estaban presentes, o bien a aquellos escogidos de entre los discípulos judíos con los que Él estaba conversando; y cuando agregó y *por muchos*, quería que eso se comprendiera como refiriéndose al resto de los elegidos de entre los judíos y los gentiles. Con toda razón, en consecuencia, no se usaron las palabras *por todos*, pues en este lugar solamente se hablaba de los frutos de la Pasión, y Su Pasión aporta el fruto de la salvación solamente a los elegidos.»

Esta opinión es confirmada, además, por S. Alfonso María de Liguorio:

«Las palabras *Pro vobis et pro multis* (por vosotros y por muchos) se usan para distinguir la virtud de la Sangre de Cristo de sus frutos: pues la sangre de Nuestro Salvador es de valor suficiente para salvar a todos los hombres, pero sus frutos son aplicables solamente a un cierto número y no a todos, y esto se debe a su propia falta. Ahora bien, como dicen los teólogos, esta preciosa Sangre es (en sí misma) suficientemente (*sufficienter*) capaz para salvar a todos los hombres, pero (por nuestra parte) eficazmente (*efficaciter*) no salva a todos —salva solamente a aquellos que cooperan con la gracia.»

*Tratado sobre la Santa Eucaristía*

Esta es, entonces, la enseñanza de la Iglesia. Ha sido siempre la enseñanza de la Iglesia, y como ha dicho el Papa Benedicto XV, gran erudito, la opinión de Sto. Tomás «explica correctamente» el uso de «por muchos» por Cristo como opuesto a «por todos los hombres» (*De Sacrasanctae Missae Sacrificio* II, XIV). Ahora bien, cuando uno ve el cuidado con el que los responsables de escribir el *Novus Ordo Missae* han cambiado los múltiples detalles mínimos de incluso aquellas plegarias que se han conservado, uno no puede suponer que fueran hombres ignorantes. Ciertamente, este error ha sido repetidamente señalado a los responsables, y queja tras queja han sido totalmente ignoradas. ¿Por qué, pues, la persistencia de los «innovadores» en el uso de esta ofensiva tergiversación? La respuesta se ha de encontrar en el nuevo concepto de «unidad» que será discutido en la siguiente sección. Baste decir, por el momento, que es un reflejo de la herejía llamada *apocatástasis*, la falsa doctrina que enseña que vendrá un tiempo en que todas las criaturas libres alcanzarán la salvación: es decir, una restauración final para toda la humanidad. Ahora bien, esta creencia en una *salvación universal* se encuentra entre los anabaptistas, los Hermanos moravos, los cristadelfinos, entre los protestantes racionalistas y entre los universalistas. También es un concepto plenamente teilhardiano. Aunque no está abiertamente expresado en los documentos del Vaticano II, los conceptos de «historia de la salvación», «el nacimiento de un nuevo humanismo» y la idea de que el hombre se salva en tanto que miembro de una comunidad y no en tanto que individuo son todos sumamente evocadores de este error. Conducente también a la aceptación de esta herejía es la idea ecuménica de que aquellos que están fuera de la Iglesia, sin importar lo que crean ni cómo se comporten, tienen «acceso a la comunidad de salvación». Bien podamos probar o no que los «innovadores» se han propuesto enseñar falsas doctrinas o invalidar la consagración, permanece el hecho de que, bajo las circunstancias que hemos señalado, hay implícita una falsa doctrina, se han ignorado las leyes de la Iglesia, se ha contradicho la enseñanza de la Iglesia, y se ha hecho extremadamente dudosa la consagración.

Ahora bien, en la práctica, EL BROTE MISMO DE PREGUNTAS O DUDAS ACERCA DE LA VALIDEZ DE UNA MANERA DETERMINADA DE CONFECCIONAR UN SACRAMENTO —SI ESTA PREGUNTA O DUDA ESTÁ BASADA SOBRE UN APARENTE DEFECTO DE MATERIA O DE FORMA — HARÍA NECESARIA LA ESTRUCTA ABSTENCIÓN DEL USO DE ESA MA-

NERA DUDOSA DE CUMPLIR EL ACTO SACRAMENTAL, HASTA QUE LAS DUDAS FUERAN RESUELTAS. Esta misma afirmación se aplicaría *pari passu* al laicado que recibe el sacramento dudoso. EN LA CONFECCIÓN DE LOS SACRAMENTOS, TODOS LOS SACERDOTES ESTÁN OBLIGADOS A SEGUIR EL «MEDIUM CERTUM»<sup>27</sup>. Como enseña la teología católica tradicional, «Materia y Forma deben ser *verdaderamente validas*. Por lo tanto, uno no puede adherirse a una opinión probable ni usar una materia o una forma dudosas. Si actúa de otro modo, uno comete un sacrilegio»<sup>28</sup>.

No hay que sorprenderse entonces de que los teólogos tradicionales como J. M. Herve instruyen al sacerdote a

«No omitir nada de la forma, no agregar nada, no cambiar nada; guardaos de transmutar, de corromper, o de interrumpir las palabras».

¡Si, ciertamente, guardaos de todo cuando ha hecho la nueva Iglesia!



¿Quién fue entonces el responsable de escribir esta nueva «misa»? Claramente, no fueron los apóstoles, ni tampoco los Padres de la Iglesia, pues fue creada después del concilio Vaticano II. Fue escrita, de hecho, por un comité de individuos reunidos en un «concilium» bajo la dirección de un cierto Arzobispo Annibale Bugnini. Este individuo fue el instigador y persistente abogado de las así llamadas «misas de juventud», y la persona que insistió en la continuación de las «misas ye-yé» en Roma, y quien logró salirse con la suya a pesar de la protesta del Vicario General de Roma, Cardenal Dell'Acqua. Durante el reinado de Juan XXIII antes de que los modernistas hubieran consolidado sus logros, fue destituido de la Universidad Laterana donde era instructor de liturgia, precisamente porque sostenía tales ideas —solo para devenir después secretario de la Congregación encargada de la reforma litúrgica. Bugnini ha afirmado abiertamente que «la imagen de la liturgia según ha sido dada por el concilio es completamente diferente de la que había anteriormente» (*Doc. Cath.*,

---

<sup>27</sup> Citado por Patrick Henri Omlor en su libro *Questioning the Validity of the Masses using the New All-English Canon*, Athanasius Press, Reno, Nevada, 1969.

<sup>28</sup> Rev. Herbert Jones, *Moral Theology*, Newman, Westminster, Md., 1962.

1491, 4 de Enero de 1967). Ahora bien, según Michael Davies, un erudito sumamente cuidadoso, este individuo era y es un ¡FRANCMASÓN!<sup>29</sup> Es bien sabido, por supuesto, que los francmasones han soñado siempre con destruir la Iglesia tradicional, a la vez atacándola desde fuera e infiltrándose por dentro. Esta organización ha sido condenada por todos los Papas desde Clemente XII (1730-1740) a Pío XII y, en la Iglesia tradicional, ser un francmasón es ser EXCOMULGADO automáticamente<sup>30</sup>.

---

<sup>29</sup> Michael Davies, *Pope John's Council*, Augustine Publ. Co., Devon, Inglaterra, 1977. «Un sacerdote puso lo que él aseveraba que era una evidencia documental que probaba que Mons. Bugnini era un masón en las manos del mismo Papa y le advirtió que si no se llevaba a cabo una acción drástica, él estaría obligado en conciencia a hacer públicos los hechos». Lo que siguió fue el «exilio» de Bugnini y la disolución de la Congregación. Habiendo Michael Davies investigado los hechos está dispuesto a salir garante de su verdad.

<sup>30</sup> Para aquellos que están familiarizados con los siglos de conflicto entre la Iglesia Católica y los francmasones, tal hecho es sorprendente. Incluso en el nivel más bajo, entrar en la francmasonería implica un rito en el cual el candidato «entra en la luz proviniendo de la obscuridad». Entonces jura obedecer y mantener en secreto cosas de las cuales es totalmente desconocedor. Tales actos simplemente no son posibles para los católicos. La francmasonería, según el portavoz autorizado F. Limousin (que escribe bajo el seudónimo de Hiram) es una religión. Por citarle:

«La francmasonería es una asociación... una institución... así se dice... pero no es eso en absoluto. Alcemos los velos incluso a riesgo de evocar innumerables protestas. La FRANCMASONERÍA ES UNA IGLESIA: Es la contra-Iglesia, el contra-catolicismo: Es la otra Iglesia —la Iglesia de la HEREJÍA Y DEL LIBREPENSAMIENTO». Se opone a «la Iglesia Católica... la primera Iglesia... la Iglesia del dogmatismo y de la ortodoxia.»

Quienes estén interesados en más información pueden dirigirse a *The Mystery of Freemasonry Unveiled* por el Cardenal de Chile, Christian Book Club of America, Hawthorne, California, 1971.

Considérense ahora las siguientes afirmaciones de Yves Marsaudon, Ministro de Estado, Supremo Concilio de Francia (Rito Escocés de la Francmasonería):

«El sentido de universalismo que es desbordante en Roma en estos días está muy próximo a nuestro propósito para la existencia. Así, nosotros somos incapaces de ignorar el concilio Vaticano II y sus consecuencias... Con todos nuestros corazones nosotros apoyamos la “Revolución de Juan XXIII...” Este valeroso concepto de la Libertad de Pensamiento que yace en el núcleo de nuestras logias francmasónicas, se ha extendido de una manera verdaderamente magnífica bajo la cúpula de la basílica de San Pedro...»

Y de nuevo, afirma en otra parte:

Además, este extraño individuo fue asistido por seis «observadores» no católicos. Nosotros sabemos sus nombres porque Pablo VI les ha dado las gracias públicamente por su ayuda (*L'Osservatore Romano*, 11 de Mayo de 1970)<sup>31</sup>. La nueva Iglesia, por supuesto, ha pretendido persistentemente que su presencia en la junta del «concilio» estuvo estrictamente restringida a su calidad como «observadores», y que no tuvieron ninguna función activa en la creación de la parodia llamada *Novus Ordo Missae*. (*Notitiae*, 1974, pág. 249-252, presenta esta «defensa» en una forma ambigua). Desgraciadamente para los innovadores, esto ha sido desmentido tanto por los «observadores» como por los demás «católicos» presentes. Monseñor Baum ha afirmado que «no fueron simples observadores, sino consultantes también, y participaron plenamente en las discusiones sobre la renovación de la liturgia católica. Su presencia no habría tenido sentido si hubieran sido solamente oyentes; también contribuyeron». Como Canon Jasper, uno de los observadores no católicos, ha dicho en una carta a Michael Davies fechada el 10 de Febrero de 1977:

«Sin embargo, después del almuerzo, nosotros siempre nos reuníamos informalmente con los *periti* (expertos) que habían preparado la agenda, y en estos encuentros se nos autorizaba muy ciertamente a hacer comentarios, sugerencias y críticas. Pertenecía, por supuesto, a los *periti* decidir si algunas de nuestras observaciones debían ser introducidas en las discusiones ge-

---

«Nacida en nuestras logias masónicas, la libertad de expresión se ha extendido ahora bellamente sobre la cúpula de la basílica de San Pedro... esta es la Revolución de Pablo VI. Está claro que Pablo VI, no contento con seguir meramente la política de su predecesor, se propone ir, de hecho, mucho más lejos...»

¡Tanto «sobre» como «bajo» la cúpula de la basílica de San Pedro! No hay necesidad de decir que la nueva Iglesia ha levantado oficialmente la prohibición a los católicos de ser francmasones y los «católicos» pueden unirse libremente a las logias masónicas en tanto que no conspiren contra la Iglesia. Por supuesto, los francmasones no tienen ninguna intención de conspirar contra la Iglesia posconciliar —esta es un instrumento en sus manos, lo sepa o no.

<sup>31</sup> La fotografía de Pablo VI con estos seis heréticos aparece publicada en esta fuente, así como su famosa afirmación de que la nueva «misal» ha revisado «de una nueva manera textos litúrgicos ratificados y probados por un largo uso, o ha establecido fórmulas que son completamente nuevas... impartiendo (así) un mayor valor teológico a los textos litúrgicos a fin de que la *lex orandi* se conforme mejor con la *lex credendi*». Así pues, o bien los textos anteriores a 1969 no poseían el grado de valor teológico que era de desear, o bien se había cambiado la *lex credendi*.

nerales del «concilium». Pero estos encuentros informales se desarrollaban en perfecta libertad —una completa libertad para todo— y los intercambios de opinión eran muy abiertos...»<sup>32</sup>

Y tenemos así una «misa» que bien podría llamarse la «misa de Bugnini», un servicio que es verdaderamente «ecuménico» y que está plenamente aprobado por el «Concilio de las Iglesias del Mundo», cuyo representante estaba presente también en su creación, una forma de culto que puede ser descrita como un «BANQUETE FRANCMASÓNICO», una «misa» creada con la asistencia de apóstatas excomulgados y de otros individuos que no solamente no creen en la Presencia Real, sino que negaban también muchas de las demás enseñanzas de la santa madre Iglesia. Bugnini ha dicho que «la reforma litúrgica es una conquista magna de la Iglesia Católica» (*Notitiae*, Abril de 1974, pág. 126). Uno se pregunta simplemente quién es el conquistador. No es de extrañar entonces que sea de hecho una monstruosidad.

Seamos completamente claros. Por escandaloso que sea todo esto, nuestra crítica del *Novus Ordo Missae* está hecha solamente sobre la base teológica. Sería una disipación argüir que sus autores no eran ni siquiera católicos, pues teóricamente es incluso posible que Satán salga con algo que es válido a su pesar.



Ahora bien, frente a los hechos aquí presentados, uno debe preguntarse legítimamente que tenía que decir Pablo VI sobre todo esto. Citémosle directamente:

«Estaría bien comprender los motivos para un cambio tan grande introducido (en la misa)... Es la voluntad de Cristo. Es el soplo del Espíritu que llama a la Iglesia a su mutación...» (*Audiencia general*, 26 de Noviembre de 1969).

Pablo VI, al usar el término «mutación» prescindiendo de sus implicaciones científicas de anormalidad, ha usado un término familiar a cualquiera que esté instruido en teología. Es el término usado al tratar justamente de los procedimientos que pueden invalidar el sacramento. Para citar al Padre Felix Cappello, S. J., de la Uni-

---

<sup>32</sup> *Itinéraires* (París), Abril de 1977.



versidad Gregoriana, en su texto *De Sacramentis: Mutatio substantialis materiae aut formae semper reddit invalidum sacramentum* («una mutación substancial en la materia o en la forma del sacramento siempre lo hace inválido...»). Y continúa: *Accidentaliter contra, nunquam officit valori sacramenti; set culpam inducit, gravem vel modo voluntaria sit, pro mutationis gravitate aut parvitate* («cambios accidentales, sin embargo, no afectan a la validez del sacramento, pero son pecaminosos, dependiendo la gravedad del pecado de la seriedad del cambio, y de si es o no voluntario...»).

Pablo VI es, por supuesto, plenamente responsable de la introducción del *Novus Ordo Missae*, bien lo escribiera personalmente o no. Como ha afirmado el Cardenal Heenan en el prefacio a la traducción inglesa del texto:

«Es importante comprender que la revisión ha sido llevada a efecto bajo la supervisión personal del Santo Padre.»

¿Cuál es, entonces, el concepto de la Misa que tiene Pablo VI? Volvamos a su descripción o definición según se da en la Sección 7 de su Constitución Apostólica:

«La Cena del Señor es una asamblea o reunión del pueblo de Dios, con un sacerdote que preside, para celebrar el memorial del Señor. Por esta razón la promesa de Cristo es particularmente verdad de una congregación local de la Iglesia: “donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos”.»<sup>33</sup>

¡Cuán similar es esta definición a la de Cranmer!:

«Cristo está presente dondequiera que la Iglesia Le hace oración, y se reúne en Su nombre. Y el pan y el vino se hacen para nosotros el cuerpo y la sangre de Cristo (como en su “Libro de la Plegaria Común”), pero no cambiando la substancia del pan y del vino en la substancia natural del cuerpo y la

---

<sup>33</sup> Esta es la definición dada en la primera edición de la Constitución Apostólica. Después ha sido «revisada», pero los responsables de la revisión han dejado claro que el cambio no altera el significado o la intención teológica esencial.

sangre de Cristo, sino a fin de que en el piadoso uso de ellos, puedan ser para los receptores el cuerpo y la sangre de Cristo...»

*The Works of T. Cranmer, Vol. I*

Volviendo de nuevo a la Constitución Apostólica sobre el *Novus Ordo*, este documento de Pablo VI contiene otras afirmaciones tales como: «la Misa es la acción culminante por la cual Dios en Cristo santifica al mundo y los hombres adoran al Padre...», ninguna de las cuales afirmaciones nos ayuda a comprender la definición de la Misa de Pablo VI en ningún otro sentido que el significado por las palabras que usa en el párrafo 7. Leyendo un poco más, encontramos que «la plegaria eucarística, una plegaria de acción de gracias y de santificación, es el centro de la celebración entera», y el párrafo 48 afirma: «cuando (Cristo) instituyó el sacrificio y comida pascual, lo transmitió a sus discípulos para que ellos lo hicieran en memoria suya». Ahora bien, aunque hay todavía algunas alusiones a la naturaleza del Sacrificio como «debe» comprenderlo un católico, son solamente alusiones. La palabra «Transubstanciación» esta notoriamente ausente y la única referencia a la Presencia Real aparece en una nota de pie de página —la número 63— la cual a su vez se remite sin citarle al concilio de Trento. Uno se acuerda aquí de las palabras de Lutero: «Llamadla bendición, eucaristía (que significa “acción de gracias”), la Cena del Señor, la mesa del Señor, la memoria del Señor, o como quiera que gustéis, con tal de que no la manchéis con el nombre de un sacrificio o de un acto». Como han afirmado los miembros del Sínodo Episcopal:

«Por una serie de equívocos el énfasis se ha puesto obsesivamente sobre la “cena” y el “memorial” en lugar de ponerlo sobre la renovación incruenta del Sacrificio del Calvario.»

En cuanto a la afirmación de que Nuestro Señor está presente en la Misa porque «dos o tres se han reunido en Su nombre», esto implicaría, ciertamente, que Él está igualmente presente —y en el mismo sentido— en cualquier servicio protestante —o ¿por qué no?, en mi casa durante las oraciones vespertinas. Y si esto es así, ¿cuál es entonces el propósito de la Misa? Aquí, nuevamente, el *Novus Ordo* nos sugiere una respuesta herética —nótese que no decimos *da*, sino solamente *sugiere*— «una postura común, como un signo que expresa y alimenta a la vez el espíritu interno y el propósito de la comunidad...» (Párrafo 20).

Pablo VI ha afirmado que la «nueva Misa» ha sido «mandada» por el concilio Vaticano II:

«La reforma que está a punto de ser llevada a efecto es, por tanto, una respuesta a un mandato autoritativo de la Iglesia. Es un acto de obediencia. Es un acto de coherencia de la Iglesia consigo misma. Es un paso adelante para su tradición auténtica. Es una demostración de fidelidad y de vitalidad, a la cual debemos darle todos un pronto asentimiento.»

*Alocución, 26 de Noviembre de 1969*

Ahora bien, no hay ninguna evidencia de que los Padres del concilio hayan considerado alguna vez algo como el *Novus Ordo Missae* cuando firmaron la Constitución sobre la Sagrada Liturgia. Aparte de algunos individuos como el Cardenal Leinart y su camarilla, la mayoría, sin duda, se habrían horrorizado ante lo que estaba aconteciendo. Oigamos las palabras del Arzobispo R. J. Dwyer:

«¿Quién iba a pensar aquel día (cuando los Padres del concilio votaron la Constitución sobre la Sagrada Liturgia) que en el plazo de unos pocos años, mucho menos de una década, el pasado latino de la Iglesia sería prácticamente borrado, que sería reducido a un recuerdo marchitándose a medio plazo? El pensamiento de ello nos habría horrorizado, pero parecía tan lejos del dominio de lo posible como para que fuera ridículo. Así pues, nosotros ni siquiera lo tomábamos en serio.»

*Twin Circle, 26 de Octubre de 1973*

La Constitución afirma que «la liturgia está hecha de elementos inmutables divinamente instituidos y elementos sujetos al cambio». Ciertamente, los «elementos inmutables» se referían al Canon y sobre todo a la forma y la sustancia de sacramento. Cuando uno lee el *Novus Ordo*, encuentra que los únicos elementos inmutables son palabras tales como «alleluia» (¿por qué no en lengua vernácula?), y algunas plegarias tales como el Padrenuestro y el Gloria<sup>34</sup> que siempre han sido aceptables para los protestantes. En verdad, tal opinión viene a ser reforzada si uno lee el *Coun-*

---

<sup>34</sup> En latín el *Gloria* se ha mantenido intacto. En lengua vernácula se ha traducido mal y se han suprimido amplios segmentos.

*cil Daybook* (el *Diario del concilio*, una especie de cuaderno de bitácora), del día 5 de Noviembre de 1962 donde se afirma que «se insistió en que el Canon de la Misa, especialmente, debía permanecer intacto...».

Volviendo a la afirmación de Pablo VI citada arriba, hemos de notar que si nosotros somos «fieles» y «vitales» daremos nuestro «pronto asentimiento». No estoy seguro sobre lo que significa ser «vital», pero estoy seguro de que si nosotros somos fieles, nunca daremos nada sino nuestro pronto rechazo. En cuanto a que los cambios tienen algo que ver con la «tradición auténtica», esto es patentemente absurdo. ¿Desde cuándo ha sido tradicional tontear con el Canon y cambiar las palabras mismas de Cristo?



¿Qué ha quedado, entonces, de la Misa tradicional después de todos estos cambios? ¿Cuáles son los elementos que han quedado para dar a la «parodia» alguna apariencia de la cosa real? Después de que el «presidente» entra en el santuario y dice «buenos días» (la señal de la cruz es una rareza), comenzamos con una confesión truncada que se hace a «nuestros hermanos y hermanas». Como los anglicanos, nosotros no confesamos ya a la bienaventurada Virgen, a los ángeles y a los santos. Se nos ha suprimido, o mejor dicho, se nos ha negado la fórmula tradicional de la absolución sacramental que comienza con «*Indulgentiam...*» (¿Debemos venir a la «cena» con las manos sin lavar?). Procedemos entonces a la «Liturgia de la Palabra» (otro concepto de la Reforma como ya lo hemos señalado anteriormente) o «Lecturas escriturarias» tomadas de las nuevas y falsas traducciones, intercaladas con un «Salmo responsorial» tal como Lutero lo introdujo en su servicio de culto. (El uso de tres lecturas de la Escritura en lugar de dos es también una innovación luterana). Todavía se nos permite el *Gloria* (falsa e incompletamente traducido —con el énfasis de que la paz se da a «*todos los hombres*» y no a «*los hombres de buena voluntad*»). Entonces decimos el *Credo* (como hacen los luteranos y los anglicanos) pero con el «comunitario» «nosotros creemos...» y no en correcto «yo creo...». Tenemos después algunas plegarias «rogativas», en las cuales el sacerdote o los miembros escogidos de la «comunidad» nos sugieren o nos piden que oremos por algunas intenciones (a

menudo completamente profanas)<sup>35</sup>. Después de esto viene un sermón. En una comunidad «ecuménica», este sermón puede ser dado incluso por un clérigo protestante invitado; de otro modo consiste en una lección de la «nueva teología». El contenido espiritual y ortodoxo es una rareza casi inaudita. Entonces uno o dos laicos son escogidos al azar para que lleven a la «mesa» los sagrados vasos. A nosotros se nos solía enseñar que solo quienes poseían Órdenes Sagradas o los sacristanes podían manejar estos vasos tan sagrados. Así pues, estos «dones» son aportados juntamente con el dinero de la colecta semanal y ahora tenemos el «ofertorio» según se concibe en el *Novus Ordo*.

Acto seguido viene la «Liturgia de la Eucaristía». Es menester advertir un punto sutil (¿realmente es tan sutil?). La «misal» está dividida en la «Liturgia de la Palabra» y en la «Liturgia de la Eucaristía». ¡Cuán agradable es la palabra eucaristía, y cuánto la aman los modernistas! Significa *acción de gracias* y puede ser usada para disfrazar su falta de creencia. En efecto, estos nos enseñan que las sagradas especies *no* son la «Palabra (el Verbo) hecha carne», y que es en la Escritura solamente donde se puede encontrar la Palabra (el Verbo) de Dios. Por supuesto, nosotros ya hemos sido «suavizados» por el cambio en el énfasis. Después de todo el sagrario ha sido reemplazado por la Biblia.

La Liturgia de la Eucaristía se inicia con la plegaria «*Benedictus Tu Deus...*» (Bendito seas, oh Dios, Rey del universo), que, como ya hemos señalado más atrás, es la «gracia antes de las comidas» judía. A partir de aquí, nos introducimos en uno de los «cánones» sintéticos seguido por la *Narratio institutionis* (Narración de la institución). La dudosa consagración es seguida por la «Proclamación del Misterio de la Fe»: «¡Cristo ha muerto, Cristo ha resucitado, Cristo vendrá de nuevo!». ¿Y qué tiene que ver tal afirmación con el hecho de que Cristo esté presumiblemente presente sobre la «mesa» en ese mismo momento? ¿Es esta aclamación una negación de que la transubstanciación ha acaecido? Pero entonces, ay, es de ambigüedad de lo que la nueva Iglesia se alimenta.

Sigue la comunión. Ya no está permitido arrodillarse (los anglicanos también lo prohibieron). Cuando el sacerdote distribuye la «hostia», ya no dice el tradicional

---

<sup>35</sup> Las «plegarias rogativas» fueron introducidas por Enrique VIII con la intención de usar peticiones cuidadosamente redactadas en la lengua vernácula por medio de las cuales los pensamientos de la gente serían dirigidos en los canales políticos y religiosos correctos. Para un estudio completo del asunto ver Hugh Ross Williamson, *A Revision to the Reforms of Cranmer, the Modern Mass*, TAN Rockford, Ill., 1971.

*Corpus Domini nostri Jesu Christi...* «el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo...». Frecuentemente usa la palabra «eucaristía». Además, se nos «anima» a que tomemos la comunión en la mano, acto por el cual también abogó Lutero, y la distribución se lleva a efecto por «administradores extraordinarios de la Eucaristía», que, de hecho, son hombres y mujeres laicos sin manos consagradas. En algunas de las parroquias más «avanzadas», donde se ha «consagrado» pan ordinario (otra innovación luterana), nosotros mismos podemos escoger nuestro pedazo de una cesta, y dejar a las «migas» caerse donde quieran. Durante y después de la Comunión se nos regalan los oídos con los más recientes «aires populares» (siendo la «Gumbayá» uno de los favoritos —aunque me han dicho que esta cita me hace estar «pasado de moda») acompañados por guitarras malamente tocadas.

Ahora bien, he omitido solamente dos detalles. El *Padrenuestro* con su «doxología», («pues Tuyo es el Reino, tuyo el poder y la gloria...»), una frase perfectamente legítima, pero una frase sobre la que siempre han insistido los protestantes)<sup>36</sup>, y el «beso de la paz», en el cual se nos anima a saludar a nuestros vecinos y a intercambiar con ellos amenidades mundanales tales como los números de teléfono. (¡Algunas iglesias han tenido que poner un tiempo límite a esta actividad comunitaria!). Concluimos con una bendición final (recibida también de pie) y salimos con el acompañamiento de guitarras y panderetas.

Compréndase bien, en todo esto no me he referido en ninguna parte a los así llamados «abusos» a los cuales el *Novus Ordo* está sujeto. Por supuesto, según la *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, «la autoridad eclesiástica territorial competente» puede permitir «adaptaciones de la liturgia aún más radicales». Este mismo poder — el ordinario local en la práctica— puede conceder el permiso para «los experimentos preliminares necesarios durante un periodo determinado». Cuando los desconcertados católicos protestan ante una «misa-baile» o una «misa-yoga», se les informa de que se está haciendo con el permiso de la autoridad apropiada sobre una base experimental. Sin embargo, no son los «abusos» llevados a efecto con el permiso episcopal (o con su descuido), y bajo «obediencia» lo que hemos estado abordando en los

---

<sup>36</sup> Aquellos de nosotros que fuimos a la escuela «pública» en América, durante una época durante la cual se permitía todavía rezar en la clase, recordarán que el padrenuestro se decía en común con los protestantes, pero que esta doxología era dicha solo por ellos. Los estudiantes católicos se quedaban callados. Esta práctica «tonta» fue una de las primeras cosas que suscitó mi interés por la Iglesia católica.

parágrafos que preceden, sino la nueva parodia de una misa como la dicen los sacerdotes conservadores con «decoro y dignidad».

Por supuesto, se hizo provisión para aquellos sacerdotes que no querrían aceptar los cambios. Eran libres de decir la antigua Misa *sine populo* —es decir, solo y en retiro (otra innovación, no hay necesidad de decirlo, como lo ha señalado el Cardenal Ottaviani). Es una pena que muchos sacerdotes ancianos —y muchos que no lo son tanto— se hayan acogido a esta opción; en lugar de ser focos de resistencia ante estos cambios estúpidos, se retiraron a la oscuridad (con total sostén financiero por parte de la nueva Iglesia). En cuanto al laicado, a ellos no se les extendió tal caridad. La Misa tradicional les fue y les está prohibida. «El *Novus Ordo* ha sido promulgado para ocupar el lugar del viejo...» como nos ha instruido Pablo VI. Uno se acuerda aquí de las palabras de Thomas Cromwell, el conquistador de Irlanda:

«Preferiría que el mahometismo fuera permitido entre nosotros a que uno de los hijos de Dios fuera perseguido... Yo no interfiero con la conciencia de ningún hombre. Pero si por libertad de conciencia queréis decir libertad para ejercer la Misa, juzgo que es mejor jugar claro, y haceros saber... que eso no será permitido.»

*English liberty*, 1650

Y, sin embargo, a pesar de esto, Pablo VI nos asegura:

«Que todos comprendan bien que nada ha sido cambiado en la esencia de nuestra Misa tradicional... no hay nada, absolutamente nada de esta idea... el nuevo rito, la Misa es la misma de siempre... si algo (ha cambiado), su identidad se ha hecho más reconocible en algunos de sus aspectos... es en el nombre de la tradición como pedimos a todos nuestros hijos e hijas, a todas las comunidades católicas, que celebren con dignidad y fervor la liturgia renovada...»

*Alocución*, 26 de Noviembre de 1969 y  
*Custos, Quid de Nocte*.

Se ha dicho suficiente del *Novus Ordo Missae* como para mostrar que es en verdad una PARODIA creada como una sustitución destinada a reemplazar nuestra Misa tradicional. Pero es solamente una imitación o una contrahechura. Es, de hecho,

una farsa creada por aquellos que han usurpado la función magisterial; es un «sopicaldo» y un «juego de Navidad» para engatusar a los fieles. Podría decirse mucho más. Su fealdad es proverbial; es aburrida y torpe; ha introducido el lenguaje y las maneras del mercado en el santuario; ha «expelido» a miles de jóvenes, pero ¿para qué todo esto si el lector no está convencido a estas alturas? Un último punto requiere mención. ¿Aceptarían alguna vez los católicos tradicionales alguna forma de acomodamiento con la nueva «misas»? ¿Aceptarían una situación donde uno pudiera escoger a qué servicio iría —una especie de situación que existe en la Iglesia anglicana donde algunos son de creencia «alta» y otros lo son de «baja»? (Esto no implica que los anglicanos «altos» tengan una misa válida). La respuesta debe ser ¡NO! Uno no puede mezclar aceite y agua. Tal *aggiornamento* sería tan falso como uno hecho con los luteranos o con los unitaristas. La razón es simple. No es una cuestión de intolerancia. La nueva «misas» no es católica ni nunca podrá serlo, y nosotros «no podemos llevar el yugo con los infieles»<sup>37</sup>. Uno no puede hacer nada mejor que concluir esta sección con una cita del Doctor angélico:

---

<sup>37</sup> A riesgo de ser «machacón», y con motivo de completar nuestra intención de probar todas las aseveraciones que hemos hecho al comenzar esta sección, debemos mostrar que, en la traducción, el *Novus Ordo* enseña la herejía manifiesta. Esto se ve en la «Anáfora IV» en la cual el latín mismo es inocuo, pero donde la traducción del «ICEL» es herética. Considérese el pasaje siguiente:

#### **Novus Ordo**

«En verdad es justo darte gracias, y deber nuestro glorificarte, Padre Santo, porque tú eres el único Dios vivo y verdadero...»

#### **Canon tradicional**

«Verdaderamente es digno y justo, equitativo y saludable, que te demos gracias en todo tiempo y lugar a Ti, Señor Santo, Padre omnipotente, Dios eterno, que con tu unigénito Hijo y con el Espíritu Santo eres un solo Dios y un solo Señor, no con unidad de persona, sino en la Trinidad de una misma substancia...»

Considerando el hecho de que como dice Jungmann «toda la enseñanza de la Iglesia está contenida en la liturgia», (*Handing on the Faith*), esta es una pieza sumamente instructiva de fraudulencia. En la versión latina del *Novus Ordo* las palabras «*Unus Deus*», o «Único Dios... vivo y verdadero», se encuentran tales cuales y no se enseña ninguna herejía explícita. No obstante, incluso en la versión latina no se enseña a los fieles claramente la doctrina de la Trinidad. Es verdad que esta doctrina es mentada en el Credo, pero ciertamente allí no está expresada con la misma precisión y claridad de pensamiento (¡Cuán notoria es la economía de lenguaje usada en nuestro Canon tradicional!). Cuando se hace uso de la Anáfora IV, esta doctrina no se enseña en ninguna otra parte. Cuando llegamos a la versión vernácula, la traducción del *Unus Deus* como «Tú eres el único Dios» es una enseñanza clara



«La falsedad en el culto externo procede de la persona que lo ofrece, y especialmente en el culto común que es ofrecido por los ministros en representación de toda la Iglesia. Pues de igual modo que sería culpable de falsedad quien en nombre de otra persona profiriera cosas que no se le han confiado, así también incurre en la culpa de falsedad un hombre que, en nombre de la Iglesia, rinde culto a Dios contrariamente a la manera establecida por la Iglesia o por la autoridad divina, y de acuerdo a la costumbre eclesiástica. De aquí que diga S. Ambrosio: “Es indigno quien celebra el misterio de otro modo que como Cristo lo transmitió”.»

*Summa* II-II Q. 93, a. 1

Como dijo S. Basilio en la época de la herejía arriana:

«Las gentes religiosas guardan silencio, pero se deja suelta toda lengua que blasfema. Las cosas sagradas son profanadas; aquellos de los seglares que están firmes en la fe evitan los lugares del culto como escuelas de impiedad, y levantan sus manos en soledad con gemidos y lágrimas al Señor del Cielo.» (*Ep.* 92)... «Las cosas han llegado a este punto; las gentes han dejado sus casas de oración y se juntan en los desiertos. Se someten a esto, porque no tienen parte alguna en el inicuo fermento arriano» (*Ep.* 242)... «Solamente una ofensa es vigorosamente castigada ahora, y es la estricta observancia de las tradiciones de nuestros padres... El regocijo y la alegría espiritual han partido; nuestras fiestas se han tornado en lamentos; nuestras casas de oración están selladas, nuestros altares, privados del culto espiritual» (*Ep.* 243)<sup>38</sup>.

---

y explícita de la herejía. Considérese el significado de «único». La declaración es una negación de la doctrina de la Trinidad. Es por esta razón por lo que algunos teólogos se refieren a este Canon como el «canon arriano». ¡Otro ejemplo de un «retorno a la práctica primitiva»!

<sup>38</sup> Desgraciadamente una considerable confusión ha resultado de la afirmación del Arzobispo Lefebvre al efecto de que bajo ciertas circunstancias el *Novus Ordo Missae* puede ser «válido». (La «Intervención de Ottaviani» sostiene implícitamente la misma opinión). Como un ejemplo atribuido a él, nos pide que imaginemos a un sacerdote anciano —ordenado antes de que fueran instituidos los nuevos ritos, un hombre que usa el *Novus Ordo* en latín bajo el concepto de obediencia erróneo, que no comprende todo lo que esta nueva «misa» implica y que tiene intención plena de consagrar. Bajo

---

tales circunstancias, quién presumiría o se atrevería a arrojar sus hostias consagradas al suelo y a profanarlas. Pero si bajo algunas circunstancias el *Novus Ordo* puede ser válido, es, sin embargo, siempre sacrílego, y nadie que es consciente de su naturaleza debería asistir nunca a él. Nuevamente, uno no puede juzgar las almas de los individuos que en obediencia participan en esta «misa», pero una cosa está clara: El arzobispo nunca ha dicho que —sea válido o no— nosotros debamos tener algo que ver con ella. Por el contrario, él se ha negado a decirla (el *Novus Ordo*), ni siquiera una vez al año, en Ecône (Pablo VI hizo de esto la condición para la reconciliación) y ha rechazado con considerable aspereza toda sugestión de que al laicado podría permitírsele asistir a él cuando no hay ninguna misa tradicional disponible. En su famosa declaración de noviembre de 1974 afirma que «La nueva misa está en línea con el nuevo catecismo, el nuevo sacerdocio, los nuevos seminarios, las nuevas universidades y con la iglesia carismática o pentecostalista, todos los cuales están en oposición a la ortodoxia y al magisterio venerable». En junio de 1976 afirmó que «nosotros tenemos la convicción precisa de que este nuevo rito de la misa expresa una nueva fe, una fe que no es la nuestra, una fe que no es la fe católica. Esta nueva misa es un símbolo, una expresión, una imagen de una nueva fe, de una fe modernista». Finalmente en su «Documento de toma de postura» de noviembre de 1979 afirma: «Debe comprenderse inmediatamente que nos no sostenemos la idea absurda de que si la nueva Misa es válida (bajo algunas circunstancias -ed.), nosotros somos libres de asistir a ella. La Iglesia ha prohibido siempre a los fieles que asistan a las misas de los heréticos y cismáticos, aunque fueran válidas. Está claro que nadie puede asistir a las misas sacrílegas o las misas que ponen en peligro nuestra fe... Uno puede decir cabalmente sin exageración que la mayoría de estas misas (del *Novus Ordo*) son actos sacrílegos que pervierten la fe, haciéndola cada vez más pequeña. La desacralización es tal que estas misas se arriesgan a perder su carácter sobrenatural, su *mysterium fidei*; no serían, entonces, más que una religión natural. Estas Nuevas misas no son solamente incapaces de satisfacer nuestra obligación dominical, sino que son tales que debemos aplicarles las reglas canónicas que la Iglesia tiene la costumbre de aplicar a la *communicatio in sacris* con las sectas ortodoxas y protestantes». Aquellos que querrían usar la precisa afirmación teológica del arzobispo para animar la asistencia de los católicos a la creación de Bugnini, están desmintiendo la posición del arzobispo e intentan sembrar cizaña en los campos de trigo.

## LOS OTROS SACRAMENTOS

Hasta este momento hemos tratado con algún detalle el asunto de la Misa, y los cambios impuestos por, o en nombre del Vaticano II. Sería sorprendente si el «ataque a la tradición» se limitara a este sacramento solo. Los otros sacramentos han sido socavados similarmente, si no anulados. En el matrimonio, el voto de obediencia ha sido suprimido a pesar del hecho de que es escriturístico de origen preceptivo. De hecho, a los individuos que contraen matrimonio se les permite ahora crear su propio servicio. Un excelente ejemplo de esto se describe en el libro de Malachy Martin, *Hostage to the Devil* (libros del Reader Digest, 1977). En muchos casos esto conduce a invalidar los matrimonios, y a ceremonias sacrílegas. En cuanto al divorcio, la Iglesia posconciliar ha dado un rodeo a la prescripción de Cristo al permitir las «anulaciones» prácticamente a petición. Durante el último año, de las 640 peticiones de anulación ante la Brooklyn Marriage Court, fueron concedidas 640. Una de las razones para conceder las anulaciones es la «inmadurez psicológica». Ahora bien, pregunto, ¿Quién no puede afirmar haber estado psicológicamente inmaduro en el momento de su matrimonio? ¿Y quién sino un santo está psicológicamente completamente maduro?

En cuanto los demás sacramentos citemos a Michael Davies. «Las modificaciones hechas en el rito de la ordenación son, si cabe, más graves que las que se han hecho en la Misa»<sup>1</sup>. El Arzobispo Lefebvre ha afirmado que el sacramento de la Confirmación en la Iglesia posconciliar es «de dudosa validez»<sup>2</sup>. No podemos tratar

---

<sup>1</sup> Michael Davies en su *The Order of Melchisedech* (Augustine Publishing House Devon, Inglaterra) demuestra claramente que el rito de la nueva ordenación no tiene una validez mayor ni menor que el rito anglicano que fue irreformablemente declarado «nulo e inválido» por el Papa León XIII. Sin embargo, a pesar de esto, sostiene que es válido porque Pablo VI lo aprobó. Similarmente en sus estudios sobre el *Novus Ordo Missae*, lo muestra como el engendro que es, y, sin embargo, lo acepta como válido con la misma justificación. Uno debe respetar su erudición, pero no está obligado a seguir sus conclusiones.

<sup>2</sup> A la vista del hecho de que la Iglesia posconciliar puede permitir en alguna ocasión que sus «sacerdotes» digan la Misa tradicional en un intento por volver a ganar o retener al elemento «conservador», es pertinente aquí el siguiente comentario por un teólogo y profesor del seminario de la Sociedad de S. Pío X. Es en forma de respuesta a una pregunta.

Querido Padre,

Un sacerdote de nuestra región ha comenzado a decir la Misa latina tradicional. El único problema es que fue ordenado a primeros de 1970. ¿Puedo asistir a sus misas si fue ordenado según el nuevo modo? T. D., Maryland.

Querido T. D.

Puesto que el nuevo rito de ordenación fue impuesto en 1968, debemos suponer que el sacerdote fue ordenado según el nuevo rito en lugar de con la ceremonia católica tradicional. En cualquier caso, usted podría preguntarle —por el interés de él tanto como por el suyo propio. Pues si comprende suficientemente como para rechazar la nueva misa, ciertamente debería estar interesado acerca de la validez de sus propias órdenes sacerdotales.

Si, en verdad, fue ordenado según el nuevo modo, entonces ningún verdadero católico puede asistir a las misas que ofrece, aunque sean tradicionales. La razón es que hay dudas muy graves sobre la validez de la nueva ceremonia de ordenación.

La primera dificultad se encuentra en el nuevo rito mismo. Aunque el nuevo rito conserva las palabras de ordenación necesarias (decretadas por el Papa Pío XII en 1947), sin embargo, en el contexto del nuevo rito, estas palabras no pueden ser comprendidas en el sentido católico. El sacerdote existe para el sacrificio. Así, el sacerdocio católico existe para la verdadera Misa católica, que es el sacrificio incruento del Calvario. Pero el nuevo sacerdocio existe para la nueva misa, que no es al sacrificio incruento del Calvario.

Según el rito de ordenación, un sacerdote es ordenado para ofrecer solamente un sacrificio de «alabanza y de acción de gracias», lo cual es la nueva misa; la nueva ceremonia ha suprimido toda mención del sacrificio en reparación del pecado. El sacrificio del Calvario, sin embargo, fue ofrecido por Dios Padre en adoración, reparación, acción de gracias y súplica. Una «misa» que excluye a propósito alguno de estos cuatro fines no puede ser la misma que el sacrificio del Calvario, y de ese modo no es en absoluto una Misa católica. Y un sacerdote ordenado no más que para semejante «sacrificio de alabanza y de acción de gracias», es muy dudosamente un sacerdote católico. Es de interés remitirse al concilio de Trento a este respecto, pues el concilio condenó explícitamente todo atentado que no hiciera de la Misa nada más que un sacrificio de alabanza y de acción de gracias negando su valor reparativo: «Si alguien dice que el sacrificio de la Misa es meramente una ofrenda de alabanza y de acción de gracias, o que es un simple memorial del sacrificio ofrecido en la cruz, no propiciatorio... ¡que sea anatema!» (sesión 22, canon 3 sobre la sagrada Eucaristía). A causa de que los nuevos ritos de la ordenación y de la Misa hacen justamente esto, no son en absoluto ritos católicos.

Una razón adicional a la cuestión de la validez de las órdenes conferidas por el nuevo rito implica la intención del hombre que ha de ser ordenado. ¿Desea realmente devenir un sacerdote católico? ¿Comprende siquiera lo que es un sacerdote católico? Estas preguntas son pertinentes hoy día, cuando la instrucción que se da en los seminarios nominalmente católicos, es a la vez anticatólica y anticlerical. Inclusive si el ordenado tuviera la intención necesaria, ¿qué hay respecto del obispo que ordena? ¿Tuvo el obispo intención de ordenar a un verdadero sacerdote católico o meramente a un «presidente de la asamblea»? En su encíclica *Apostolicae curae*, León XIII explica que la intención del obispo en tales casos debe ser interpretada según la ceremonia que emplea. Si utiliza una ceremo-

en detalle todos estos cambios, pero presentaremos los que se han hecho en el sacramento de la «Extremaunción» como breve estudio de la «metodología antitradicional»<sup>3</sup>. Este sacramento, que se da a aquellos que están en peligro de muerte, tiene algunas funciones específicas. Al igual que todos los sacramentos fue instituido por Cristo como signo «visible» y vehículo de gracia. Consideremos su propósito.

---

nia católica, entonces la presunción es siempre en favor de la validez. Sin embargo, en el caso de las nuevas ordenaciones la presunción es siempre contra la validez, puesto que se ha usado un rito no católico en lugar de la ceremonia católica.

Otra dificultad concierne no solo a la intención del obispo, sino a si él mismo es un obispo del todo. Es incierto que los obispos consagrados según el nuevo rito de consagración episcopal sean realmente obispos, puesto que las palabras necesarias de la consagración episcopal han sido completamente cambiadas. Hay que agregar a la confusión el decreto del concilio Vaticano II sobre el episcopado, el cual redefinió implícitamente el sacramento de las sagradas Órdenes contrariamente a la enseñanza tradicional de la Iglesia. El Vaticano II sostuvo el carácter sacramental del episcopado con el fundamento de que *está dirigido a gobernar y a enseñar a los fieles* que son el Cuerpo Místico de Cristo. Esta doctrina de que un sacramento, en tanto que sacramento, está dirigido primordialmente a los fieles es precisamente la enseñanza de Martín Lutero. En cambio, la enseñanza católica es que un sacramento es un sacramento solamente en tanto que está dirigido al Cuerpo *Real* de Cristo en la Sagrada Eucaristía. Así pues, el problema del rito de la nueva ordenación implica mucho más que el encarar un solo sacramento; es el fruto que brota de un concepto enteramente nuevo del «sacramento» en sí mismo, y es así la perversión de todos los sacramentos.

Finalmente está, de nuevo, la intención del hombre que ha de ser consagrado y la intención de aquellos que le consagran. ¿Desea el obispo electo ser un obispo católico? ¿Conoce siquiera la verdadera naturaleza del episcopado católico? ¿Y los obispos que consagran desean realmente consagrar a un verdadero sucesor de los apóstoles? Nuevamente la presunción debe ser contra la validez, puesto que sus intenciones deben ser interpretadas según el rito que han usado, y el nuevo rito simplemente no es católico.

Vemos así que hay muchas dificultades implicadas en el nuevo rito de la ordenación de un nuevo sacerdote por la Iglesia Posconciliar. Uno cualquiera de los factores mencionados arriba serviría para hacer que la ordenación fuera totalmente nula e inválida.

En la práctica, podría mencionar también la decisión del Arzobispo Lefebvre con respecto al nuevo rito de la ordenación. Cuando hablé con él el pasado junio, Monseñor dijo que si un sacerdote ordenado con el nuevo rito deseara ayudar a la Sociedad San Pío X en la administración de los sacramentos, tal sacerdote tendría que ser ordenado condicionalmente según el rito católico tradicional de la ordenación sacerdotal. Se encontrará un tratamiento adicional sobre este problema en *The Roman Catholic*, Vol. IV, n° 2, 8 y 11, 1981 (disponibles, Soc. S. Pío X, Oyster Bay Cove, Nueva York, 11771, EE.UU.).

<sup>3</sup> El nuevo rito de la «confirmación» es estudiado por el autor en *The Roman Catholic*, Vol. III, n° 1, 1981.

Los efectos de la Extremaunción son tan variados como poderosos. En cuanto a su «fin» o «propósito», es «la cura perfecta del alma» —y ciertamente tiene el poder inherente de alcanzar su fin en aquellos que no ponen ningún obstáculo a la gracia que transmite. Como lo explica el concilio de Trento, «este efecto es la gracia del Espíritu Santo, cuya unción borra los pecados<sup>4</sup>, si queda alguno que haya de ser expiado, y las consecuencias del pecado, y alivia y fortalece el alma de la persona enferma, excitando en él una gran confianza en la misericordia divina, sostenido por la cual sobrelleva con mayor ligereza los trastornos y sufrimientos de la enfermedad, y resiste más fácilmente las tentaciones del demonio que le acecha el calcañar<sup>5</sup>; y, a veces, cuando ello es conveniente para la salvación del alma, recobra la salud personal». Estos efectos se agrupan usualmente bajo cuatro enunciados.

Su primer efecto es la *remisión de los pecados* la cual se sigue de este pasaje de Santiago: «Si alguien está en estado de pecado, sus pecados le son perdonados», y esto en verdad es confirmado por la «forma» misma del sacramento, *Indulgeat tibi Dominus... quidquid... deliquisti...* («el Señor te perdone todo lo que has pecado...»). Por supuesto, es verdad que los pecados mortales son perdonados por la Confesión, la Absolución y la Penitencia —pero no es inusual que un hombre enfermo no pueda confesarse; así es que, con tal de que no ponga ningún obstáculo a la infusión de la Gracia en su alma a través de este sacramento, incluso si no puede confesarse, aun así es lavado del pecado y recupera su pureza bautismal. Para un individuo en tales circunstancias la Extremaunción deviene al pilar de su salvación. Puede argüirse que la Absolución condicional obvia la necesidad de este sacramento final, pero tiene todavía otros efectos.

En segundo lugar, este sacramento remite la pena temporal debida a nuestros pecados. Como ha dicho el Padre Kilker, «fue instituido para la cura perfecta del alma, con vistas a su entrada inmediata en la gloria, a no ser que el Omnisciente Señor de la vida y de la muerte considere más conveniente la restauración de la salud corporal. Por consecuencia, debe cumplir la supresión de todas las torpezas, y debe hacernos aptos para entrar en nuestra morada celeste sin retraso. Si esto no fuera así, sería

---

<sup>4</sup> Este sacramento es precedido tradicionalmente por la Confesión y la Absolución.

<sup>5</sup> La referencia es a *Génesis* III, 15

absurdo decir que este sacramento es *consummativum spiritualis curationis*»<sup>6</sup>. Sin embargo, esta doctrina no debe ser interpretada como queriendo decir que infaliblemente tiene lugar la remisión de la deuda temporal entera cuando se recibe la Extremaunción. El sujeto mismo bloquea a menudo la plenitud del efecto por disposiciones defectuosas e impidientes. Pero, si el sujeto tiene en todo modo la disposición y devoción correctas, debe admitirse que recibe la *plenissimam poenarum relaxatorem* —la completa remisión de la pena temporal.

Un tercer efecto, y terriblemente importante es el que se llama la *confortatio animae*, o «confortación del alma». La aproximación de la muerte, con sus aflicciones, con su postración física y la inquietud mental asociada a ella, puede ser verdaderamente una experiencia sumamente aterradora. El hombre a pocas cosas teme tanto como a este «momento de la verdad». Revisa entonces sus pasadas acciones, y, como se dice en el Libro de la Sabiduría, «Vendrán con temor al pensamiento de sus pecados, y sus iniquidades se alzarán contra ellos para culparlos». Al mismo tiempo reconoce que pronto deberá comparecer ante el tribunal de Dios. Es precisamente en este tiempo cuando el Demonio usa de todos sus poderes para atacar el alma. Como lo señala el catecismo del concilio de Trento: «Aunque el enemigo del género humano no deja nunca, mientras vivimos, de pensar en nuestra ruina y destrucción, sin embargo, en ningún momento se esfuerza más violentamente para destruirnos y, si es posible, para privarnos de toda esperanza de misericordia divina, como cuando ve que se acerca el último día de la vida». Ahora bien, el tercer efecto de este sacramento es «librar a las mentes de los fieles de este asedio, y llenar el alma con piadosa y santa alegría». Provee, además, de «armas y fortaleza... a los fieles... para hacerlos capaces de quebrar la violencia y la impetuosidad del adversario, y de luchar bravamente contra él...». ¿Quién de nosotros puede ser tan presuntuoso como para no desear ardientemente semejante asistencia?

En cuarto lugar, es una doctrina de nuestra fe que uno de los efectos de la Extremaunción es la restauración de la salud corporal, si esa restauración es conveniente para la salud del alma.

Por último, aunque estrictamente hablando no es un efecto teológico, la administración del sacramento bajo las circunstancias tradicionales hacía perfectamente evi-

---

<sup>6</sup> Tomado del texto del Rev. Adrian Kilker, *Extreme Unction, A Canonical Treatise*, B. Herder, St. Louis, Mo., 1927. El latín está tomado de Sto. Tomás, *Summa Contra Gent.*, lib. 4, c. 73, de *Ext. Unct.*

dente al individuo a quien se le administraba que se estaba encarando a la muerte. Ya no podía ocultarse más a sí mismo la realidad de su situación. Por así decir, era forzado a entrar en el campo de batalla, y no se le permitía extraviarse en ningún dulce sueño morfinizado con que «todo iba a ir perfectamente»<sup>7</sup>. Y cuán a menudo los médicos y familiares vieron los maravillosos efectos que este sacramento operaba sobre las almas de aquellos que lo recibían —volviendo, por así decir, sus últimos momentos sobre la tierra en un anticipo de esa paz y gloria celestes que se ofrecen potencialmente a toda alma.

Es una enseñanza de la Iglesia que para que un sacramento sea válido son necesarios varios requisitos previos. Estos son enumerados habitualmente como materia, forma, ministro, sujeto e intención. Puesto que el sujeto aquí es obviamente el individuo católico que está en peligro de muerte, y el ministro es presumiblemente un sacerdote válido con la apropiada intención, nos queda considerar a su vez la «materia» y la «forma». Si los cambios introducidos por la nueva Iglesia posconciliar, en su así llamado «Sacramento de la unción del enfermo», atacan a la integridad de la «materia» y a la substancia de la «forma», entonces el sacramento es invalidado y ninguno de los importantes efectos mencionados arriba puede tener lugar. En primer lugar consideraremos la «materia».

Según Kilker «la materia remota de la Extremaunción es el aceite de oliva. Esto lo definió definitivamente el concilio de Trento: *Intellexit enim Ecclesia materiam esse oleum ad episcopo benedictum*. Nunca ha habido ninguna duda de que el aceite que quería decir Santiago es el aceite de oliva». En la Iglesia latina la costumbre ha sido siempre emplear aceite puro de oliva sin adulterar. En algunos ritos orientales la práctica de agregar un poco de agua como símbolo del Bautismo, o de un poco de vino en memoria del buen samaritano, o incluso el polvo del sepulcro de algún santo, ha estado durante mucho tiempo en boga.

Este aceite es bendecido por el obispo en la magnificente misa del Jueves Santo —una Misa tan sagrada que el obispo es asistido por doce sacerdotes, siete diáconos y siete subdiáconos a fin de decirla adecuadamente. Entonces se distribuye a todos los pastores en sus diócesis para la administración por el clero. En la Iglesia latina esto ha sido una prerrogativa episcopal al menos desde el segundo concilio de Cartago (390 d.C.). Esa ha sido siempre la tradición de la Iglesia, aunque ha de admitirse

---

<sup>7</sup> Un católico debería temer el sueño americano de morir «repentinamente» en el campo de golf (es decir, sin ninguna preparación) lejos de los sacramentos y de la familia.



que el privilegio es «jurisdiccional», y no «episcopal» en naturaleza, y que algunos Papas (muy pocos) han concedido a los sacerdotes la «facultad» de dar la bendición (según el mismo ritual), y que en la Iglesia oriental, los sacerdotes tienen ordinariamente este privilegio. Sea como fuere, según el concilio de Florencia y, más específicamente, según el catecismo del concilio de Trento, es *oleum olivae per episcopum benedictum* (aceite de oliva bendecido por el obispo). El rito que ha de ser observado en esta bendición se encuentra en el *Pontifical* bajo el título de *De officio in Feria V Coenae Domini*. Demasiado largo para ponerlo entero, comienza con la frase siguiente: *Emitte, quaesumus, Spiritum tuum sanctum Paraclitum de caelis in hanc pinguidinem olei...* (Enviad, os suplicamos, vuestro Espíritu Santo, el Paráclito del cielo en esta rica sustancia de aceite...). Para los católicos la materia remota de la Extremaunción es el aceite de oliva; la materia próxima es «la unción con aceite». Si a un párroco se le diera alguna vez la facultad de bendecir el aceite, sería con el entendimiento de que usaría los ritos tradicionales para hacerlo.

¿Cuál es entonces esta «materia» en la nueva Iglesia? Según el «Rito de la unción y del cuidado pastoral del enfermo» promulgado por la Constitución Apostólica de Pablo VI del 30 de Noviembre de 1972, ya no se necesita que sea usado el aceite de oliva. Cualquier aceite de origen vegetal puede ser bendecido —¿y qué aceite, preguntamos, no es últimamente de origen vegetal? El aceite de engrasar, la vaselina y el aceite de Mazola pueden satisfacer este requerimiento. Además, el aceite puede ser bendecido por cualquier sacerdote que tenga la «facultad», y esta facultad ha sido extendida por el «Comité de los obispos para la liturgia» a todo sacerdote «donde razones didácticas o catequísticas lo sugieran». La bendición, por supuesto, ha sido cambiada. Ya no se invoca al Espíritu Santo, sino antes bien, ahora dice así: «Que tu bendición venga sobre todos aquellos bendecidos con este óleo, a fin de que sean librados del dolor y de la enfermedad y sanados de nuevo en el cuerpo y en la mente y en el alma». Nótese que el énfasis se pone ahora enteramente sobre la cura de la enfermedad, y no sobre el perdón de los pecados. El crisma es ahora un aceite sintético con una bendición sintética.

Consideremos ahora la «Forma» del sacramento, o las palabras que usa el sacerdote cuando unge al paciente «en peligro de muerte». Las palabras tradicionales son: *Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quidquid per... deliquisti* (Por esta santa unción (el óleo), y su benignísima misericordia, te perdone el Señor todo cuanto has pecado [con la vista —el olfato, el tacto, etc.— dependiendo del órgano que se unge]). No hay necesidad de decir que

esto también ha sido cambiado por la Iglesia posconciliar a *Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam adiuvet te Dominus gratia Spiritus Sancti, ut a peccatis liberatum te salvat atque propitius alleviat*. La traducción semioficial dada a través de la Oficina de Prensa de la Santa Sede es: «Por esta santa unción y su amantísima misericordia, te asista el Señor por la gracia del Espíritu Santo, a fin de que cuando hayas sido librado de tus pecados, te salve y en su bondad te levante...». Otra traducción tomada del artículo del Padre C. J. Keating se acerca más al original: «Por esta santa unción y su gran amor por ti, el Señor que te libró del pecado, te cure y te extienda su gracia salvadora...»<sup>8</sup>. En ninguna parte se usan las palabras «esenciales», *indulgeat tibi Dominus*.

¿Tiene la Iglesia derecho a cambiar la materia y la forma de sus sacramentos? La respuesta viene dada por la *Apostolicae Curae* del Papa León XIII de la cual tomamos las siguientes citas:

«A la Iglesia le está prohibido cambiar, o tocar siquiera, la materia o la forma de cualquier sacramento. Ciertamente, puede cambiar o abolir o introducir algo en los ritos no esenciales o en las partes ceremoniales usadas en la administración de los sacramentos, tales como procesiones, plegarias o himnos antes o después de que sean recitadas las palabras efectivas de la forma... Todos saben que los sacramentos de la Nueva Ley, como signos sensibles y eficientes de la gracia invisible, deben a la vez significar la gracia que efectúan y efectuar la gracia que significan...»

No hay ninguna otra cuestión excepto que la nueva «forma» posconciliar viola los cánones de los concilios ecuménicos, las tradiciones eclesiásticas, las enseñanzas del catecismo del concilio de Trento y las constantes enseñanzas de los Papas como aparecen en la cita de arriba. No obstante, lo que debe uno preguntarse es si esta nueva forma es invalidada por los cambios. ¿Es el cambio «substancial», como dirían los teólogos? Para responder a esta cuestión debemos conocer lo que en la forma tradicional era considerado «esencial» para su eficacia. La respuesta es casi unánime entre los teólogos —la frase *indulgeat tibi Dominus* (el Señor te perdone) es lo mínimo que debe estar presente. La mayor parte de ellos insisten sobre *quidquid deli-*

---

<sup>8</sup> Charles J. Keating, «The Sacrament of Anointing the Sick» *Homiletic and Pastoral Review*, Junio de 1974.

*quisti y sanctam unctionem*. Después de todo, como ha dicho León XIII, «los sacramentos... deben... significar la gracia que efectúan» y, en la presente situación, ésta es la salud del alma, la cual es efectuada por el fortalecimiento del alma a través de la gracia y por la remisión del pecado y de la pena a él debida. Como dice Sto. Tomás de Aquino, «La Extremaunción es un remedio espiritual, puesto que aprovecha para la remisión de los pecados...» (*Summa* III, Suppl 29, 1). Ahora bien, la «forma» nueva OMITE estas palabras críticas, y pide solamente que Dios le «sane» a uno. Aunque ha de admitirse que a lo largo de la historia varias formas válidas han estado en uso, desde el concilio de Florencia la forma ha sido fijada. Si algunas de estas formas han usado la palabra «*parcat*», «*remittat*», o incluso «*sanat*», en lugar de «*indulgeat*», esto no interfiere en la validez (reemplazando en la forma tradicional la palabra «perdone» por «absuelva», «remita» o «cure» —pero siempre con respecto a «todo cuanto has pecado»). Pero OMITIR completamente esta frase es quitar a la «forma» su capacidad para absolver —es cambiar su «significado», y de aquí que hacer un cambio de semejante naturaleza *substancial* sea casi con certeza invalidarla totalmente. Inclusive si esta «bendición» ha sido precedida por una absolución válida, lo que en muchos casos es cuestionable, a uno se le priva de los demás efectos sacramentales que son tan importantes<sup>9</sup>.

Evidentemente, si la «bendición» posconciliar (y no es otra cosa) es para los enfermos, entonces este sacramento sintético no debería estar ya limitado a aquellos que están en «peligro de muerte». Dos veces durante el concilio Vaticano II los Padres rechazaron sugerencias de que el requisito del «peligro de muerte» para la recepción de la Unción fuera omitido. Sin embargo, como lo señala el Padre Keating, «el nuevo rito hace lo que el concilio no se atrevió a hacer». En contraste con los términos negativos del Canon 940 que afirma «la Extremaunción no debe ser ofrecida excepto a los fieles que, habiendo alcanzado el uso de razón, se encuentran en peligro de muerte por enfermedad o por vejez», el nuevo rito puede ser administrado a aquellos que están enfermos, pero no en peligro de muerte, cualquiera que sea. Además, en la Constitución sobre la liturgia (del Vaticano II) se afirma que «se ha de recalcar que siempre que se preparen los ritos, según su naturaleza específica, para una celebración comunal que implique la presencia y participación activa de los fieles, esta manera de celebrarlos será preferible, hasta donde sea posible, a la celebra-

---

<sup>9</sup> A propósito, a los sacerdotes posconciliares se les ha «prohibido» usar la «forma» tradicional por la Constitución Apostólica de Pablo VI.

ción individual y cuasi privada». Vemos así que oficialmente este nuevo sacramento sintético puede ser administrado comunalmente. Ciertamente, en la que una vez fue mi parroquia, era costumbre reunir juntos a todos los enfermos leves y a los ancianos —los artríticos, los de más edad y los enfermos— y darles esta «bendición» (sin que la precediera ninguna «penitencia» ni «absolución») —siendo seguida por café y pastel en la rectoría.

Ahora bien, todo católico que todavía crea en la eficacia sacramental, debe sostener ciertamente que también son necesarios algunos requisitos previos para la «validez» (si ello no fuera así, entonces podrían usarse cualesquiera palabras, y cualquier individuo podría decirlas). La validez, a su vez, reclama una cierta integridad en la «materia» y en la «forma», y de aquí que sea nuestro derecho que una Iglesia que pretende estar fundada por Cristo y los apóstoles retenga esta integridad. Ningún católico tradicional admitido «in extremis» a la sala de urgencia de un hospital, y que pida un sacerdote, se acomodaría a un ministro bautista —aunque dijera las palabras justas de la forma. Y, sin embargo, ¿de qué mayor utilidad es un sacerdote que usa una forma incorrecta e inválida? Además, uno debe mostrar gran sorpresa ante la nueva casta de sacerdotes que se sienten en casa con esta especie de «juego rápido y libre» con lo que es tan sagrado. La administración de la Extremaunción debe ser una de las atribuciones más eminentes y satisfactorias de la carrera de un sacerdote, y algo, además, que está sujeto a hacer tanto por caridad como *ex justitia*. ¿Qué puede decir uno de una Iglesia que fomenta una «parodia» semejante sobre sus fieles en el momento de la muerte?

Los sacramentos vinculan al fiel a las funciones esenciales de la Iglesia. Sin ellos un aspecto de su santidad es atacado. Si hemos de suprimir los sacramentos y destruir la validez del sacerdocio, ¿cuál es entonces la función de la Iglesia? Incluso un muslim puede bautizar válidamente, si usa la «forma» y la «materia» correctas, y tiene la justa intención. En cuanto a la nueva Iglesia, si su doctrina es defectuosa y sus sacramentos inválidos, ¿qué función cumple entonces? ¿En qué manera difiere de los presbiterianos, o de la «Sociedad de la cultura ética»? ¡Con toda honestidad, la respuesta es ninguna!

## EL CAMINO DEL INFIERNO ESTÁ EMPEDRADO DE «BUENAS INTENCIONES»

«En el Evangelio leemos también que se predijo que nuestros enemigos serían más bien de nuestra familia, y que aquellos que han sido asociados primero en el sacramento de la unidad serían quienes se traicionarán unos a otros.»

*Epístolas de S. Cipriano LIV*

¿Por qué se han instituido todos estos cambios? Uno debe recordar que como ha dicho William Blake de un pontífice anterior:

«Y (el pontífice) Caifás era, a sus propios ojos,  
Un benefactor de la humanidad.»

¿Qué ha conducido a hombres que presumiblemente son «sinceros» y de «buena voluntad» a romper con las tradiciones establecidas por los apóstoles, y con las enseñanzas mantenidas por la Iglesia a lo largo de las edades? ¿Qué ha inducido a los responsables a seguir las sugerencias del modernista Tyrrell al efecto de que ellos creían que lo que la Iglesia necesitaba era «una infusión liberal de ideas protestantes»? ¿Por qué el «fuerte» ha sido abandonado «incluso por aquellos que debían guardarlo»?

¡O bien los responsables tenían una fe defectuosa, o no eran ni siquiera cristianos! Con toda su «sinceridad» y su «buena voluntad», ellos, al igual que los reformadores protestantes de una época anterior, no podían morar en la santa madre Iglesia ni aceptarla como había sido siempre. Para aquellos que se habían criado en la Iglesia tradicional era perfectamente obvio que la mente y el pensamiento de la Iglesia eran diametralmente opuestos a los del así llamado «hombre contemporáneo». Los innovadores sentían que si «la Iglesia no hablaba al hombre moderno» (siendo ellos mismos el hombre moderno), era claramente la Iglesia la que estaba en falta. Imbuidos con las falsas ideas del progreso y de la evolución olvidaron que era «el hombre moderno el que no quería oír a la Iglesia». A pesar de que rechazaban el título

lo, ellos mismos eran «modernistas» y «liberales» que buscaban introducir a la Iglesia —esencialmente una estructura «atemporal»— en el mundo moderno: no como algo adverso hacia el mundo moderno, no como una entidad cuya función era instruir y guiar al mundo moderno en los caminos de Dios, sino como una parte y parcela de ese mundo —en la «vanguardia» y al «frente» de sus desviaciones de la norma que Cristo estableció. Es precisamente en este sentido como la Iglesia conciliar ha abandonado su papel de «maestro» (*magister*) y se ha declarado a sí misma la «servidora» del mundo<sup>1</sup>. Deseaban hacer «relevante» a la Iglesia en un mundo que había perdido toda relevancia él mismo, y estaba *entleert* (vacío) de significado, un mundo que estaba «alienado» y que había perdido de vista la única «cosa necesaria». ¿Qué es toda esta palabrería de «servir» al «mundo», sino dar al César lo que es de Dios?

Ahora bien, si la Iglesia había de ser «cambiada» ¿qué pautas y que autoridad habrían de ser invocadas? La única alternativa a la «tradición» es en último análisis el «juicio privado» —el juicio privado «colectivo» de aquellos cuyas almas habían sido corrompidas por los errores «colectivos» de nuestros tiempos. Lo que resultó ha sido descrito por Malcolm Muggeridge como un «suicidio»<sup>2</sup>. Era predecible e inevitable a la vez.

*Aggiornamento* es el grito de guerra de los innovadores. ¿De qué modo ha de tener lugar este *aggiornamento*? ¿Cuáles son algunos de los principales asuntos que

---

<sup>1</sup> Aquellos que proclaman a voz en grito que la función de la Iglesia es «servir» harían bien en considerar estas palabras de Chesterton: «Lo que ocurre con el culto del Servicio es que, como tantas nociones modernas, es la idolatría de lo intermedio hasta el olvido de lo último. Es como la jerga de los idiotas que hablan sobre la Eficiencia sin ninguna crítica del Efecto. El pecado del servicio es el pecado de Satán: el de intentar ser el primero donde sólo puede ser el segundo. Una palabra como Servicio ha sustraído la sagrada letra mayúscula de la cosa a la cual una vez se suponía que servía. Hay un sentido en servir a Dios, e incluso más controvertido, hay un sentido en servir al hombre; pero no hay ningún sentido en servir al Servicio... El hombre que se apresura en la calle agitando sus brazos y anhelando algo o alguien a quien servir probablemente caerá en el primer tugurio o guarida de ladrones y de usureros, y se encontrará sirviéndolos industriosamente».

<sup>2</sup> «En mi opinión», dice Malcolm Muggeridge, «si se apostaran hombres a las puertas de la Iglesia con látigos para arrastrar a los fieles fuera, o dentro de las órdenes religiosas específicamente para desanimar las vocaciones, o entre el clero para extender la alarma y el desaliento, no podrían esperar ser tan efectivos en el logro de estos fines como lo son las tendencias y políticas que parecen dominantes ahora dentro de la Iglesia». (*Something Beautiful For God*).

cruzan por el pensamiento de la Iglesia posconciliar? Intentemos analizar esta entidad.

El concepto modernista de «LIBERTAD»<sup>3</sup> es a la vez supremo y básico. Llevada a su forma extrema ésta es lo que puede ser descrito como la absoluta soberanía del individuo en su completa independencia de Dios y de la autoridad de Dios. Al rechazar el principio de la autoridad absoluta en religión, el hombre moderno sostiene que todo individuo (o secta) puede rechazar una parte, o todo, del depósito de la Revelación, y que puede interpretar cualquier cosa que prefiera conservar según los dictados de su juicio privado. Para el hombre modernista someterse a cualquier autoridad que sea más alta que él mismo es perder su «dignidad» como hombre. (Cualquiera que se somete así es tachado de «rígido», «chapado a la antigua», «supersticioso», «no querer ser una persona responsable» y, por encima de todo, de ser una persona «opuesta al progreso»). Ahora bien, este principio «liberal» impelido por la ley de su propia impotencia, inevitablemente da nacimiento a diferencias y contradicciones sin fin. En último análisis, está forzado a reconocer como válida cualquier creencia que surja del ejercicio del juicio privado —el dogma es reemplazado así por la mera opinión. Llega, por tanto, finalmente, por la fuerza de sus propias premisas, a la conclusión de que un credo es tan bueno como cualquier otro; entonces busca resguardar su inconsistencia bajo el falso alegato de la «libertad de conciencia».

Derivándose de esta falsa idea de libertad que hace de cada hombre su propia autoridad más elevada en cuanto a la determinación de la Verdad, está la aseveración de que todos los puntos de vista religiosos son igualmente buenos (o malos). ¡Ciertamente, está claro que un hombre que con la excusa de la libertad racional tiene derecho a repudiar cualquier parte de la Revelación que pueda disgustarle, no puede lógicamente entrar en debate con otro hombre que, sobre la misma base, la repudia toda entera! No solamente un credo es tan bueno como cualquier otro, sino que, asi-

---

<sup>3</sup> Satán ha prometido siempre a sus seguidores una falsa «libertad». Como la serpiente dijo a Eva, «y *seréis como dioses*». San Pablo nos advierte contra aquellos que querrían «*prometer libertad a los hombres, mientras que ellos mismos son siervos de la corrupción*» (2 *Ped.* 2, 19). Sto. Tomás de Aquino nos enseña que «el fin que el diablo se propone es la rebelión de la criatura racional respecto de Dios... Esta rebelión con respecto a Dios es concebida como un fin, en tanto que es deseada con el pretexto de la libertad (o autonomía)» (*Summa* IIIa P., Q. 8, a.1). Cristo nos prometió que la Verdad —Su Verdad— nos haría libres. En ninguna parte en la Escritura se nos dice que la Libertad, como el hombre moderno comprende este término, nos vaya a llevar a la Verdad. Como han dicho Jean Paul

mismo, ningún credo es tan bueno como cualquier otro. El hombre moderno está cansado de todas las controversias religiosas subjetivas e individualistas que ha producido, y estando totalmente desinformado de los conceptos tradicionales, no puede comprender la exclusividad religiosa. Para él lo sobrenatural se identifica vagamente con lo supersticioso, la fe con la credulidad, la firmeza con el fanatismo, la intransigencia con la intolerancia, y la coherencia con la estrechez de miras. La idea misma de que una religión tenga la «plenitud de la verdad» se le aparece a la vez como incongruente y ofensiva. De aquí que sostenga no solamente que una religión es tan buena como cualquier otra, sino que todas las religiones deberían ser relegadas al «sector privado» de nuestras vidas. Todo lo que pide de su semejante es un mínimo de «sinceridad» y de «buena voluntad», y que guarde para sí mismo sus miras religiosas. El asunto mismo no ha de ser tratado «en la sociedad educada». Y estas son precisamente las ideas fundamentales para el «Movimiento Ecuménico», un fenómeno tan patentemente anticristiano que la Iglesia Ortodoxa Griega en Norteamérica se ha visto obligada a promulgar un documento advirtiéndole a sus adeptos que eviten todo compromiso con esta forma de «cristiandad secularizada».

Se sigue, además, una vez que se han aceptado las proposiciones anteriores, que ninguna religión debe sostener una posición de preeminencia en el Estado. La autoridad civil debe tratar a todas las confesiones igualmente, ya sean buenas o malas. Puesto que la posibilidad de la verdad objetiva es negada, la religión deviene todo lo más «tolerada» —cuando compite, sin embargo, con el Estado por el «control» de la mente de los hombres, entonces es descrita como estando «contra el progreso», y llamada «el opio del pueblo». La base de la autoridad del Estado civil no reside en Dios, sino en el derecho de los pueblos (la «autodeterminación») a establecer sus propias leyes con entera independencia y máximo desprecio de cualquier otro criterio que no sea la voluntad popular expresada en las urnas. Estas, a su vez, a menudo son controladas y manipuladas por fuerzas anticristianas. ¡No infrecuentemente lo que resulta es que Barrabás es libertado mientras que Cristo es crucificado!<sup>4</sup>

---

Sartre y el anarquista Bakunin: «Si Dios existe, yo no soy libre. Pero yo soy libre, ¡por lo tanto Dios no existe!».

<sup>4</sup> La Historia está llena de ejemplos de cómo pequeños grupos de presión pueden manipular la «voluntad popular». La nueva Iglesia misma es un perfecto ejemplo de ello. Los modernistas se han infiltrado y «capturado» sus «órganos» mientras proclaman que la Iglesia ha sido «democratizada», y mientras claman a gritos que ellos mismos no cumplen sino «la voluntad del Pueblo de Dios». Todas



La idea de un «Estado católico» no solo es rechazada, sino que es vista como un «mal» que ha de ser destruido. ¡Lo que es llamativo es que tal actitud ha sido adoptada por el Vaticano II! Escuchemos a los documentos:

«Los fieles cristianos, como los demás hombres, deben disfrutar del estado el derecho a no ser estorbados en modo alguno en cuanto a dirigir sus vidas según su conciencia. Está enteramente de acuerdo con la libertad de la Iglesia y la libertad de religión el que todos los hombres y todas las comunidades tengan este derecho otorgado a ellos como un derecho legal y civil.»

Por esto es por lo que la jerarquía, en países católicos como España y Portugal, ha interferido activamente en la estructura política para favorecer su «liberalización» y «democratización». Y naturalmente se sigue de tales actitudes que debería haber una absoluta libertad de culto, la supremacía del Estado, la separación de la Iglesia y de Dios de la autoridad civil, la educación secular<sup>5</sup> y el matrimonio civil. La nueva Iglesia, con un «mandato del Vaticano II», está haciendo campaña activamente para promover la secularización de los países católicos, como Italia e Irlanda. Lo que resulta en el orden práctico es que los comunistas, los francmasones y los adoradores de Satán son tratados en igualdad con la divina Revelación<sup>6</sup>.

---

las protestas son ignoradas y se hace uso de todo método psicológico conocido por el hombre para hacer cómplices a los fieles.

<sup>5</sup> Asumir que la «educación secular» es «neutral» en el amplio sentido de la palabra es absurdo. A los niños se les inculcan desde la infancia las ideas pseudoreligiosas de los filósofos liberales, y se les prepara de todas las formas posibles a aceptar un mundo que es vano e incluso estúpido. El «éxito», no la «santidad», deviene el «ideal». Cuando completan una educación universitaria, o se suman al «sistema» o son rechazados como «inadaptados». Pocos escapan a los efectos devastadores de la educación secular, cuyo objetivo confesado es enseñar a los hombres a «pensar por sí mismos», en lugar de a «pensar correctamente». El resultado final es que la gran mayoría no piensa en absoluto (se dice que el norteamericano corriente ve la televisión ¡60 horas a la semana!). Para los modelos tradicionales, el hombre moderno es probablemente el más ineducado que haya vivido nunca sobre la faz de la tierra. Puede ser «literado», pero es «ignorante». De paso, nos gustaría llamar la atención sobre la destrucción casi total de los institutos de educación católica que ha venido detrás del concilio Vaticano II.

<sup>6</sup> La idea de que la Iglesia con su «mandato del cielo» y con sus enseñanzas bien definidas aplicables al orden económico, social y político, debe tomar semejante posición «liberal» es verdaderamente extraordinaria y un insulto a su fundador, «Cristo Rey». ¿Entonces, qué forma de gobierno civil debe fomentar la Iglesia Católica? Debería comprenderse claramente que la Iglesia tradicional no

considera ninguna forma de gobierno político específicamente en sí misma y por sí misma (*ex se*) como «mala». Las diversas formas de gobierno pueden ser perfectas e integralmente católicas (suponiendo, por supuesto, que no están basadas sobre principios contrarios a la ley natural y divina). Con tal de que acepten, más allá de su propia soberanía, la soberanía de Dios; con tal de que confiesen que derivan su autoridad de Él; con tal de que reconozcan como la base del derecho público la suprema moralidad de la Iglesia y su derecho absoluto en todas las cosas dentro de su propia competencia, entonces son gobiernos verdaderamente católicos, cualquiera que sea su forma efectiva y «accidental». Un gobierno, sea cual fuere su forma, es católico, a condición de que su constitución, su legislación y su política estén basados sobre los principios católicos.

Ha de admitirse que toda forma de gobierno está sujeta a abusos por parte de los individuos que están en una posición de poder. Sin embargo, es solamente en un gobierno que reconoce los principios encarnados en una perspectiva católica donde uno puede esperar encontrar como prevalecientes la Justicia y la Verdad. Los dirigentes de tal gobierno «gobiernan», no en nombre «del Pueblo», no en nombre de algunos «grupos de poder» económicos o políticos, sino en nombre de Dios. Son los representantes de Dios en el poder civil en lugar de los representantes de algún grupo privado (bien sea aristocrático o democrático). Pueden ser juzgados por un patrón absoluto en todo lo que hacen. Gobiernan por «derecho divino» —y no por una autoridad humana. Como ha enseñado Platón, el rey que subvierte este «derecho divino» —la base de su autoridad— a sus deseos o «derechos» personales deviene un «déspota» y un dictador. Esto es de hecho lo que devino Enrique VIII. Lo mismo es verdad por reflejo en el orden sagrado. Cuando se nos imponen ritos falsos por aquellos que detentan la cátedra de San Pedro, entonces estos gobiernan, no por «derecho divino», sino por sus propios derecho privados —son de hecho culpables de la más despreciable forma de despotismo.

Finalmente, el concepto de que la «libertad de conciencia y de culto es el derecho propio de cada hombre y debería ser proclamado y afirmado por la ley en toda sociedad correctamente establecida...» fue condenado específicamente por el Papa Pío en su encíclica *Quanto Cura*, y fue calificado con toda propiedad como «demencia» por el Papa Gregorio XVI. Ni los anglicanos en su día, ni los comunistas hoy, querrían proveer a la Iglesia con tales garantías. Esto no significa que la Iglesia sea «intolerante» con aquellos que discrepan de ella hasta el punto de forzarlos a aceptar su fe (pues tal cosa está prohibida por el Canon de la ley). Y, sin embargo, sí significa que ella es intolerante con el error y que está obligada a hacer todo lo razonable para impedir su propagación entre los fieles. Es una ofensa a la divina Realeza de Cristo garantizar a los enemigos de la Iglesia, como lo hace el Vaticano II, el derecho «a organizarse libremente, a crear organizaciones caritativas y sociales, educacionales y culturales», cuando el propósito confesado de tales es el propósito confesado de atacar y destruir a la Iglesia. Una cosa es tolerar el error, y otra completamente diferente es fomentar y garantizar su existencia permanente. Además, la Iglesia está en la existencia para garantizar la posibilidad de la «liberación del error», y no para garantizar nuestro derecho y «libertad para estar en el error».

Esta doctrina se enseña llanamente en la encíclica *Immortale Dei* de León XIII, «Sobre la Constitución cristiana de los Estados». Otra excelente fuente de información sobre las enseñanzas de la Iglesia es el libro *The Mystical Body of Christ and the Reorganization of Society*, por el Rev. Denis Fahey, Regina, Irlanda, 1978.

También resultan otras consecuencias. En el dominio de la moralidad, no se ha de abrazar ningún valor absoluto. Lo que se considera que es de mayor conveniencia para la mayoría de las gentes (a menudo una minoría bien organizada en la práctica) es lo que el Estado legisla, un proceso que permite que abominaciones tales como el aborto y la eutanasia devengan la «ley de la tierra». Aparte de esto, la moralidad privada está limitada solamente por la necesidad de proteger a los demás de los excesos de las pasiones de cualquier otro individuo. A esta nueva panorámica moral se le hace propaganda con el título de «ética de la situación», y encontramos así que la Sociedad Teológica Católica de América afirma sin recibir ningún desmentido oficial que la homosexualidad y el adulterio pueden considerarse aceptables en la medida en que sean, siguiendo los términos pseudocientíficos de la psicología moderna, «autoliberadores, enriquecedores del otro, honestos, fieles, socialmente responsables, servidores de la vida y dichosos»<sup>7</sup>. Aquellos que exclamarán que tal afirmación es un «abuso» deberían considerar la enseñanza del Vaticano II en la que se instruye a los fieles a:

«compaginar los conocimientos de las nuevas ciencias y sus doctrinas y de los más recientes descubrimientos con la moral cristiana y con la enseñanza de la doctrina cristiana, para que la cultura religiosa y la rectitud de espíritu vayan en ellos al mismo paso que el conocimiento de las ciencias y de los diarios progresos de la técnica...»

*Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno—  
Gaudium et Spes*

No puede haber nunca «Alegría y Esperanza» en semejante enseñanza, como cualquiera que es una víctima de la tecnología moderna sabe bien.

Más allá de esto, toda jerarquía en valores, en personas y en función ha de ser eliminada. (En la práctica, aquellos que están establecidos por Dios y basados en la

---

<sup>7</sup> Abogar por una moralidad que no tiene otro fin que el de «no hacer a los demás lo que uno no desea para sí mismo», o el de mantener el *status quo* de lo que se califica como el «contrato social», está destinada a caer por su base. Para un católico la moralidad no implica solamente someterse a las leyes eminentemente racionales establecidas por Dios (según están incorporadas en el Decálogo), sino que es también predispositiva a la vida espiritual. Es así como el pecado mortal le priva a uno de la gracia santificante, tampoco es meramente un medio efectivo de mantener la paz en el orden social. Más bien es un medio importantísimo de cumplir los fines propios del hombre.

«ley natural» son eliminados en favor de aquellos que son establecidos por una sociedad adinerada o por el Estado). Al igual que en el orden intelectual, las «cadenas» de la Revelación fueron rechazadas en nombre del «pensamiento libre» y de la «razón sin trabas», lo cual ha resultado en que algunas de las ideas más bajas conocidas por la historia de la humanidad sean aceptadas como «normales», así también en el dominio político, habiendo rechazado los reyes todo control proveniente de la «autoridad espiritual» legítima, fueron a su vez destruidos por los intereses monetarios — poderes que a su vez son nuevamente amenazados por fuerzas todavía más bajas. Un falso «igualitarismo» (todas las almas son en verdad de igual valor a los ojos de Dios) que querría hacer de los «denominadores comunes más bajos» en todos los dominios los criterios sobre los cuales hemos de basar nuestros juicios de valor está siendo impuesto a la sociedad<sup>8</sup>. Así, por ejemplo, se desacredita el hecho de que un sacerdote es un hombre puesto aparte con especiales privilegios e incluso con mayo-

---

<sup>8</sup> Es verdad que todos los hombres son iguales en «esencia», que todos serán juzgados por Dios y que todas y cada una de las almas es preciosa para su Hacedor. Pero los individuos no son iguales en mérito y no serán iguales en gloria; no son iguales en conocimiento, en inteligencia, en sentido común y sabiduría. Como ha señalado Nesta Webster en su excelente libro sobre la Revolución francesa, «Es dudoso, ciertamente, que la libertad y la igualdad puedan existir juntas, pues mientras que la libertad consiste en permitir que todo hombre viva como mejor le plazca y en que haga lo que quiera con lo suyo, la igualdad necesita un perpetuo sistema de represión a fin de mantener las cosas al mismo nivel muerto». Como ha dicho León XIII, «esa igualdad ideal sobre la cual (los modernistas) edifican sueños agradables, sería en realidad la nivelación por lo bajo de todo en una condición semejante de miseria y de degradación». La enseñanza de la Iglesia está bien resumida por Pío XII: «En un pueblo digno de este nombre las desigualdades que no están basadas sobre el capricho, sino sobre la naturaleza de las cosas... no constituyen un obstáculo a ... un verdadero espíritu de unión y de hermandad. Por el contrario, están tan lejos de perjudicar la igualdad civil como lo muestra su verdadero significado, a saber que... todo el mundo tiene el derecho de vivir honorablemente su propia vida personal en el lugar y en las condiciones en las cuales... le ha puesto la Providencia» (*Mensaje de Navidad*, 1944).

El único modo posible de que la igualdad devenga una realidad en el dominio social es que los hombres estén sujetos a la más severa forma de despotismo. El único modo posible en el cual los ideales en conflicto de la libertad y de la igualdad pueden ser resueltos es sobre la base de la «justicia». Ahora bien, la justicia a su vez, a menos que permitamos que sea definida por la «opinión privada» de individuos o de grupos (déspotas o el Estado), si es que ha de tener algún carácter «objetivo» en absoluto, nos hace regresar a las enseñanzas de la Iglesia relativas al orden social. O bien nos esforzamos en «edificar la ciudad de Dios» sobre la tierra, o bien nos sometemos a lo que debe devenir eventualmente una esclavitud inmisericorde. Si compramos las ideologías del mundo moderno (como lo ha hecho el Vaticano II), entonces «no tenemos nada que ganar sino nuestras cadenas».

res responsabilidades. Bajo el grito de «colegialidad», los obispos se entrometen en la autoridad papal. Las conferencias de sacerdotes son creadas para rivalizar con la autoridad de los obispos. Al laicado se le predica un falso concepto del «sacerdocio del Pueblo de Dios» (un tópico favorito de Lutero), el cual les permite reclamar la autoridad del clero, y la estructura «jerárquica» de los santuarios es así demolida en gran medida a fin de que en lugar de arrodillarse ante la barandilla del altar, el laicado sea invitado a «sentarse en torno» a la «mesa», a manipular los vasos sagrados y a juntarse al «presidente» en la «comida eucarística» como a un igual. Nada satisfará a las fuerzas de la rebelión hasta que el «lumpen proletariado» gobierne el mundo, y los más bajos conceptos del hombre embrutecido (como los «gulags» de Rusia, los campos de exterminio de Hitler, o la aceptación del aborto y de la eutanasia) deven- gan la norma estadística del pensamiento idóneo. El tema central de Satán será siem- pre «libera a Barrabás y crucifica a Cristo» —un legalismo perfectamente «democrá- tico» y un ejemplo clásico de cómo una pequeña minoría es capaz de influenciar el «voto popular» para sus propios fines siniestros.

Ahora bien, la jerarquía de la nueva Iglesia querría tener un *aggiornamento* con todos estos conceptos. Es verdad que no los abrazan en su forma extrema, pero se han aceptado los principios. Es un viejo sueño de la humanidad el que uno pueda ju- gar con fuego sin llegar a quemarse —el que Cristo y Barrabás puedan llegar a un arreglo y «coexistir», y el que uno pueda «estar en misa y repicando». El problema es que, una vez que se han aceptado los principios, las consecuencias deben seguirse inevitablemente. Aquellos que han querido «revolucionar» la Iglesia haría bien en recordar la advertencia del *illuminato* jacobino (francmasón) Saint Just que fue un dirigente de la Revolución francesa: «¡Quienquiera que se detiene a mitad de camino en la revolución cava su propia tumba!». Y tenemos así un mundo moderno desg- rrado y caótico, un mundo que, en la fraseología del historiador, es «poscristiano»; y en la del psicólogo, un mundo que está «alienado»; un «mundo de tiburones» que anda a la caza de todo excepto de «lo único necesario». ¿Y, qué papel se deja repre- sentar a la nueva Iglesia en un mundo semejante? Esta es la pregunta que se le plan- tea al modernista que querría conservar al menos la apariencia de sus raíces cristia- nas<sup>9</sup>. La respuesta yace en la «unidad», en una humanidad dedicada al «nuevo

---

<sup>9</sup> El liberalismo es una doctrina creada por individuos que estaban fuera de la Iglesia, y que, en el orden práctico, dio nacimiento a la moderna democracia secular (el gobierno «desde abajo», en vez de «desde arriba»), y a un sistema que, como ha dicho León XIII, «impone sobre millones de trabaja-

humanismo», a una «cultura universal» actuando al unísono para edificar un «mundo mejor» en el futuro<sup>10</sup>.

La función de la nueva Iglesia es ser un «catalizador» para esta unidad —«La Iglesia es una especie de sacramento de íntima unión con Dios, y de unidad de toda la humanidad, es decir, es un signo y un instrumento de tal unión y unidad... Al final de los tiempos, ella logrará su glorioso cumplimiento. Entonces... todos los hombres justos desde la época de Adán serán congregados juntos con el Padre en la Iglesia universal». Nótese en estas afirmaciones, tomadas del Vaticano II, la ambigüedad y el milenarismo disfrazado. Continúan. Por supuesto, la Iglesia «reconoce que se han de encontrar elementos valiosos en los movimientos sociales de hoy, especialmente

---

dores un yugo poco mejor que la esclavitud». El modernismo surgió dentro de la Iglesia (tanto Loisy como Tyrrel fueron sacerdotes y pretendieron ser «católicos»), y puede ser considerado como la aplicación de estos mismos principios a la Iglesia misma. Como afirma John McKee, «Si la teología es la fe buscando comprender, el modernismo es el descreimiento buscando reposo». Un modernista es un hombre que ha perdido la fe, por lo tanto al cambiar los dogmas tradicionales, como hace, tiene que llenarlos con un nuevo contenido, «*plus ça change, plus c'est la même chose*» (*The Enemy Within The Gate* —Lumen Christi, Houston, Texas, 1974).

Los filósofos modernistas intentan justificar sus creencias liberales en términos que ellos piensan que la Iglesia encontrará aceptables —de aquí que apelen a la inmanencia (la idea de que el fundamento de la fe debe ser buscado en un sentido interno que surge de la necesidad de Dios que tiene el hombre —«que brota de la profundidad de la inconsciencia bajo el impulso del corazón...»); a la «crítica histórica» como un medio para comprender la Escrituras, y a la justificación de los dogmas como «símbolos» y de los sacramentos como «signos que alimentan la fe». Como ha dicho M. Loisy, «los modernistas confesos forman un grupo de hombres de pensamiento muy definido, unidos en el común deseo de adaptar el catolicismo a las necesidades intelectuales, morales y sociales de hoy». Para citar *Il Programmata dei Modernisti*, «Nuestra actitud religiosa está gobernada por el único deseo de ser uno con los cristianos y católicos que viven en armonía con el espíritu de la época». Por mucho que puedan disgustar los términos, la Iglesia posconciliar es claramente una Iglesia «reformada», «protestante», «liberal» y «modernista».

<sup>10</sup> Hemos mostrado ya que las ideas de la Revolución francesa de «libertad» y de «igualdad» han sido abrazadas por la Iglesia posconciliar. El tercer aspecto de esta falsa ideología, la «fraternidad», se muestra manifiestamente bajo el disfraz de la «unidad». Ahora bien, esta trilogía errónea ha sido condenada inequívocamente por toda una serie de Papas que comienza a partir de S. Pío V y que incluye a Pío VII, Gregorio XVI, Pío IX, León XIII y S. Pío X. Y, sin embargo, a pesar de esto encontramos al Padre Avril, que ataca con gran violencia en un artículo a Mons. Lefebvre, afirmando que «el eslogan “Libertad, Igualdad, Fraternidad” es en sí mismo magníficamente cristiano» (*L'Express*, París, 6 de Septiembre de 1976). Por supuesto, los francmasones están encantados. Ver Parte V, nota 28.

una evolución hacia la unidad», y de aquí que deba juntarse y alentar a todos esos «elementos», y que deba «suprimir todo motivo de división a fin de que el género humano completo pueda ser introducido en la unidad de la familia de Dios». En otras partes también se nos dan más vislumbres dentro de esta propuesta unidad. «La reciente busca psicológica explica la actividad humana más profundamente. Los estudios históricos hacen una notable contribución para llevar al hombre a ver sus cosas en sus aspectos cambiantes y evolutivos. El género humano ha pasado de un concepto de la realidad más bien estático a otro más dinámico y evolutivo... Así, poco a poco, se está desarrollando una forma de cultura humana más universal que promoverá y expresará la unidad del género humano... La Iglesia reconoce, además, que se han de encontrar elementos valiosos en los movimientos sociales de hoy, especialmente una evolución hacia la unidad, un proceso de sana socialización y de asociación en los dominios económico y cívico... Es un hecho que toca a la persona misma del hombre, el que el hombre pueda llegar a una humanidad auténtica y plena solamente a través de la cultura<sup>11</sup>, es decir, a través del cultivo de los bienes y de los valores naturales... La Iglesia cree poder contribuir grandemente a hacer más humana la familia del hombre y su historia... Somos testigos así del nacimiento de un nuevo humanismo, un humanismo en el cual el hombre se define ante todo por su responsabilidad hacia sus hermanos y hacia la historia». (Todas estas citas están tomadas del Vaticano II). Ahora bien, todas estas afirmaciones falsifican la naturaleza y los verdaderos fines del hombre, así como la función de la Iglesia. Además, están basadas sobre una variedad de suposiciones de estrechas miras y de sociología teórica, que no tienen ninguna base de hecho, tales como el «progreso» inevitable del hombre, su carácter «dinámico» y «evolucionista»<sup>12</sup>, y la idea de que estamos de hecho

---

<sup>11</sup> En otras partes los documentos nos dicen que «el hombre es el autor de su propia cultura», y que es «a través de su trato con los demás, a través de los deberes recíprocos, y a través del diálogo fraternal», como el hombre «desarrolla» todos sus dones y es capaz de «elevarse a su destino». A aquellos que crean que estas citas están tomadas fuera de su contexto se les invita a leer el original — especialmente *La Iglesia en el mundo moderno*.

<sup>12</sup> En *Contra Teilhard de Chardin*, Titus Burckhardt dice: «La objeción principal a la doctrina evolucionista de Teilhard de Chardin es como sigue: Si la facultad espiritual del hombre —la «facultad noética» del hombre como la llama Teilhard de Chardin— es meramente una fase de la evolución biológica continua —o de una involución— la cual, vista como un todo, puede ser comparada a una curva o a una espiral, entonces esta fase no puede salirse del conjunto y decir: yo soy parte de una espiral. Todo lo que una facultad dependiente de la evolución, como esta, podría percibir o expresar alguna vez estaría igualmente sujeto a la evolución, y esto conduce al punto de vista marxista de que no

«construyendo un mundo mejor»<sup>13</sup>. Sin embargo, es justamente sobre estas falsas bases donde la nueva Iglesia querría encontrar su concepto de «unidad». Como ha dicho Pablo VI «ha llegado el tiempo para toda la humanidad de unirse en el establecimiento de una comunidad que es a la vez fraternal y mundial... La Iglesia, respe-

---

hay ninguna verdad, sino solamente el pragmatismo y utilitarismo biológicos. Es aquí donde la teoría de Teilhard se desmorona completamente.

»El espíritu humano tiene de hecho la facultad de situarse fuera del cambio biológico, de ver las cosas objetivas y esencialmente, y de hacer juicios. Teilhard de Chardin confunde las facultades cerebral y noética. El *Nous* (= Intelecto = Espíritu) no es lo mismo que la actividad del cerebro; este trabaja sobre algo, mientras que el primero juzga y conoce. La facultad verdaderamente espiritual —que discrimina entre lo verdadero y lo falso, y que distingue entre lo relativo y lo absoluto— está vinculada al plano biológico, hablando metafóricamente, como lo está la vertical a la horizontal; pertenece a otra dimensión ontológica. Y precisamente porque esta dimensión tiene su lugar en el hombre, este no es una aparición biológica efímera, sino un centro absoluto en este mundo físico y terrenal, a pesar de todas sus limitaciones orgánicas. Esto está indicado también por la facultad del habla, que pertenece solo al hombre, y que precisamente presupone la capacidad objetivar las cosas, de colocarse uno mismo detrás y más allá de las apariencias.

»La absoluteidad terrestre del estado y de la forma humanos está confirmada también por la doctrina de la encarnación del verbo de Dios —una doctrina que, en el sistema de Teilhard, pierde todo su significado. Si el hombre posee fundamentalmente la capacidad de conocer a Dios, es decir, si el cumplimiento de la función que es suya por definición es una vía hacia Dios, entonces sobre el plano biológico no hay ninguna ocasión para un superhombre. Sería un pleonismo.

»¡Pobres santos! Vinieron con un millón de años de antelación... Ninguno de ellos, sin embargo, habría aceptado nunca la doctrina de que Dios podría ser alcanzado biológicamente, o incluso a través de la búsqueda científica colectiva...

»Y vuelvo así a mi principal objeción: según el sistema de Teilhard, la facultad “noética” del hombre está vinculada a la biogénesis no como el ojo está vinculado a las demás partes humanas, sino más bien como una parte de un proceso está vinculada al proceso entero —y esto es algo enteramente diferente. El ojo puede ver a los demás miembros y órganos, aunque sea sólo en un espejo, pero una parte de un proceso nunca puede ver el proceso entero del cual es una parte. Esto ya ha sido dicho por Aristóteles: quienquiera que afirma que toda cosa está en una corriente jamás puede probar su aserción, por la simple razón de que no puede apoyarse sobre nada que esté en la corriente; es pues auto-contradictorio.»

<sup>13</sup> Es la creencia comunista en el «progreso», o más bien en el «futurismo» la que les lleva a matar a millones de individuos que ellos piensan que se interponen en la vía de este mundo futuro. Los «enemigos del Estado» son de hecho «enemigos del progreso». Las ineluctables «fuerzas dinámicas de la historia» aparentemente necesitan ser ayudadas en su avance —todos los «revisionistas» y «obstruccionistas» debe ser eliminados. Es así también como el Vaticano II enseña que la nueva Iglesia debe «suprimir todo motivo de división a fin de que todo el género humano pueda ser introducido en la unidad de la familia de Dios».



tando la pericia de los poderes mundanales, debe ofrecer su asistencia a fin de promover un humanismo pleno, es decir, el completo desarrollo del hombre entero, y de todos los hombres... debe ponerse a sí misma a la vanguardia de la acción social. Debe aumentar todos sus esfuerzos para apoyar, fomentar y hacer brotar esas fuerzas que trabajan para la creación de este hombre integrado. Tal es el fin que la (nueva) Iglesia tiene intención de llevar a cabo. Todos los católicos (posconciliares) tienen la obligación de ayudar a este desarrollo de la persona total junto con sus hermanos naturales y cristianos, y con todos los hombres de buena voluntad». ¿Y por qué Montini se entregó a su suerte con tales ideas? «Porque —como ha dicho él mismo en muchas ocasiones— tenemos confianza en el hombre, porque creemos en esa fuente de bondad que hay en cada uno y todos los corazones»<sup>14</sup>. ¡Rousseau no podría haberlo dicho mejor!

Según Brian Kaiser, Juan XXIII veía la unidad cristiana como un precursor necesario a la «unidad de todos los hombres». Es, por así decir, el primer paso que ha de ser cumplido. Es así como los *periti* en el concilio, deseando destacar las similitudes en lugar de las diferencias, desarrollaron el concepto de la «comunidad imperfecta». Las diversas comunidades cristianas que están «fuera de la comunión plena» con la Iglesia Católica deben ser integradas en ella. «Todos aquellos que creen en Cristo (nunca se especifica si como Dios o como un «dirigente honesto») y que han recibido el bautismo, están en una cierta comunión con la Iglesia Católica, aunque no en una comunión perfecta». Contienen «elementos» tales como «la Palabra de Dios escrita, la vida de la gracia, las virtudes teológicas y los dones interiores del Espíritu Santo», y de aquí que «la Iglesia está vinculada con ellos por varias razones». Es ante todo con estos grupos con los que ha de establecerse la «unidad»<sup>15</sup>.

Lo que se pierde de vista es que la razón por la cual los protestantes carecen de unidad «perfecta» se debe a que ellos rechazan la plenitud de la fe, y a que aceptan,

---

<sup>14</sup> *Doc. Cath.* N° 1576 y 77.

<sup>15</sup> Carlo Falconi en su libro *Pope John and the Ecumenical Council*, nos dice que Juan XXIII buscaba «nuevas relaciones entre la Iglesia Católica y las demás confesiones cristianas, y todas las demás religiones, o “el ecumenismo de los tres estados” (unidad entre los católicos, los cristianos y todos los espíritus religiosos). En su opinión la unificación del mundo y su pacificación, los problemas más vitales de la humanidad contemporánea, necesitan tener para su rápida solución el apoyo y el estímulo inmediato de un denominador común único —LA RAZÓN COMBINADA CON LA RELIGIÓN NATURAL. De aquí la revolución real, evidente inclusive en su lenguaje introducido por él en la técnica de las encíclicas y en el método de conducir el diálogo entre la Iglesia y el mundo».

en diversos grados, todo el espectro liberal de falsas ideas que hemos destacado en los párrafos precedentes<sup>16</sup>. En cualquier caso, la «unidad» con los protestantes por parte de la verdadera Iglesia Católica es una pura quimera. Prescindiendo del hecho de que es el «hijo pródigo» el que debe retornar al «seno del padre», y no a la inversa, no hay dos protestantes, ni siquiera dentro de una confesión determinada, que estén plenamente de acuerdo —salvo por casualidad— sobre lo que deberían creer. Entre ellos, cada matiz, grado y variedad de creencia en la dispensa cristiana encuentra fácil acomodo. Uno casi puede hablar de una «escala deslizante» de descreimien-

---

<sup>16</sup> No es mi intención en este libro tratar del protestantismo como tal, excepto en la medida en que lo requiera la defensa de la «sana doctrina y de la pura fe». Por otra parte, por citar a Chesterton, no tengo ninguna intención de usar «ese peculiar arte diplomático y lleno de tacto de decir que el catolicismo es verdadero, sin sugerir ni por un momento que el anticatolicismo es falso...». San Pedro Julián Eymard expresa bien el pensamiento de la Iglesia cuando afirma:

«A menudo dice la gente “Es mejor ser un buen protestante que un mal católico”. Esto no es verdad. En el fondo eso significaría que uno puede salvarse sin la verdadera Fe. No, un mal católico sigue siendo un hijo de la familia, aunque sea pródigo, y por muy pecador que pueda ser, todavía tiene derecho a la misericordia. A través de su Fe, un mal católico está más cerca de Dios que un protestante, pues es un miembro de la casa, mientras que el hereje no lo es. ¡Y cuán difícil es hacer que llegue a serlo!»

Efectivamente, el protestantismo difícilmente es una religión como tal, aparte del hecho de que representa la tendencia general del hombre moderno a «protestar» contra todo lo que la verdadera Iglesia representa. El credo protestante genuino hoy día apenas es sostenido por nadie —y todavía menos por los protestantes. Comenzó con la «fe sin obras» y ha acabado con las «obras sin Fe». El santo y seña de hoy día es «No importa lo que un hombre crea, lo que importa es lo que hace. ¡Dadme un hombre que viva para sus camaradas! ¡Eso es cristianismo!». La mayor parte de los protestantes han perdido tan completamente la fe en los credos de Calvino y Lutero, que casi han olvidado qué fue lo que dijeron. (Ambos, por ejemplo, negaron la libre voluntad). En la práctica, incluidos bajo el término de protestantismo estarían, de hecho, aquellos que son agnósticos, ateos, hedonistas, paganos (en el sentido de no tener ninguna religión), místicos independientes, investigadores psíquicos, teístas, teosofistas, seguidores de cultos orientales y buenos camaradas joviales que viven como bestias que perecen. Finalmente, muchos protestantes (queriendo decir luteranos, calvinistas, presbiterianos, etc...) viven vidas de hecho mucho más buenas de lo que su teología o ideales les habrían inculcado, pues sus vidas se manifiestan con muchas «buenas obras» que ellos hacen sin ninguna razón concebible (si tomamos su teología seriamente). Los católicos, por otra parte, para usar las palabras de Sto. Tomás Moro, ven «tan grande el deber del hombre hacia Dios que muy pocos le sirven como deberían». Solo los santos de algún modo se acercan en sus vidas a los ideales a los que aspira un católico (nuevamente aquí, si tomamos su teología seriamente).

to que encuentra su única «unidad» posible «protestando» contra la plenitud de la fe. Y, sin embargo, es para dar acogida a tales grupos por lo que la Iglesia posconciliar ha cambiado sus doctrinas y su liturgia. Destaquemos, además, que estos cambios han sido hechos todos en una única dirección. ¿Qué doctrina de la Iglesia tradicional han aceptado las múltiples «comunidades eclesíásticas», que anteriormente habían rechazado? Absolutamente ninguna. ¿Qué tradiciones eclesíásticas han adoptado nuestros «hermanos separados»? De nuevo, absolutamente ninguna. Y, sin embargo, véanse las muchas tradiciones que la Iglesia neoprottestante del Vaticano II ha abandonado, o si no rechazado positivamente, sí al menos permitido que caigan en desuso. ¿En qué se parece la «casa del culto» protestante a los santuarios que nosotros conocimos de niños, y en qué se distingue la Iglesia neomodernista posterior al Vaticano II de la de cualquier secta de la Reforma. Como ha señalado Michael Davies con respecto a los diferentes compromisos efectuados con los anglicanos: «El acuerdo sobre la Eucaristía y el Ministerio no afirma la posición católica ni en un solo punto donde esta se encuentre en conflicto con el protestantismo». Y, sin embargo, debemos admitir que se ha logrado un cierto tipo de «unidad» entre la Iglesia posconciliar y las diversas «comunidades eclesíásticas» reformadas. La razón es clara. La Iglesia posconciliar misma es una Iglesia «neoprottestante» —en realidad, es «la Iglesia de los modernistas de última hora».

Aquellos que querrían dudar todavía sobre la naturaleza de los compromisos que se han hecho en esta dirección no tiene más que considerar las declaraciones oficiales de la nueva Iglesia. Con respecto a la liturgia, por ejemplo, Pablo VI nos dice que los cambios se hicieron por dos razones —«para ponerla en línea con la Escritura» y por «razones pastorales». Él nunca especificó personalmente cuáles fueron esas «razones pastorales», pero la respuesta puede encontrarse en otros documentos.

Así, se afirma en la «*Carta a los presidentes de los concilios nacionales de obispos concerniente a las plegarias eucarísticas*», un documento oficial de la «Sagrada Congregación para el Culto Divino»:

«La razón por la cual se ha ofrecido semejante variedad de textos (en el *Novus Ordo*), y el resultado final que se ha pretendido lograr con tales formularios nuevos, *son de naturaleza pastoral*: a saber, reflejar la unidad y la diversidad de la plegaria litúrgica. AL USAR LOS DIVERSOS TEXTOS CONTENIDOS EN EL (nuevo) MISAL ROMANO, LAS DIFERENTES COMUNIDADES CRISTIANAS, CUANDO SE REÚNEN PARA CELE-

BRAR LA EUCARISTÍA, SON CAPACES DE SENTIR QUE ELLAS MISMAS FORMAN LA IGLESIA UNA QUE ORA CON LA MISMA FE, QUE USA LA MISMA PLEGARIA. Además, devienen uno en su capacidad para proclamar el mismo misterio de Cristo en diferentes modos — especialmente cuando se usa la lengua vernácula.»

Aquí está, entonces, la razón para los cambios. Es promover la «unidad» de todos los cristianos «que oran con la misma fe», y que proclaman «el mismo misterio de Cristo» en diferentes modos. El único problema es que la «fe» implicada no es la Fe católica, y que el «misterio» implicado no es el «recurrente sacrificio incruento del Calvario». Si fuera así, los «hermanos separados» devendrían simplemente católicos<sup>17</sup>.

Este clamor en pos de una falsa unidad con aquellos que rechazan la enseñanza de la Iglesia tradicional, e incluso el corpus entero de la cristiandad, este deseo de estar en la «vanguardia» de las fuerzas sociales que están creando el «nuevo humanismo», la «sana socialización» de la humanidad, y la «cultura universal» del futuro, es la razón por la cual la Misa tradicional tenía que ser suprimida y reemplazada por una parodia. Por esto es por lo que la nueva «misa» no enseña nunca claramente la doctrina de la Presencia Real. Por esto es por lo que las sectas no católicas, e incluso las sectas anticatólicas, no tienen ninguna objeción en usarla. Por esto es por lo que la prensa liberal la aprueba, y por esto es por lo que el mundo la ama.

Todo tiene que ser sacrificado a este fin —incluso las sagradas Especies. La Eucaristía ha de devenir ahora el «Sacramento de la nueva unidad». Puede ser llamada bendición, la cena del Señor, la mesa del Señor, la memoria del Señor —pero nunca con esa ofensiva palabra de «Transubstanciación». Léase completa la Constitución Apostólica de Pablo VI sobre la nueva «misa» y se comprobará que esta palabra consagrada ¡no aparece ni una sola vez! Es así como Montini dice: «La Iglesia Católica está determinada a continuar y a intensificar su contribución al esfuerzo común de

---

<sup>17</sup> Ya hemos presentado evidencia de que el arzobispo «francmasón» Bugnini fue el arquitecto principal de la nueva «misa». Fue él quien encabezó el «concilium» que fue responsable de su creación. Ahora bien, él mismo nos cuenta en su periódico *Notitiae*, que la intención y la razón para su creación eran introducir la nueva «forma de la liturgia romana en los usos y mentalidades de cada Iglesia particular», lo cual quiere decir, crear un servicio que pueda usar cualquier «comunidad eclesial».

todos los cristianos en pos de la unidad...» (No los esfuerzos de los católicos en amor y caridad para hacer que los protestantes retornen a la unidad). Y es así, también, como ha expresado la esperanza de que «venga pronto el día en que la unidad de todos los cristianos sea celebrada y sellada en una Eucaristía concelebrada». Así lo exigen tanto la «vocación comunitaria» de la humanidad como la «historia de la salvación».

Juan XXIII nos había dicho que «serían necesarios algunos sacrificios a fin de lograr la unidad». Pablo VI y la Iglesia posconciliar nos han aclarado justamente lo que son estos sacrificios. Ellos conllevan el sacrificio de lo que en esencia puede ser llamado «la Tradición cristiana».

## EL COMUNISMO — LA NUEVA «OSTPOLITIK» DEL VATICANO

En la medida en que la nueva Iglesia posconciliar acepta la idea modernista del «progreso», es decir, el concepto de que el hombre a través de la manipulación de algunas «fuerzas dinámicas» y del «progreso histórico» es capaz de crear sobre la tierra alguna especie de «sociedad perfecta», acepta tres de los credos fundamentales de la teoría marxista. Por su parte los marxistas no encuentran ninguna dificultad en permitir una cierta «libertad religiosa» si tal creencia implica una fe en una «divinidad» que no interfiera seriamente en sus planes para la conquista del mundo. Admitir que Dios es responsable del progreso, que Dios es el «poder» que está detrás de las «fuerzas dinámicas», y que Dios desea realmente, de hecho, lo que Rusia desea, es poner a Dios al «servicio del Estado». En cuanto a la propiedad privada, como ha opinado el Metropolitano Nikodim, uno de los ídolos de la nueva Iglesia, la Iglesia Católica no encuentra nada erróneo en aceptar «una forma de propiedad pública tal como se ejemplifica en el socialismo de tipo soviético»<sup>1</sup>. Es así como mucho antes

---

<sup>1</sup> Con respecto a la «propiedad privada» la Iglesia siempre la ha defendido como un «derecho» esencial para el bienestar del individuo. La Iglesia sabe bien que no puede haber ninguna libertad política ni social —por no decir libertad religiosa— para aquellos que viven bajo un sistema donde el Estado controla la comida, el vestido y la vivienda de una manera absoluta. Por otra parte nunca ha dejado de promover la justicia y la caridad —según lo testimonia su condena de la usura y su constante enseñanza de que la riqueza era «tenida» en fideicomiso, del cual el individuo era responsable ante Dios. Como ha dicho R. H. Tawney (*Religion and the Rise of Capitalism*) en la sociedad medieval los hombres «no habían aprendido a convencerse así mismos de que la codicia es empresa y la avaricia economía...». El siervo medieval que pagaba al estado (representado por el «Barón») uno o dos días de trabajo libre a la semana, estaba infinitamente mejor que el hombre moderno que paga de dos a cuatro veces esto en forma de «impuestos». Sin embargo, el siervo nunca podía ser gravado con impuestos sobre su casa y su pequeña posesión privada, ni nunca podía ser desposeído de ellas. (La moderna ley de la bancarrota que hasta hoy día protege de la confiscación a la casa del individuo, es una supervivencia de este principio medieval). Sus hijos eran educados en el monasterio local y los hospitales estaban bien dotados, pues cuidar a los «pobres» era considerado tanto un privilegio como una obligación. Todo esto no es afirmar que la sociedad medieval fuera «perfecta», pues incluso en el Jardín del Edén había de encontrarse una serpiente. Era, sin embargo, una sociedad «cristiana», y una sociedad que garantizaba la «libertad» y la seguridad económica de sus miembros en las áreas donde era más importante.

del concilio Vaticano II, el Estado comunista había dado ya sus pasos para infiltrarse y controlar la Iglesia Ortodoxa Rusa, así como varias organizaciones religiosas occidentales como el Concilio de las Iglesias del Mundo. Ya en 1927 Sergio, el Metropolitano de Moscú, se había distinguido como un instrumento de la política comunista declarándose en «total obediencia» a los poderes gobernantes —«las alegrías y las victorias de la Unión Soviética son también nuestras alegrías y nuestras victorias». Incluso entonces la línea de «detente» ofrecida a la Iglesia fue que no hay nada incompatible entre el socialismo y la cristiandad... en realidad, Cristo y los apóstoles fueron «los primeros comunistas». El principio implicado aquí, citado de un documento comunista contemporáneo, era «reemplazar progresivamente el elemento religioso» en la enseñanza de la Iglesia «por el elemento marxista; gradualmente transformaremos la falsa consciencia de los católicos en la verdadera consciencia a fin de que, con el tiempo, estos lleguen a destruir, por sí mismos y para sí mismos, las imágenes divinas que ellos mismos habían creado. Esta es nuestra línea de lucha por la victoria contra la contrarrevolucionaria Iglesia Católica»<sup>2</sup>. En verdad, parece que para promover tales tácticas, se infiltraron agentes en la Iglesia y ascendieron a posiciones importantes, produciendo con ello efectos devastadores<sup>3</sup>. Los leales pontífices advirtieron a los fieles clara y repetidamente de los peligros implicados.

El Papa Pío IX, en 1846, llamó al comunismo «absolutamente contrario a la ley natural misma...» y agregó que «una vez adoptado, destruiría completamente los derechos, la propiedad y las posesiones de todos los hombres, e incluso de la sociedad misma». León XIII, en 1878, le llamó «una plaga mortal que se insinúa dentro de la médula misma de la sociedad humana solamente para provocar su ruina». Pío XI, en 1937, le llamó «un pseudoideal de justicia, de igualdad y de fraternidad...» y afirmó, además, que el «comunismo es intrínsecamente malo, y nadie que quiera salvar la

---

<sup>2</sup> Un documento destinado a ser usado en Sudamérica citado en *The Mindszenty Report*, (St. Louis, Mo.) Agosto de 1977.

<sup>3</sup> Un caso a punto aquí es el Padre Aleghiero Tondi, S. J., un jesuita que durante el pontificado del Papa Pío XII, transmitió a los rusos los nombres de todos los sacerdotes que fueron enviados tras el Telón de Acero, todos los cuales fueron capturados y martirizados. Este hombre, aunque sospecho de ser un agente ruso, fue «perdonado» por Pablo VI y ahora está trabajando en Roma, uno espera que sea en una posición menos delicada. (*L'Espionage Sovietique en France*, Pierre de Villemarest). Aquellos que estén interesados en un informe algo novelado de las técnicas infiltratorias utilizadas pueden remitirse al libro de Marie Carre AA1025 —*Memoirs of an Anti-Apostle*, Editions Saint-Raphael, Quebec, Canadá.

civilización cristiana puede colaborar con él en ninguna empresa cualquiera que sea». Es a la luz de afirmaciones tajantes como estas como la proclamación de Juan XXIII al efecto de que «la Iglesia no es un muro de contención contra el comunismo. La Iglesia no puede y no debe estar en contra de nada...» es una ruptura tajante con el pasado. No hay que maravillarse de que Krushev estuviera encantado de felicitar a Roncalli con ocasión de su octogésimo aniversario. El *aggiornamento* se manifestaba ya y marchaba.

Es bien sabido que Mons. Willebrands (ahora cardenal), al gestionar en nombre de Juan XXIII la presencia de la Iglesia Ortodoxa Rusa en el concilio, prometió que el comunismo no sería ni atacado ni condenado —tal como fue abiertamente admitido en la Conferencia Panortodoxa de Rodas en 1964 donde este silencio fue descrito como la condición *sine qua non* para su presencia misma. De hecho, cuando la petición de Mons. Castro Mayer, Obispo de Campos en Brasil, introdujo una condena del comunismo firmada por alrededor de cuatrocientos obispos, contrariamente a las reglas de quienes para entonces ya habían capturado el concilio, «se perdió» y fue ignorada. Si este concilio pretendía tratar de los problemas de la Iglesia en el mundo moderno, un «silencio» semejante, por lo menos, era extraordinario<sup>4</sup>.

Posteriormente a estos actos iniciales de «traición» con respecto a la verdad y contra la divina Realeza de Cristo, la Iglesia posconciliar ha compuesto compromiso tras compromiso para apaciguar a los rusos. A agentes de la NKVD (después KGB) tales como el Metropolitano Nikodim, que murió en brazos de Juan Pablo I, se les ha dado la bienvenida repetidamente dentro del corazón del Vaticano —así aquellos que están vertiendo sangre de mártires, comen y beben a expensas de los fieles. Efectivamente Pablo VI invitó a Nikodim a decir misa ¡sobre la tumba de S. Pedro! Por supuesto, tal hospitalidad era correspondida. Cuando Pimen fue entronizado como «Patriarca» de Moscú, el Cardenal Willebrands estuvo presente como representante oficial de Pablo VI. Cuando durante su sermón Pimen proclamó la total destrucción de la Iglesia Católica ucraniana y su «retorno triunfal a la ortodoxia rusa», el cardenal Willebrands no hizo ni la más mínima objeción. En asuntos tan graves como este, semejante silencio es equivalente al consentimiento<sup>5</sup>. Por otra parte, cuando Mons. Velychkovsky, un obispo de la Iglesia Uniata ucraniana, fue libertado

---

<sup>4</sup> Estos hechos han sido confirmados por varios autores, incluyendo al Padre Wiltgen, *op. cit.*

<sup>5</sup> Estoy agradecido a «Ukraine: A Tragedy Without Frontiers», en *Crusade for Christian Civilization* (New Rochelle, Nueva York) Enero-Febrero de 1977, por la documentación de estos hechos.



después de haber pasado muchos años en prisión y retornó a Roma, fue tratado como un simple sacerdote —reconocer su rango y rendirle el honor debido habría equivocado a reconocer la existencia de la Iglesia Católica detrás del Telón de Acero. Lo contrario exactamente ocurrió cuando llegó el falso obispo Exarch Filaret, superior de la Iglesia Ortodoxa Rusa para Ucrania y agente de la KGB. Este hombre que era el responsable del hallazgo, traición y arresto del Obispo Velychkovsky fue tratado con los más altos honores. Fue huésped de honor en el pontificio Collegium Russicum y del Secretariado para la Unión de los Cristianos. Entretanto, el Padre Mailleux S. J., de la Congregación Vaticana para los Ritos Orientales y rector del pontificio Collegium Russicum (y conocido como el «cura rojo») declaró que no debería instituirse el Patriarcado Ucrainiano porque los soviéticos lo considerarían una «interferencia hostil en los asuntos internos de la U.R.S.S.». Muy poco después de esto fue cuando la policía italiana descubrió e hizo pública una red internacional de espionaje comunista ruso que operaba desde el interior de este colegio pontificio, un hecho para cuya ocultación el Vaticano se apresuró a utilizar toda su influencia. Cuando la Iglesia Ortodoxa Rusa procedió a instituir un «Vicariato» para «gobernar» las ramas de la Iglesia Ucrainiana en las naciones occidentales, no se hizo la más mínima protesta. Desde aquel momento han salido a la luz varios ejemplos del uso de este «vicariato» para infiltrar agentes de espionaje en occidente, pero en estos casos, a los ojos de la nueva «Ostpolitik» del Vaticano ellos tienen derecho «a interferir en los asuntos internos de las naciones occidentales». Las cosas habían devenido tan evidentes que el 6 de Diciembre de 1971, el *Newsweek Magazine* afirmó que «¡parece que el Vaticano está dispuesto a sacrificar la unión de cinco millones de católicos del rito ucraniano dentro de la Unión Soviética!». Hasta el momento, a pesar de haber habido súplica tras súplica proveniente de alrededor de siete millones de católicos ucranianos, y a pesar del hecho de que este privilegio les ha sido concedido a ritos orientales con muchos menos adeptos, Roma no ha establecido un Patriarcado Ucrainiano. Y no satisfecha con esto, Roma ha hecho del Cardenal Slipyi, el prelado ucraniano de más alto rango, un virtual prisionero del Vaticano, prohibiéndole «bajo obediencia» que deje Roma para visitar a las comunidades ucranianas en varias ocasiones. Ahora bien, podría argüirse que todos estos compromisos se hicieron para aliviar la persecución de los católicos ucranianos bajo la dominación política rusa. De hecho, sin embargo, han permitido la persecución sin restricciones de estos fieles católicos como ha sido documentado una y otra vez; y a lo largo de todo su reinado, Pablo VI, que nunca vaciló en criticar los abusos impuestos sobre las minorías en

las naciones occidentales, jamás ha hablado ni una sola vez públicamente sobre este asunto. Todo esto condujo finalmente al Cardenal Slipyi a hablar claro —a desobedecer abiertamente el largo silencio impuesto sobre él contra su voluntad por las autoridades del Vaticano. Afirmó en el Sínodo Mundial en Roma en 1971:

«Un héroe muerto es un estímulo más poderoso para la Iglesia que un prisionero vivo en el Vaticano... Los católicos ucranianos que han sacrificado montañas de cuerpos y ríos de sangre por la fe católica y por su fidelidad a la Santa Sede, incluso ahora están sufriendo una persecución terribilísima y, lo que es peor, no son defendidos por nadie... A nuestros fieles católicos se les prohíbe celebrar la liturgia y administrar los sacramentos, y deben descender a las catacumbas. Millares y millares de fieles, sacerdotes y obispos han sido arrojados en prisión y deportados a las regiones polares de Siberia. Ahora bien, a causa de negociaciones y de diplomacia, los católicos ucranianos que como mártires y confesores han sufrido tanto, están siendo arrojados a un lado como testigos incómodos de males pasados...»

Expresándose como un Cardenal Mindszenty, lo que nos lleva a considerar otra faceta de la «ostpolitik» del Vaticano, una faceta que hace que todos los fieles católicos inclinen su cabeza de vergüenza y de dolor. Este heroico prelado, primado de Hungría, como lo afirmó el *New York Times* en su obituario, era «considerado en occidente como un símbolo del anticomunismo». Durante más de treinta y cinco años se había negado a someterse a las «fuerzas materialistas y ateas» del fascismo y del comunismo. Incluso los políticos y los clérigos liberales reconocían la grandeza de este hombre. El presidente Ford dijo en el momento de su muerte que el Cardenal «representaba el coraje, la integridad y la fe inagotable. Había una cualidad heroica en torno a él que marcó a este hombre como un cruzado por la libertad». El Cardenal Cook de Nueva York hizo su elogio como un hombre que había «soportado sufrimientos mucho más allá de la capacidad de la mayoría de los seres humanos, y, sin embargo, nunca dejó de ser un símbolo de coraje, integridad y esperanza. Era un hombre de fe y de una creencia profunda, sin complicación y sin vacilaciones». Como es bien sabido, fue libertado de una prisión comunista por la abortada revolución húngara, y a causa de que se negó a dejar su país devino un virtual prisionero de la embajada norteamericana en Budapest. Allí su presencia demostró ser una espina en el costado del ilegítimo gobierno húngaro y, para citar de nuevo al *New York Times*,

era «un trastorno» para «la Iglesia que está buscando un *modus vivendi* con el bloque soviético». Por lo tanto, la Iglesia posconciliar buscó que este cardenal fuera libertado de Hungría y, de hecho, entró en negociaciones con él a fin de obligarle a retirarse poco a poco de la vida pública y a cooperar con su traición a la Iglesia de Hungría. Estas negociaciones se llevaron a cabo entre el representante de Pablo VI, Monseñor Zagon, y el primado, y tenían por objeto comprometer su heroico ejemplo en la defensa de la fe católica y de su tierra natal. Finalmente dejó la Embajada norteamericana con la apreciación de que allí ya no era bien acogido y con la seguridad de que sería libre de hablar en defensa de la verdad con el apoyo de Roma. Antes de pasadas dos semanas de su partida, el Vaticano levantó la excomunión de los sacerdotes de la paz (aquellos que habían cooperado con el régimen comunista en Hungría), y *L'Osservatore Romano* describió su salida de Hungría como si este acto «hubiera eliminado un obstáculo que estorbara las buenas relaciones entre la Iglesia y el Estado». Sus intentos de apoyar las luchas de los exiliados fueron desbaratados, y al serle negados obispos auxiliares él mismo comenzó a viajar por todo occidente, a pesar de su edad y mala salud, para visitar personalmente a los fieles por quienes consideraba que tenía responsabilidad espiritual. Sus críticas del partido comunista de Hungría no gustaban a este gobierno y Roma pidió que todas sus declaraciones públicas, incluso sus sermones, fueran aprobados por un «asesor romano». Él se negó a someterse a este control de pensamiento. Posteriormente la Santa Sede, sin su aprobación, dio al gobierno comunista húngaro la promesa de que el Cardenal Mindszenty «no haría ni diría nada que tal vez pudiera disgustarle». En un intento por cumplir esta promesa sus palabras fueran tergiversadas en la prensa católica —a menudo se omitían párrafos enteros de sus alocuciones— con la connivencia oficial. Pablo VI hizo varios intentos para desalentar la publicación de sus *Memorias*<sup>6</sup> (en las cuales se documentaban todos estos hechos) y cuando estos resultaron infructuosos, le pidió que renunciara a su cargo por «razones pastorales», y llegó tan lejos como para afirmar que ¡«no había habido ningún primado en activo en Hungría en los últimos veinticinco años»! Esto, entre otras cosas, diluiría su autoridad para hablar y haría posible la designación de algún otro para este cargo que fuera más aceptable para el régimen comunista. Cuando se negó a abdicar de su cargo fue relevado de él —y el Vaticano publicó el hecho como si él mismo se hubiera resignado— y todo esto en el veinticinco aniversario del «juicio político-espectáculo» que

---

<sup>6</sup> Josef Cardinal Mindszenty, *Memorias*, MacMillan, Nueva York, 1974.

le condujo originalmente a su aprisionamiento por los comunistas. El Cardenal Mindszenty se vio obligado a contradecir públicamente esta distorsión de la verdad y a negar que, en absoluto, hubiera abdicado voluntariamente. Así pasaron los últimos años de uno de los defensores más fieles de la Iglesia, un hombre que había pasado decenas de años en prisión tanto bajo los nazis como bajo los comunistas, un hombre respetado por el mundo entero, un hombre cuya biografía fue escrita por un judío en gratitud por lo que hizo por las víctimas de la opresión, y un hombre que era un héroe nacional para los húngaros. Uno no puede hacer nada mejor que citar las palabras que cierran sus *Memorias*: «No hay nada más que decir. Al final del camino he encontrado, esperando para saludarme, exilio completo y absoluto».

Por supuesto, hay todavía quienes argüirán que Pablo VI hizo declaraciones en las que condenaba «los regímenes totalitarios y ateos», y que, si a veces actuó con doblez, fue para aliviar la suerte de aquellos que estaban bajo persecución. Sin embargo, queda el hecho de que no está dentro de los límites de la decencia, del honor y de la caridad cristiana actuar de semejante manera, especialmente cuando se trata de un hombre que pretende ser el Vicario de Cristo. ¡Cuán increíbles son los dichos de este hombre! Considérese la siguiente conversación entre él y el Arzobispo Helder Cámara de Olinda-Recife, Brasil, como aparece en *Le Monde*, un acreditado periódico francés, el 26 de Septiembre de 1974.

«Abriendo sus brazos a Mons. Helder Cámara que se acercaba a él, Pablo VI exclamó: “*Buenos días, mi obispo comunista, ¿qué tal estás?*” El Arzobispo replicó, “*¡Y buenos días a ti, nuestro Papa comunista!*”»

El mismo reportaje continuaba, haciendo notar el Arzobispo Cámara que, «Es como si uno tocara el piano a cuatro manos; yo comienzo el tema y el Papa lo acaba.»

«“¿Cómo llegó uno de vuestros predecesores a considerarse a sí mismo como un rey?”, preguntó Mons. Cámara. El Papa Pablo VI captó la alusión... “*Y a considerarse el cabeza de los Estados Pontificios...*”. Helder Cámara: “¿Por qué Pío IX creía que fue el diablo quien le relevó de estos Estados, y por qué no vio que Garibaldi había sido enviado por Dios?”. El Papa Pablo VI le respondió: “*Si se mirara en los archivos del Vaticano se*

*vería que Pío IX mismo pidió a los obispos que le libaran de todo aquello, pero fueron los obispos franceses quienes presionaron sobre él”.»<sup>7</sup>*

Prescindiendo totalmente del hecho de que Pablo VI está entregándose aquí a uno de sus pasatiempos favoritos —el de volver a redactar la Historia— esta es una afirmación sumamente inusual. O bien Pablo VI es serio al saludar al Arzobispo Cámara como «su obispo comunista», o actúa como un bufón en público. Uno puede permitirse ponderar cuál de las dos alternativas le presenta bajo mejor perspectiva. Pero si tenemos alguna duda sobre sus verdaderos pensamientos, citémosle de nuevo en unas palabras suyas sobre la China comunista:

«La Iglesia reconoce y favorece la justa expresión de la presente fase histórica de China y la transformación de las antiguas formas de la cultura estética en las nuevas e inevitables formas que surgen de la estructura industrial y social del mundo moderno... Nos gustaría entrar en contacto una vez más con China para mostrar con cuánto interés y simpatía estamos atento a sus presentes y entusiastas esfuerzos en pos de los ideales de una vida diligente, plena y pacífica.»

*Congregación para la Evangelización de los Pueblos, 1976.*

Uno también puede permitirse preguntar justamente cuánto ayudaron su «interés y simpatía» a los treinta millones estimados de víctimas asesinadas en aras de la «transformación de las antiguas formas de cultura estética» de Mao<sup>8</sup>. No hay que sorprenderse de que miembros de la jerarquía se expresaran abiertamente como estando a favor de la «teología de la liberación», y que vieran en aquellos que querrían

---

<sup>7</sup> Juan Pablo II ha escrito un panegírico a Helder Cámara con ocasión de su cincuenta aniversario en el sacerdocio, en el cual afirma «Vuestra alma pastoral ha contribuido a nuestra santificación... tenemos un especial amor por vos... Dios os ha colmado con sus dones y talentos y os ha dotado con la piedad... habéis cumplido muchas cosas de inestimable valor. Vuestra liberalidad sacerdotal y episcopal solamente es excedida por vuestro celo...» —Es de destacar también que se dice que Juan Pablo II ha escrito una carta a Helder Cámara, dándole las gracias por haber indicado a la Iglesia el camino a seguir en el futuro. Una copia de esta carta ha sido publicada en Francia, pero el autor no ha visto el original.

<sup>8</sup> El Comité del Senado para Asuntos de Seguridad Internacional de EE.UU. ha publicado una estimación de entre treinta y sesenta millones de muertos. La revista *Time* utiliza el más bajo.

«transformar» el mundo, una nueva religión, llamada la «cristiandad atea». No hay que sorprenderse de que el *National Jesuit News* pueda publicar un documento titulado «La Planificación Nacional y la Necesidad de una Estrategia Social Revolucionaria: Una Perspectiva cristiano-maoísta», en el cual se le dice a la sociedad que «debe purgarse a sí misma de su conciencia social burguesa e identificarse con el proletariado». No hay que sorprenderse de que el jesuita Juan Alfaro, que enseña en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, instruya a la Comisión Teológica Internacional que «Cristo era una especie de Che Guevara palestino». No hay que sorprenderse de que en Sudamérica haya sacerdotes que son tenidos como participantes activos en bandas guerrilleras y que *The Wanderer* haya dado ejemplos de casos donde fondos donados por los fieles para las misiones han acabado en las manos de organizaciones comunistas. Ahora bien, todo esto no es «rizar el rizo»; no es un asunto de seleccionar los dichos de unos cuantos locos que pretender representar falsamente a la jerarquía. Considérese la siguiente declaración adelantada en un encuentro celebrado en el Centro Católico Internacional de Investigación e Información bajo el título de *Pro Mundi Vita* —una conferencia internacional que tuvo lugar en Bruselas bajo los auspicios de la Universidad de Lovaina— la cual afirmación reconocía a Mao Zedong como «un nuevo Moisés que sacó a su país de la opresión del feudalismo y el capitalismo, de la misma manera en que antiguamente el pueblo escogido fue sacado de la cautividad de “Egipto”»<sup>9</sup>. Es cierto que este encuentro era un «coloquio ecuménico», pero era un coloquio en el que la mayoría de los participantes eran católicos de elevada posición, incluyendo luminarias tales como el Cardenal Josef Suenens, Angelo Hernández, Arzobispo de Nueva Delhi, India, y Bernard Jacqueline, vicesecretario del Secretariado para los no Creyentes del Vaticano (bajo cuya égida debían caer los problemas que tratan con el comunismo). Léase con aflicción lo que se está enseñando a los fieles:

«El rechazo de un pseudocristianismo no es necesariamente un rechazo de Cristo mismo... Parecería que China aceptó el espíritu de Cristo a partir de otra fuente... es decir, a partir del marxismo. Si la China ha creado, de hecho, una sociedad con más fe, más esperanza y más amor que los apóstoles «cristianos» de Cristo, nosotros debemos seguir allá donde sopla el espí-

---

<sup>9</sup> El Padre Barry en la Fordham University enseña esto mismo en su curso sobre Religión Comparada.

ritu. La sociedad china hoy... está, creo yo, mucho más adelantada que la nuestra propia en el camino hacia la verdadera sociedad humana, el Reino de Dios, si así lo queréis. Creo que China es la única nación verdaderamente cristiana en el mundo en nuestros días...

»A través del marxismo, las ideas cristianas han alcanzado China, ideas que eran nuevas para ella... una mística de trabajo desinteresado y servicio a los demás; una aspiración por la justicia; la exaltación de una vida simple y frugal; la elevación de las masas campesinas y la desaparición de las clases sociales —estos son los ideales hacia los que está orientada la China de hoy. ¿Pero no son estos los ideales que han sido incomparablemente expresados en las encíclicas *Pacem in Terris* y *Populorum Progressio* y en el documento sinodal (del Vaticano II) *La Justicia en el Mundo*? Hoy día a los niños chinos se les enseña a tener un sentido de responsabilidad para con la comunidad, ¿pero acaso no es esto exactamente lo que el concilio Vaticano II ha pedido tan insistentemente al Pueblo de Dios?»

De nuevo uno debe pensar en cómo se sintieron los «boat people» huidos de Vietnam cuando Mons. Nguyen Van Bihn, el Arzobispo de Saigón, consintió en «cooperar» con el régimen comunista, y en qué sintieron los fieles de Sudamérica cuando setenta obispos en Brasil publicaron un documento titulado «La Iglesia en Vietnam está Dispuesta a Sobrevivir» (25 de Abril de 1976) donde afirmaban:

«¿Qué diferencia hay si el régimen expulsa a los misioneros extranjeros?... En último análisis, ¿acaso no fueron los misioneros, y las Iglesias también, el símbolo de la miseria y de la dominación de nuestro pueblo? El régimen que “libera” a nuestro pueblo puede ahora esclavizar a nuestra Iglesia.»

Son ideas como estas lo que condujo a Helder Cámara a designar a su amigo y consejero personal, el Padre Joseph Comblin, para que fuera profesor en su seminario. Este infame sacerdote belga es al autor del famoso «Documento Comblin», que fue publicado por el gobierno brasileño para mostrar la trama que había sido preparada para guiar a los comunistas a la dominación del país. Citemos un pasaje pertinente:

«Las reformas sociales no se harán a través de la persuasión, ni a través de discusiones platónicas en el Congreso. ¿Cómo se implantarán estas reformas? Por un método de fuerza... el poder tendrá que ser autoritario y dictatorial... el poder debe neutralizar las fuerzas que se resistan: neutralizará a las fuerzas armadas si son conservadoras; tendrá el control de la radio, la televisión, la prensa y de los demás medios de comunicación y censurará las críticas destructivas y reaccionarias... en cualquier caso, será necesario organizar un sistema de represión.»

Y, nuevamente, para demostrar el carácter internacional del problema, citemos las declaraciones de los obispos de Mozambique expresando su apoyo a Samora Machel, el presidente marxista de este infortunado país:

«Nosotros mismos nos damos a la revolución que intenta transformar radicalmente la sociedad en Mozambique en una comunidad por la solidaridad de todos los pueblos de buena voluntad, bien sean creyentes o no creyentes...»<sup>10</sup>

Finalmente, es digno de notar que algunos de los miembros más conservadores de la jerarquía posconciliar son plenamente conscientes de lo que está aconteciendo y han intentado hablar claro advirtiendo. Considérese la declaración del Obispo Basil Losten de Filadelfia:

«Es evidente que el comunismo encuentra hoy en la religión aliados inestimables en su búsqueda del imperio y poder mundial. El fantástico plan para convertir a la Iglesia en un instrumento de la conquista comunista sería increíble si no estuviéramos viendo todo lo que acontece ante nuestros ojos...»

Hablando a la Conferencia Episcopal en Chicago, en 1977, continuaba así:

---

<sup>10</sup> *The Wanderer* (9 de Agosto de 1979) describe a Mozambique como un «gulag vallado por palmeras», y hace notar que «la persecución ha sido particularmente dura contra las comunidades cristiana y muslim». En este país poco poblado «se estima que los detenidos son entre sesenta mil y cien mil personas; muchos se encuentran dispersados a lo largo del país en campos de concentración llamados “centros de reeducación”». También se ha informado de que el rito del bautismo está prohibido.



«Hay gente en nuestra plantilla de supuestos asesores que hacen muchos viajes a la Unión Soviética o a los países dominados por el ateísmo. Allí reciben un cierto adoctrinamiento y entonces vuelven para envenenar nuestras mentes y las mentes del pueblo católico norteamericano. Quizás sea demasiado tarde para hacer retroceder la marea.»

No hay necesidad de decir que tales declaraciones son raramente referidas, si lo son alguna vez, en la prensa liberal católica posconciliar<sup>11</sup>.

¿Y qué hay de la presente situación? Es a la luz de este trasfondo como uno debe examinar con gran cuidado la actitud de Juan Pablo II —encargado, como pretende, de llevar a cabo los programas establecidos por Pablo VI— hacia el comunismo. ¿Por qué una ideología que no era capaz de tolerar a un Mindszenty es capaz de tolerar a un Wojtyla? ¿Acaso se ha logrado un *modus vivendi* en Polonia que será la guía para las futuras relaciones entre el Vaticano y el comunismo? ¿O acaso la Iglesia posconciliar se ha apartado de hecho de la postura de la Iglesia tradicional con respecto a esta «plaga intrínsecamente mala...» que se ha «insinuado en la médula misma de la sociedad humana»? Un cuidadoso examen de las declaraciones de Juan Pablo II muestra que mientras que critica algunos de los *métodos de gobierno* comunistas, jamás ha cuestionado su derecho propio para gobernar<sup>12</sup>. Cuando a la edad de

---

<sup>11</sup> Por esta y otras citas estoy agradecido a *The Mindszenty Report*, Junio de 1977.

<sup>12</sup> Peter Hebblethwaite, en su artículo sobre Juan Pablo II en *Esquire* de Mayo de 1979, declara: «Los primeros informes de Puebla fueron muy confusos. Según el periódico que uno leyera, el Papa había atacado o defendido la teología de la liberación. Hasta que se tuvo el texto completo, fue imposible decirlo. Cuando este estuvo disponible, la razón del malentendido se aclaró: Juan Pablo II había reconocido la validez de las aspiraciones de la teología de la liberación mientras criticaba algunos de sus métodos. Al mismo tiempo sus enérgicas declaraciones contra los abusos de los derechos humanos habrían incomodado a los generales Videla y Pinochet».

Análogamente, Alan Riding, que escribe en el *New York Times Magazine* (6 de Mayo de 1979), afirmaba que «los documentos finales aprobados en Puebla reflejaban, no obstante, las largas horas de negociación consumidas. El evangelismo tradicional fue enfatizado para los conservadores y el activismo social para los liberales. Se evitó el respaldo específico para la “teología de la liberación” y, sin embargo, la palabra “liberación” apareció cientos de veces en el texto. Sobre la balanza, Puebla fue probablemente un paso adelante desde Medellín, al advertir que predicar el evangelio sin considerar sus implicaciones políticas, económicas, sociales y culturales “es equivalente a una colisión cierta

setenta y cinco años el Cardenal Wyszynski, primado de Polonia y antiguo superior y estrecho amigo de Wojtyla, sometió su dimisión al Vaticano, el gobierno comunista polaco informó a Pablo VI que estarían felices de que se hiciera con él una excepción y de que Wyszynski se quedara en su actual posición<sup>13</sup>. Ahora bien, debemos recordar que Polonia es un país predominantemente católico y que su gobierno debe aceptar la realidad de la Iglesia le guste o no. ¿Por qué pues tolera a unos prelados y a otros no? La respuesta puede ser encontrada citando al Cardenal Mindszenty. En una alocución dada en América poco antes de morir, declaró: «De todos los obispos húngaros, yo soy el único que no ha prestado juramento de fidelidad al Estado sin Dios». Un examen cuidadoso de la encíclica de Juan Pablo II *Redemptor Hominis*, así como de su alocución en Puebla, mostrará que aunque es sumamente crítico con algunos aspectos de los métodos usados por los comunistas, nunca, ni una sola vez, ha condenado claramente al comunismo ni negado su derecho a controlar el destino de millones de sus compatriotas. Ha criticado el «activismo social» por parte de los sacerdotes, pero no su adhesión a los principios marxistas<sup>14</sup>. Semejante postura no

---

con el orden establecido». Pero en esta guerra religiosa las armas principales son las frases aisladas y ambas facciones regresaron a casa con sus arsenales bien pertrechados».

Es de interés destacar que Juan Pablo II ha nombrado a Agostino Casaroli como su Secretario de Estado para reemplazar al recientemente fallecido Jean Villot. El periódico *Time* describe a este individuo como «leal, altamente cualificado y completamente entregado a las reformas del concilio Vaticano II... Ha sido el emisario más alto del Vaticano a los regímenes comunistas desde que el Papa Juan XXIII empezó las negociaciones para ayudar a sobrevivir a las Iglesias del bloque oriental. Aunque este nombramiento es considerado como el respaldo de Juan Pablo II a su política, Casaroli rehuye modestamente su denominación común de arquitecto de la *ostpolitik*».

<sup>13</sup> Según Mary Craig (*Man From a Far Country*), el Cardenal Wyszynski «era un pragmático... en 1950 concluyó un acuerdo con el gobierno (comunista) en el cual aceptó la pérdida de las posesiones de la Iglesia (excepto las iglesias y las casas de los sacerdotes), aceptando que en un país socialista la Iglesia debe renunciar a sus derechos a la propiedad privada. Este acuerdo incurrió en el grave descontento del Papa Pío XII, y en cualquier caso fue roto muy pronto por el gobierno». Esta misma fuente hace notar que el Padre Wojtyla —hoy Juan Pablo II— «se mantenía fuera de la política» en sus sermones, pues «... incluso mencionar el “Bien” y el “Mal” podría atraer la cólera de las autoridades...»

<sup>14</sup> El hecho de que Juan Pablo II haya hablado contra el «activismo político» de los sacerdotes en Sudamérica es una espada de doble filo. Claramente los gobernantes comunistas en Europa oriental estarían encantados de tener una prohibición semejante en los archivos. El Cardenal Mindszenty podría haber sido silenciado entonces «bajo obediencia» por «activismo político», puesto que este término puede significar casi todo, desde decir la verdad hasta llevar un fusil.

puede ser excusada con el argumento de la necesidad de la «neutralidad diplomática», pues no se puede ser «neutral» ante el mal.

Ahora bien, un católico, a pesar de lo que ha dicho Juan XXIII, por su naturaleza misma debe ser anticomunista. Eso se sigue del hecho de que la Iglesia enseña que toda autoridad y todos los derechos vienen de Dios mismo, y deben ser ejercidos según su voluntad<sup>15</sup>. ¿Qué significa esto en el orden pragmático? Significa que si bien un gobernante puede promulgar algunas leyes contra la voluntad de Dios, estas leyes no tienen en sí mismas ninguna fuerza moralmente vinculante. Un gobernante (o un gobierno) no pierde necesariamente su autoridad porque cometa errores en algo de su legislación, pero un régimen comunista es intrínsecamente injusto y esencialmente opuesto en principio a la voluntad de Dios. Supone imponer una autoridad fraudulenta por la fuerza y el terror a fin de erradicar de la humanidad la Fe, la Esperanza y la Caridad, para darnos las cuales Nuestro Señor vivió y murió. Cree, como lo hemos señalado en otra parte, que el futuro probará que sus principios son correctos, y se siente libre para forzar a aquellos que no quieren unirse a las «fuerzas dinámicas de la Historia» que están trabajando hacia su visión particular del «punto Omega», a hacerlo así contra su voluntad. Controlando todo acceso al alimento, al vestido y a la vivienda, reduce a sus ciudadanos a un estado de esclavitud de hecho —en la medida en que secundan el deseo del Estado, son recompensados materialmente, pero si se oponen al Estado o bien son asesinados, esclavizados en «campos de trabajo correctivo», o encarcelados en instituciones psiquiátricas. Sobre todo, como ocurre incluso en Polonia, intentan controlar la educación de los niños, y por una diversidad de técnicas abiertas y encubiertas, subvierten su creencia religiosa, reemplazándola por los falsos credos del marxismo-leninismo. Aquellos que pretenden que en Polonia los comunistas han llegado a aceptar a la Iglesia como algo más que una necesidad temporal, son increíblemente ingenuos. Ahora bien, ¿cómo puede decir nadie que a una banda de criminales revolucionarios y ateos dedicados a la destrucción de la Iglesia, al destronamiento de Cristo, a la propagación del reino de Satán sobre la tierra, y, en verdad, a la erradicación de toda creencia en Dios, podría serle dada por Dios alguna vez la autoridad para llevar a cabo un programa semejante? ¿Cómo un hombre que

---

<sup>15</sup> Este principio está enunciado en las siguientes encíclicas papales: *Diuturnum illud*, *Immortale Dei*, *Libertas praestantissimum* y *Quod apostolici muneris* de León XIII; *Vehementer* del Papa San Pío X, y *Quas primas* de Pío XI. Estoy agradecido al Padre W. Jenkins en su «Catholic Doctrine and Anti-Communism», de *For You and For Many*, (Soc. San Pío X, Oyster Bay, Nueva York), Enero de 1979 por varias secciones de este párrafo.

pretende ser el sucesor de S. Pedro puede actuar, como lo hizo Pablo VI, para persuadir al gobierno norteamericano a que devolviera la corona de S. Esteban (y contra la voluntad manifiesta de aquellos a quienes este había dado asilo político) a aquellos que han esclavizado y torturado a los verdaderos descendientes de este príncipe real? Admitir que los gobiernos comunistas gobiernan legítimamente es pretender que derivan de Dios su derecho a hacerlo y proclamar que Dios está, en consecuencia, «dividido contra Sí mismo». No es nada más que ofrecer al César (o más bien a un falso César) lo que pertenece a Dios. Por esto es por lo que Pío XI llamó al comunismo «un falso ideal» y dijo que «nadie que quiera salvar la civilización cristiana colabore con él absolutamente en ninguna empresa». No se puede hacer nada mejor que concluir esta sección con las siguientes palabras del Papa Pío XII:

«Hoy no se puede negar lo que el Estado antirreligioso y totalitario pretende pedir a la Iglesia, lo que espera ciertamente obtener como precio de la tolerancia y también de un precario reconocimiento. Ahora bien, veamos cuál es el objeto de sus pretensiones<sup>16</sup>:

Una Iglesia muda, cuando su deber es hablar;

Una Iglesia que consienta en cambiar la ley de Dios, cuando su misión es proclamarla y defenderla;

Una Iglesia que suprima sus fundamentos doctrinales intangibles sobre los que la ha establecido Cristo, para someterse voluntariamente a los caprichos de la opinión y a la inestabilidad de las muchedumbres;

Una Iglesia sin energía para resistir a la opresión de las conciencias, ni para defender los legítimos derechos de la gente y su libertad;

---

<sup>16</sup> «La naturaleza antirreligiosa del comunismo se ha demostrado, una vez más, en Camboya donde solamente seiscientos de los ochenta y dos mil monjes budistas existentes han sobrevivido». Los demás han sido liquidados. ¡Ciertamente, el Vaticano no puede creer que los católicos seamos inmunes a la aniquilación! (*World Press Review* Mayo de 1981).

Una Iglesia cobarde y servil hasta el punto de encerrarse a sí misma en los templos de Cristo traicionando así la misión que le fue confiada: “Id por los caminos y predicad... Id y enseñad a todas las naciones...”

¿Puede el Papa permanecer mudo cuando se niega a los padres el derecho de enseñar a sus hijos, según las órdenes de un régimen minoritario que desea apartarlos lejos de Cristo, y cuando este Estado sobrepasando los límites de su competencia, asume el poder de suprimir las diócesis, deponiendo a los obispos, saqueando a la organización eclesiástica y arrebatándole los medios indispensables para el bienestar de las almas?»

*Alocución a los romanos concerniente a los sagrados derechos  
de la Iglesia, 20 de Febrero de 1949*

¡Todo cuanto temía este santo pontífice ha llegado a ser realidad en la Iglesia posconciliar!

## CONCLUSIONES

## CONCLUSIONES<sup>1</sup>

«Esta claro que la Iglesia se está enfrentando a una grave crisis. Bajo el nombre de la Nueva Iglesia, la Iglesia posconciliar, una Iglesia diferente de la de Jesucristo está intentando ahora establecerse a sí misma; una sociedad antropomórfica amenazada con una inminente apostasía, que se permite ser arrastrada en un movimiento de capitulación al por mayor bajo el pretexto de la renovación, del ecumenismo y de la adaptación.»<sup>2</sup>

Padre Henri de Lubac, S.J., 1967

Debería estar sobradamente claro, incluso para aquellos que (¡perdón por la expresión!) están «fuera de la fe», que la Iglesia «nueva» y «posconciliar» es a la vez llamativamente *nueva* y llamativamente *diferente* de la Iglesia como ha existido a lo largo de las edades. La antigua Iglesia era y es descaradamente «triumfante», sentía que tenía la totalidad de la verdad y lo proclamaba con un «ardor militante» que al hombre moderno y relativista solo podría parecerle de una gran arrogancia. La nueva Iglesia es, como ha dicho Pablo VI, más «abierta», «benévola» y «acomodaticia», y una Iglesia que «no pide nada». El cristianismo por el que esta nueva Iglesia aboga es, como el mismo Pablo VI ha dicho, más «aceptable», más «amable» y está «libre del rigorismo medieval». La Iglesia tradicional prohibió la *communicatio in sacris* activa, o culto en común con aquellos que rechazaban sus enseñanzas y su liturgia. Veía esto como una desobediencia al Primer Mandamiento —«No adorarás falsos

---

<sup>1</sup> Algunos sugerirán que este libro debería haber sido sometido a la jerarquía posconciliar para su refutación o aprobación. Haberlo hecho así habría sido reconocer como teniendo la «autoridad espiritual» a aquellos que están intentando destruir por todos los medios toda autoridad espiritual. Sin embargo, ha habido una larga correspondencia con la Madre Teresa en la cual se han planteado la mayor parte de estos problemas. Ella pidió, con toda propiedad, la asistencia de un cardenal en Roma quien a su vez asignó a un teólogo el estudio de los problemas en cuestión. Este no fue capaz de refutar ninguna de las principales aseveraciones que se hacen aquí. Es de esperar que esta correspondencia será publicada por separado.

<sup>2</sup> El Padre Lubac es un gran admirador de Teilhard de Chardin, y antiguamente fue considerado como «progresista», pero se encontró a sí mismo rebasado por los *periti* en el concilio. Hizo estos comentarios en el Congreso Internacional de Teología de Toronto, Canadá.

dioses». La nueva Iglesia no solo aprueba oficialmente la *communicatio in sacris*, «debido a la gracia que se puede derivar de ella» (Vaticano II), sino que ha creado, además, una liturgia que refleja esta creencia en la necesidad de semejante adoración común. La verdadera Iglesia llamaba a aquellos que discordaban con sus enseñanzas, aunque fuera sobre un solo punto, «heréticos» mientras que la nueva Iglesia los ve, incluso si son agnósticos y ateos, como «hermanos separados» con los cuales trata de las materias teológicas «en igualdad», y con los cuales debe trabajar para la creación de una «cultura universal» y de una «nueva humanidad». Ve en las múltiples sectas y «comunidades» que rechazan sus enseñanzas y sacramentos, «acciones» que «pueden engendrar verdaderamente una vida de gracia», y «proveer acceso a la comunidad de la salvación». La antigua Iglesia consideraba el «cambio» en las materias doctrinales y litúrgicas nada menos que con verdadero horror —como dijo Sta. Teresa de Ávila, «yo vertería hasta la última gota de mi sangre por la más pequeña de las ceremonias de la Iglesia». Estaba orgullosa de ser la «Iglesia inmutable», pues no quería desechar la «perla carísima» por «mondas buenas solo para que las coman los cerdos». La nueva Iglesia se ve a sí misma como «dinámica» y «evolutiva», y ve la «renovación», el hecho de aceptar cualquier innovación concebible, como «un don del Espíritu Santo». La Iglesia tradicional veía la Misa como un «sacrificio» perpetuo —el recurrente sacrificio incruento del Calvario. La nueva Iglesia la ve como un «memorial», y todo lo más, como un «sacrificio de alabanza y de acción de gracias». Como lo señala con ánimo puntilloso cualquier protestante corriente: «en la antigua Iglesia, lo único que cambiaba era el pan y el vino (en la Transubstanciación); en la nueva Iglesia lo único que no cambia es el pan y el vino». Si la verdadera Iglesia tenía problemas, nunca estaba en crisis. La nueva Iglesia, como el mundo moderno al cual querría acomodarse, parece ir de una crisis a otra.

Lo que se desprende claramente de todo esto es que la nueva Iglesia es una Iglesia enormemente diferente. A pesar de toda su palabrería sobre la «unidad», ella no es «una» con la Iglesia de Todos los Tiempos. No enseña todas las doctrinas apostólicas, y no sigue los «ritos» divinos y apostólicos. Cualquiera que sea la «unidad» que pueda lograr consigo misma, entre su «Papa» y los «obispos en unión con él», e incluso con los protestantes, no puede pretender la «unidad» con la Iglesia que Cristo fundó. Siendo esto así, la nueva Iglesia posconciliar se encuentra llana y simplemente en Cisma, por no mentar el término de HERESIA. El concepto de la «unidad» no depende de los miembros, sino de la adherencia al Magisterio de enseñanza de la verdadera Iglesia. Como ha dicho el Santo Oficio (*L'Osservatore Romano*, 9 de Fe-



brero de 1942), «la gracia propia asegurada al magisterio no es en modo alguno la gracia de substituir por una nueva la revelación que ha sido revelada de una vez por todas, sino enteramente al contrario, la gracia de no errar nunca ni de permitir que los fieles se extravíen de su verdadero significado...». Aquellos que se apartan de este *magisterio*, incluso si son «el “Papa” y los obispos en unión con él», son culpables de rasgar la túnica sin costuras de Cristo.

La nueva Iglesia no es solo defectuosa con respecto a la «unidad», es también claramente defectuosa con respecto a la cualidad de la APOSTOLICIDAD. Ha abandonado no solo doctrinas apostólicas, sino que ha abandonado también los «ritos» apostólicos, y los ha reemplazado por otros ritos de origen puramente humano. No los ha reemplazado con otros ritos apostólicos alternativos tales como los de las Iglesias orientales, sino con ritos que de todo intento y propósito son una mezcla de los servicios luterano y anglicano. Al hacer esto, ha atacado todo cuanto es más sagrado en la Iglesia, y se ha privado a sí misma de la cualidad de la SANTIDAD<sup>3</sup>. Finalmente, no puede pretender ya a la fidelidad y obediencia de los católicos tradicionales, y de aquí que tanto en el sentido espiritual como en el material, está privada de la cualidad de la CATOLICIDAD. No es la «IGLESIA UNA, SANTA, CATÓLICA Y APOSTÓLICA», y cualquier reclamación que haga de serlo, no tiene más validez que las reclamaciones similares que se hagan por parte de los anglicanos y luteranos. La nueva Iglesia posconciliar no es sino otra más en la larga lista de las «comunidades eclesíásticas» que han abandonado la Iglesia y las tradiciones establecidas por Cristo y sus apóstoles. Ha perdido tanto su credo como su credibilidad.

Los resultados de esta apostasía están todos en derredor nuestro. Miles y miles de sacerdotes han abandonado su función sacerdotal. Las monjas han dejado las órdenes en inconcebibles manadas. El laicado ha devenido como el ganado errando en el desierto. Las iglesias están profanadas, los altares despojados, los sagrarios retirados y el Sacrificio perpetuo abandonado. *La Fe*, entendida antaño como dar el asentimiento a las doctrinas enseñadas por la Iglesia Católica, ha sido reemplazada por *una fe, cualquier fe*, descrita en términos «experimentales» como un «sentimiento» o «aspiración sublime». Todo lo que se requiere es que uno sea «sincero», y «de buena

---

<sup>3</sup> La santidad en la Iglesia depende no solo de sus sagrados «ritos»; se caracteriza también por la sacralidad de sus doctrinas «dadas por Cristo», y por los «frutos» de sus seguidores como se pone de manifiesto en las vidas santificadas de los fieles. Después del concilio de Trento tuvimos una virtual plétora de santos, tanto canonizados como no canonizados. Después del concilio Vaticano II —*res ipsa loquitur* (los hechos hablan por sí mismos).

voluntad», y (quizás) que uno acepte a Cristo como el «Salvador personal» de uno. Los Sacramentos ya no son vistos como vehículos de la gracia, sino más bien como expresiones de fe hechas por la comunidad. El sacerdote no es ya el ejecutor del Sacrificio, el intercesor entre el hombre y Dios, más bien es el ministro «que preside» sobre los «dones», y el líder de la comunidad. Como se dice en la *Instrucción General sobre el (nuevo) Misal Romano*:

«La misa no es un acto del sacerdote a quien el pueblo se une, como solía explicarse. La Eucaristía es más bien un acto del pueblo, a quien el ministro sirve haciendo presente al Salvador sacramentalmente... La formulación anterior, que correspondía a la teología clásica de los últimos siglos, fue rechazada porque ponía lo que es relativo y ministerial (es decir, la jerarquía) por encima de lo que es ontológico y absoluto (es decir, el “Pueblo de Dios”).»<sup>4</sup>

El «juicio privado» ha sido sancionado por la Iglesia posconciliar como un criterio para determinar la Verdad. Ningún católico ortodoxo, por el contrario, desearía nunca «pensar por sí mismo» en materias teológicas —bien sea doctrina o liturgia— sino «pensar correctamente»<sup>5</sup>. Es un prejuicio modernista que las materias espirituales son tan vagas e indefinidas, que, con tal de que uno sea «bueno» (léase «comedido»), y «sincero» (léase «convencido de las propias opiniones de uno»), nada más importa. Y, sin embargo, tan pronto como uno coloca su propio juicio privado —habitualmente un «juicio privado» que refleja las «costumbres» corrientes en la sociedad en que uno vive— sobre el mismo plano de la Revelación Divina, uno se priva a sí mismo de todo acceso a la sabiduría tradicional. Adherirse a las propias opiniones privadas en las materias espirituales no es sino gloriarse en ese «amor de uno mismo» que todos los escritores espirituales fustigan como enemigo de la vida de oración. Al pensar que uno conoce «mejor» que Dios mismo —y es Cristo quien nos habla a través de la Iglesia de Todos los Tiempos— uno está no solo sucumbiendo,

---

<sup>4</sup> *The New Order of Mass*, Texto Oficial de Instrucción, versión y comentario ingleses, traducido por los monjes de la abadía de Mount Angel, Liturgical Press, Collegeville, Minn., 1974.

<sup>5</sup> «Pensar por uno mismo» es, de hecho, una absurdidad lógica, pues el pensamiento, si es que ha de tener algún valor o base en realidad, debe ser «objetivo». Ahora bien, las formulaciones de los teólogos tradicionales le proveen a uno con esta «objetividad» misma, lo que le permite a uno «razonar» correctamente.

sino más aún, está abrazando el «pecado de orgullo». No importa si esto se hace individualmente o porque uno marcha en compañía del rebaño «comunitario» —la apostasía «colectiva» del hombre moderno no es en modo alguno menos ofensiva a la Verdad porque ha devenido, en efecto, una «norma» estadística. Una persona que sigue sus propias opiniones en materias teológicas, y especialmente si estas «opiniones» son un reflejo de las del mundo moderno, no solamente está usando mal su intelecto, sino que, suponiendo que sea «sincero», está también extraviando su voluntad. Imagínese a Nuestro Señor en el huerto de Getsemaní entablando un «diálogo» con el Padre, en estos términos: «Realmente no pienso que tu idea sobre el Sacrificio sea muy buena... Quizás podamos encontrar algún otro modo de lograr los mismos fines —un modo más «amable» y «aceptable» que no sea repugnante a la persona corriente (y quizás podríamos hacer una encuesta pública). ¡Deseo hacerlo a mi modo —no al tuyo!». Este ejemplo modernista para el hombre de hoy —y para la nueva Iglesia— acarrea implicaciones espirituales horribles. Lo que resulta es que nosotros vivimos, no en Cristo, sino «en nosotros mismos». Es decir, en realidad, no en la enseñanza de Dios, sino bajo la nuestra propia. En último lugar, eso solo puede conducir a la completa «inversión» satánica que coloca al hombre en el lugar de Dios —«rey del mundo y príncipe del cielo», citando a Montini. Pero entonces, «EL PUEBLO DE DIOS ES ONTOLÓGICO Y ABSOLUTO»<sup>6</sup>.

Y, sin embargo, es esto precisamente lo que la nueva Iglesia posconciliar ha llevado a cabo bajo la cortina de humo de la «democratización». Una de las consecuencias más drásticas que ha resultado de ello es que esta «Iglesia de los modernistas de última hora» no puede hablar ya con autoridad. La Iglesia tradicional hablaba con autoridad, y nunca como los escribas y fariseos. Su *Magisterio* provenía de Cristo y de los apóstoles y funcionaba para conservar puro el «depósito de la fe». La nueva Iglesia, habiéndose acomodado a los «hermanos separados» y al «mundo», ya no

---

<sup>6</sup> Uno se acordará aquí del «Obispo Constitucional» de París durante la Revolución francesa. Bajo amenaza de muerte el Obispo Gobel afirmó que «la voluntad del Pueblo Soberano» había devenido ahora «su ley suprema», y puesto que el «Pueblo Soberano» lo quería así, no había ningún otro culto que el de la «libertad y santa igualdad». En consecuencia depositó su cruz, su anillo y demás insignias sobre el escritorio del Presidente (del líder francmasónico) y se puso el gorro frigio de la libertad. Varios de sus vicarios siguieron su ejemplo. Como lo señala Nesta Webster en su libro *The French Revolution*, «esta escena grotesca fue la señal para la profanación de las iglesias en todo París y provincias». En Nôtre Dame, despojada de sus crucifijos e imágenes de santos, tuvo lugar la Fiesta de la

puede hacer esto. Nadie habla con autoridad a aquellos con quienes intenta tratar «de igual a igual». Lo que es extraordinario es que la Iglesia posconciliar ha destruido su propia autoridad al reconocer «oficialmente» que «el hombre ha de guiarse por su propio juicio y disfrutar de libertad» en las materias religiosas (*Decreto sobre la libertad religiosa*). Por ambigüamente que esto esté redactado, coloca el «juicio privado» de cada ser humano en el mismo plano que la Revelación Divina. Por supuesto, era esencial que la nueva Iglesia hiciera esto si es que quería buscar la «unidad» con aquellos que rechazaban las enseñanzas tradicionales. Pero si ella reconocía esta autoridad «bastarda» a aquellos que estaban fuera de su seno, entonces tenía que conceder el mismo privilegio a aquellos que están dentro. Es así como ha devenido una Iglesia «abierta», una Iglesia que admite y acepta una «pluralidad» de opiniones diferentes dentro de su seno. Se sigue, entonces, que sus enseñanzas no reflejan ya la plenitud del Magisterio, del «depósito de la fe», sino más bien una variedad de «opiniones privadas». Desgraciadamente la mayoría de los que sostienen «opiniones privadas» en materias religiosas son incapaces de estar de acuerdo sobre muchísimas cosas. Sus «sentimientos» son fácilmente influenciados por los medios de comunicación y por el «espíritu de los tiempos». Además, la Iglesia posconciliar es, por su naturaleza misma, sumamente cuidadosa de no pisar el terreno de las demás «comunidades» eclesiásticas y no eclesiásticas<sup>7</sup>. Lo que resulta entonces es que el «nuevo Magisterio», el «Papa y los obispos en unión con él», es a menudo poco más que el resultado del sondeo de la «opinión pública» de moda en ese momento. Esta Iglesia habla mucho de «paz» y de «unidad»; de la necesidad del «desarrollo económico de las naciones atrasadas» (habitualmente tierras que han sido «saqueadas» y reducidas a niveles por debajo de la subsistencia como resultado de un imperialismo occidental económico y político totalmente no cristiano); de «igualdad» y de «progreso»; de «dignidad humana» y de «libertad», y de «defender los “derechos” del hombre mo-

---

Razón. El símbolo francmasónico (una pirámide con una luz), que devino el centro de adoración, fue levantado en una nave lateral sobre la cima de un montículo.

<sup>7</sup> El que la Iglesia posconciliar no tomara una postura enérgica sobre el aborto hasta que fue evidente que muchos de los protestantes sentían del mismo modo constituyó un hecho escandaloso y está claramente documentado en el libro de Anne Roche *The Gates of Hell*, McClelland, Toronto, 1974. Antes del Vaticano II habría sido imposible que una ley que permite el «aborto a petición» hubiera sido aprobada en Estados Unidos. Una sola palabra de la Iglesia y los fieles habrían votado en masa contra ella. Los liberales, por supuesto, encontrarían ofensivo semejante acto; pero es menester decir-

dermo» (habitualmente el «derecho» a ignorar las prescripciones puestas sobre él por Dios —y ¿qué hay de los derechos del hombre tradicional?). Ninguno de estos conceptos requiere una tradición religiosa, ninguno ofende al ambiente liberal moderno —¡ninguno requiere siquiera una creencia en Dios! Esta misma Iglesia habla muy poco de santidad, de la vida espiritual y ascética, de oración y de sacrificio. Inclusive las herejías más flagrantes y los abusos litúrgicos más salvajes son permitidos sin amonestación alguna, pues a cada persona debe permitírsele ahora «hacer lo suyo». Solamente aquellos que afirman y dan testimonio de la totalidad de las enseñanzas de la Iglesia y que insisten en mantener sus ritos tradicionales son «suspendidos» y amenazados con la «excomunió».

Esta ausencia de una «autoridad espiritual» que se pueda oír, conducirá al fin a la más drástica esclavización que sea posible del hombre. En una época anterior (previa al Vaticano II), cuando el Papa pontificaba sobre un asunto tal como el aborto, millones de fieles obedecían e incluso los gobiernos temían ser derrocados si ignoraban sus advertencias. Hoy día, cuando habla el «Papa», incluso sus obispos más próximos se apresuran a contradecirle. Sus propios seguidores desacreditan sus palabras antes de que los demás hayan tenido siquiera oportunidad de leerlas. Si la Iglesia no puede ser ya una fuerza en pro de la Verdad y de la Moralidad, entonces los gobiernos devendrán los instrumentos de legislar la verdad y la moralidad<sup>8</sup>. Una vez que esto acontezca, aquellos que no acepten la «nueva moralidad» devendrán los «enemigos del pueblo». Si la eutanasia es proclamada política gubernamental —y lo fue por los nazis en Alemania, un país «cristiano», y lo será de nuevo— entonces los que se nieguen a aceptar este «bien» tendrán que ser «reeducados». Nuestras creencias religiosas serán permitidas solamente si las mantenemos «en privado», y no se las enseñamos a nuestros hijos. Cuando nos sintamos llamados a hablar contra la marea predominante —para dar testimonio de la verdad— cuando nos neguemos a aceptar las «reglas» de una mayoría numérica o a rechazar las demandas y directrices de cualquier grupo de poder que acaezca que controle el gobierno, entonces esta-

---

lo, el aborto es simple y llanamente un crimen y, le guste o no al hombre moderno, es «un pecado que clama al cielo».

<sup>8</sup> Citando a J. M. Cameron de una conferencia dada en la Universidad de Yale: «El conflicto entre los poderes real y sacerdotal... ya no existe. Nadie duda que en un sentido puramente real, el Estado es omnímodo, y de que si el mandato del Estado es resistido por motivos de conciencia o interés, entonces no hay ningún cuerpo de reglas reconocidas a las que pueda hacerse una apelación convincente». Terry Lectures, 1966; Yale Univ. Press.

remos «obstruyendo» la «voluntad del pueblo», y seremos declarados «enemigos del Estado». Y cuando esto acontezca, ¿dónde estará la Iglesia «visible»? ¿Quién hablará por nosotros? Tendremos que resistir solos y aceptar las consecuencias. Tan pronto como la jerarquía abandona la tradición, abdica de su autoridad espiritual. El proceso ha comenzado ya y va por buen camino. Habrá «llanto y crujir de dientes», si no en nuestros días, sí en los de nuestros hijos.

La nueva Iglesia ha hecho estas cosas en su mayor parte a causa de que cree en el «progreso», y a causa de que querría unirse con las «fuerzas dinámicas» y «evolutivas» que ella cree que van a crear un mundo mejor para toda la humanidad —una especie de utópico «Reino de Dios en la tierra»<sup>9</sup>. Uno querría aclarar una vez más que la Iglesia tradicional no está contra el «progreso», si por este término no referi-

---

<sup>9</sup> Como manifestaba un editorial de *L'Osservatore Romano* (3 de Marzo de 1977): «Hoy nadie cree ya en la tradición, sino más bien en el progreso racional. La tradición aparece hoy como algo que ha sido orillado por la historia. El progreso, por otra parte, se presenta a sí mismo como una auténtica promesa innata en el alma misma del hombre —tanto es así que hoy día nadie puede sentirse a gusto con la tradición que representa lo que ha pasado, sino solamente en el futuro en una atmósfera de progreso». Deberíamos destacar varios puntos más. Muy pocas personas inteligentes conservan todavía su «fe» en el progreso. Como ha dicho William Morris, «No tengo una fe mayor que un grano de mostaza en la futura historia de la “civilización”, la cual “sé” que está predestinada a la destrucción; ¡qué alegría pensar en ello!». Manifestaba también en un reciente editorial en el *New York Times*: «Pertenece a una conmovedora fe en el “progreso” —y a una cierta arrogancia cultural— creer que la ciencia y la tecnología occidentales van a mejorar la suerte de los pueblos del Tercer Mundo. La cosa, sin embargo, no es así». La «literatura de acusación» está llena de condenas de esta falsa «superstición». ¿Por qué es, sin embargo, un «opio» tan poderoso? ¿Por qué aquellos que han puesto su fe en el presente orden de cosas hacen tanto hincapié sobre este concepto? La respuesta es simple. El presente estado de cosas, como es obvio para cualquier persona que piense, es tan terrible y está tan preñado de peligro en todos los planos, que es necesario proveer alguna «esperanza» para una mejora futura. El progreso ha sido administrado como un afrodisíaco al respecto de las masas descontentas desde la Reforma. Esto, unido a una nueva redacción de la Historia falsamente persuasiva, que presenta los tiempos medievales como «horribles» —la «edad sombría»— convence al hombre moderno de que las cosas eran mucho peores en el pasado y que serán mucho mejores en el futuro. Si estuviera convencido de que la presente situación es permanente, privado de los consuelos de la Religión, se revelaría abiertamente y destruiría a sus señores presentes.

Dios ha dicho a través de Jeremías: «Oh vosotros de esta generación, no os apartéis de la palabra del Señor: ¿Acaso he sido Yo un desierto para Israel, una tierra de oscuridad? ¿Por qué dice mi pueblo “nosotros hemos progresado”?» (II. 12-17).

mos a los avances de la ciencia moderna<sup>10</sup>. El diseño de «ratoneras mejores» es claramente ventajoso para la sociedad, con tal de que, por supuesto, no sea violada la justicia, y que no sean obstaculizados los verdaderos y propios fines del hombre. Sabe, sin embargo, que ningún progreso y ninguna tiranía pondrán nunca fin al sufrimiento<sup>11</sup>. Como ya ha sido dicho por otros, solamente la santificación de todos los hombres podría hacer realidad esto. En cuanto a crear una sociedad perfecta sobre la tierra, una sociedad que, como dice T. S. Elliot, sea «tan perfecta que nadie necesite nunca ser bueno», la Iglesia tradicional sabe que esto es un sueño absurdo. ¡Incluso en el Jardín del Edén había una «serpiente»! Sin embargo, esto no significa que el hombre no deba, en conformidad con su naturaleza y con el buen sentido sencillo, intentar vencer los males que encuentra en el curso de la vida —para esto, además, no se requiere prescripción alguna, bien sea divina o humana. Pero buscar establecer un cierto estado de bienestar, con Dios en vistas, es una cosa y buscar instituir un estado de felicidad perfecta sobre la tierra, prescindiendo de Dios, es otra completa-

---

<sup>10</sup> Una de las proposiciones más falsas del hombre moderno es pretender que la Iglesia está contra la ciencia. La ciencia empírica como sujeto está restringida al dominio de lo hechos mensurables. La Religión no. Es solamente cuando la ciencia moderna pretende abarcar el conjunto de la realidad —es decir, ser de hecho una religión— cuando la Iglesia protesta con toda razón.

<sup>11</sup> Emparentada a la superstición del «progreso» está la insidiosa suposición de que la «teoría» científica de la evolución es un hecho probado. Esta teoría (y esto es todo lo que los científicos han pretendido siempre que era) está basada de hecho sobre la idea de que lo que es mayor puede ser producido por lo que es menor —o, para expresarlo de modo diferente, viola la ley científica de la «conservación de la materia». Ni el hombre ni la materia pueden crear algo de nada —pertenece solo a Dios la habilidad de crear *ex nihilo*. La evidencia científica que Darwin esperaba que llegaría en el futuro para probar su teoría, de hecho no se ha encontrado nunca. Lo que él llamaba el eslabón perdido es de hecho una serie entera de eslabones perdidos. La evidencia paleontológica demuestra que cada nueva forma de vida que ha sido encontrada surgió *de novo*, y que las formas intermedias tales como las requiere la evolución para probar su punto de vista jamás han sido encontradas. Además, todos los intentos de «crianza», como con moscas o con cultivos de células, han mostrado que no hay ninguna evidencia próxima que pruebe esta aseveración. Es así como muchos científicos han abandonado la «evolución» como teoría, no por sus creencias religiosas, sino porque la evidencia disponible está firmemente en su contra. Quienes estén interesados en esta cuestión pueden remitirse a Douglas De-ward, *The Transformist Illusion*, Dehoff Publications, Murfreesboro, Tenn, (EE.UU.) 1957, y Evan Shute, *Flaws in the Theory of Evolution*, Teamside Press, Fil.

Es interesante notar cuán atrasados están en los tiempos los eclesiásticos de *vanguardia* de convicción posconciliar. Justamente como abrazan las teologías protestantes en un tiempo en que las sectas de la Reforma reconocen su propio fracaso, así también abrazan como científicas teorías que están completamente desacreditadas.

mente diferente. En cualquier caso, este último objetivo está predestinado al fracaso, precisamente porque la eliminación perdurable de nuestras miserias depende de nuestro conformarnos al Divino Equilibrio, y del establecimiento del «Reino de Dios» dentro de nuestras propias almas. En tanto que los hombres no han realizado una «interioridad» santificante, la abolición de las pruebas terrenales no solo es imposible, no es ni siquiera deseable, porque el pecador, el hombre «exteriorizado», tiene necesidad de sufrir a fin de expiar sus faltas y a fin de desgajarse lejos del pecado; a fin de escapar de esa «exterioridad» misma de la cual deriva el pecado. Desde el punto de vista espiritual, el único que tiene en cuenta la verdadera causa de nuestras calamidades, una sociedad «perfecta» en el sentido mundanal, una sociedad con el máximo de confort y de la llamada «justicia», sería, si los fines últimos del hombre fueran frustrados, una de las peores sociedades concebibles. De aquí que la Iglesia tradicional enseñe que combatir las calamidades de este mundo sin considerar la verdad total y el bien último, sería una calamidad incomparablemente mayor que, de hecho, comienza con la negación de esta verdad y la eliminación de este bien. Aquellos que sueñan con liberar al hombre de sus viejas «frustraciones» son en realidad quienes le están imponiendo la más radical e irreparable de todas las frustraciones. La *Civitas Dei* (la Ciudad de Dios) y el progreso mundanal según le conciben el hombre moderno y la Iglesia posconciliar no pueden converger, y aquellos que se esfuerzan en acomodar el mensaje religioso a las ilusiones y agitaciones profanas están entre aquellos a quienes Cristo llamaría «dispersadores». La idea de que el mundo en el cual vivimos hoy es de algún modo «cristiano» es totalmente absurda, y cualquier tentativa de adaptar a él la tradición cristiana solo puede producir una traición a Cristo. El mundo moderno, el «mundo poscristiano», sueña con abolir el mal organizando el pecado. El sueño de la nueva Iglesia de que «todos puedan ser uno» con el tipo de «unidad» que ella tiene en mente, solo puede lograrse al precio de desvirtuar a Cristo y el mensaje que Él ha revelado más allá de todo reconocimiento. Es una ilusión teilhardiana que ignora las advertencias de la Escritura concernientes a los «últimos tiempos», tiempos que aquellos que pueden reconocer el «espíritu de los tiempos», el «espíritu del Vaticano II» (y en esto estamos de acuerdo con los *periti* modernistas en que ambos son uno y el mismo «espíritu»), deben admitir que están verdaderamente sobre nosotros. Los fieles están obligados a permanecer como un «remanente» en guerra con el mundo —un mundo que tiene sobre sí, cada vez más, «la marca de la bestia»— pues el hombre, cuando ignora su naturaleza espiritual, no es nada más que una bestia. Aseverar todo esto no es ser «pesimista», sino más bien



es ser «realista». De lo que se trata en el cristianismo es del discernimiento de lo «real».

Aquellos que se han insinuado en elevadas posiciones dentro de la Iglesia, y que deseaban llevar a cabo el dominio de este nuevo «cristianismo liberal», tenían que ocuparse de otro problema. Sabían que el mundo y nuestros «hermanos separados» no tendrían ningún problema en aceptarlo. ¿Pero cómo cambiar el catolicismo sin perder la lealtad de los creyentes tradicionales? La respuesta estaba en pretender que no se había efectuado «ningún cambio de significación», que no se había cambiado nada *de fide*, y que las verdades eternas solamente habían sido expresadas de «nuevos modos»<sup>12</sup>. Por otra parte, nuestros «hermanos separados» no son totalmente necios, y había de asegurárseles que los cambios eran reales. Este problema fue resuelto con el uso de la ambigüedad —el uso de frases que pudieran ser comprendidas de múltiples modos. Cuando esto fue insuficiente, se recurrió al uso de declaraciones contradictorias. Por esto es por lo que Pablo VI tenía que hablar por ambos lados de su boca simultáneamente.

Para aquellos que encuentran dificultad para entrar en línea con las «nuevas directrices», la nueva Iglesia tiene otra táctica. Todos deben ser «obedientes». Todos deben obedecer el «Papa» si desean estar incorporados a lo que es llamada «la Nueva economía del Evangelio». Pero, por supuesto, esta es una falsa obediencia, pues la obediencia a la nueva Iglesia es desobediencia a Cristo y a la tradición que Él estableció. Como ha dicho Savonarola:

«Ni los papas ni sus vicarios tiene derecho a enseñar nada contrario a las cosas instituidas por Dios... Digo esto para aquellos que pretenden encontrar una excusa para su indigna conducta en aquello que se complacen en llamar el punto de vista más ancho de la vida y de la doctrina... La ley de Dios es estricta: “estrecha es la puerta y angosta es la vía que conduce a la vida y hay pocos que la encuentran...”»<sup>13</sup>

---

<sup>12</sup> Como se ha hecho notar en el cuerpo de este texto, no había absolutamente ninguna necesidad de expresar la «verdades eternas» en «nuevos modos». Cualquiera que esté familiarizado con el «Catecismo Ripalda» sabe que la Iglesia Católica ha expresado siempre estas verdades en un lenguaje claro y conciso. Tanto sus partidarios como sus enemigos nunca tenían ninguna duda en cuanto a lo que estas verdades eran. «Nuevos modos», en la «jerga» modernista significa modos ambiguos a fin de que sean posibles múltiples interpretaciones.

<sup>13</sup> Algunos cuestionarán el acierto de citar a Savonarola como una autoridad tradicional. A pesar de las tentativas de los reformadores pretendiendo a Savonarola como uno de los suyos, los hechos



¿Qué puede hacer, entonces, el católico tradicional? Enfrentado a la presente situación, debe permanecer todavía interesado principalmente en la salvación de su alma. Ningún hombre puede ofrecer a su prójimo lo que él mismo no posee primero, y ningún hombre puede cambiar el mundo sin cambiarse a sí mismo primero. El Reino de Dios, contrariamente a la opinión modernista, está todavía dentro de nosotros. Volvamos a San Vicente de Lérins en busca de consejo para la presente circunstancia:

«Así pues, ¿qué hará el cristiano católico si alguna parte de la Iglesia llegara a separarse de la comunión, de la Fe universal? ¿Qué otra opción podría tomar sino preferir el cuerpo que es total y está sano, al miembro gangrenado y corrupto? Y si algún nuevo contagio buscara envenenar no solamente a una pequeña parte, sino a toda la Iglesia a la vez, entonces su cuidado máximo deberá ser, una vez más, adherirse a la antigüedad, la cual obviamente no puede ser seducida por ninguna novedad insidiosa.»

Esta ha sido siempre la actitud de la verdadera Iglesia. San Atanasio estuvo dispuesto a alzarse él solo contra los obispos del mundo —hasta el punto de tener su excomunión confirmada por un Papa que se permitió a sí mismo ser presionado por la «estructura del poder» del «mundo» entonces existente. Y, sin embargo, como lo señala Michael Davies, no solamente hizo que Liberio se retractara y se arrepintiera —aún más, Atanasio es ahora santo; y en cuanto a los demás obispos de aquella época, ¿quién puede nombrar a uno solo de ellos? Son testimonio las palabras de S. Hilario de Poitiers que aconsejó a los católicos de Milán que abandonaran sus iglesias y se reunieran en los bosques y en las cavernas, antes que permanecer bajo el obispo arriano Auxentius: «De una cosa os pido que os cuidéis —del Anticristo. El

---

son que este hombre nunca ha sido acusado de apartarse de la ortodoxia. Sus libros de texto se usaban todavía (hasta el Vaticano II) para enseñar en los seminarios. Fue considerado como santo y como mártir por muchos de los santos beatificados y canonizados de la Iglesia, incluyendo a la Beata Catalina de Racognini, el Beato Sebastián Maggi, la Beata Osauna de Mantua, la Beata Columba de Reti, a Santa Catalina de Ricci y San Pío V (cf. *Jerome Savonarola*, Rev. J. L. O'Neil, O. P. Marlier Callanan, Boston 1898).

amor de los muros os posee; mal veneráis a la Iglesia de Dios bajo techumbres y edificios. Mal soportáis bajo estos por causa de la paz. Para mí son más salutíferas las montañas, los bosques, los lagos, las prisiones y las profundas cavernas; pues en estas los profetas, bien quedándose o porque fueran arrojados, profetizaban con el Espíritu de Dios». Son testimonio las palabras de Sto. Tomás Moro, que dijo, «No me preocupo si tengo contra mí a todos los obispos; tengo conmigo a los santos y a todos los doctores de la Iglesia». Como dijo San Atanasio cuando fue informado de que todos los obispos estaban en desacuerdo con él: «Esto prueba solamente que todos ellos están contra la Iglesia».

En un cierto sentido, el católico fiel no tiene ninguna elección. No puede preguntar con Pilatos, «¿Qué es la Verdad?», sino que debe aceptar esa «Verdad infalible» que Cristo ha revelado a Su Iglesia. No importa si los presentes males provienen de los «Papas» posconciliares directamente, o si provienen solamente de aquellos que les rodean. No importa si la evidencia que he presentado puede ser controvertida o absolutamente probada. Lo que importa es que el católico debe adherirse con todo su corazón, con toda su mente y con toda su alma, a ese mismo cuerpo de la Verdad que es la Verdad de Todos los Tiempos. No es nuestro «derecho», sino más bien es nuestra «obligación» hacerlo.

Se sigue, entonces, que el católico debe rechazar todo cuanto en el concilio Vaticano II se aparta de algún modo del «depósito» de la Fe. Debe rechazar también toda manera ambigua o equívoca de afirmar la Verdad. Debe rechazar también todo cuanto sugiera, aun ligerísimamente, la «innovación». Si el «Canon» tradicional de la Misa es de origen «apostólico» entonces no hay modo alguno de que pueda aceptar un canon sintético de origen puramente «humano». Todo esto NO es asunto de que ejercite su «libertad personal de conciencia», es, antes al contrario, asunto de una OBLIGACIÓN en conciencia —una conciencia bien formada— una conciencia moldeada por ese cuerpo de doctrina tradicional que ha sido «creída por todos, creída siempre y creída en todas partes» desde la época de Cristo. Cualquier tentativa por parte de la nueva Iglesia posconciliar (bien derive de los «papas», de la jerarquía o del ordinario local) para obstaculizar en esto, es un ataque directo contra su alma.

«Es legítimo resistirle (al Papa) si ha asaltado a las almas... Es legítimo, digo, resistirle no haciendo nada de lo que manda y obstaculizando el cumplimiento de su voluntad...»

San Roberto Belarmino, Cardenal.

Nadie puede ocultarse tras la máscara de la ignorancia. Nadie puede pretender que no es responsabilidad suya conocer su fe. Hacerlo así es parecerse uno mismo a aquellos que fueron incapaces de acudir al «convite de bodas» porque tenían que guardar sus bueyes. Como ha dicho S. Agustín, «No os será imputado como una falta el que seáis ignorantes, sino que desdeñéis buscar aquello de lo cual sois ignorantes». Ciertamente, es solamente ante una abrumadora ignorancia de la fe que los nuevos teólogos son escuchados. Es solamente en una sociedad cuyos miembros están satisfechos con los espectáculos de televisión y las revistas ilustradas donde los modernistas pueden incluso ser escuchados. La falta casi absoluta de toda consistencia interna hace que los sofismas de la nueva Iglesia sean totalmente indefendibles. Implica una prodigiosa falta de percepción espiritual para cualquiera, aceptar el pensamiento teológico contemporáneo de individuos tales como Karl Rahner, Bernard Haring o de los recientes «Papas» como si, de alguna forma, fuera una «cristalización» de la sabiduría sagrada (o incluso de la sabiduría mundana). Si uno busca alguna integridad en sus creencias, si uno desea tener una fe que sea algo más que un «sentimiento» y que «una simple aspiración sublimizante», debe retornar a los autores santificados que a lo largo de la historia nos han sido dados como «ejemplares» por la Iglesia de Todos los Tiempos. A este respecto es digno de destacar que, desde el concilio de Trento, solamente dos papas han sido canonizados: el Papa Pío V que se expresó con tanta claridad sobre las cuestiones litúrgicas, y el Papa Pío X que hizo lo mismo en el dominio de la doctrina. ¡Rechazar lo que han dicho estos hombres eminentes es equivalente a la apostasía!

Ningún católico puede eludir la cuestión central planteada por este libro (y todo católico posconciliar que se ha criado en la Iglesia tradicional sabe en su corazón que algo anda mal). O bien debe mostrar que sus contenidos son incongruentes con la enseñanza de la Iglesia, o bien debe aceptar las consecuencias lógicas que sus tesis demandan. Sea un simple laico y un sacerdote, tiene la obligación de creer, y por lo tanto debe aceptar la responsabilidad de «discernir» qué es lo que debería creer. Argüir que tal cosa no nos incumbe a nosotros es pretender que nadie tiene la obligación ni siquiera de ser católico, que todas las conversiones están basadas sobre circunstancias fortuitas o emocionales, y que no hay ningún pecado en la apostasía<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> El hecho de que la persona que ha escrito este libro sea un «laico» es irrelevante para su contenido. Es perfectamente concebible que un laico determinado pueda tener mayor discernimiento que

Mientras que es verdad que ninguno de nosotros puede juzgar —pues sólo Dios puede hacerlo— el alma de un Papa, o de cualquier otro miembro particular de la jerarquía (o de un asesino), también es verdad que nosotros tenemos la obligación de considerar las acciones del Papa (y de la jerarquía) cuando se apartan de la tradición y de la autoridad, justamente como debemos juzgar las acciones de un asesino cuando se aparta de la ley natural. Una de las cualidades con las que está dotado el hombre es el «discernimiento». Discernimiento entre lo que es real e irreal, entre lo que es verdadero y falso, entre lo que es tradicional y lo que es antitradicional, y entre lo que es ortodoxo y lo que es herético. Y no solo debemos discernir la verdad en el dominio intelectual, sino que debemos también adherirnos a ella con toda nuestra voluntad. Si como resultado de una perspectiva «universal (católica)» como esta, parecemos «dogmáticos», o incluso «fanáticos», esto es solamente porque la Verdad Absoluta ha sido relegada por el hombre moderno al borde extremo de los conceptos y principios que está dispuesto a considerar como «aceptables».

Mientras que no hemos cubierto en modo alguno la panorámica entera de la desviación conciliar, ni reunido toda la evidencia disponible, sin embargo, puede afirmarse que nada en este libro es «nuevo» u «original». Todas estas cosas, como se desprende de las numerosas citas, ya han sido dichas antes. Justamente como la nueva Iglesia nunca ha dado respuesta al desafío de la Intervención de Ottaviani —sino que solamente la ha ignorado, así también se ha negado a tratar o a debatir estas cuestiones cuando han sido planteadas por otros innumerables individuos. Esto es particularmente verdad del Arzobispo Lefebvre y de aquellos que como él se adhieren a las tradiciones. Como lo afirma Michael Davies, este santo prelado ha sido sometido a una gran cantidad de informes erróneos en la prensa secular, y a una campaña de desfiguración y denigración sistemáticas en algunos órganos de la (llamada) prensa católica. Sus enemigos consideran que le han encontrado convicto de un pecado que clama la venganza del cielo, citando simplemente el hecho de que ha criticado al Vaticano II y las subsecuentes reformas y orientaciones que pretende llevar a efecto este concilio. En ningún momento se han tomado nunca sus enemigos la mo-

---

muchos sacerdotes y, en verdad, los tiempos parecerían estar suministrando una evidencia más que amplia de esta aseveración. Si se supone que el laicado no «piensa» ni «habla» sobre tales problemas, entonces nadie puede culpar al laicado por no ser capaz de discernir lo que es herético o por apostatar de la Iglesia. De hecho, el laicado tiene la obligación de saber su catecismo y de juzgar las innovaciones por él. Es la tradición y la doctrina ortodoxa la que provee al laicado con los medios para hacer tales juicios. Siguiendo estas guías infalibles ni serán extraviados ni serán culpados de arrogancia.

lestia de responder a sus críticas, y todavía menos de permitir que el público católico conozca lo que son estas críticas... Nadie es más competente para proporcionar una crítica objetiva de los documentos y reformas conciliares que Monseñor Lefebvre, y si sus críticas fueran exactas, entonces no es él, sino el resto de los obispos del mundo quienes aparecen condenados por no tomar postura junto a él. Es mejor estar solo y ser fiel a la verdad que abandonarla para alinearse con la mayoría<sup>15</sup>.

Algunos supuestos católicos leales han intentado evitar estos problemas tomando una posición «conservadora». Aceptan el Vaticano II como un concilio «legítimo» y fuerzan sus afirmaciones para obligarlas a entrar en un molde ortodoxo. Aceptan (con admitido pesar) el *Novus Ordo Missae* y buscan sacerdotes que la digan «propiamente», y especialmente en latín. Resaltan algunas afirmaciones ortodoxas de los «Papas posconciliares» e ignoran o niegan aquellas que están claramente en conflicto con la tradición. Esa no es la postura de los católicos tradicionales.

Admitir que hay sitio dentro de la nueva Iglesia para los sacerdotes conservadores (y para un laicado conservador) es admitir en uno y el mismo aliento que también hay sitio —y con una base igualmente legítima— para los sacerdotes «liberales», para una «masa» liberal y para una «teología» liberal. Uno debe recordar que si hay quienes viajan con grandes trabajos para asistir a una misa que sea reconocible como «católica», hay también quienes asisten a una variedad de «masas» estrafalarias que pueden pretender y que son reconocidas exactamente como siendo «católicas». Es perfectamente claro que la nueva Iglesia no favorece en modo alguno una eclesiología conservadora sobre una liberal. Al laicado posconciliar se le fomenta, de hecho, a que asista al tipo de servicio que sea para ellos más «relevante» y «agradable» —al tipo de servicio que les «guste» más. Para un católico, tomar una «postura conservadora» es admitir (y en realidad hacer la vista gorda) el hecho de que la nueva Iglesia es, de hecho, una Iglesia «pluralista» y «abierta». Se encuentra, dentro de su estructura, simplemente «picando y escogiendo» lo que le parece que es correcto. El católico conservador es, de hecho, un católico que se inclina hacia la ortodoxia, pero que se niega a hacer el compromiso necesario. Como dijo S. Jerónimo hace muchos años:

---

<sup>15</sup> Michael Davies, *Pope John's Council* (Augustine Publ. House, Devon. Inglaterra, 1977).

«Si os salís de la vía un poco, no constituye ya ninguna diferencia si os dirigís a la derecha o a la izquierda; lo que importa es que ya no estáis en la vía recta.»

*Comentario sobre S. Mateo*

Otro grupo de católicos que admiten que todo lo que hemos dicho es verdad, permanece en la nueva Iglesia porque esperan poder reformarla desde «dentro» —se ven a sí mismos como «infiltrados» cuya función es conservar la «verdadera fe» entre los innovadores. El problema con tal actitud es que este grupo da testimonio —por doloroso que sea— de todo lo que el Vaticano II enseña y de todo lo que el *Novus Ordo* implica. Por mucho que tales individuos puedan aborrecer los «abusos» que predominan, tan pronto como afirman que ellos no aceptan «todas» las enseñanzas del Vaticano II, o que dudan de la validez de los sacramentos posconciliares —especialmente la consagración en la nueva «misal»— no son ya miembros *bona fide* de la Iglesia posconciliar. Como su contrapartida «conservadora», también ellos están «picando y escogiendo» lo que aceptarán, y en esta medida misma están representando también el papel del protestante. Tales individuos hacen un gran daño, pues siendo «conservadores», prestan un aura de respetabilidad a lo que pretenden aborrecer.

Son dos los errores fundamentales que cometen tales individuos. Primero, parecen estar (si no lo está de hecho) negando la verdadera fe católica, lo cual no puede hacer ningún católico. ¿Qué santo de la Iglesia Católica se ha infiltrado nunca en los cuerpos luterano o anglicano para hacerlos volver a la ortodoxia? ¿Qué mártir devino nunca un seguidor de los dioses de Roma para convertir al César? El segundo error es suponer que le es posible a la verdad infiltrarse en el error. Este acto mismo implica una disimulación y una mentira. Es una «libertad» dada a Satán el poder actuar de esta manera, pues él no está obligado por la moralidad. Los modernistas, los albigenses, los comunistas y los francmasones pueden hacer tales cosas. El católico debe declarar su fe —y si no está obligado a declararla bajo todas las circunstancias, sin embargo, nunca puede negarla— y ciertamente no puede actuar de tal manera que parezca que da su apoyo a los enemigos de la Iglesia, o a los enemigos de Cristo, lo que es lo mismo.

Un católico que acepta la postura que expone este libro no está en modo alguno dando su espalda a la Iglesia «existente». Por el contrario, oponiéndose a la nueva «misal» y a los cambios doctrinales introducidos por el Vaticano II, solamente está

permaneciendo fiel a lo que la Iglesia ha enseñado siempre. No hay ninguna cosa tal como la Iglesia «existente» en oposición a la «Iglesia del pasado». Hay solamente una Iglesia, y aquellos que son de convicción «conciliar» han apostatado de ella. Esto es algo que nosotros no osamos hacer. Como ha dicho Yves Dupont, «Esta barca (la barca de S. Pedro) fue confiada a nosotros también; no tenemos ningún derecho a abandonarla. Podemos ser amenazados por la tripulación, el capitán mismo puede exudar síntomas de desorientación, y, sin embargo, debemos permanecer a bordo. Y si hemos de morir, muramos sobre la barca, no en las aguas fangosas de una deserción infame». Nosotros no somos «rebeldes» a causa de que somos fieles al «propietario» de la barca y de que nos negamos a juntarnos con aquellos que querrían «amotinarse» y conducir la barca hacia puertos desconocidos y peligrosos. La acusación de que los católicos tradicionales son «rebeldes» es tan absurda como tachar de rebeldes hacia Dios a Tomás Moro y Juan Fisher (ambos santos) a causa de que se negaron a obedecer al rey legítimamente coronado, Enrique VIII de Inglaterra. ¿Fue Cristo un «rebelde» por negarse a inclinarse ante Satán?

Muchos de los fieles antiguos están confundidos y simplemente no pueden creer que lo que está pasando está pasando en realidad. «¿Cómo puede ser —preguntan— que tantas gentes estén equivocadas?» «¿Permitiría Dios nunca que aconteciera una cosa semejante?» Y Cristo nos prometió que «las puertas del infierno no prevalecerán contra» la Iglesia. Sin embargo, hemos sido adecuadamente advertidos de estas cosas por Cristo mismo, por la Sagrada Escritura, por los santos y, en tiempos recientes, por la Bendita Madre misma. Oigamos sus palabras:

«Aún en los lugares más elevados, será Satán quien gobierne y decida la marcha de los acontecimientos. Se insinuará inclusive en los cargos más elevados de la Iglesia. Será un tiempo de pruebas difíciles para la Iglesia. Cardenales oponiéndose a cardenales, obispos contra obispos... Satán estará atrincherado entre sus filas... La Iglesia estará oculta y el mundo se sumergirá en el desorden.»

*Nuestra Señora de Fátima*

«Roma devendrá la sede del Anticristo»

*Nuestra Señora de la Sallette*



Como ha dicho S. Cirilo en sus instrucciones catequísticas, «Que nadie diga en ese día dentro de su corazón... “a menos que Dios lo quiera, Él no lo habría permitido”. No: El Apóstol nos previno, diciendo anticipadamente, “Dios les enviará una poderosa ilusión, no para que sean excusados, sino condenados...”». Búsquese en las Escrituras. San Pablo nos advierte de la «Gran Apostasía» que prevalecerá en los últimos días. El Cardenal Newman resume los hechos pertinentes disponibles a partir de la Sagrada Escritura:

«La venida de Cristo será precedida inmediatamente por una erupción espantosa e incomparable del mal, llamada por San Pablo una apostasía, un quebrantamiento, en medio del cual aparecerá un cierto Hombre de pecado e hijo de la perdición, un Hombre terrible, el enemigo especial y singular de Cristo, o el Anticristo: que esto será cuando prevalezcan las revoluciones, y cuando la presente estructura de la sociedad salte en pedazos; y que al presente, el espíritu al cual incorporará y representará está sojuzgado bajo “los poderes que son de hecho”, pero que a su disolución surgirá de su seno y los anudará juntos de nuevo a su propio modo malo, bajo su propio gobierno, con vistas a la exclusión de la Iglesia».

El argumento de que «simplemente no es posible», es absurdo. Séame permitido preguntar a aquellos que plantean esta objeción por qué es que tantos protestantes «sinceros» y «bien intencionados» se han negado a todo lo largo de la Historia a reingresar en la Iglesia. ¿Cómo fue posible que apostatara la nación inglesa entera (con unas pocas notables excepciones)?<sup>16</sup>. ¿Por qué el pueblo de Israel negó a Cristo cuando Él se presentó, por así decir, «en persona»? Todo ha acontecido ya antes como pueden comprobarlo aquellos que lean los Libros de Daniel y de los Macabeos<sup>17</sup>. Queda, pues, el hecho de que ya ha acontecido y de que está aconteciendo. A nosotros se nos ha dicho pues que esto acontecería, y que al final del tiempo solamente un «remanente» permanecería fiel a la tradición.

---

<sup>16</sup> Aquellos que estén interesados en los métodos usados para llevar a cabo la apostasía de Inglaterra pueden remitirse a *The Church under Queen Elizabeth* de Frederick George Lee, Thomas Baker, Londres, 1896, y *The Protestant Reformation* de W. Cobbett, Burns Oates, Londres, 1929.

<sup>17</sup> Un estudio de las profecías escriturísticas por el presente autor se encontrará en *The Roman Catholic* (Vol. I, N° 1, 1978) bajo el título «Have These Things Been Foretold?»

La promesa de Cristo de que «las puertas del infierno no prevalecerán» se han cumplido siempre. Esta promesa, sin embargo, jamás ha sido dada a la Iglesia posconciliar, sino a la Iglesia Universal, la Iglesia de Todos los Tiempos, la Iglesia que Cristo estableció —al «remanente» que representa la Iglesia que todavía es tradicional. Como ha dicho León XIII:

«Todo el mundo sabe que esta divina promesa debe ser entendida como aplicándose a la Iglesia Universal, y no a alguna parte de la Iglesia tomada aisladamente, pues las secciones individuales pueden haber sido, y ciertamente han sido, sojuzgados por las fuerzas del mal.»

*Satis Cognitum*

Concebir la Iglesia Católica como teniendo existencia solamente en el tiempo presente es considerarla con ojos miopes. La Iglesia Universal existirá a través de todos los tiempos —*in saecula saeculorum*— por los siglos de los siglos, para usar una frase tomada de la liturgia tradicional y suprimida por la nueva Iglesia. Citando de nuevo a León XIII, «La Iglesia debe ser, por voluntad de su Fundador, necesariamente una en todas partes y *a lo largo de todos los tiempos...*». A la luz de los millones de católicos que han vivido por la verdadera Fe y que han muerto por ella o en ella, el número de los católicos posconciliares vivos hoy no es más que «una gota en un caldero». E incluso si ese no fuera el caso, los hechos de la circunstancia siguen estando patentemente claros. La verdad jamás es una cuestión de conformarse a alguna «norma» estadística —es cuestión de conformarse a la tradición— es decir, en cuanto a nosotros, de conformarse a la tradición católica establecida para todos los tiempos por Cristo y los apóstoles. Inclusive si hubiera solamente un único católico ortodoxo vivo en el mundo entero, sería con él donde se encontraría esa «unidad».

No estamos siendo probados más allá de nuestras fuerzas. No hay nada que nos haya impedido nunca ser católicos sino nuestra propia cobardía. A pesar de todo lo que la nueva Iglesia ha logrado destruir de la tradición cristiana por todo el mundo, en casi todas las grandes ciudades los católicos tradicionales se congregan y participan de la verdadera Misa. Como en los días de S. Atanasio, «no pueden tener los edificios de la Iglesia, pero tienen la verdadera Fe». Todavía hay disponibles muchos

sacerdotes tradicionales<sup>18</sup>. ¿Qué mayor prueba hay de la validez de la promesa, que la heroica postura del Arzobispo Lefebvre? Los sacerdotes están siendo instruidos en Ecône y en otros seminarios de la Sociedad de S. Pío X, con gran sacrificio personal; están viajando por todo el mundo administrando sacramentos válidos y diciendo la Misa de Todos los Tiempos<sup>19</sup>. Dadas las presentes circunstancias, no es obligatorio para los católicos, porque no es posible, recibir los sacramentos tan regularmente como en los antiguos días. Dios no pide lo imposible. Es, sin embargo, esencial que vivan su fe con plenitud máxima, y que se nieguen a participar en las falsas formas de culto y a apoyar a aquellos que han usurpado los indumentos exteriores de la Iglesia Católica. Ningún católico puede asistir al *Novus Ordo Missae* con buena conciencia (es decir, con una conciencia «católica»), no importa con cuánta «reverencia» sea dicho. Ningún católico puede enseñar a sus hijos partiendo de los nuevos catecismos «oficiales» de la Iglesia posconciliar. Ningún católico debe asentimiento ciego a los errores del Vaticano II, ni obediencia a los mandatos pecaminosos de nadie, sin que importe su rango eclesiástico. Ningún católico puede esperar conservar su fe sin un considerable sacrificio y sufrimiento. Cristo no nos prometió nunca una Iglesia «abierta» y «complaciente», «libre del rigorismo medieval». En verdad, él nos previno sobre un tiempo de *gran tribulación, cual no lo ha habido desde el comienzo del mundo...* (Mateo XXIV, 21). Parecería que tales tiempos están acercándose, si es que no están ya sobre nosotros. Y ¿acaso puede el hombre moderno, confundido y abrumado, volverse hacia los filósofos sociales de nuestros días en busca de soluciones? ¿Puede estar satisfecho con las efímeras promesas de un futuro «progreso» que está colgado ante él como la zanahoria ante el burro del proverbio? ¿Pueden proveerle las formas cada vez más tiránicas del poder económico y gubernamental algún alimento para su alma? Yo por mi parte estoy fuertemente inclinado a dudar. Pero ¿puede entonces considerar como guía a la Iglesia posconciliar? Ahí solamente encontrará una organización que ha abrazado el mundo moderno y todos sus

---

<sup>18</sup> Se estima que cada domingo se dicen en París catorce misas tradicionales; en toda Francia unas cuatrocientas.

<sup>19</sup> Esto no implica que solo la Sociedad de S. Pío X suministre sacramentos válidos. El Movimiento Católico Romano Ortodoxo (O.R.C.M.) y muchos sacerdotes particulares que no tienen relación con esta Sociedad, existen con este mismo objeto. Aquellos que estén interesados en encontrar una Misa tradicional en Norteamérica pueden escribir pidiendo información a The Society of Pius X, 8 Pond Place, Oyster Bay Cove, Nueva York, 11771. En Inglaterra pueden contactar con la Sociedad en Londres.

dudosos valores. ¿Entonces dónde ha de volverse? El hombre antiguo podía siempre esperar la venida del Mesías, pero el hombre moderno no puede tener tal esperanza. Solamente puede esperar el «fin de los tiempos» y la «segunda venida». Y mientras espera su propio fin y el fin último del mundo, ¿adónde más puede volverse en busca de la verdad, si no es a la Iglesia y a la tradición verdadera? Y es así como Cristo nos enseñó que «*Aquel que se avergüence de Mí y de Mis palabras*» encontrará que Cristo, en la cuenta final se avergonzará de él (*Lucas IX, 26*). Finalmente, él nos prometió que «*el que persevere hasta el fin, ese se salvará*» (*Mateo XXIV, 13*). Elevemos nuestra plegaria a fin de que podamos estar entre «*el remanente*» en quien se conserva la tradición cristiana.

«Quien quiera que seáis vosotros que afirmáis nuevos dogmas, yo os suplico que respetéis los oídos romanos, que respetéis esa fe que fue alabada por la boca del Apóstol. ¿Por qué, después de cuatrocientos años intentáis enseñarnos lo que nosotros sabíamos hasta ahora? ¿Por qué presentáis doctrinas que ni Pedro ni Pablo pensaron que fuera oportuno proclamar? Hasta este día el mundo ha sido cristiano sin vuestra doctrina. Yo me aferraré en mi ancianidad a esa fe en la cual fui regenerado cuando era un muchacho»

*San Jerónimo*

## APÉNDICES

## LA VOZ DE UNO QUE CLAMA EN EL DESIERTO

«Muestra a las gentes las ceremonias y la manera de cumplir el culto»

*Éxodo XVIII. 20*

La historia de la Abadía de Solesmes recapitula de una manera conmovedora las repetidas tragedias de la Tradición católica. Fundada en el año 1010 por Geoffrey, señor de Sable, fue saqueada dos veces y casi completamente destruida por el fuego durante la Guerra de los Cien Años. Reedificada a finales del siglo XV, de nuevo fue arrasada por los hugonotes. Absorbida en 1722 por la Congregación de Saint Maur, acabó siendo suprimida en 1791, y los edificios pasaron a manos privadas. En 1831 la propiedad fue puesta en venta y comprada por un joven sacerdote, Próspero Guéranger, que había crecido en su vecindad y a quien durante mucho tiempo había ofendido el estado de profanación en el que se encontraba el monasterio. A la edad de veintidós años había reunido los fondos necesarios y juntado a cinco sacerdotes de similar convicción para reformar el monasterio benedictino de Solesmes. En el plazo de cuatro años Dom Guéranger profesó en Roma y fue elevado al rango de abad.

Bajo Dom Guéranger, la comunidad de Solesmes obtuvo una reputación mundial por su erudición y su devoción a los estudios monásticos y litúrgicos. Su obra mayor, y aquella por la que sus monjes son mejor conocidos, ha sido la restauración del verdadero canto gregoriano de la Iglesia.

Ha sido con gran interés, por lo tanto, como he obtenido recientemente, de un montón de libros desechados por un seminario católico, una copia de las «Institutions liturgiques» de R.P. Dom Próspero Guéranger, cuyo capítulo XIV hemos traducido aquí en gran parte. A la vista de las reformas litúrgicas que han inundado a los miembros todavía fieles de la Iglesia católica, no es sin una cierta fascinación como uno lee sus comentarios sobre lo que él llama tan adecuadamente «la herejía antilitúrgica». No obstante, antes de entrar en la traducción misma, diremos unas palabras más sobre Solesmes. Desde su restauración por Dom Guéranger, la abadía ha sido disuelta por el gobierno francés no menos de cuatro veces. En 1880, 1882 y 1883 los monjes fueron arrojados por la fuerza, pero como recibieron hospitalidad en

la vecindad, en cada ocasión lograron reingresar en su abadía. En la expulsión final en 1903, al igual que todas las demás asociaciones religiosas (no caritativas) de Francia, fueron forzados a dejar el país. Posteriormente se establecieron en la abadía de Quarr, en la isla de Wight. Una casa filial fue establecida en Benoit-du-Lac en Canadá, y en 1922 se permitió que los monjes retornaran a Solesmes.

En lo que concierne al canto gregoriano, «la voz de la tórtola ya no se oye», pues como afirma la nueva Enciclopedia Católica (1967), «generalmente se encuentra que (el canto gregoriano) es demasiado discorde con los gustos estéticos del siglo XX... Con el aumento de la lengua vernácula en la liturgia, se ha mostrado cada vez menos interés» en su uso. «*Quomodo cantabimus canticum Domini in terra aliena*» — ¿Cómo podemos cantar el canto del Señor en una tierra extraña? (*Salmos* 136).

#### TRADUCCIÓN DEL TEXTO DE DOM GUÉRANGER

A fin de dar una clara ilustración de los estragos que el movimiento antilitúrgico ha provocado, nos parece ventajoso revisar los diferentes pasos que estos pretendidos reformadores de la cristiandad han dado a lo largo de los tres últimos siglos, y presentar un sumario de sus métodos y enseñanzas sobre la «purificación» del culto divino. Nada puede demostrar mejor las razones, ni elucidar mejor las causas de la rápida extensión de las doctrinas protestantes en nuestro tiempo. Sus métodos revelan una sabiduría verdaderamente de carácter diabólico, que ha devenido en sus manos un arma sumamente efectiva capaz de producir enormes consecuencias.

1º.— La primera característica del movimiento antilitúrgico es «*el odio de todo cuanto es tradicional en las fórmulas del culto divino*». Es innegable que este rasgo característico está presente en las obras de todos los heréticos desde Vigilance a Calvino, y la razón de esto es simple. Deseando cada tendencia sectaria introducir doctrinas nuevas e innovadoras, invariablemente se encuentra a sí misma en directa oposición a esa LITURGIA que es la manifestación más poderosa de la Tradición, y no puede descansar satisfecha hasta que haya suprimido esta voz y destruido este repositorio de una fe anterior.

En realidad, ¿de qué manera se las han ingeniado el luteranismo, el calvinismo y el anglicanismo para establecerse y mantenerse entre sus seguidores? Han hecho esto sustituyendo los libros antiguos por otros nuevos, reemplazando las formas venera-

bles por otras nuevas; y todo lo que deseaban se cumplió. No se permitió ninguna resistencia. La fe de las gentes comunes fue vencida sin batalla. Lutero comprendió esto con una sabiduría digna de nuestros propios jansenistas, cuando en los primeros años de sus reformas se vio obligado a mantener algunas formas exteriores del culto latino. Promulgó la siguiente regla para la misa «reformada»:

«Aprobamos y deseamos mantener el *Introito* en los domingos y en las fiestas de Jesucristo, Pascua, Pentecostés y Navidad. “Preferimos contundentemente que se usen enteros los salmos de los cuales están tomados los introitos”, como se hacía antiguamente, pero es más satisfactorio conformarse a la práctica presente. No criticamos a aquellos que desearían mantener también los introitos de los apóstoles, de la Virgen y de los demás santos PORQUE ESTOS TRES INTROITOS ESTÁN TOMADOS DE LOS SALMOS Y DE OTROS TEXTOS ESCRITURARIOS.»

Sin embargo, Lutero tenía un horror excesivo de los sagrados cánticos escritos por la Iglesia para expresar públicamente su fe. Sentía en ellos mucha de esa fuerza de la Tradición que él deseaba desraizar. Sabía que la Iglesia tenía derecho a mezclar su voz con las declaraciones escriturarias en sus asambleas religiosas. Sin embargo, aceptar esto le habría expuesto a él y a sus doctrinas innovadoras a los anatemas de los millones de voces que repiten la liturgia tradicional. Es por esta razón por la que el herético odia todo lo que en la liturgia no está sacado estrictamente de la Sagrada Escritura.

2º.— Así pues, esto nos lleva al segundo principio prevaleciente entre aquellos que querrían oponerse a la liturgia tradicional, a saber: «*reemplazar las formulaciones santificadas por el uso eclesiástico con lecturas sacadas de la Biblia*». Encuentran en esto dos ventajas: Primera, la destrucción de la voz de la Tradición a la cual odian siempre, y segunda, un medio de sostener y de propagar sus nuevas enseñanzas a la vez de una manera negativa y positiva. De una manera negativa, silenciando aquellos pasajes escriturarios que expresan alguna oposición a los errores que ellos desean enseñar; y de una manera positiva, seleccionando cuidadosamente y tomando fuera de contexto algunos pasajes de la Escritura que, aunque hablan de un aspecto de la Verdad, no dan de ella una descripción total y completa. Todos saben que los heréticos a lo largo de los siglos han preferido citar la Escritura antes que aceptar las definiciones eclesiásticas por la simple razón de que esto les permite poner en boca



de Dios todo lo que desean, por una apropiada selección de las frases. Además, vemos que esto les permite, a la manera de los jansenistas (para quienes esto era muy importante), mantener la apariencia de que están dentro del cuerpo de la Iglesia: cuando llegamos a los protestantes, vemos que han reducido la liturgia casi por completo a las lecturas de la Escritura, acompañadas con sermones que exponen la Biblia siguiendo unas líneas solo puramente racionalistas. En cuanto a la elección de cuáles de los libros bíblicos son canónicos, esto depende en última instancia del capricho del reformador en cuestión, quien al final decide no solamente el sentido o el significado de la palabra de Dios, sino que determina también si alguna palabra determinada ha de ser aceptada como auténtica. Así, Martín Lutero, a fin de apoyar su sistema de panteísmo, su doctrina de la inutilidad de las obras y de la suficiencia de la fe, acabó declarando que la Epístola de Santiago era falsa y no canónica porque solo ella hacía hincapié en la necesidad de las obras para la salvación. En todos los tiempos y bajo muchos disfraces, se trata siempre de lo mismo —el rechazo de las formulaciones eclesiásticas; solo la Escritura es válida, pero la Escritura cuidadosamente seleccionada, e interpretada más cuidadosamente todavía por la persona que desea introducir la innovación. La trampa es ciertamente peligrosa para el imprudente. Es solamente mucho después cuando uno percibe que ha caído, y que la palabra de Dios, como la espada de doble filo que mienta el Apóstol, le ha infringido graves heridas, a causa de que ha sido malversada por los hijos de la perdición.

3º.— El tercer principio, o quizás el tercer problema, que encuentran aquellos que están implicados en reformar la liturgia, después de haber suprimido las fórmulas eclesiásticas, y después de haber declarado y proclamado la necesidad absoluta de recurrir a las palabras de la Escritura en el servicio divino, es encontrar que la Escritura no siempre se pliega a sus fines como ellos quisieran. Su tercer principio, decimos, es «*corromper e introducir fórmulas múltiples y diversas suyas propias*», llenas de perfidia, por las cuales las gentes son trabadas en el error aún más firmemente, y así se consolida el edificio entero de la impía reforma por todos los tiempos.

4º.— Nadie debería sorprenderse ante las contradicciones intrínsecas que la herejía presenta en su obra cuando uno conoce el cuarto principio o, más bien, la cuarta necesidad impuesta sobre el sectarismo por la naturaleza misma de su rebelión, a saber: «*una contradicción habitual con sus propios principios*». Y así debía ser, pues sus contradicciones internas serán reveladas a pleno día más pronto o más tarde, cuando Dios exponga su vacuidad a los ojos de las gentes que ha seducido, y también porque no se le da al hombre ser consistente, sino solo a la Verdad. Así, todos

los heréticos sin excepción comienzan deseando retornar a las costumbres de los primeros cristianos. Desean suprimir de la fe todo lo que los errores y pasiones del hombre han mezclado con las puras enseñanzas originales —todo lo que ellos consideran falso e insultante para Dios. Con esto en mente podan, borran, suprimen — todo lo que cae bajo su hacha— y mientras nosotros esperamos una visión de nuestra religión en su pristina pureza, nos encontramos rodeados de nuevas formulaciones, recién salidas de la prensa, e incontestablemente humanas —porque aquellos que las han inventado están todavía vivos. Todas las sectas heréticas están sujetas a esta necesidad. La hemos visto con los monofisitas, los nestorianos y la encontramos en todas las ramas del protestantismo. En su deseo de retornar a las sendas de la «cristiandad primitiva» todo lo que ha sido transmitido desde aquellos primeros días es destruido. Entonces los reformadores se ponen ellos mismos ante aquellos a quienes han seducido y les aseguran que todo está bien, que los arrogantes papistas han desaparecido y que la religión ha retornado ahora a su carácter primitivo y esencial. Un rasgo más de estos reformadores es que tienen por la innovación un prurito absoluto. No se satisfacen con amputar las formulaciones de la Iglesia, a las cuales infaman como siendo de origen puramente humano, sino que incluso extienden sus reproches a aquellas lecturas y plegarias que la Iglesia ha sacado de la Escritura. Cambian las palabras y las sustituyen por frases nuevas. No tienen ningún deseo de orar en unidad con la Iglesia y se separan por sí mismos de ella. Es casi como si todos esos que pican y escogen las lecturas temieran que quedara algún mínimo residuo de ortodoxia.

5º.— La reforma litúrgica es abrazada por sus abogados a un mismo tiempo como una reforma dogmática —en verdad es de esta última de donde deriva la primera. Se sigue que los protestantes, separados de la Iglesia en la cual tendrían a menos creer, se encuentran a sí mismos sumamente dispuestos para *«suprimir en el culto divino todas las ceremonias y todas las formulaciones que son expresivas de los misterios»*. Confundidos por sus dudas y cegados por su negación de todo lo que abriría la puerta a lo sobrenatural, expurgan todo cuanto a ellos les parece que no es puramente racional. Así, aparte del bautismo, los sacramentos son descritos de acuerdo con el socinianismo<sup>1</sup> abrazado por sus adeptos. No más sacramentales, no más bendiciones,

---

<sup>1</sup> Socinianismo —las aserciones o el sistema doctrinal de Faustus Socinus (Sozzini), un teólogo italiano (1539-1604), que niega la Trinidad, la divinidad de Cristo, la personalidad del Diablo, la de-

ni iconos, ni reliquias de santos. No más procesiones ni peregrinaciones. No más altar, sino una simple «mesa». No más sacrificio, tal como requiere toda religión, sino una «comida». No más iglesia, sino una «casa de culto», como con los griegos y los romanos. No más arquitectura religiosa, porque ya no hay nada misterioso que expresar. No más pintura ni escultura cristianas, pues ya no hay una religión viva y palpable. Y finalmente, no más poética en un culto que no está fertilizado ya por el amor y por la fe.

6º.— La supresión del elemento místico en la liturgia protestante resulta inevitablemente en *«la extinción total de ese espíritu de oración que es la piedra angular esencial del catolicismo»*. Un corazón que está en rebelión es un corazón carente de amor, y un corazón carente de amor lo corrompe todo —incluso las expresiones más tolerables de la creencia— con una frigidez orgullosa y farisaica, y tal es, en verdad, lo que encontramos en la liturgia reformada. Uno siente casi que aquellos que recitan la liturgia protestante se congratulan a sí mismos como el publicano por no estar entre esos papistas que envilecen a Dios con la familiaridad de sus simples plegarias.

7º.— Tratando a Dios con el debido respeto, la liturgia protestante no siente ninguna necesidad de intermediarios inventados. Estas gentes consideran la invocación de la Bendita Virgen y de los santos como un insulto a Dios. *«Excluyen toda esta idolatría papista que suplica a través de un intermediario lo que uno debería suplicar solo a Dios»*. Desembarazan el calendario de todos aquellos nombres de los hombres que la Iglesia Romana ha inscrito tan temerariamente como próximos a Dios. No tienen empleo alguno para aquellos que vinieron después de los apóstoles. Solamente los apóstoles, escogidos por Cristo y fundadores de la Iglesia primitiva, tenían a sus ojos la pura fe, libre de toda superstición y de error moral.

8º.— La reforma litúrgica, teniendo como uno de sus principios básicos la abolición de todos los actos y formulaciones místicos, *«insiste sobre el uso de las lenguas modernas para el servicio divino»*. Este es uno de los aspectos más importantes del continente herético de estas gentes. No hay, dicen, nada secreto en el culto, y las gentes deben de comprender lo que cantan. El odio de la lengua latina es innato en los corazones de todos los que odian a Roma. Ven en ella un lazo que une a los católicos a lo largo del mundo, un arma de la ortodoxia contra todas las argucias del espíritu sectario, y un arma poderosísima del papado. El espíritu de rebelión que han

---

pravación natural y total del hombre, la expiación sustitutiva, la eficacia de los sacramentos y la eternidad del castigo futuro (Diccionario de Webster).

abrazado les fuerza a confinarse al idioma de las gentes locales de una provincia particular o de un país específico. Sin embargo, a pesar de esto, los frutos de la reforma son siempre los mismos pues los ortodoxos, a pesar de sus oraciones en latín (que tal vez no comprendan), son más fervientes, y cumplen las obligaciones del culto con mayor celo que los protestantes. A todas las horas del día se cumple el servicio divino en las iglesias católicas. Los fieles asisten a estas plegarias, dejando sus lenguas nativas en el umbral de la iglesia, y si aparte de los sermones solo oyen esas frases misteriosas que se han mantenido desde tiempo inmemorial en los momentos más solemnes —en el Canon de la Misa— con todo no tienen ninguna envidia de la suerte del protestante cuyos oídos nunca son asaltados por palabras cuyo significado no es claro. Y mientras que las iglesias reformadas reúnen a sus rebaños de puristas cristianos solamente con gran dificultad en domingo, las iglesias romanas encuentran a sus fervientes hijos asediando constantemente sus innumerables altares. Cada día dejan su labor para venir y oír las misteriosas palabras que alimentan su fe y derraman bálsamo en sus almas. Ciertamente es uno de los golpes más certeros de los reformadores declarar la guerra a la sagrada lengua latina, pues si logran destruir su uso, todos sus objetivos se cumplirán. La liturgia, desde el momento en que pierde su carácter sagrado y es ofrecida a las gentes de una manera profanizada deviene como una virgen deshonrada. Los fieles difícilmente la encontrarán digna como para dejar por un tiempo su labor, o de abandonar sus placeres, para venir a una Iglesia donde se hable el lenguaje del mercado. Considérese la así llamada Iglesia Reformada de Francia con sus declamaciones radicales y sus diatribas contra la supuesta venalidad del clero. ¿Durante cuánto tiempo pensáis que irán los fieles a escuchar gritar a estos liturgistas de propio estilo, «el Señor esté con vosotros», y durante cuánto tiempo continuarán respondiendo «y con tu espíritu»? Trataremos más plenamente en otra parte sobre el asunto del lenguaje litúrgico.

9º.— Al suprimir de la liturgia el elemento misterioso que mantiene a la razón dentro de sus propios límites, estos reformadores no han olvidado una consecuencia importantísima, a saber: *«el alivio de la fatiga y de la obligación que la práctica de la liturgia papista impone al cuerpo»*. No más ayuno ni abstinencia, ni más genuflexiones durante la oración. Para sus ministros, ninguna obligación de decir el oficio, o aun de decir las plegarias canónicas de la Iglesia. Ciertamente, una de las principales características de la gran emancipación protestante es *«reducir el fardo del culto público y privado»*. Los resultados se siguen rápidamente, pues la fe y la caridad, que se alimentan de la oración, son asfixiadas. Mientras que los ortodoxos son

alimentados continuamente por actos de autosacrificio respecto del hombre y para Dios, y son sustentados por las mismas fuentes inefables de donde se extrae la plegaria —plegaria, además, cumplida por el clero, tanto regular como secular, en unión con la comunidad de los fieles.

10º.— Los reformadores tienen una pavorosa facultad para discernir cuál de las diferentes instituciones eclesiásticas es más hostil a sus principios, por así decir la piedra angular del edificio católico entero. Con un instinto casi animal, han descubierto ese punto del dogma que es el más irreconciliable con sus innovaciones, «*El poder del Papado*». El estandarte de Lutero llevaba inscrita atrevidamente la afirmación «Odio de Roma y de sus leyes» y en esta única frase se resume la esencia de la posición reformista. Bajo esta divisa se abolan de un solo golpe todas las ceremonias y el culto de la «idolatría romana», la lengua latina, el oficio divino, el santoral, el breviario, en verdad «todas las abominaciones de esa gran ramera de Babilonia». No es en vano por lo que el Romano Pontífice hace hincapié en algunos dogmas y en algunas prácticas rituales. Así, es igualmente necesario para el reformador proclamar que estos son blasfemias y errores, y ver en ellos una tiranía y una imposición. Es así como la Iglesia luterana continúa pidiendo hasta el momento «librarnos del homicidio, de la calumnia, de la rapiña y de la ferocidad del turco y del Papa». Merecen recordarse aquí los comentarios admirables de Joseph de Maistre en su libro «Sobre el Papa», donde muestra con gran sagacidad que a pesar de las numerosas disonancias que separan a las diversas denominaciones protestantes, hay una cualidad sobre la cual están todos de acuerdo, la de ser «no romanos». Imaginad una innovación, una innovación cualquiera que sea, en materia de dogma y de disciplina y ved si es posible presentarla de una manera —no importa cuánto pueda uno probar— que no sea en esencia «no romana» o todo lo más «cuasi romana». ¿Y en conciencia, qué clase de católico podría considerarse a sí mismo como cuasi romano?.

11º.— Las herejías antilitúrgicas deben, por principio, si han de establecerse a sí mismas a perpetuidad, destruir el sacerdocio. Saben que mientras que haya un Papa, habrá un altar, y donde haya un altar habrá un sacrificio, y por consecuencia una ceremonia misteriosa. Después de haber abolido al Sumo Pontífice, tendrán que eliminar a los obispos de donde procede esa mística imposición de las manos que perpetúa la jerarquía sagrada. Solamente entonces se seguirá «*ese vasto desierto presbiteral que es el resultado inevitable de la supresión del Papado*». Ya no habrá más sacerdotes hablando propiamente, sino más bien conductores que son elegidos y sin consagración. ¿Y cómo puede el acto de elegirle hacer de un hombre un sacerdote

santificado? Las reformas de Lutero y de Calvino solo pueden hablar de ministros de Dios; meramente hombres. Tampoco están satisfechos con pararse aquí. Sus ministros, escogidos e instalados por el laicado, llevan en sus casas de culto una vestidura de magisterio bastardo, pues son solamente laicos que asumen funciones sagradas. Todo esto resulta, por así decir, de la ausencia de la liturgia —¿y cómo puede un laico en aislado producir una liturgia?

12º.— Y, finalmente, vemos el último grado de la degradación. El sacerdocio ya no existe. La jerarquía ha muerto. El príncipe o el gobernador es la única autoridad posible dejada entre el laicado que puede ser proclamado como cabeza de la religión. Cuán natural es entonces, para estos reformadores, una vez roto el yugo espiritual de Roma, proclamar al soberano temporal como su sumo pontífice, y considerar el poder para decidir sobre materias litúrgicas como una de las *«prerrogativas del rey»*. Ya no puede haber ningún dogma, ninguna moralidad, ningún sacramento, ningún culto, en verdad ninguna cristiandad, a menos que esté de acuerdo con las preferencias del rey. Ahora bien, este es un axioma fundamental de los reformadores tanto en sus escritos como en su práctica. Esta última característica completa la descripción y permite que el lector juzgue por sí mismo la naturaleza de esa alardeada liberación del Papado que es llevada a cabo con tanta violencia. A la larga esto sólo puede resultar en la destructiva dominación de los poderes temporales y mundanales sobre la esencia misma de la cristiandad. Ahora bien, es verdad que en el comienzo las sectas antilitúrgicas no se levantaron para adular a quienes estaban en el poder. Los albigenses, los valdenses, los wyclifianos y los husitas todos ellos enseñaban que uno debía resistir al requerimiento de los príncipes y de los magistrados con gran coraje cuando se encontraba que eran pecadores. Sostienen que un príncipe en estado de pecado ha perdido su derecho a mandar. La razón para esto es que estos heréticos temían la espada de los príncipes católicos. Siendo obispos sin una iglesia, tenían todo que perder frente a una autoridad en desacuerdo con ellos. Pero tan pronto como los príncipes mismos se asociaron con ellos en la rebelión contra Roma y desearon hacer de la religión un asunto nacional, y un medio de gobernar a sus súbditos, la liturgia y el dogma mismo pasaron a estar sujetos a los intereses nacionales. Y, cuando aconteció esto, estos reformadores no podían moverse con suficiente rapidez para reconocer y apoyar a esas fuerzas seculares que deseaban establecer y mantener sus teorías personales. No puede haber ninguna duda de que dar la preferencia al poder temporal sobre el poder espiritual en materia de religión es un acto de apostasía. Pero desdichadamente este no es el único aspecto del problema, pues por encima de to-

do, el herético debe asegurarse su propia supervivencia. Por esto es por lo que Lutero, separado como estaba del Pontífice de Roma («seducido» como estaba el Papa, según él, por todas las «abominaciones de Babilonia») no vaciló en declarar teológicamente legítimo el segundo matrimonio del *Landgrave* de Hesse. Es por esto también por lo que el Abad Gregorio no tuvo escrúpulos en dar su apoyo a la condena a muerte de Luís XVI, mientras que había abogado por Luís XIV y José II en sus luchas contra el Papa.

Tales son, entonces, los principales credos de los reformadores antilitúrgicos. Sus escritos son fáciles de consultar pues están ampliamente extendidos a lo largo del mundo. Hemos revelado solamente lo que ellos mismos han promulgado repetidamente. Sentimos, sin embargo, que es importante exponer con claridad estas tendencias, pues siempre es bueno comprender el error. Desdichadamente, a menudo es mucho más fácil contradecir el error que enseñar la Verdad.

## LA INTERVENCIÓN DE OTTAVIANI

(Reimpreso de *The Maryfaithful Supplement*, Julio-Agosto de 1976)

*El 25 de Septiembre de 1969, Alfredo Cardenal Ottaviani, prefecto honorario de la Sagrada Congregación para la Fe, envió una carta al Papa Pablo VI. Adjunto a la carta iba un Estudio Teológico del Nuevo Orden de la Misa (Novus Ordo Missae), escrito por un grupo de teólogos romanos. La carta del Cardenal Ottaviani era un suplicatorio a Su Santidad, «no nos privéis de la posibilidad de continuar recurriendo a la fructífera integridad de ese Missale Romanum de S. Pío V, tan altamente loado por Vuestra Santidad y tan profundamente amado y venerado por todo el mundo católico». Aparentemente fue en respuesta a la intervención de Ottaviani por lo que el Papa Pablo ordenó subsecuentemente un retraso de dos años en la fecha límite para la implantación preceptiva del nuevo Ordo. En las páginas siguientes incluimos en traducción española<sup>1</sup>, la carta de Ottaviani y el Estudio de los teólogos romanos.*

### **Carta del Cardenal Ottaviani a Su Santidad el Papa Pablo VI**

Roma 25 de Septiembre de 1969

Santísimo Padre,

Habiendo examinado cuidadosamente, y presentado a escrutinio de otros, el *Novus Ordo Missae* preparado por los expertos del *Consilium ad exequendam Constitutionem de Sacra Liturgia*, y después de orar y reflexionar largamente, sentimos que es nuestro deber obligado a la vista de Dios y hacia Vuestra Santidad, exponer ante vos las siguientes consideraciones:

---

<sup>1</sup> El traductor ha traducido estos textos (así como todos los textos escriturarios, de los santos de la Iglesia, de los documentos de los papas y de los documentos conciliares y posconciliares) de su versión inglesa tal como aparecen en este libro citados por su autor



1. El estudio crítico adjunto del *Novus Ordo Missae*, obra de un grupo de teólogos, liturgistas y pastores de almas, muestra con entera claridad, a pesar de su brevedad, que si consideramos las innovaciones implicadas o dadas por admitidas, que pueden ser evaluadas por supuesto de diferentes modos, el *Novus Ordo* representa, a la vez como un todo y en sus detalles, una notable desviación de la teología católica de la Misa como esta fue formulada en la Sesión XXII del Concilio de Trento. Los «cánones» del rito fijados definitivamente en aquel tiempo proveían una barrera insuperable para toda herejía dirigida contra la integridad del Misterio.

2. Las razones pastorales aducidas para apoyar una ruptura tan grave con la tradición, incluso si tales razones pudieran ser consideradas como válidas de cara a las consideraciones doctrinales, no nos parecen suficientes. Las innovaciones en el *Novus Ordo* y el hecho de que todo lo que es de un valor perenne encuentre solamente un lugar mínimo, si es que subsiste en absoluto, bien podría tornar en certeza la sospecha, ya prevaleciente, ay, en muchos círculos, de que las verdades que han sido creídas siempre por el pueblo cristiano pueden ser cambiadas o ignoradas sin infidelidad a ese sagrado depósito de doctrina al cual la Fe católica está sujeta siempre. Las recientes reformas han demostrado ampliamente que nuevos cambios en la liturgia podrían no conducir a nada sino al completo desconcierto por parte de los fieles, quienes están ya mostrando signos de inquietud y de una indudable merma de la fe. Entre lo mejor del clero el resultado práctico es una angustiosa crisis de conciencia, de la cual llegan a nuestro conocimiento innumerables ejemplos diariamente.

3. Estamos seguros de que estas consideraciones, que solo pueden llegar a Vuestra Santidad por la voz viva a la vez de los pastores y del rebaño, no pueden sino encontrar un eco en Vuestro corazón paternal, siempre tan profundamente solícito por las necesidades espirituales de los hijos de la Iglesia. Ha sido siempre el caso que cuando una ley destinada al bien de los súbditos prueba por el contrario que es dañina, esos súbditos tienen el derecho, y aun el deber, de pedir con confianza filial la abrogación de esa ley.

Por lo tanto suplicamos formalísimamente a Vuestra Santidad que, en un tiempo de tantas divisiones penosas y de peligros siempre en aumento para la pureza de la Fe y la unidad de la Iglesia tan lamentados por Vos, nuestro común Padre, no nos privéis de la posibilidad de continuar recurriendo a la fructífera integridad de ese

*Missale Romanum* de S. Pío V, tan altamente loado por Vuestra Santidad y tan profundamente amado y venerado por todo el mundo católico<sup>2</sup>.

/s/ A. Card. Ottaviani

/s/ A. Card. Bacci

Fiesta de S. Pío X

---

<sup>2</sup> Se ha pretendido que el Cardenal Ottaviani retiró su firma de la «Intervención» y de la carta adjunta, y que había retirado sus objeciones al *Novus Ordo*. En verdad, él firmó una carta a este efecto puesta ante él por su secretario Monseñor Agustoni, cuando ya estaba ciego. Jean Madiran no tuvo vacilación alguna en pretender que Monseñor Agustoni había engañado al Cardenal ciego en la firma de esta carta, y le acusó de una felonía pública —desafiando a Mons. Agustoni a contradecir esta cargo en las cortes eclesiásticas si lo desmentía. Mons. Agustoni no aceptó el desafío y poco después dimitió de su cargo. Estos hechos están documentados en el libro de Michael Davies *Pope Paul's New Mass* (The Angelus Press, Dickinson, Texas, 1980).

## SUMARIO

*El documento que el Cardenal Ottaviani sometió al Santo Padre, y que ha sido sometido también a los obispos de Italia, aparece impreso en las siguientes páginas. Es obra de un grupo de teólogos y liturgistas en Roma, de diferentes nacionalidades y de diferentes tendencias.*

*A causa de que el documento fue sometido como evidencia en apoyo de los puntos señalados en la carta del Cardenal, el original italiano ha sido traducido fielmente, lo cual explica por qué no se acomoda enteramente a la lengua inglesa (ver nota 1 anterior). Plantea, además, tantas cuestiones de una importancia tan profunda, alguna de ellas de considerable complejidad, que hubiera sido erróneo apartarse del texto italiano.*

*La evidencia es acumulativa y no se apoya ni recae sobre alguna parte única. Sin embargo, se ha provisto un breve sumario para dirigir la atención del lector hacia lo que puede ser de particular interés para él —Lumen Gentium Foundation.*

## NOTAS

- I: Historia del Cambio.  
La nueva forma de la Misa fue sustancialmente rechazada por el Sínodo Episcopal, nunca fue sometida al juicio colegiado de las Conferencias Episcopales y nunca fue pedida por el pueblo. Tiene todas las posibilidades de satisfacer a los más modernistas de los protestantes.
- II: Definición de la Misa.  
Por una serie de equívocos el énfasis está puesto obsesivamente sobre la «cena» y el «memorial» en lugar de estarlo sobre la renovación incruenta del Sacrificio del Calvario.
- III: Presentación de los fines.  
Los tres fines de la Misa están alterados; no se permite que quede ninguna distinción entre el sacrificio divino y humano; el pan y el vino son cambiados solo «espiritualmente» (no sustancialmente).
- IV: Presentación de la esencia.  
Nunca se alude a la Presencia Real de Cristo y se repudia implícitamente la creencia en ella.
- V: Presentación de los cuatro elementos del Sacrificio.  
La posición tanto del sacerdote como del pueblo está falsificada y el Celebrante aparece nada más que como un ministro protestante, al tiempo que se desfigura intolerablemente la verdadera naturaleza de la Iglesia.
- VI: La destrucción de la unidad.  
El abandono del latín barre de una vez y para siempre toda la unidad del culto. Esto puede tener su efecto sobre la unidad de la creencia, y el Nuevo Orden no tiene ninguna intención de representar la Fe como esta es enseñada por el concilio de Trento al cual está sujeta la conciencia católica.

VII: La enajenación de los ortodoxos.

Al tiempo que es agradable para múltiples grupos disidentes, el Nuevo Orden enajenará al Oriente.

VIII: El abandono de las defensas.

El Nuevo Orden rebosa insinuaciones o de errores manifiestos contra la pureza de la religión católica y dismantela todas las defensas del depósito de la Fe.

## UN ESTUDIO CRÍTICO DEL «NOVUS ORDO MISSAE»

*Por un grupo de teólogos romanos*

### I

En octubre de 1967, se pidió al Sínodo Episcopal convocado en Roma que dictara juicio sobre la celebración experimental de una supuesta «Misa normativa», ideada por el Consilium para poner en práctica la Constitución sobre la Sagrada Liturgia. Esta Misa levantó las más graves sospechas. La votación mostró una oposición considerable (43 *non placet*), muchas reservas sustanciales (62 *juxta modum*) y cuatro abstenciones de un total de 187 votantes. La prensa internacional habló de un «rechazo» de la «Misa normativa» propuesta por parte del Sínodo. Los periódicos de tendencia progresista no hicieron ninguna mención de esto.

En el *Novus Ordo Missae* promulgado recientemente por la Constitución Apostólica *Missale Romanum*, encontramos una vez más esta «Misa normativa», idéntica en substancia, y no parece que en el periodo transcurrido entre tanto se haya pedido nunca a las Conferencias Episcopales, al menos como tales, que dieran sus veredictos sobre ella.

En la Constitución Apostólica se afirma que el antiguo Misal promulgado por S. Pío V, el 13 de Julio de 1570, pero que se remonta en gran parte a S. Gregorio Magno y a una antigüedad todavía más remota<sup>1</sup>, fue durante cuatro siglos la norma de la

---

<sup>1</sup> «Las plegarias de nuestro Canon se encuentran en el tratado *De Sacramentis* (siglos IV-V)... Nuestra Misa se remonta, sin cambios esenciales, a la época en la cual se desarrolló por primera vez a partir de la liturgia común más antigua. Todavía conserva la fragancia de aquella primitiva liturgia, en los tiempos en que el César gobernaba el mundo y esperaba extinguir la fe cristiana: tiempos en que nuestros primeros padres se juntaban antes del alba para entonar un himno a Cristo como a su Dios... (cf. Pl. Jr., Ep. 96)... *No hay en toda la cristiandad un rito tan venerable como el del Misal Romano*» (A. Fortescue).

«El Canon Romano, tal como es hoy, se remonta a S. Gregorio Magno. Ni en Oriente ni en Occidente hay ninguna plegaria eucarística, que permanezca en uso hoy día, que pueda gloriarse de una antigüedad tal. Para la Iglesia Romana arrojar el Canon por la borda sería equivalente, a los ojos no solo de los ortodoxos, sino también de los anglicanos e inclusive de los protestantes que tengan toda-

celebración del Santo Sacrificio para los sacerdotes del rito latino y que, llevado a todas las partes del mundo, «ha sido, además, una abundante fuente de alimento espiritual para muchos santos en su devoción a Dios». Y, sin embargo, se pretende que la presente reforma, que le pone definitivamente fuera de uso, es necesaria puesto que «desde aquella época el estudio de la Sagrada Liturgia ha devenido más extendido e intensivo entre los católicos».

Nos parece que esta aserción incorpora un grave equívoco. Pues el deseo del pueblo se expresó, en todo caso, cuando —gracias a S. Pío X —empezaron a descubrir los verdaderos e imperecederos tesoros de la liturgia. El pueblo nunca ha pedido bajo ningún concepto que la liturgia fuera cambiada o mutilada a fin de comprenderla mejor. Ha pedido una comprensión mejor de una liturgia sin cambio, una liturgia que nunca habrían deseado ver cambiada.

El Misal Romano de S. Pío V era religiosamente venerado y sumamente querido por los católicos, tanto sacerdotes como laicos. Uno no alcanza a ver cómo su uso, juntamente con una apropiada catequesis, podría haber obstaculizado una participación más plena, y un conocimiento mayor de la Sagrada Liturgia, ni por qué, cuando sus muchas y sobresalientes virtudes son reconocidas, este no haya sido considerado digno de continuar alimentando la piedad litúrgica de los cristianos.

Puesto que la «Misa normativa», introducida e impuesta ahora como el *Novus Ordo Missae*, fue rechazada en substancia por el Sínodo Episcopal, nunca fue sometida al juicio colegiado de las Conferencias Episcopales, y puesto que el pueblo —especialmente en las tierras de misión— nunca ha pedido ninguna reforma de la Santa Misa cualquiera que fuere, uno no alcanza a comprender los motivos que hay detrás de la nueva legislación que destruye una tradición sin cambio en la Iglesia desde los siglos IV y V, como lo reconoce la Constitución Apostólica misma. Como no existe ninguna petición popular que apoye esta reforma, la misma parece desprovista de toda base lógica que la justifique y la haga aceptable para el pueblo católico.

El concilio Vaticano expresó ciertamente un deseo (párrafo 50 de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*) «de que las diferentes porciones de cada parte y su relación con las otras partes podía parecer más claramente». Veremos ahora cómo el *Ordo* recientemente promulgado corresponde con esta intención original.

---

vía en alguna medida un sentido de la tradición, a un rechazo de toda pretensión a seguir siendo la verdadera Iglesia Católica» (Fr. Louis Bouyer).

Un atento examen del *Novus Ordo* revela cambios de tal magnitud como para justificar en sí mismos el juicio hecho ya con respecto a la «Misa normativa». Ambos tienen en multitud de puntos todas las posibilidades de satisfacer a los más modernistas de los protestantes.

## II

Comenzaremos con la definición de la Misa dada en el N° 7 de la *Institutio Generalis* al comienzo del segundo capítulo del *Novus Ordo*, «*De structura Missae*»:

«La Cena del Señor o la Misa es *un sagrado encuentro o asamblea del Pueblo de Dios*, que se reúne bajo la presidencia del sacerdote, para celebrar *el memorial del Señor*<sup>2</sup>. Así la promesa de Cristo, “donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos”, es eminentemente verdad de la comunidad local en la Iglesia (*Mateo XVIII, 20*)».

La definición de la Misa está limitada así a la de una «cena», y este término se encuentra repetido constantemente (nos. 8, 48, 55d, 56). Esta «cena» se caracteriza, además, como una asamblea presidida por el sacerdote y tenida como un memorial del Señor, que recuerda lo que Él hizo el primer Jueves Santo. Nada de todo esto im-

---

<sup>2</sup> Para esta definición, el *Novus Ordo* se remite en una nota a dos textos del Vaticano II. Pero al releer estos textos *uno no encuentra nada que justifique esta definición*.

El primer texto al que se hace referencia (Decreto *Presbyterorum Ordinis*, n° 5) dice como sigue: «... los presbíteros son consagrados por Dios, siendo su ministro el Obispo, a fin de que, hechos de manera especial partícipes del sacerdocio de Cristo, obren en la celebración del sacrificio como ministros de Aquel que en la liturgia ejerce constantemente, por obra del Espíritu Santo, su oficio sacerdotal en favor nuestro... por la celebración señaladamente de la Misa ofrecen sacramentalmente el sacrificio de Cristo» (Documentos del Vaticano II, Ed. Walter M. Abbott, S. J.).

El segundo texto es de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, n° 33, y dice así: «... en la liturgia Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciando el Evangelio. Y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración» – «Más aún, las oraciones que dirige a Dios *el sacerdote* —que preside la asamblea *representando a Cristo*— se dicen en nombre de todo el pueblo santo y de todos los circunstantes» (Idem —el subrayado es nuestro).

Uno está perplejo al tratar de explicar cómo de frases como estas podría haber sido sacada la definición de arriba.

Nótese, también, la radical alteración, en esta definición de la Misa, de la establecida por el Vaticano II (*Presbyterorum Ordinis*, 1254): «La Eucaristía es, por lo tanto, *el corazón mismo de la comunidad cristiana*». Habiendo sido arrebatado el *centrum* en el *Novus Ordo* la *congregatio* misma ha usurpado su lugar.



plica en lo más mínimo ni la *Presencia Real*, ni la *realidad del sacrificio*, ni la *función sacramental* del sacerdote que consagra, ni el *valor intrínseco* del Sacrificio Eucarístico independientemente de la presencia del pueblo<sup>3</sup>. En una palabra, no implica *ninguno* de los valores dogmáticos esenciales de la Misa, los cuales proveen juntos su verdadera definición. Aquí, la omisión deliberada de estos valores dogmáticos equivale a su supresión y, en consecuencia, en la práctica al menos a su negación<sup>4</sup>.

En la segunda parte de este párrafo 7 se afirma, agravando el ya grave equívoco, que se aplica de una manera «*eminenter*», a esta asamblea la promesa de Cristo de que «*Ubi sunt duo vel tres congregati in nomine meo; ibi sum in medio eorum*» (Mateo XVIII, 20)». Esta promesa, que se refiere solamente a la *presencia espiritual* de Cristo con Su gracia, es puesta así en el mismo plano cualitativo, salvo en lo que toca a una mayor intensidad, que la realidad *substancial* y *física* de la *Presencia Eucarística Sacramental*.

En el nº 8 sigue inmediatamente una subdivisión de la Misa en la «liturgia de la palabra» y la «liturgia eucarística», con la afirmación de que en la Misa se prepara «*la mesa de la palabra de Dios*» así como de «*el Cuerpo de Cristo*», a fin de que los fieles «puedan ser fortalecidos y renovados» —una asimilación enteramente impropia de las dos partes de la liturgia, como si se tratara de dos puntos de igual valor simbólico. Sobre esto se abundará más adelante.

La Misa es designada con muchas expresiones diferentes, todas relativamente aceptables, pero todas inaceptables si se emplean, como lo son, separadamente y en un sentido absoluto. Citamos algunas: la Acción de Cristo y del Pueblo de Dios; la Cena del Señor o Misa; el Banquete Pascual; la participación común en la Mesa del Señor; el memorial del Señor; la Plegaria Eucarística; la Liturgia de la Palabra y la Liturgia Eucarística; etc.

---

<sup>3</sup> El concilio de Trento reafirma la Presencia Real en las siguientes palabras: «Principio docet Sancta Synodus et aperte et simpliciter profitetur in almo Sanctae Eucharistiae sacramento post panis et vini, consecrationem Dominum nostrum Jesum Christum *verum Deum atque hominem vere, realiter ac substantialiter* (can I) sub specie illarum rerum sensibilibum contineri». (DB. Nº. 874). En la sesión XXII, la cual nos interesa directamente (*De sanctissimo Missae Sacrificio*), la doctrina aprobada (DB. No 937 a 956) está claramente sintetizada en *nueve* cánones.

<sup>4</sup> Es superfluo afirmar que, si un solo dogma definido fuera negado, todos los dogmas se vendrían abajo *ipso facto*, a causa de que el principio mismo de la infalibilidad del supremo Magisterio jerárquico, bien sea papal o conciliar, sería destruido con ello.

Como es harto evidente, el énfasis está puesto obsesivamente sobre la cena y el memorial en lugar de estarlo sobre la renovación incruenta del Sacrificio del Calvario. La fórmula «el Memorial de la Pasión y Resurrección del Señor» es, además, inexacta, pues la Misa es el memorial del Sacrificio único que es en sí mismo redentor, mientras que la Resurrección es su fruto consecuente<sup>5</sup>.

Después veremos cómo, en la fórmula consagratória misma, y a todo lo largo del *Novus Ordo*, se renuevan y se reiteran tales equívocos.

### III

Llegamos ahora a los fines de la Misa.

1. **El fin último.** Este es el del sacrificio de alabanza a la Santísima Trinidad de acuerdo con la declaración explícita de Cristo en el propósito principal de Su Encarnación misma: «Entrando en el mundo dice: “No quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo”» (*Hebreos X. 5*).

Este fin *ha desaparecido*: del Ofertorio con la desaparición de la plegaria «*Suscipe, Sancta Trinitas*»; del final de la Misa con la omisión del «*Placet tibi Sancta Trinitas*»; y del Prefacio, el cual en domingo no será ya el de la Santísima Trinidad, pues este Prefacio estará reservado solamente a la Fiesta de la Trinidad, y así en el futuro será oído únicamente una vez por año.

2. **El fin ordinario.** Este es el Sacrificio propiciatorio. También ha sido desviado; pues en lugar de poner el énfasis sobre *la remisión de los pecados* de los vivos y de los muertos hace recaer el énfasis sobre el alimento y la santificación de los presentes (nº 54). Cristo instituyó ciertamente el Sacramento de la Última Cena poniéndose a Sí mismo en estado de Víctima a fin de que pudiéramos ser unidos a Él en este estado, pero su autoinmolación precede a la comida de la Víctima, y tiene un valor redentor antecedente y pleno (la aplicación de la inmolación sangrienta). Esto es confirmado por el hecho de que los fieles presentes no están obligados a comulgar sacramentalmente<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> Debería agregarse la Ascensión si se quisiera recordar el «*Unde et memores*», el cual, además, no asocia sino que distingue clara y precisamente: «... tam beatae Passionis, nec non ab inferis Resurrectionis, sed et in caelum gloriosae Ascensionis».

<sup>6</sup> Uno se encuentra también con este cambio de énfasis en la sorprendente eliminación, en los nuevos Cánones sintéticos, del *Memento* de los difuntos y de toda mención de los sufrimientos de las almas en el Purgatorio, a quienes se aplicaba el Sacrificio propiciatorio.

3. **El fin inmanente.** Cualquiera que sea la naturaleza del Sacrificio, es absolutamente necesario que sea agradable y aceptable a Dios. Después de la Caída ningún otro sacrificio puede pretender ser aceptable, por su propio derecho, que el Sacrificio de Cristo. El *Novus Ordo* cambia la naturaleza de la ofrenda, tornándola en una especie de cambio de dones entre el hombre y Dios: el hombre aporta el pan, y Dios le vuelve el «pan de vida»; el hombre aporta el vino, y Dios le vuelve una «bebida espiritual».

«Bendito seas Señor Dios del Universo, porque de tu generosidad hemos recibido el pan (o el “vino”) que te ofrecemos, fruto de la tierra (o de la “vid”) y del trabajo del hombre, a fin de que sea para nosotros el pan de vida (o la “bebida espiritual”)<sup>7</sup>.

No hay necesidad de comentar la extrema indeterminación de las fórmulas «*panis vitae*» y «*potus spiritualis*», las cuales pueden significar cualquier cosa. Aquí se repite el mismo equívoco capital que en la definición de la Misa: Allí, Cristo está presente sólo espiritualmente entre los Suyos; aquí, el pan y el vino son cambiados solo «espiritualmente» (no substancialmente)<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> Cf. *Mysterium Fidei* en donde Pablo VI condena los errores del simbolismo juntamente con las nuevas teorías de la «transignificación» y la «transfinalización»: «... Ni es justo estar tan preocupado considerando la naturaleza del signo sacramental que se repita la impresión de que el simbolismo —y nadie niega su existencia en la Santísima Eucaristía— expresa y agota todo el significado de la presencia de Cristo en este sacramento. Ni es justo tratar del misterio de la transubstanciación sin mencionar el maravilloso cambio de toda la substancia del pan en el cuerpo de Cristo, de toda la substancia del vino en Su sangre, del cual habla el concilio de Trento, con lo cual se hace que estos cambios no consistan en nada sino en una “transignificación” o en una “transfinalización”, por usar estos términos» (C. T. S. Trans. *Mysterium Fidei*, art. II).

<sup>8</sup> La introducción de fórmulas o expresiones nuevas, que, aunque aparecen en los textos de los Padres, de los concilios y del Magisterio de la Iglesia, son usadas en un sentido equívoco no subordinado a la substancia de la doctrina con la cual forman un todo inseparable (p.e. «*spiritualis alimonia*», «*cibus spiritualis*» y «*potus spiritualis*», etc.) es ampliamente denunciada y condenada en *Mysterium Fidei*. Pablo VI afirma que: «Cuando la integridad de la fe ha sido conservada, se ha conservado también una adecuada manera de expresión. De otro modo, nuestro uso de un lenguaje descuidado, aunque hay que esperar que esto no acontezca, puede hacer surgir falsas opiniones sobre la creencia en materias muy profundas», y cita a S. Agustín: «Hay en nosotros una pretensión a hablar de acuerdo con una regla fijada a fin de que las palabras incontroladas no hablen también a un punto de vista impío de las materias que expresamos». Continúa: «Esta regla de lenguaje ha sido introducida por la Iglesia en una larga labor de siglos con la protección del Espíritu Santo. La ha confirmado con la autoridad de los concilios. Ha devenido más de una vez la señal y el modelo de la fe ortodoxa. Debe ser

En la preparación de la ofrenda, resulta un equívoco similar de la supresión de dos plegarias mayores. El «*Deus qui humanae substantiae dignitatem mirabiliter conditisti et mirabilius reformasti*» era una referencia a la condición de inocencia original del hombre y a su presente condición de ser rescatado por la Sangre de Cristo: una recapitulación de toda la economía del Sacrificio desde Adán hasta el momento presente. La ofrenda propiciatoria final del cáliz, a fin de que pueda ascender «*cum odore suavitatis*», a la presencia de la divina majestad, cuya clemencia se imploraba, reafirmaba admirablemente este plan. Al suprimir la continua referencia a Dios en las plegarias eucarísticas, no hay ya ninguna distinción clara *entre el sacrificio divino y humano*.

Habiendo suprimido la piedra clave, los reformadores han tenido que levantar andamiajes; al suprimir los fines reales, han tenido que sustituirlos por fines ficticios suyos propios, conducentes a actitudes que pretenden enfatizar la unión entre el sacerdote y los fieles, y de los fieles entre ellos; han sobrepuesto las *ofrendas por los pobres y por la Iglesia* sobre la Ofrenda de la *Hostia que ha de inmolarse*. Hay un peligro de que la singularidad de esta ofrenda devenga difusa, de modo que la participación en la inmolación de la Víctima llegue a parecerse a una reunión filantrópica, o a un banquete de caridad.

#### IV

Pasamos ahora a la esencia del Sacrificio.

El misterio de la Cruz ya no está explícitamente expresado. Aquí está solo oscurecido, velado, imperceptible para el pueblo<sup>9</sup>. Y por estas razones:

1. El sentido dado en el *Novus Ordo* a la así llamada «*prex eucharistica*» es: «que toda la congregación de los fieles esté unida a Cristo al proclamar las grandes maravillas de Dios y al ofrecer el sacrificio» (nº 54, final).

¿A cuál sacrificio se hace referencia aquí? ¿Quién es el oferente? No se da respuesta a ninguna de estas dos cuestiones. La definición inicial de la «*prex eucharistica*» es como sigue: «El centro y punto culminante de toda la celebración tiene aho-

---

observada religiosamente. Nadie puede presumir de alterarla a voluntad, o bajo el pretexto de un nuevo conocimiento... Es igualmente intolerable que nadie por su propia iniciativa desee modificar las fórmulas con las cuales el concilio de Trento ha propuesto la doctrina eucarística de la creencia» (*Idem*, art. 23).

<sup>9</sup> Contradiendo lo que se prescribe en el Vaticano II (*Sacros. Conc.* Nº 48)

ra un comienzo, a saber, la Plegaria Eucarística, una plegaria de acción de gracias y de santificación» (nº 54, pr.). Los efectos reemplazan así a las causas, de las cuales no se dice *ni una sola palabra*. La mención explícita del objeto de la ofrenda, que se encontraba en el «*suscipe*», no ha sido reemplazada por *nada*. El cambio en la formulación revela el cambio en la doctrina.

2. La razón para esta no explicitud concerniente al Sacrificio es enteramente simple, a saber, que la Presencia Real ha sido retirada de la posición central que ocupaba tan resplandecientemente en la anterior liturgia eucarística. Hay solamente una única referencia a la Presencia Real (una cita —en una nota a pie de página— del concilio de Trento), y de nuevo el contexto es el del «*alimento*» (nº 241, nota 63).

Nunca se alude a la Presencia Real y permanente de Cristo, Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, en las Especies transubstanciadas. La palabra misma de la transubstanciación es *totalmente ignorada*.

La supresión de la invocación a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad («*Veni Sanctificator*») a fin de que Él descienda sobre las oblaciones, como descendió una vez anteriormente al vientre de la Santísima Virgen para cumplir el milagro de la Presencia divina, es todavía un ejemplo más de la negación sistemática y tácita de la Presencia Real.

Nótese también las eliminaciones:

de las genuflexiones (no quedan más que tres para el sacerdote y una, con algunas excepciones, para el pueblo en la Consagración);

de la purificación de los dedos del sacerdote en el cáliz;

de la preservación de todo contacto profano para los dedos del sacerdote después de la Consagración;

de la purificación de los vasos, la cual necesidad no es inmediata, ni se hace sobre el corporal;

del velo del cáliz;

del dorado interno de los sagrados vasos;

de la consagración de los altares móviles;

de la piedra y de las reliquias sagradas en el altar móvil o sobre la «*mensa*» —«cuando la celebración no tiene lugar en los sagrados recintos» (esta distinción conduce directamente a las «*cenar eucarísticas*» en las casas privadas);

de los tres manteles del altar reducidos a uno solo;

de la acción de dar gracias de rodillas (reemplazada por una acción de dar gracias, *sentado*, por parte del sacerdote y del pueblo, un complemento bastante lógico a la Comunión de pie);

de todas las antiguas prescripciones en el caso de que cayera al suelo la Hostia consagrada, las cuales se han reducido ahora a una sola directriz informal: «*reverenter accipiatur*» (nº 239);

todas estas cosas solo sirven para enfatizar cuán injuriosamente se repudia, implícitamente, la fe en el dogma de la Presencia Real.

3. *La función asignada al altar* (nº 262). El altar es casi siempre llamado *mensa*<sup>10</sup>. «*El altar o la mesa del Señor, que es el centro de toda la liturgia Eucarística*» (nº 49, Cf. 262). Se ha establecido que el altar debe ser separado de los muros a fin de que sea posible circular a su alrededor y de que la celebración pueda hacerse de cara al pueblo (nº 262); (se ha prescrito) también que el altar debe ser el centro de la asamblea de los fieles a fin de que su atención sea llevada hacia él espontáneamente (ibid.). Pero una comparación de los números 262 y 276 parecería sugerir que la reserva del Santísimo Sacramento sobre este altar está excluida. Esto marcará una dicotomía irreparable entre la presencia, en el celebrante, del Sumo Sacerdote eterno y esa misma Presencia provocada sacramentalmente. Anteriormente, eran *una y la misma presencia*<sup>11</sup>.

Ahora se recomienda que el Santísimo Sacramento sea guardado en un lugar aparte para la devoción privada del pueblo (casi como si fuera una cuestión de devoción a alguna reliquia de cualquier especie) a fin de que, al entrar en una iglesia, la atención no esté enfocada ya sobre el Sagrario sino sobre una mesa desnuda. Una vez más se contrapone la piedad *privada* a la piedad *litúrgica*: el altar es erigido así contra el altar.

---

<sup>10</sup> La función principal del altar es reconocida una sola vez (nº 259): «él altar sobre el cual se renueva el sacrificio de la Cruz bajo los signos sacramentales». Esta única referencia no parece suprimir en medida alguna los equívocos de la otra designación repetida.

<sup>11</sup> «Separar el Sagrario del altar es equivalente a separar dos cosas que, por su naturaleza misma, deben permanecer juntas» (Pío XII, Alocución al Congreso Internacional de Liturgia, Asís-Roma, 18-23 de Septiembre de 1956) Cf. También *Mediator Dei*, 1, 5, nota 28.

En la insistente recomendación de que se distribuya en la Comunión toda la Especie consagrada durante la misma Misa, y en verdad de que se consagre un pan<sup>12</sup> para que el sacerdote lo distribuya a algunos de los fieles al menos, encontramos reafirmada una actitud de menosprecio hacia el Sagrario, así como hacia toda forma de piedad eucarística fuera de la Misa. Esto constituye todavía otro violento choque contra la fe en la Presencia Real en tanto que quede Especie consagrada<sup>13</sup>.

4. *La fórmula de consagración.* La antigua fórmula de consagración era propiamente una fórmula *sacramental*, no una fórmula narrativa. Esto era mostrado sobre todo por tres cosas:

- a) El texto escriturario no está tomado palabra por palabra: la inserción paulina del «*mysterium fidei*» era una confesión inmediata de la fe del sacerdote en el misterio realizado por la Iglesia a través del sacerdocio jerárquico.
- b) La puntuación y la confección tipográfica: el punto final y el nuevo párrafo para marcar el paso del modo narrativo al modo *sacramental* y *afirmativo*, las palabras sacramentales en mayúsculas en el centro de la página y a menudo en un color diferente, se separaban claramente del contexto histórico. Todo esto combinado para dar a la fórmula *un valor propio y autónomo*.
- c) La anamnesis («*Haec quotiescumque feceritis in mei memoriam facietis*»), lo cual en griego es «eis tén emòu anàmnēsín» (*dirigido a mi memoria*). Esto se refiere a Cristo operante y no a la memoria de Él, o del acontecimiento: es una invitación a recordar *lo que* Él hizo («*haec... in mei memoriam facietis*») *de la manera* en que Él lo hizo, y no solamente a recordar a Su Persona, o la Cena. La fórmula paulina («*Hoc facite in meam commemorationem*») que ha

<sup>12</sup> Raramente en el *Novus Ordo* se usa la palabra «*hostia*», una palabra tradicional en los libros litúrgicos con su significado preciso de «víctima». No hay necesidad de decir que esto es parte del plan de los reformadores para enfatizar solamente los aspectos de «cena» y de «comida».

<sup>13</sup> De acuerdo con el hábito acostumbrado de los reformadores de sustituir y cambiar una cosa por otra, la Presencia Real se ha hecho equivalente a la Presencia *en la palabra* (nº 7, 54). Pero esta última presencia es realmente de una naturaleza por completo diferente, y no tiene realidad alguna excepto *in usu*, mientras que la primera *es*, de una manera estable, objetiva e independiente de la comunicación que de ella se hace en el Sacramento. Las fórmulas «Dios habla a Su pueblo... Por Su palabra Cristo está presente en medio de los fieles» (nº 33. Cf. *Sacros. Conc.* Nº 33 y 7), son típicamente protestantes, las cuales, hablando estrictamente, no tienen ningún significado, pues la presencia de Dios en la palabra está mediatizada, sujeta a un acto del espíritu, a la condición espiritual del individuo, y limitada en el tiempo. Este error tiene las más graves consecuencias: la afirmación (o insinuación) de que la Presencia Real está sujeta al *usus*, y de que acaba junto con él.

de tomar ahora el lugar de la antigua —proclamada como lo será a diario en las lenguas vernáculas— ocasionará irremediablemente que los oyentes se concentren sobre la *memoria* de Cristo como el fin de la acción eucarística, mientras que en realidad es solo el *comienzo*. La idea concluyente de la *conmemoración* tomará ciertamente, una vez más, el lugar de la idea de la acción sacramental<sup>14</sup>.

El modo narrativo es enfatizado ahora por la fórmula «narratio institutionis» (nº 55d) y repetido por la definición de la anamnesis, en la cual se dice que «La Iglesia recuerda la *memoria* de Cristo mismo» (nº 556).

Brevemente: la teoría adelantada por la epiclesis, la modificación de las palabras de la Consagración y de la anamnesis, tienen el efecto de modificar el *modus significandi* de las palabras de la Consagración. Las fórmulas consagradoras son pronunciadas aquí por el sacerdote como los constituyentes de una narrativa histórica, y no ya *enunciadas como expresando el juicio categórico y afirmativo emitido por Aquel en cuya Persona el sacerdote actúa: «Hoc est Corpus Meum»* (no «*Hoc est Corpus Christi*») <sup>15</sup>.

Además, la aclamación asignada al pueblo inmediatamente después de la Consagración: («anunciamos tu muerte,... Oh Señor, *hasta que Tú vuelvas*») introduce de nuevo al amparo de la escatología, *la misma ambigüedad en lo que concierne a la Presencia Real*. Sin intervalo ni distinción, se proclama la expectativa de la Segunda Venida de Cristo al final de los tiempos justamente en el momento en que Él está *substancialmente presente* sobre el altar, casi como si la primera, y no la última, fuera la verdadera Venida.

Esto sale a la luz aún con más fuerza en la fórmula de la aclamación opcional nº 2 (Apéndice): «Tan a menudo como comemos de este pan y bebemos de este cáliz

<sup>14</sup> Se subraya que la acción de la institución sacramental tuvo lugar cuando Nuestro Señor dio «a comer» a los apóstoles Su Cuerpo y Sangre bajo las especies del pan y del vino, y no en el *acto* de la consagración y en la *separación* mística cumplida así *del Cuerpo y de la Sangre*, esencia del sacrificio eucarístico. (Cf. todo el capítulo I, parte II – «El culto de la Eucaristía» – *Mediator Dei*).

<sup>15</sup> Las palabras de la Consagración según están insertadas en el contexto del *Novus Ordo* pueden ser válidas por virtud de la intención del ministro. Podrían también no ser válidas a causa de que no son ya *ex vi verborum*, o, más precisamente, por virtud del *modus significandi* que tenían en la Misa hasta el presente.

¿Consagrarán válidamente en un futuro próximo los sacerdotes que no hayan recibido la formación tradicional, y que se apoyen en el *Novus Ordo* con la intención de «hacer lo que la Iglesia hace»? Uno se permite dudarlo.



anunciamos tu muerte, oh Señor, hasta que vengas», donde la yuxtaposición de las diferentes realidades de la inmolación y de la comida, de la Presencia Real y de la Segunda Venida de Cristo, alcanza el colmo de la ambigüedad<sup>16</sup>.

## V

Llegamos ahora a la realización del Sacrificio, cuyos cuatro elementos eran: 1º Cristo, 2º el sacerdote, 3º la Iglesia y 4º los fieles presentes.

En el *Novus Ordo*, la posición adscrita a los fieles es autónoma (*absoluta*), y de aquí totalmente falsa desde la definición de apertura —«*Missa est sacra synaxis seu congregatio populi*»— hasta el saludo del sacerdote al pueblo del cual se dice que transmite a la comunidad congregada la «presencia» del Señor (nº 28). «*Qua salutatione et populi responsione manifestatur ecclesiae congregatae mysterium*».

Una presencia de Cristo verdadera, ciertamente, pero solo espiritual, y un misterio de la Iglesia, pero únicamente como asamblea que manifiesta y solicita tal presencia.

Esta interpretación se subraya constantemente: por las obsesivas referencias al carácter comunitario de la Iglesia (nº 74-152); por la inaudita distinción entre «*missa cum populo*» y la «*missa sine populo*» (nº 203-231); por la definición de la «*oratio universalis seu fidelium*» (nº 45), donde encontramos, una vez más, que se recalca el «oficio sacerdotal» del pueblo («*populus sui sacerdotii munus exercens*») presentado de una manera equívoca, porque no se menciona su subordinación al del sacerdote, y más todavía, puesto que el sacerdote, como mediador consagrado, se hace a sí mismo el intérprete de todas las intenciones del pueblo en el *Te igitur* y en los dos *Memento*.

En la «*Prex eucharistica III*» (*Vere sanctus*, p. 123), donde se dirigen al Señor las siguientes palabras: «De edad en edad congregas para ti un pueblo, a fin de que desde oriente a occidente se haga una ofrenda perfecta a la gloria de tu nombre», el *a fin de que* hace que parezca que el pueblo, en lugar del sacerdote<sup>17</sup>, es el elemento

<sup>16</sup> Que no se diga, según el bien conocido procedimiento crítico protestante, que estas frases pertenecen al mismo contexto espiritual. La Iglesia ha evitado siempre su yuxtaposición y sobreimposición precisamente para evitar toda confusión de las *diferentes realidades* aquí expresadas.

<sup>17</sup> En contraste con los luteranos que afirmaban que todos los cristianos son sacerdotes y por ende oferentes de la Cena, ver A. Tanqueray, «*Synopsis theologiae dogmaticae*», vol. III, Desclee,

*indispensable* en la celebración; y puesto que aquí tampoco se hace evidente *quién* es el oferente, el pueblo mismo aparece investido con *poderes sacerdotales autónomos*. A partir de aquí no sería sorprendente si, antes de mucho tiempo, se autoriza al pueblo a juntarse al sacerdote en la pronunciación de las fórmulas consagratorias (lo cual, efectivamente, parece haber ocurrido ya aquí y allá).

La posición del sacerdote está minimizada, cambiada y falsificada. Primeramente en relación al pueblo para quien el sacerdote es, en su mayor parte, un mero *presidente*, o *hermano*, en lugar de ser el ministro consagrado que celebra *in persona Christi*. En segundo lugar, en relación a la Iglesia, como un «*quidam populo*». En la definición de la epiclesis (nº 55), las invocaciones son atribuidas anónimamente a la Iglesia: la parte del sacerdote se ha desvanecido.

En el *Confiteor*, que ahora ha devenido colectivo, el sacerdote ya no es el juez, testigo e intercesor con Dios; así pues, es lógico que no esté dotado ya del poder para dar la absolución, la cual ha sido suprimida. El sacerdote está integrado con los *fratres*. Incluso el ayudante se dirige a él como tal en el *Confiteor* de la «*missa sine populo*».

Ya antes de esta última reforma, la significativa distinción entre la Comunión del sacerdote —el momento en el cual el Sumo Sacerdote Eterno y el que actúa *en Su Persona* se juntaban en una unión estrechísima— y la Comunión de los fieles había sido suprimida.

No encontramos ni una palabra en cuanto al *poder para sacrificar, o sobre su acto de consagración*, del sacerdote, a que a través de él venga la *Presencia Eucarística*. El sacerdote aparece ahora nada más que como un ministro protestante.

La desaparición, o el uso opcional, de muchas vestiduras sagradas (en algunos casos el alba y la estola son suficientes – nº 298) oblitera aún más la conformidad original con Cristo: el sacerdote no está ya investido con todas Sus virtudes, deviniendo meramente un «licenciado» a quien pueden distinguir de la masa del pueblo uno o dos signos<sup>18</sup>: «un hombre poco más que el resto», por citar la declaración in-

---

1930: Todos y cada uno de los sacerdotes son, estrictamente hablando, ministros secundarios del sacrificio de la Misa. Cristo mismo es el ministro principal. *Los fieles ofrecen a través de la intermediación del sacerdote pero no en sentido estricto* (Cf. Conc. Trid. XXII Can 2).

<sup>18</sup> Destacamos de pasada una innovación increíble que es seguro que tendrá los más graves efectos psicológicos: la liturgia del Viernes Santo con vestiduras rojas en lugar de negras (nº 308b) —es decir, la conmemoración de cualquier mártir en lugar del duelo de toda la Iglesia por su Fundador. (Cf. *Mediator Dei*, I, 5, nota 28).

voluntariamente humorística de un predicador dominico<sup>19</sup>. Nuevamente, como en la «mesa» y el altar, aquí se ha separado lo que Dios ha unido: el Sacerdocio único del Verbo de Dios.

Finalmente, está la posición de la Iglesia en relación a Cristo. En un caso, a saber, en el de la «*missa sine populo*», se reconoce que la Misa es «*Actio Christi et Ecclesiae*» (nº 4, cf. Presb. Ord. nº 13), mientras que en el caso de la «*missa cum populo*» no se hace referencia a esto excepto con el propósito de «recordar a Cristo» y santificar a los presentes. Las palabras usadas son: «Al ofrecer el sacrificio *a través de Cristo en el Espíritu Santo* a Dios Padre, el sacerdote asocia al pueblo consigo mismo» (nº 60), en lugar de las palabras que deberían asociar al pueblo *con Cristo* que es Quien se ofrece *a Sí mismo* «*per Spiritum Sanctum Deo Patri*».

En este contexto ha de notarse lo siguiente: 1) la gravísima omisión de la frase «*Per Christum Dominum Nostrum*», la garantía de ser oída a la Iglesia en todas las edades (Juan XIV. 13-14; 15; 16; 23; 24); 2) el omnipresente «pascualismo», casi como si no hubiera más aspectos, enteramente diferentes e igualmente importantes, de la comunicación de la gracia; 3) el extrañísimo y dudosísimo escatologismo por el cual la comunicación de la gracia sobrenatural, una realidad que es permanente y eterna, es rebajada a las dimensiones del tiempo: oímos hablar de un pueblo en marcha, de una Iglesia peregrina —ya no una Iglesia *militante* contra la *Potestas tenebrarum*— que mira hacia un futuro que, habiendo perdido su lazo con la eternidad, es concebido en términos puramente temporales.

La Iglesia —Una, Santa, Católica y Apostólica— está disminuida como tal en la fórmula que, en la «*Prex Eucharistica IV*», ha tomado el lugar de la plegaria del Canon romano «en beneficio de todos los creyentes ortodoxos de la fe católica y apostólica». Ahora ya no son ni más ni menos que: «todos aquellos que te buscan con un corazón sincero».

De nuevo, en el *Memento* de los difuntos, estos ya no han partido «con el signo de la fe y duermen el sueño de la paz», sino solamente «que han muerto en la paz de Cristo», y a estos se agregan, con obvio detrimento adicional del concepto de la unidad visible, la multitud de todos los muertos «cuya fe solo tú conoces».

Además, en ninguna de las tres Plegarias Eucarísticas nuevas hay ninguna referencia, como ya se ha dicho, al estado de sufrimiento de aquellos que han muerto, en

---

<sup>19</sup> Fr. Roquet, O. P. a los dominicos de Betania, en Plesschenet.

ninguna hay la posibilidad de un *Memento* particular: todo esto, de nuevo, debe *socavar la fe en la naturaleza propiciatoria y redentora del Sacrificio*<sup>20</sup>.

Omisiones desacralizantes por todas partes que envilecen el misterio de la Iglesia. Sobre todo, la Iglesia no es presentada como una sagrada jerarquía: los ángeles y los santos están reducidos al anonimato en la segunda parte del *Confiteor* colectivo; han desaparecido, como testigos y jueces, en la persona de S. Miguel, desde el primero<sup>21</sup>. Las múltiples jerarquías de los ángeles han desaparecido también (y esto no tiene precedente) del nuevo prefacio de la «Prex II». En el *Communicantes*, ha sido suprimido el recordatorio de los pontífices y santos mártires sobre quienes está cimentada la Iglesia de Roma y que fueron, sin duda, los transmisores de las tradiciones apostólicas, destinadas a ser completadas en lo que, con S. Gregorio, devino la misa romana. En el *Libera nos*, la Bendita Virgen, los apóstoles y todos los santos no se mencionan ya: así, ya no se pide ni su intercesión ni la de ellos, ni siquiera en tiempo de peligro.

La unidad de la Iglesia está gravemente comprometida por la omisión absolutamente intolerable en el *Ordo* entero, incluyendo las tres Plegarias Eucarísticas nuevas, de los nombres de los apóstoles Pedro y Pablo, fundadores de la Iglesia de Roma, y de los nombres de los demás apóstoles, fundamento y marca de la Iglesia una y universal, siendo la única mención que permanece la que se encuentra en el *Communicantes* del (así llamado) Canon romano.

Un claro ataque al dogma de la Comunión de los Santos es la omisión, cuando el sacerdote está celebrando sin un ayudante, de todas las saluciones y de la bendición final, por no hablar de que el *Ite Missa est*<sup>22</sup> ahora no se dice ni siquiera en las misas celebradas con un ayudante.

El doble *Confiteor* mostraba cómo el sacerdote —en su calidad de ministro de Cristo, inclinándose profundamente y reconociéndose indigno de su sublime misión,

---

<sup>20</sup> En algunas traducciones del Canon romano, el «locus refrigerii, lucis et pacis» era traducido como un simple estado («bendición, luz, paz»). ¿Qué ha de decirse entonces de la desaparición de toda referencia explícita a la Iglesia purgante?

<sup>21</sup> En todo este caos de recortes solo un enriquecimiento: la mención de *omisión* en la acusación de los pecados en el *Confiteor*...

<sup>22</sup> En la conferencia de prensa para la presentación del *Ordo*, Fr. Lecuyer, en lo que parece ser, hablando objetivamente, una profesión de fe puramente racionalista, habló de convertir las *salutationes* en la «Missa sine populo», en: «Dominus tecum», «Ora, frater», etc. «para que no haya nada que no corresponda con la verdad».

del «tremendo misterio» a punto de ser cumplido por él, y de (en el *Aufer a nobis*) entrar inclusive en el Santo de los Santos— invocaba la intercesión (en el *Oramus te, Domine*) de los méritos de los mártires cuyas reliquias estaban selladas en el altar. Estas dos plegarias han sido suprimidas; lo que se ha dicho previamente respecto del doble *Confiteor* y de la doble Comunión es igualmente pertinente aquí.

La realización exterior del Sacrificio, evidencia de su carácter sagrado, ha sido profanada. Véase, por ejemplo, lo que se ha prescrito para la celebración fuera de los sagrados recintos, en la cual el altar puede ser reemplazado por una simple «*mensa*» *sin piedra ni reliquias consagradas*, y con un único mantel (nº 260, 265). Aquí se aplica también todo cuanto se ha dicho previamente con respecto a la Presencia Real, la disociación del «*convivium*» y del sacrificio, de la cena y de la Presencia Real misma.

El proceso de desacralización se completa gracias a los nuevos procedimientos para la ofrenda: la referencia al pan ordinario y no al pan ázimo; el que se permita manejar los vasos sagrados a los asistentes del altar (y al pueblo laico en la comunión *sub utraque specie*) (nº 244d); la atmósfera de distracción creada por el incesante ir y venir del sacerdote, diácono, subdiácono, salmista, comentador (y el sacerdote mismo deviene un comentador por el hecho de que es requerido constantemente para que «explique» lo que está a punto de cumplir), de los lectores (hombres y mujeres), de los asistentes o laicos que dan la bienvenida a las gentes en la puerta y que los acompañan a sus lugares mientras que otros llevan y clasifican las ofrendas. Y en medio de toda esta actividad prescrita, la «*mulier idonea*» (antiescriturística y anti-paulina), quien por vez primera en la tradición de la Iglesia será autorizada a leer las lecturas y a cumplir también otros «*ministeria quae extra presbyterium peraguntur*» (nº 70). Finalmente, está la manía de la concelebración, que acabará destruyendo la piedad eucarística en el sacerdote, eclipsando la figura central de Cristo, único Sacerdote y Víctima, en una presencia colectiva de concelebrantes<sup>23</sup>.

---

<sup>23</sup> Destacamos en esta conexión que parece legítimo a los sacerdotes obligados a celebrar solos, comulgar de nuevo, bien antes o después de la celebración, *sub utraque specie* durante la concelebración.

## VI

Nos hemos limitado a una evaluación sumaria del nuevo *Ordo* donde este se desvía más gravemente de la teología de la Misa católica y nuestras observaciones tocan solamente a aquellas desviaciones que son típicas. Una evaluación completa de todas las trampas, los peligros, de todos *los elementos espiritual y psicológicamente destructivos* contenidos en el documento —bien en el texto, rúbricas o instrucciones— sería una vasta empresa.

A los tres nuevos cánones solo les ha sido dedicado un vistazo de pasada, puesto que de estos ya se ha ocupado una crítica repetida y autorizada, tanto en cuanto a la forma como en cuanto a la sustancia. El segundo de ellos<sup>24</sup> escandalizó inmediatamente a los fieles a causa de su brevedad. De este canon II se ha dicho bien, entre otras cosas, que podría ser recitado con perfecta tranquilidad de conciencia por un sacerdote que ya no cree ni en la transubstanciación ni en el carácter sacrificial de la misa —y de aquí incluso por un ministro protestante.

El nuevo Misal fue introducido en Roma como «un texto de amplio contenido pastoral», y «más pastoral que jurídico», el cual se permitiría que utilizaran las Conferencias Episcopales de acuerdo con las variables circunstancias y genios de los diferentes pueblos. En esta misma Constitución Apostólica leemos: «hemos introducido en el nuevo Misal *variaciones y adaptaciones legítimas*». Además, la Sección I de la nueva Congregación para el Culto Divino será responsable «de la publicación y *constante revisión* de los libros litúrgicos». El último boletín oficial de los Institutos Litúrgicos de Alemania, Suiza y Austria<sup>25</sup> dice: «Los textos en latín habrán de ser traducidos ahora a las lenguas de los diferentes pueblos; el estilo «romano» tendrá que ser adaptado a la particularidad de las Iglesias locales: todo lo que era concebido como más allá del tiempo debe ser transpuesto al cambiante contexto de las situaciones concretas en el constante flujo de la Iglesia Universal y de sus miríadas de congregaciones».

La Constitución Apostólica misma da el *golpe de gracia* a la lengua de la Iglesia Universal (contrariamente a la voluntad expresa del Vaticano II) con la blanda afir-

---

<sup>24</sup> Ha sido presentado como «El canon de Hipólito», aunque de hecho no queda nada de este sino unas pocas palabras recordadas.

<sup>25</sup> «*Gottesdienst*», n° 9, del 14 de Mayo de 1969.

mación de que «*en semejante variedad de lenguas una (¿) y la misma plegaria de todos... ascienda más fragante que cualquier incienso*».

La muerte del latín por consecuencia puede darse por hecha; la del canto gregoriano —al cual incluso el concilio le reconoció como «*liturgiae romanae propium*» (Sacros. Conc. N° 116), ordenando que «*principem locum obtineat*» (ibíd.)— se seguirá lógicamente, con la libertad de elegir, entre otras cosas, de los textos del *Introito* y el *Gradual*.

Desde el comienzo, por lo tanto, el nuevo rito es lanzado como *pluralista* y *experimental*, tanto en el tiempo como en el lugar. Siendo arrollada así la *Unidad del culto* de una vez por todas, ¿qué devendrá ahora la unidad de la fe que le estaba aparejada, y que, siempre se nos había dicho, había de ser defendida sin transigencia!

Es evidente que el *Novus Ordo* no tiene ninguna intención de representar la Fe según esta fue enseñada por el concilio de Trento, al cual, sin embargo, la conciencia católica está sujeta por siempre. Con la promulgación del *Novus Ordo*, al católico leal se le pone así de cara ante la más trágica alternativa.

## VII

La Constitución Apostólica hace una referencia explícita a una riqueza de piedad y de enseñanza en el *Novus Ordo* tomada de las Iglesias orientales. El resultado —enormemente alejado e incluso opuesto a la inspiración de las liturgias orientales— solamente puede repeler a los fieles de los ritos orientales. ¿A qué equivalen, en verdad estas opciones ecuménicas? Básicamente a la *multiplicidad* de las anáforas (pero nada que se acerque a su belleza y complejidad), a la presencia de los diáconos, y a la comunión *sub utraque specie*. Contra esto, parecería que el *Ordo* haya sido deliberadamente cercenado de todo lo que en la liturgia de Roma se acercaba a las liturgias de oriente<sup>26</sup>. Además, al abandonar su inequívoco e inmemorial carácter romano, el

---

<sup>26</sup> Uno solamente tiene que pensar en la liturgia bizantina, por ejemplo, con sus extensas y reiteradas plegarias penitenciales; los solemnes ritos de la vestidura del celebrante y del diácono; la preparación de las ofrendas en la *proskomidia*, un rito completo en sí mismo; la continua presencia en las plegarias, incluso en las de las ofrendas, de la Bendita Virgen, los santos y los coros de ángeles (que son, de hecho, invocados a la entrada con el Evangelio, como «concelebrantes invisibles», *identificándose con ellos* el coro en el Cherubicon); la *iconostasis* que *separa el santuario del resto de la iglesia, el clero del pueblo*; la Consagración oculta que simboliza el divino misterio al que alude la liturgia entera; la posición del celebrante *versus ad Deum*, nunca *versus ad populum*; la comunión dada

*Ordo* pierde cuanto tenía de espiritualmente precioso suyo propio. Su lugar ha sido tomado por elementos que solo le acercan más hacia algunas otras liturgias reformadas (ni siquiera a las que están más próximas al catolicismo) y que al mismo tiempo le degradan. El oriente será alienado para siempre, como ya lo ha sido por las reformas litúrgicas precedentes.

Por vía de compensación la nueva liturgia será la delicia de los múltiples grupos que, rondando el confín de la apostasía, están asolando la Iglesia de Dios, envenenando su organismo y minando su unidad de doctrina, de culto, de costumbres y de disciplina en una crisis espiritual sin precedentes.

## VIII

S. Pío V había formalizado el Misal romano (como lo recuerda la presente Constitución Apostólica misma) a fin de que pudiera ser un instrumento de unidad entre los católicos. En conformidad con las prescripciones del concilio de Trento tenía que excluir, en el culto litúrgico, todo peligro de error contra la Fe, amenazada entonces por la Reforma protestante. La gravedad de la situación justificaba plenamente e inclusive tornaba profética la solemne advertencia del Santo Pontífice dada al final de la bula que promulgaba su Misal: «Si alguno se atreviera a alterar este (Misal), sepa que incurrirá en la cólera de Dios Todopoderoso y de sus benditos apóstoles, Pedro y Pablo» (*Quo Primum*, 13 de Julio de 1570)<sup>27</sup>.

Cuando el *Novus Ordo* fue presentado a la Oficina de Prensa Vaticana, se afirmó con gran audacia que las razones que inspiraron los decretos tridentinos ya no eran válidas. No solamente se aplican todavía, sino que aún existen, como no vacilamos

---

siempre y solamente por el celebrante; las continuas señales de profunda adoración mostradas hacia las sagradas Especies, la actitud esencialmente contemplativa del pueblo. El hecho de que estas liturgias, incluso en sus formas menos solemnes, duren más de una hora, y de que sean definidas constantemente como «tremendos e inefables... misterios dispensadores de vida celestial...» no necesita ningún comentario. Finalmente es digno de notar cómo, en la divina liturgia de S. Juan Crisóstomo, y en la de S. Basilio, el concepto de «cena» o «banquete» aparece claramente subordinado al de sacrificio, como así era en la misa romana.

<sup>27</sup> En la Sesión XXIII (decreto sobre la Santísima Eucaristía), el concilio de Trento manifestó su intención «ut stirpitibus convelleret zizania execrabilium errorum et schismatum, quae inimicus homo... in doctrina fidei usu et cultu Sacrosanctae Eucharistiae superseminavit —Mt. 13, 25 et seq— quam alioqui Salvator noster in Ecclesia sua tamquam symbolum reliquit eius unitatis et caritatis, quae Christianos omnes inter se coniunctos et copulatos, esse voluit». (DB. 873).



en afirmarlo, *otras razones muchísimo más graves hoy*. Fue precisamente para repeler los peligros que en cada siglo amenazan la pureza del depósito de la fe («*depositum custodi, devitans profanas vocum novitates*». —1 Tim. VI, 20) por lo que la Iglesia tuvo que erigir bajo la inspiración del Espíritu Santo las defensas de sus definiciones dogmáticas y de sus declaraciones doctrinales. Estas se reflejaron inmediatamente en su culto, el cual devino el monumento más completo de su fe. Proponerse hacer retroceder, y llevarlo a efecto a toda costa, el culto de la Iglesia a la práctica antigua reformando, artificialmente y con ese «malsano arqueologismo» tan rotundamente condenado por Pío XII<sup>28</sup>, lo que en tiempos anteriores tenía la gracia de la espontaneidad, significa —como lo vemos hoy hartamente— dismantelar todas las murallas teológicas erigidas para la protección del Rito y suprimir toda la belleza con la cual fue enriquecido durante siglos.

¡Y todo esto en uno de los momentos más críticos —si no es *el* momento más crítico— de la historia de la Iglesia! Hoy se reconoce oficialmente que la división y el cisma existen no solamente fuera sino dentro de la Iglesia<sup>29</sup>. Su unidad no solo está amenazada *sino que ya está trágicamente comprometida*<sup>30</sup>. Los errores contra la Fe no son meramente insinuados sino positivamente impuestos por medio de los abusos y aberraciones litúrgicos que han sido igualmente reconocidos<sup>31</sup>. Abandonar

---

<sup>28</sup> «Regresar en la mente y en el corazón a las fuentes de la sagrada liturgia es sabio y loable. El estudio de los orígenes litúrgicos nos permite comprender mejor la significación de las festividades y el significado de las fórmulas y ceremonias litúrgicas. *Pero el deseo de restaurar todo indiscriminadamente a su antigua condición ni es sabio ni es loable. Sería erróneo, por ejemplo, querer restaurar el altar a su forma antigua de mesa, querer eliminar el negro de entre los colores litúrgicos y excluir de nuestras iglesias los cuadros y las estatuas, exigir crucifijos que no representen los amargos sufrimientos del Divino Redentor...* Esta actitud es intentar revivir el arqueologismo, al cual el pseudo-sínodo de Pistoia dio lugar y busca volver a introducir también los múltiples errores perniciosos que condujeron a aquel sínodo y que resultaron de él, y que la Iglesia en su calidad de guardián vigilante del “depósito de la fe” confiado a ella por su Divino Fundador, ha condenado justamente» (*Mediator Dei*, C. T. S. Art. 66 y 68).

<sup>29</sup> «Un fermento prácticamente cismático divide, subdivide, resquebraja a la Iglesia...» (Pablo VI, Homilía *in Coena Domini* 1969).

<sup>30</sup> «Hay también entre nosotros esos “schismata”, esos “scissurae” que S. Pablo denuncia tristemente en I Corintios...» (Cf. Pablo VI, *ibíd.*).

<sup>31</sup> Es bien sabido cuán «contestado» está siendo hoy día el Vaticano II por los mismos hombres que se gloriaban de ser sus líderes, aquellos que, mientras que el Papa al clausurar el concilio declaraba que nada había cambiado, salieron afuera determinados a «explotar» su contenido en el proceso de la aplicación efectiva. Y de aquí que la Santa Sede, con una prisa realmente inexplicable, parezca

una tradición litúrgica que durante cuatro siglos ha sido tanto el signo como la promesa de la unidad del culto<sup>32</sup> (y reemplazarla por otra que no puede ser sino un signo de división de las incontables libertades implícitamente autorizadas, y la cual rebosa de insinuaciones o de errores manifiestos contra la integridad de la religión católica) es, y nos sentimos en conciencia obligados a proclamarlo, un error incalculable.

---

haber dado aprobación e incluso fomento, a través del *Consilium ad exequendam Constitutionem de Sacra Liturgia*, a una infidelidad al concilio cada vez mayor, desde aspectos aparentemente formales tales como el latín, el gregoriano y la supresión de ritos y rituales venerables, hasta los aspectos sustanciales ahora sancionados por el *Novus Ordo*. A las desastrosas consecuencias que hemos tratado de mostrar, deben agregarse aquellas que, con inclusive mayor efecto psicológico, se harán sentir en los campos de la disciplina y de la autoridad de enseñanza de la Iglesia, minando, con el crédito de la Santa Sede, la docilidad debida a sus reglas.

<sup>32</sup> «... No nos engañemos con la sugestión de que la Iglesia, que ha devenido grande y majestuosa para la gloria de Dios, como magnificente templo Suyo, debe hacerse retroceder a sus proporciones originales más reducidas, como si estas fueran las únicas verdaderas, las únicas buenas...» (Pablo VI, *Ecclesiam suam*).

## ÍNDICE

Introducción .....	3
<b>PARTE I</b>	
La naturaleza del magisterio de la iglesia .....	8
El magisterio definido .....	13
La naturaleza de la revelación .....	22
¿Qué se entiende por la palabra «tradición»? .....	26
<b>PARTE II</b>	
La naturaleza de la fe católica .....	42
¿Puede «evolucionar» la tradición? ¿Puede «desarrollarse» la doctrina? .....	56
La actitud del magisterio hacia la innovación .....	62
La ruptura de la «unidad» por parte de la «Iglesia posconciliar» y la cuestión de la obediencia respecto a los responsables .....	69
<b>PARTE III</b>	
Los «papas» posconciliares .....	80
<b>PARTE IV</b>	
El Vaticano II .....	106
<b>PARTE V</b>	
El <i>Novus Ordo Missae</i> .....	131
Los otros sacramentos .....	187
El camino del infierno está empedrado de «buenas intenciones» .....	197
El comunismo — La nueva «ostpolitik» del Vaticano .....	214
<b>CONCLUSIONES</b>	
Conclusiones .....	231
<b>APÉNDICES</b>	
La voz de uno que clama en el desierto .....	254
Traducción del texto de Dom Guéranger .....	255
La intervención de Ottaviani .....	264
Un estudio crítico del <i>Novus Ordo Missae</i> .....	270

